Adios a todo eso

Robert Graves

Robert Graves escribió esta temprana autobiografía en 1929, poco antes de tomar la firme decisión de abandonar Inglaterra para vivir permanentemente en el extranjero, y de hecho corrigió las pruebas ya en Mallorca, la isla de sus sueños, de la que no se marcharía nunca, salvo un breve periodo durante la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial.

Adiós a todo eso, como su título indica, es una despedida, la rememoración de unos tiempos y unas experiencias dolorosas y amargas, con la voluntad de cerrar una etapa y renacer como un hombre nuevo en la sierra mallorquína. En las páginas de este prodigioso ejercicio de memoria, Graves repasa su infancia y sus infelices días escolares en el internado de Charterhouse, sus brutales experiencias en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, en la que sirvió como joven oficial y que le dejaría una profunda huella, su desastroso matrimonio con Nancy Nicholson, pero también su emergente vocación literaria y sus encuentros con escritores como T. E. Lawrence, Siegfried Sassoon o Thomas Hardy.



Robert Graves

Adiós a todo eso

ePub r1.2
Titivillus 25.07.2020

Título original: *Goodbye to All That*
Robert Graves, 1929
Traducción: Sergio Pitol
Diseño de cubierta: Joselin

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Joselin
ePub base r2.1



PRÓLOGO

Hace veintiocho años que en parte escribí y en parte dicté este libro: atravesaba entonces por una complicada crisis económica y contaba con muy poco tiempo para revisarlo. Abandoné Inglaterra con amargura; había roto allí demasiadas convenciones, me había disgustado o había reñido con la mayor parte de mis amigos; me había molestado la policía que sospechaba que yo era autor de un intento de asesinato; y había dejado de importarme todo lo que los demás pudieran pensar de mí.

Ahora que vuelvo a leer *Adiós a todo eso*, por primera vez desde 1929, me pregunto cómo pudieron mis editores librarse de un proceso por difamación.

Las crisis domésticas son siempre costosas, pero tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, a pesar de la depresión económica que había empezado, el libro se vendió muy bien, lo que me permitió pagar mis deudas, instalarme en Mallorca y dedicarme a escribir sin demasiadas preocupaciones por el futuro inmediato. El título se convirtió en una locución proverbial, y constituye mi única contribución al *Diccionario de citas familiares* de Bartlett.

He hecho un buen número de cambios en el texto: he eliminado numerosos fragmentos torpes o tontos; he incluido algunas anécdotas omitidas en la primera edición; he reemplazado el capítulo sobre T. E. Lawrence por otro más amplio escrito cinco años después; he corregido ciertos errores de fechas y he tratado de pulir algunas asperezas excusables de la prosa. He restituido varios nombres propios porque su disfraz original dejó de ser necesario.

Si algunos pasajes resultan ofensivos después de todos estos años, espero que se me perdonen.

R. G.

Deià, Mallorca, España, 1957.

1

Como prueba de mi respeto por las convenciones autobiográficas, permítaseme relatar inmediatamente mis dos primeros recuerdos. El primero es haber sido sostenido lealmente en brazos de alguien frente a una ventana para observar una procesión de vagones y carruajes decorados con la que se celebraron en 1897 las Bodas de Diamante de la Reina Victoria (esto ocurrió en Wimbledon, donde nací el 2.4 de julio de 1895). El segundo, haber contemplado con una especie de terror abrumador un armario lleno hasta los topes del cuarto de los niños, abierto por inadvertencia, colmado de arriba abajo de volúmenes en octavo de Shakespeare. Mi padre había organizado un Círculo de Lecturas shakesperianas. Hasta mucho más tarde no me enteré que aquél era el armario de Shakespeare pero, al parecer, ya entonces sentía una fuerte animadversión por las actividades de salón. Y cuando algunos visitantes distinguidos se presentaban en casa, tales como *sir* Sidney Lee con su erudición shakesperiana, o lord Ashbourne, que aún no era Par del reino, con sus exclamaciones de «Irlanda para los irlandeses», y su faldilla color azafrán, o el señor Eustace Miles, campeón inglés de tenis y vegetariano, con sus muestras de nueces exóticas, ya sabía todo de ellos a mi manera.

No me hacía ninguna ilusión sobre Algernon Charles Swinburne, cuando solía detener mi coche de niño al pasar por el paseo de las Nodrizas, en la esquina de Wimbledon Common, y me daba alguna palmadita en la cabeza o un beso. Era en él una costumbre inveterada la de parar los cochecitos, dar palmadas y propinar besos. El paseo de las Nodrizas se extendía sobre Los Pinos, Putney (donde él vivía con Watts-Dunton) y la taberna La rosa y la corona, a la que acudía a beber su pinta de cerveza diaria; Watts-Dunton le proporcionaba dos peniques para este efecto, nada más. Yo no sabía que Swinburne fuera un poeta, lo único que me constaba era que se trataba de una amenaza pública. Y a propósito, cuando era aún muy joven, Swinburne había ido a ver a Walter Savage London, entonces un hombre muy anciano, y había recibido la bendición del poeta, que él había solicitado; y Landor, de niño, había recibido palmadas en la cabeza del propio doctor Samuel Johnson; cuando Johnson era un niño lo habían llevado a Londres a que lo tocara la reina Ana para preservarlo de la escrófula, la enfermedad del rey. Y a su vez la reina Ana, siendo niña…

Pero ya he mencionado el Círculo de Lecturas Shakesperianas. Existió durante años, y cuando yo tenía dieciséis, la curiosidad me llevó a asistir al fin a una de sus sesiones. Recuerdo la vivacidad con que mi madre, que era la persona más apacible

del mundo, leía el papel de Katherine en *La fierecilla domada* frente al Petruchio encarnado por mi amable padre. Maurice Hill y su esposa eran dos de los miembros más populares del Círculo. Esta reunión tuvo lugar algunos años antes de que se convirtieran en el juez Hill y lady Hill, y algunos años antes, también, de que yo leyera la obra. Recuerdo los vasos de limonada, los bocadillos de pepino, los *petits fours*, los adornos del salón, los crisantemos en los búcaros, y el semicírculo de cómodos sillones en torno al fuego. La suave voz de Maurice Hill en el papel de Hortensio amonestaba a mi padre: «Siga usted su camino, ha logrado domar a una fiera terrible», y yo, como Lucio, terminaba el espectáculo diciendo: «Con vuestro permiso, me sorprende encontrarla tan bien domada». Más tarde tendría oportunidad de verlo recitar sus parlamentos como juez en el Tribunal de Divorcios; sus amonestaciones se hicieron famosas.

Después de esos primeros recuerdos, debería dar tal vez una descripción de mi persona como la que exigen los pasaportes y completar las líneas. Fecha de nacimiento… Lugar de nacimiento… Ya los he dicho. Profesión… En mi pasaporte estoy registrado como «Profesor universitario». Aquello era muy conveniente en 1926, cuando por primera vez solicité un pasaporte. Pensé en poner «escritor», pero los funcionarios de la sección de pasaportes suelen tener reacciones muy complicadas ante esa palabra. «Profesor universitario» provoca una reacción sencilla: un austero respeto. Nadie hace ninguna pregunta. Lo mismo ocurre con «capitán del ejército», aunque esté retirado.

Mido un metro ochenta y ocho, tengo ojos grises y cabello negro. Al adjetivo «negro» podría añadirse «espeso y rizado». Consta que no tengo ninguna característica particular. Para comenzar tengo una gran nariz que fue aguileña y que me rompí en Charterhouse mientras jugaba *rugger* con el equipo de fútbol (a mi vez le rompí la nariz a otro jugador esa misma tarde). Esto tuvo el efecto de hacerle perder su solidez. El boxeo hizo el resto. Finalmente, me operó un incompetente cirujano del ejército, y a partir de entonces dejó de servir como una línea vertical de separación entre los lados derecho e izquierdo de mi rostro que, por supuesto, han dejado de ser simétricos (mis ojos, mis cejas y mis orejas son notoriamente irregulares, y los pómulos, bastante pronunciados, están desnivelados). Mi boca es lo que generalmente se conoce como «carnosa», y mi sonrisa es huidiza. Cuando tenía trece años me rompí dos dientes delanteros y a partir de ese momento me esforcé en ocultarlos. Mis manos y mis pies son grandes. Peso alrededor de setenta y cinco kilos. Mi defecto más cómico es que poseo una pelvis tan flexible que me puedo sentar sobre una mesa y usarla como tambor tal como hacían las hermanas Fox. Tengo un hombro palpablemente más caído que el otro, debido a una herida en el pulmón. No llevo reloj porque siempre magnetizo las agujas; durante la guerra, todos los oficiales debían, por decreto, llevar reloj y sincronizarlo a la misma hora una vez por día; yo debía comprar por lo menos dos al mes. Gozo de buena salud.

Mi pasaporte me otorga la nacionalidad de «subdito británico». Podría parodiar a Marco Aurelio, que comienza su *Libro de oro* enumerando a varios antecesores y familiares a quienes debe las virtudes de un digno emperador romano: lo que explicaría por qué no soy un emperador romano y ni tan siquiera, salvo en algunas ocasiones, un caballero inglés. La familia paterna de mi madre, los von Ranke, estaba constituida por pastores sajones, cuya nobleza no es muy antigua. Leopold von Ranke, el primer historiador moderno, mi tío abuelo, introdujo el «von». Algo le debo. Fue él quien escribió, para escándalo de sus contemporáneos: «Soy historiador antes que cristiano; mi objeto es describir sencillamente cómo ocurrieron en realidad las cosas». Sobre Michelet, el historiador francés, dijo: «Escribió la historia en un estilo que le permitía decir la verdad». El que Thomas Carlyle lo describiera como «Seco-como-el-polvo» no es un descrédito. A Heinrich von Ranke, mi abuelo, le debo mi molesta estatura, mi energía, mi resistencia, mi seriedad y mi abundante cabellera. De joven fue un rebelde, un ateo. Siendo estudiante de medicina en una universidad prusiana participó en los disturbios políticos de 1848, cuando los estudiantes se manifestaron en favor de Karl Marx, a quien se acusaba de alta traición. Al igual que Marx, tuvieron que abandonar el país. Mi abuelo llegó a Londres y terminó allí sus estudios de medicina. En 1854, partió hacia Crimea con el Ejército inglés, como cirujano de regimiento. Todo lo que sé al respecto se debe a un comentario ocasional que hizo cuando yo era niño: «No siempre los más grandes son los más fuertes. En las trincheras de Sebastopol vi a los enormes soldados británicos caer y morir por docenas, mientras que los pequeños zapadores lograban escabullirse sin problemas». Sin embargo, salió muy bien librado a pesar de su estatura.

En Londres, se casó con mi abuela, una danesa de Schleswig, diminuta, devota asustadiza, hija de Tiarks, el astrónomo de Greenwich. Antes de que su padre se dedicara a la astronomía, la familia Tiarks seguía, al parecer, la costumbre de los agricultores de Dinamarca —que no es nada mala— y que consiste en que los padres y los hijos ejerzan sus profesiones de una manera alterna. Una generación era de herreros y la otra de pastores. Lo que hay de suave en mi carácter se lo debo a mi abuela. Tuvo diez hijos, la mayor mi madre, que nació en Londres. El ateísmo y el radicalismo de mi abuelo se atenuaron. Incluso regresó a Alemania, donde se convirtió en un pediatra muy reputado en Munich, y fue uno de los primeros en Europa que insistió en alimentar a los pequeños pacientes con leche pura. Al advertir que era imposible el suministro de leche pura en los hospitales por los conductos ordinarios, creó una lechería modelo por su cuenta. Su agnosticismo afligía a mi devota abuela luterana; nunca cesó de rezar por él, pero se concentraba sobre todo en la salvación del alma de sus hijos.

Mi abuelo no murió sin conocer la regeneración; sus últimas palabras fueron: «Al Dios de mis padres, a Él, finalmente, me someto». No sé qué quiso decir con eso,

pero era una declaración coherente con sus maneras de patriarca gruñón, con el título eminente de *herr* Geheimrat Ritter von Ranke que aceptó llevar en la sociedad bávara, y con su lealtad al káiser, con quien en una o dos ocasiones había ido de caza. Lo que en la práctica significaba que él se consideraba un buen liberal tanto en religión como en política, y que mi abuela no necesitaba preocuparse demasiado. Admiro a mis familiares alemanes; tienen elevados principios, su vida es sencilla, generosa y seria. Sus hombres se han batido en duelo movidos no por vulgares cuestiones de honor personal, sino por asuntos de interés público. Fueron por ejemplo retados a duelo, por haber protestado contra la conducta escandalosa de un personaje oficial de rango superior. Uno de ellos perdió sus derechos en el consulado alemán por negarse a transformar el consulado en un centro de actividades de espionaje. Por otra parte, no son grandes bebedores. Mi abuelo, en la época de las habituales borracheras universitarias, tenía la costumbre de derramar buena parte de su cerveza en las botas de montar (calzaba un cuarenta y tres) cuando nadie lo veía. Obligo a sus hijos a hablar inglés en casa, y siempre consideró Inglaterra el centro de la cultura y el progreso. Las mujeres eran nobles y pacientes y caminaban mirando al suelo cuando salían a la calle.

Mi madre llegó a Inglaterra a los dieciocho años acompañando a miss Britain, una anciana solitaria que se había ocupado de mi abuela a la muerte de sus padres y que había vivido al lado de ella durante diecisiete años. Cuando finalmente murió, bajo la impresión senil de que mi madre, su única heredera, no se beneficiaría demasiado con la herencia, resultó que ésta ascendía a cien mil libras esterlinas. Mi madre, y esto la define, repartió esa suma entre sus cuatro hermanas más jóvenes, reservándose sólo una quinta parte. Estaba decidida a marcharse a la India, después de un breve adiestramiento como misionera médica. Esos deseos se vieron contrariados al conocer a mi padre, un viudo con cinco hijos; advirtió que podía realizar una misión igualmente benéfica en el campo del hogar.

La genealogía de la familia Graves se remonta a un caballero francés que desembarcó en Milford Haven con Enrique VII en 1485. Se considera que el coronel Graves, *el Cabezón*, es el fundador de la rama irlandesa de la familia. Un día le hirieron y lo abandonaron en la plaza del mercado de Thame y se le dio por muerto. Más tarde lo destinaron a la guardia personal de Carlos I en el castillo de Carisbrooke, y luego se convirtió en un realista. Limerick fue el lugar de origen de esta rama. Los soldados y doctores ocasionales que se encuentran en ella son parientes sobre todo colaterales; la descendencia masculina en línea directa se enorgullece de una serie de rectores, párrocos y obispos, con la excepción de mi bisabuelo John Crosbie Graves, que fue jefe de la policía de Dublín. Los Graves de Limerick no tienen habilidad manual alguna ni sentido de la mecánica; gozan en cambio de una gran reputación como conversadores. En los miembros de la familia

que tienen más fuertemente marcadas las características familiares, dicha desmesura verbal adquiere la forma de un desorden nervioso. Y no es que la conversación sea tonta: por lo general es informativa, y a menudo ingeniosa, pero puede resultar interminable. También los von Ranke carecen de habilidad mecánica. Me resulta bastante fastidioso haber nacido en la era de la combustión interna y de la dínamo eléctrica y no sentir la menor simpatía por tales inventos: una bicicleta, una estufa de petróleo y un rifle militar marcan los límites de mi capacidad mecánica.

Mi abuelo paterno, el obispo protestante de Limerick, tuvo ocho hijos. Fue un matemático notable —fue el primero en formular una teoría determinada sobre los conos esféricos— y también la principal autoridad sobre las leyes Brehan de Irlanda y el manuscrito de Oghan. Pero tenía fama de ser un hombre muy poco generoso. Él y O'Connell, el obispo católico, mantenían inmejorables relaciones. Se hacían ingeniosas bromas en latín, discutían algunos temas eruditos, y eran lo suficientemente laicos como para no tomarse sus diferencias religiosas demasiado en serio.

Cuando, unos diecinueve años después de la muerte de mi abuelo, estuve en Limerick como soldado del regimiento, oí algunas anécdotas que contaban sobre él los habitantes del lugar. Un día en que el obispo O'Connell se burlaba de él por su numerosa familia, mi abuelo le había respondido vivamente con el texto bíblico sobre la bendición del hombre que tiene el carcaj lleno de flechas; a lo cual el obispo O'Connell respondió tajante: «El antiguo carcaj judío sólo contenía seis». El cortejo que acompañó el ataúd de mi abuelo, según dicen, fue el mayor que se haya visto alguna vez en el pueblo de Limerick. Partía de la catedral, llenaba toda la calle O'Connell, cruzaba el puente Sarsfield y seguía no sé cuántas millas más allá. De niño recibí su bendición, pero de eso no me acuerdo.

De mi abuela paterna, una Cheyne de Aberdeen, nunca he podido obtener información fuera del hecho de que era «una mujer muy hermosa», y de que era hija del médico general de las fuerzas de Irlanda. Lo único que puedo atestiguar es que todas sus acciones y sus palabras pasaron inadvertidas en las rivalidades familiares. El árbol genealógico de los Cheyne se remonta a *sir* Reginald Cheyne, lord Chamberlain de Escocia en 1267. En épocas posteriores, los Cheyne fueron abogados y médicos. Pero actualmente mi padre trabaja en su autobiografía y, sin duda, escribirá con mayor amplitud sobre esto.

Mi padre, pues, conoció a mi madre a principios de 1890. Había estado casado anteriormente con una descendiente de los Cooper irlandeses, de Cooper's Hill, cerca de Limerick. Los Cooper eran una familia aún más irlandesa que los Graves. Según se cuenta, cuando Cromwell llegó a Irlanda y asoló el país, Moira O'Brien, la única sobreviviente del gran clan de los O'Brien, que eran los caudillos indudables de la región de Limerick, se presentó ante él un día y le dijo:

—General, ha matado usted a mi padre y a mis tíos, a mi marido y a mis hermanos. Soy ahora la única heredera de estas tierras. ¿Se propone usted

confiscarlas?

Cromwell, según dicen, se quedó muy impresionado por su magnífica presencia, y respondió que ésa había sido su intención. Pero que ella podía retener las tierras, o una parte de ellas, bajo la condición de que se casara con uno de sus oficiales, el abanderado Cooper. Jane Cooper, con quien se casó mi padre, murió de consunción.

Los Graves son una familia de nariz fina, tienen cierta inclinación a la petulancia, pero no son depravados, crueles o histéricos. Existe en ellos una persistente tradición literaria: Richard, poeta menor y amigo de Shenstone; John Thomas, matemático y participante en el descubrimiento de los cuaternios, efectuado por *sir* William Rowan Hamilton; Richard, teólogo y profesor regio de griego; James, arqueólogo; Robert, que descubrió la enfermedad que lleva su nombre y que fue amigo de Turner; Robert, estudioso de los clásicos, teólogo y amigo de Wordsworth; Richard, otro teólogo; Robert, otro teólogo, y varios Roberts, James, Richards y Thomas más; y Clarissa, una de las «bellas» de Irlanda, que se casó con Leopold von Ranke (en la iglesia de Windermere), y unió a las familias Graves y von Ranke un par de generaciones antes de que mi padre y mi madre se casaran. (Véase el catálogo del British Museum para encontrar la historia literaria de la familia Graves en los siglos dieciocho y diecinueve).

A través de esta relación Clarissa-Leopold mi padre conoció a mi madre. Mi madre le dijo de pronto que le gustaba *El padre O'Flynn*, una canción para la que él había escrito la letra y por la cual, sobre todo, se le recuerda. Había escrito los versos de la tonada popular *En lo alto de la calle Cork*, que recordaba desde su niñez. *Sir* Charles Stanford le proporcionó los coros para popularizarla. Mi padre vendió todos los derechos por una guinea. Boosey, el editor, ganó miles. *Sir* Charles Stanford, que tenía derechos como compositor, también obtuvo una enorme suma. Últimamente mi padre ha ganado unas cuantas libras por los derechos de grabación del disco. Este asunto no lo amargó: simplemente lo ha llevado a convencerme casi religiosamente de no vender jamás por una suma determinada los derechos de ninguna obra.

El hecho de que mi padre sea un poeta me ha salvado por lo menos de sentir falsas reverencias ante los poetas. Hasta llego a alegrarme cuando encuentro a personas que han oído hablar de él y no de mí. Acostumbro a cantar algunas de sus canciones cuando me lavo después de las comidas, cuando siembro los guisantes o en ocasiones similares: Nunca trató de enseñarme a escribir, ni demostró comprender mis poemas serios; más bien estaba siempre dispuesto a pedir consejo sobre los suyos. Tampoco trató de impedirme escribir. Sus primeras obras, escritas en tono ligero, son las mejores. Su «Invención del vino», por ejemplo, que comienza:

Antes de que Baco supiera hablar
O caminar decentemente,
Saltó del Olimpo
De los brazos de su nodriza,

Y aunque diez años en total
Consumió en esa caída
Hubiera podido caer más
Y comportarse aún peor.

Después de casarse con mi madre y de alistarse en la causa antialcohólica, parece que perdió algo de su alegría.

Mi padre resistió la presión de la familia para tomar los hábitos religiosos y jamás pasó de lego; rompió también los lazos con Irlanda, lo que le agradezco muy cordialmente. A pesar de la dureza con que juzgo a mis familiares, y a pesar de que tengo más precauciones en el trato con ellos que las que tengo con personas extrañas, admiro a mis padres: a mi padre por su sencillez y su constancia, y a mi madre por su seriedad y su fuerza; a ambos, por su generosidad. Nunca me maltrataron, y se sintieron más afligidos que irritados por mi pérdida de fe religiosa. Tanto desde un punto de vista físico como por ciertas características generales, domina en mí las ascendencia materna. Sin embargo, tengo muchos rasgos, tanto en mi manera de hablar como en ciertos ademanes peculiares, que son típicos de los Graves; la mayor parte son rasgos excéntricos, tales como la dificultad para caminar en una calle descendente, hacer bolitas de miga en la mesa, cansarme de las frases e interrumpirlas a la mitad; caminar con las manos colocadas de un modo característico a la espalda; soy víctima de repentinos y desconcertantes accesos de amnesia total. Esas crisis, según tengo entendido, no tienen ninguna finalidad útil, y tienden a producir en la víctima la misma deshonestidad que se apodera de un sordo cuando pierde el hilo de la conversación: le horroriza sentirse marginado y se apoya en la intuición y en la simulación para salir del paso. Este problema se agudiza durante el invierno. Claro que yo no hablo demasiado, excepto cuando he bebido, o cuando me encuentro con alguien que combatió conmigo en Francia. Los Graves tienen una mente muy hábil para pasar exámenes, escribir versos ingeniosos en latín, llenar cuestionarios, resolver charadas (cuando éramos niños y nos invitaban a reuniones donde había que resolver problemas o hacer juegos mentales, siempre ganábamos). Tienen buena vista y un estilo elegante para los juegos de pelota. Yo heredé la vista pero no el estilo; mi familia materna carece totalmente de estilo. Monto a caballo de un modo feo aunque seguro. Hay cierta frialdad en los Graves que es antisentimental hasta el grado de la insolencia. Es un freno a la calidez de sentimientos que sufre mi familia. Los Graves, es justo generalizar, aunque leales a la clase gobernante británica a la que pertenecen, y a la Constitución, son individualistas; los von Ranke consideran su pertenencia a la clase correspondiente en Alemania como un lazo sagrado que les permite consagrarse de un modo más responsable al servicio de la humanidad. Hace poco, cuando un von Ranke entró en un estudio cinematográfico, la familia se sintió deshonrada.

El don más útil, y a la vez el más peligroso que le debo a mi familia materna —probablemente más a los Cheyne que a los Graves— es que soy siempre capaz, cuando tengo que tratar con funcionarios, u obtener esos privilegios de que las instituciones públicas son tan avaras, de disfrazarme de caballero. Y eso, sin que importe la ropa que lleve en ese momento. Vestir con ropa que los caballeros no suelen usar, sin parecer, pese a ello, un artista o un afeminado, hablar y tener modales irreprochables, me ponen en una posición casi ducal, puesto que sólo el heredero de un ducado, perfectamente seguro de su rango, podría explicar semejante excentricidad. Esto me hace parecer, paradójicamente, más señorial que uno de mis hermanos mayores, que pasó bastantes años como funcionario de un consulado en el Cercano Oriente. Su guardarropa es, de manera demasiado evidente, el de un caballero; y por otra parte no se puede permitir el privilegio pseudo ducal de tener conocidos impresentables, y de decir en todas las ocasiones lo que realmente piensa.

A propósito de este asunto de ser un caballero: con catorce años educándome como tal pagué con tanta dureza dicho privilegio que ahora me siento con derecho a recibir de vez en cuando alguna compensación.

2

Al parecer, mi madre se casó con mi padre en gran parte para ayudarlo a criar a sus cinco hijos. El que ella pudiera tener otros debió de constituir una idea secundaria. De cualquier modo los tuvo, primero una niña, luego otra niña, y aunque era algo muy agradable, ser madre no dejaba de ser ligeramente decepcionante, pues ella pertenecía a una generación y a una tradición en que el hecho verdaderamente importante era el nacimiento de un hijo varón; al fin nací yo, un niño de aspecto muy saludable. Ella tenía entonces cuarenta años y mi padre cuarenta y nueve. Cuatro años más tarde tuvieron otro hijo, y aún cuatro años después nació un tercero. La tan deseada preponderancia de los varones sobre las mujeres se había establecido. Éramos diez en total. Dos generaciones me separaban de mis padres y la distancia me pareció menor que si nos hubiera separado una sola. Los niños rara vez riñen con sus abuelos, y yo me acostumbré a considerar a mis padres como mis abuelos. Además, en una familia con diez hijos, el afecto de los padres tiende a diluirse, y la individualidad a confundirse. Muy a menudo me llamaban:

—¡Philip, Richard, Charles, no, no, quiero decir Robert!

Mi padre era un hombre muy ocupado, inspector de escuelas del distrito de Southwark, en Londres, por lo cual prácticamente no lo veíamos nunca, a excepción de los días festivos. Entonces nos trataba muy afectuosamente y nos contaba cuentos que no comenzaban nunca con el tradicional «Érase una vez…», sino con «Entonces, el viejo jardinero se sonó la nariz con un pañuelo rojo…». A veces participaba en nuestros juegos, pero la mayor parte del tiempo, cuando no estaba ocupado en su labor docente, pasaba el tiempo escribiendo poemas o presidiendo círculos literarios y ligas antialcohólicas. Mi madre se ocupaba de la casa y cumplía con gran cuidado las obligaciones sociales que le imponía el hecho de ser esposa de mi padre, por lo cual tampoco nos veía demasiado fuera de los domingos o cuando caíamos enfermos. Teníamos una nodriza y eso nos parecía compañía más que suficiente. El papel principal de mi padre en nuestra educación consistía en hacernos hablar gramaticalmente, pronunciando con corrección las palabras, sin emplear giros vulgares. Toda la educación religiosa se dejó en manos de nuestra madre, aunque él oficiaba en las plegarias familiares, a las que los sirvientes estaban obligados a asistir, todas las mañanas antes del desayuno. Los castigos ligeros, tales como mandarnos antes a la cama o permanecer de pie en un rincón, quedaban en manos en mi madre; pero ella reservaba los castigos corporales, nunca severos, e infligidos siempre con

una pantufla, a mi padre. Aprendimos a ser firmes moralistas y pasábamos buena parte de nuestro tiempo analizando nuestra conducta y aprendiendo a tomar buenas resoluciones. Mi hermana Rosaleen puso un anuncio con letras impresas en su rincón del cuarto de los niños, del que yo mismo hubiera podido ser el autor: «No debo llamar a nadie con nombre de animal, pues es grosero».

Se nos daba muy poco dinero para nuestros gastos —un penique a la semana que se convertía en dos peniques alrededor de los doce años— y se nos aconsejaba dar por lo menos una parte del dinero que recibíamos, de nuestros tíos o de otras visitas, al Hospicio del doctor Barnard o a los mendigos. Un mendigo ciego se sentaba siempre en la acera de Wimbledon Hill, y leía en voz alta una Biblia impresa en braille; en realidad no era ciego, pero podía volver los ojos y mantener ocultas las pupilas durante unos minutos bajo los párpados artificialmente inflamados. A menudo le dábamos nuestro dinero. Murió rico, después de haber pagado los estudios superiores de su hijo.

El primer escritor célebre de quien guardo recuerdo, aparte de Swinburne, fue P. G. Woodehouse, que era amigo de mi hermano Perceval. Tendría entonces unos veinte años, era miembro del equipo de redacción de *The Glove* y escribía relatos juveniles para la revista *The Captain*. Me dio un penique, y me aconsejó comprar malvaviscos con él. Aunque era yo en aquella época demasiado tímido como para poder expresarle mi gratitud, a partir de entonces nunca me he permitido criticar sus obras.

Me alimentaba un gran fervor religioso, que persistió hasta poco después de mi confirmación a la edad de dieciséis años; recuerdo aún la incredulidad con que escuché por primera vez que existían personas, personas como yo, bautizadas en la iglesia de Inglaterra, que no creían en la divinidad de Jesús. Nunca había conocido a un no creyente.

Aunque les he preguntado a muchos de mis conocidos en qué período de la niñez o de la adolescencia tuvieron conciencia de pertenecer a una determinada clase, ninguno ha logrado darme una respuesta satisfactoria. Recuerdo cómo se produjo en mí tal conocimiento. Tenía yo cuatro años y medio cuando contraje la escarlatina; mi hermano menor acababa de nacer y a mí no me podían atender en casa. Mis padres me enviaron a un hospital para enfermos contagiosos. En la sección infantil había veinte niños proletarios y sólo uno de origen burgués, sin contarme a mí. No advertí que las enfermeras o mis compañeros de enfermedad me trataran de una manera diferente; acepté su bondad y sus mimos con toda naturalidad, por estar acostumbrado a ellos. Pero me llenaron de asombro el respeto y aun la reverencia con que se trataba al otro niño, el hijo de un clérigo.

—¡Oh! —exclamaban las enfermeras después de su partida—, ¡oh, parecía un pequeño caballero a la hora de marcharse, envuelto en su abrigo blanco de piel!

—¡Demasiado tieso, ese joven Matthew! —murmuraban los pequeños proletarios.

Volví a casa después de dos meses de hospital; todos se quejaban de mi acento, y me enteré de que los niños de la guardería eran de lo más vulgar. No sabía qué significaba el término (vulgar); tuvieron que explicármelo. Un año después me encontré con Arthur, un chico de nueve años, que había estado en la guardería y que me había enseñado a jugar a críquet mientras convalecíamos. Lo vi convertido en un muchacho harapiento de la calle. En el hospital todos debíamos llevar las batas reglamentarias, y no había podido adivinar que proveníamos de medios tan distintos. Pero entonces advertí, con mi primer estremecimiento de distinción social, que existían dos clases de cristianos: nosotros… y las clases inferiores. Los sirvientes tenían la obligación aunque fuésemos unos niños diminutos de llamarnos «joven Robert», «señorita Rosaleen», «señorita Clarissa», pero no me había enterado de que aquéllos fueran títulos de respeto. «Joven» y «señorita», en mi opinión constituían prefijos vocativos usados para dirigirse a los niños de las otras casas; pero en ese momento comprendí que los sirvientes eran la clase inferior y que nosotros éramos «nosotros».

Acepté esta separación de clases con la misma naturalidad con que había aceptado los dogmas religiosos, y no la rechacé hasta veinte años después. Mis padres nunca encajaron en el tipo agresivo que pretende «mantenerlos bajo el pie», sino en la burguesía liberal, o más estrictamente, de liberales irlandeses unionistas. En teoría religiosa, por lo menos, trataban a sus empleados como a seres iguales; pero las distinciones sociales estaban claramente definidas. El libro de oraciones las santificaba:

Él los hizo grandes o pequeños
y repartió sus territorios…

Puedo recordar el tono que adoptaba mi madre cuando les informaba a las sirvientas que podían disponer de los restos del pudín, o reprendía a la cocinera por alguna negligencia. Su severidad era forzada; dura casi por la vergüenza. A mi madre, *gemütlicb* por naturaleza, le hubiera gustado, creo yo, haber prescindido completamente de la servidumbre; ésta parecía, en efecto, un elemento extraño en la casa. Recuerdo las habitaciones de los sirvientes. Estaban en el piso superior, en la parte más fea de la casa, y debido a la costumbre de la época, eran los únicos cuartos sin alfombras ni linóleos: catres destartalados de aspecto siniestro, repisas con manteles harapientos de algodón en vez de los roperos con puertas de cristal que había en las otras habitaciones. Aquella dejadez me impedía considerar a los sirvientes como seres del todo humanos. Debo precisar que los sirvientes que trabajaban en casa pertenecían a una clase inferior a la normal; sólo a quienes no tenían cartas de recomendación especialmente brillantes se les ocurría solicitar un puesto en una familia con diez hijos. Y como vivíamos en una casa demasiado

grande, y no había un miembro de la familia que tuviera su habitación en orden, era muy raro que no se marcharan al poco de haber llegado. Demasiado trabajo, decían.

Nuestra nodriza servía de intermediario entre los sirvientes y nosotros. Nada más llegar presentó su pasaporte:

—Emily Dykes es mi nombre; Inglaterra, mi país; Netheravon, mi ciudad, y Cristo, mi salvación.

Aunque nos hablaba usando el «joven» y «señorita» adecuados, no empleaba el tono de los sirvientes. En la práctica, Emily fue para nosotros más que una madre. Yo no la desprecié hasta después de haber cumplido los doce años —era entonces la nodriza de mis hermanos menores—, cuando descubrí que mi educación era superior a la suya, y que si discutía con ella podía conducirla fácilmente a las conclusiones que me proponía. Además, frecuentaba una iglesia baptista; yo ya sabía para esas fechas que los baptistas, igual que los wesleyanos y los congregacionistas eran socialmente inferiores a los miembros de la Iglesia de Inglaterra.

Mi madre me inculcó un horror al catolicismo romano, que duró en mí mucho tiempo. En realidad, si rechacé el protestantismo, no fue por haber superado su código ético, sino por el horror que me producía el elemento católico implícito en él. La educación religiosa desarrolló en mí una enorme capacidad de temor (me torturaba perpetuamente el miedo al infierno), una conciencia supersticiosa y una inhibición sexual de la que me ha sido muy difícil liberarme.

La última idea que pierde un protestante cuando deja de creer es la visión de Cristo como el hombre perfecto. Ésta persistió en mí, de una manera sentimental, durante muchos años.

A los dieciocho escribí un poema titulado: «En el desierto», sobre el encuentro de Cristo y el chivo expiatorio en medio del desierto, algo, desde luego, inconcebible, ya que al chivo expiatorio le arrojan siempre por un acantilado sus servidores levíticos. «En el desierto» ha aparecido desde entonces por lo menos en setenta antologías. Recibo a menudo cartas de desconocidos que me dicen que el poema los ha alentado, y que si podría, etc.

3

Asistí a varias escuelas primarias a partir de los seis años. La primera fue la escuela de una dama de Wimbledon; pero mi madre, que era experta en materias educativas, no permitió que me quedase allí mucho tiempo. Un día me encontró llorando por la dificultad que ofrecía la memorización de la tabla de multiplicar del veintitrés. El libro de historia que utilizábamos estaba redactado en forma de preguntas y respuestas; comenzaba así:

Pregunta: ¿Por qué los bretones recibieron ese nombre?

Respuesta: Porque se pintaban de azul.

Por supuesto que mi padre lo desaprobó. Nos hacían recitar las tablas matemáticas con un metrónomo; un día me oriné de angustia por esa tortura. Entonces, mi padre me envió al King's College School, en Wimbledon. Tenía yo siete años y era el alumno más joven; algunos tenían diecinueve años. Dos trimestres más tarde mi padre me sacó de allí porque supo que aprendía malas palabras y no comprendía las lecciones. Había comenzado con el latín, pero nadie me explicaba qué significaba el latín; sus declinaciones y conjugaciones no eran para mí más que fórmulas mágicas. En cuanto a las malas palabras me parecían también términos mágicos. Me oprimía el inmenso salón, los enormes muchachos, el vacío atemorizador de los largos corredores y las sesiones obligatorias de rugby, cuyas reglas nadie me explicaba. De ahí, fui a Rokeby, una escuela normal, también en Wimbledon, donde permanecí unos tres años. Allí comencé a hacer deporte de una manera seria, me volví belicoso, vanidoso y dominante, gané premios y coleccioné objetos. La principal diferencia que se estableció con los otros alumnos se refería a que yo coleccionaba monedas en vez de estampillas. El valor de las monedas me pareció menos ficticio. El director me castigó una vez con una vara: me había olvidado los zapatos de gimnasia en casa. Aunque sólo me dio dos golpes en cada mano, aún hoy el recuerdo me hace hervir la sangre de resentimiento. Allí comenzó mi aprendizaje serio para convertirme en un caballero.

Me parece haber omitido una escuela… Penrallt, una escuela situada en las colinas que se extendían detrás de Llanoedr. Era la primera vez que abandonaba mi casa. No estuve allí más que un trimestre para mejorar mi estado de salud. Fue allí donde recibí mi primer correctivo. Un domingo el director, un pastor, me dio una

buena ración de varazos en las nalgas por haberme equivocado de lección. Hasta entonces nunca había intervenido la violencia en mi formación religiosa. En la escuela de la dama de Wimbledon teníamos también lecciones de religión, pero nunca recibíamos castigos corporales cuando cometíamos algún error; competíamos, por el contrario, para obtener premios; se trataba casi siempre de textos bíblicos muy ornamentados que podíamos llevar a nuestras casas y colgar sobre nuestro lecho. Un muchacho de Penrallt llamado Ronny se convirtió en el personaje más fabuloso que yo hubiera conocido nunca. Tenía una cabaña en lo alto de un pino a la que nadie más podía subir, un enorme cuchillo que era la punta de una bayoneta y que él mismo había robado; mataba pichones con una honda, los cocinaba y se los comía en su cabaña. Ronny me trató con amabilidad: más tarde entró en la Marina, desertó en el primer viaje y nadie volvió jamás a saber de él. Acostumbraba a montar las vacas y los caballos que veía en el campo. En Penrallt encontré un libro que contenía las baladas *Chevy Chase* y *Sir Atidrew Barton*. Son los dos primeros poemas verdaderos que recuerdo haber leído. Podía apreciar ya su calidad. Por otra parte, había una piscina al aire libre donde todos los muchachos nadaban desnudos, y a mí me sobrecogió de horror aquel espectáculo. Un muchacho de diecinueve años tenía el cuerpo cubierto de pelo rojo, un pelo real, malo, irlandés y rojo, por todo el cuerpo. Yo no sabía que en el cuerpo podía haber pelo. Además, el director tenía una hija pequeña, con una amiguita pequeña; y yo sudaba de horror cada vez que las veía. No tenían hermanos y una vez habían tratado de descubrir los misterios de la anatomía masculina, explorando por debajo del cuello abierto de mi camisa mientras desenterrábamos raíces en el jardín.

Otra experiencia aterrorizante de esta etapa de mi vida: En una ocasión tuve que esperar a mis hermanas en el vestíbulo de la Wimbledon High School. Nos iban a hacer una fotografía juntos. Las esperé en un rincón durante cerca de un cuarto de hora. Debía de tener por entonces diez años. Centenares y centenares de chicas pasaron y volvieron a pasar por delante de mí: me miraban, se reían y se murmuraban algo unas a otras. Sabía que me odiaban por ser un muchacho sentado en el vestíbulo de una escuela femenina; y mis hermanas, al llegar, parecieron avergonzarse de mi presencia y se comportaron de una manera muy distinta a la de las hermanas que yo conocía en mi casa. Había irrumpido en un mundo secreto, y durante meses, y aun años, mis peores pesadillas volvían a aquella escuela de mujeres que siempre estaba llena de pelotas multicolores. «Muy freudiano», se diría ahora. Esas dos aventuras retardaron durante varios años mis instintos naturales. En 1912, pasamos nuestras vacaciones de Navidad en Bruselas. Una muchacha irlandesa que vivía en la misma pensión que nosotros trató de hacerme el amor de una manera, ahora puedo advertirlo, muy tierna. Pero me espantó tanto que habría podido matarla perfectamente.

En las escuelas primarias y en los internados los idilios son necesariamente homosexuales. Se desprecia al sexo opuesto y se considera una obscenidad, y son

numerosos los muchachos que no se recuperan jamás de esta perversión inicial. Por un homosexual de nacimiento, el sistema de interesados fabrica por lo menos diez pseudohomosexuales permanentes: nueve de estos diez son tan honestamente castos y sentimentales como lo era yo.

Dejé la escuela diurna de Wimbledon porque mi padre decidió que el nivel de enseñanza que tenía no era suficiente para permitirme obtener una beca en un internado. Me envió a otra escuela en Rugby, donde la esposa del director resultó ser hermana de un viejo amigo suyo. El lugar no me gustaba. Había un secreto sobre el director que algunos de los alumnos compartían… un secreto de alguna manera siniestro. Lo cierto es que un día entró en la clase dándose puñetazos en la cara, sollozando y murmurando:

—¡Gracias a Dios no lo he hecho! ¡Gracias a Dios no lo he hecho! —mi padre me sacó precipitadamente una semana después. Al director se le dieron veinticuatro horas para abandonar el país, lo reemplazó el subdirector, un hombre afable que me enseñó a escribir eliminando todas las frases de las que se podía prescindir, y a usar verbos y sustantivos en vez de adjetivos y adverbios cada vez que fuera posible; cuándo y cómo empezar un nuevo parágrafo, y la diferencia existente entre «o» y «oh». El señor Lush era un hombre muy corpulento, que solía estar en su escritorio y apoyaba los pulgares sobre la superficie hasta que quedaban en línea recta. Quince días después de haber asumido la dirección del centro, se cayó de cabeza de un tren, y ése fue su fin. Ocasionalmente recibo peticiones para que contribuya a los fondos de ex alumnos para construir alguna placa conmemorativa o instalar un campo de tiro en miniatura, etc.

Fue allí donde me inicié en el rugby. Pero lo que más me sorprendió en aquel lugar fue la actitud de un muchacho de unos doce años, cuando se enteró por un telegrama de que sus padres habían muerto repentinamente de cólera en la India. Todos lo observábamos llenos de simpatía hacia él durante las semanas siguientes, esperando que muriera de dolor, se volviera negro o realizara algún prodigio que estuviera a la altura de aquellas dolorosas circunstancias. ¡Pero no!, parecía que aquello no le conmovía lo más mínimo, y como nadie se atrevía a discutir la tragedia con él, parecía haberse olvidado de ella, y jugaba al rugby y a los demás deportes como si no hubiese ocurrido nada. A nosotros, tal actitud nos parecía monstruosa. Pero aquel muchacho no había visto a sus padres desde hacía dos años; y los alumnos en las escuelas primarias viven en un mundo absolutamente disociado de la vida familiar. Tienen un vocabulario diferente, un sistema moral diferente, incluso una voz diferente. Al volver a la escuela después de las vacaciones el paso del *yo* familiar al *yo* escolar se efectúa casi instantáneamente, mientras que el proceso inverso requiere por lo menos quince días. Un alumno de primaria cuando se descuida llama a su madre «señora», y siempre que se dirige a un familiar varón o a algún amigo de la

familia le llamaría «señor», como a un maestro. A mí me ocurría a menudo. La vida escolar se convierte en la realidad y la familiar en una ilusión. En Inglaterra, los padres de las clases dirigentes pierden virtualmente todo contacto íntimo con sus hijos a la edad de ocho años, y cualquier intento de introducir un sentimiento de vida hogareña en la escuela les resulta incómodo a sus hijos.

Después fui a Copthorne, una típica buena escuela en Sussex. El director había tenido sus dudas en permitir mi inscripción, en parte por mi edad, pero sobre todo por provenir de una escuela con tan mala reputación últimamente; pero las relaciones literarias de mi familia facilitaron el asunto, y el director se dio cuenta de que yo podía ganar una beca si ponía cierta atención. El estado de depresión en que me encontraba terminó casi al momento de llegar. A mi hermano menor, Charles, le inscribieron en esta escuela poco después de mi llegada, abandonó la escuela diurna de Wimbledon, y muy pronto le siguió John, el más joven de todos, que llegó directamente de casa. La excelencia de la escuela se puede comprobar en el caso de John, una persona típica, buena y normal que, como he dicho, fue allí directamente desde casa. John pasó cinco o seis años en Copthorne, donde formó parte del equipo de críquet, recibió la mejor beca para asistir a una escuela pública, le nombraron jefe de su curso en la escuela y consiguió un buen número de medallas por sus actividades atléticas. Después fue becario en Oxford, donde obtuvo nuevas distinciones como deportista y una buena licenciatura… y luego, ¿qué hizo luego? Como era una persona típica, buena y normal, naturalmente volvió para ser maestro de su vieja típica y buena escuela preparatoria, y ahora que está allí desde hace varios años y necesita un cambio, prepara su solicitud para obtener una plaza en su vieja escuela privada. Si lo logra supongo que se convertirá después de unos años en director, y eventualmente el próximo paso que dará será solicitar un puesto en su viejo colegio universitario en Oxford. Eso puede dar una idea de cuán buena y típica era la escuela de Copthorne.

Allí aprendí a sostener el mazo de la forma correcta al jugar al críquet, y a tener un elevado sentido de la moral, y a dominar mi quinta pronunciación de latín, y mi quinto o sexto nuevo método de hacer las operaciones de aritmética. Me colocaron en la clase superior y conseguí una beca. En efecto, obtuve la mejor beca ese año. Para estudiar en Charterhouse. ¿Por qué en Charterhouse? Debido a ἵστημι y ἵημι. Charterhouse era la única escuela privada cuyo examen de ingreso no contenía un cuestionario en griego. Yo me defendía bastante bien en traducción y en composición, pero no podía conjugar correctamente los verbos a ἵστημι y ἵημι. Sin esos dos verbos yo me hubiera encontrado con toda seguridad en un ambiente muy diferente en Winchester.

4

Mi madre nos llevó, entre mis dos y doce años, cinco veces a casa de mi abuelo en Alemania. Luego él murió y nunca más volvimos allí. Poseía una gran villa antigua en Leisenhofen, a trece kilómetros de Munich, llamada *Laufzorn,* que significa: «Apacigúate, cólera». Los veranos que pasamos allí constituyen sin duda alguna los más bellos recuerdos de mi primera infancia. Bosques de pinos, un sol caliente, ciervos, ardillas negras y rojizas, campos de frambuesas y de fresas silvestres; nueve o diez variedades de setas comestibles que íbamos a recoger al bosque, campos cubiertos de flores desconocidas. Munich es una ciudad situada a una altura considerable, y sus alrededores poseen aún una flora de montaña; una granja con todos los animales conocidos menos los corderos; paseos por el campo en el coche de mi abuelo, tirado por caballos grises; y baños en el Isar bajo una cascada. El Isar era de un verde brillante y, según se dice, es el río más rápido de toda Europa. Íbamos a visitar a unos tíos que tenían una granja con pavos reales a unos cuantos kilómetros de distancia; y a un tío abuelo, Johannes von Ranke, el etnólogo, que vivía a orillas del lago Tegernsee. En aquella región todo el mundo es rubio como el trigo, y a veces íbamos a ver a mi tía Agnes, Freifrau Baronin von Aufsess del castillo de Aufsess, a unas cuantas horas de tren, en el corazón de los Alpes bávaros.

El castillo de Aufsess, construido en el siglo IX, estaba situado en un sitio tan remoto que nunca fue saqueado, y había sido propiedad de los Aufsess desde el principio. A la construcción original, una fortaleza a la que sólo se podía entrar por una barbacana, se había añadido un castillo medieval. Los tesoros de plata y las armaduras que contenía eran sorprendentes. Mi tío Siegfried nos mostraba a los niños la capilla; en las paredes pendían los escudos esmaltados de todos los barones de Aufsess, junto a las armas de las familias con las que habían emparentado. Nos señalaba una piedra en el suelo que se podía levantar por medio de una argolla metálica y decía:

—Ésta es la bóveda de la familia, donde todos los Ausfess son depositados al morir. Allí iré a dar yo con mi cuerpo un día —y se estremecía cómicamente.

(Pero murió en la guerra como un oficial del Estado Mayor Imperial alemán y según creo su cuerpo nunca fue identificado). El tío Siegfried tenía un sentido del humor especial. Un día (éramos aún niños) lo vimos comiendo guijarros por un sendero del jardín. Nos ordenó alejarnos, pero por supuesto nosotros nos quedamos

allí, nos sentamos y tratamos de comer guijarros; lo único que nos dijo, y lo hizo con la mayor seriedad del mundo, fue que los niños no debían comer guijarros, porque corrían el riesgo de romperse los dientes. Estuvimos de acuerdo con él después de hacer uno o dos intentos. Luego, eligió para cada uno de nosotros un guijarro que era en apariencia igual a los demás, pero que se rompía fácilmente y estaba lleno de chocolate. Fue con la condición de que nos alejáramos del lugar y le dejáramos encontrar y morder sus guijarros en paz. Cuando volvimos, más tarde, buscamos y buscamos, pero sólo encontramos piedras duras y ordinarias. Jamás nos dejaba partir sin hacernos una broma de ese tipo.

Entre los tesoros del castillo había un gorrito de bebé de encaje cuyo tejido había exigido dos años de trabajo; y un vaso de vino que el padre de mi tío abuelo había visto en la guerra franco-prusiana, intacto en medio de la plaza de un pueblo francés destruido por completo. En la cena, cuando íbamos de visita, comíamos truchas enormes. Mi padre, un pescador experimentado, le preguntó a mi tío con estupor de dónde procedía aquel pescado. Él explicaba que cerca del castillo había un pozo de agua alimentado por un río subterráneo, y que los peces que emergían eran completamente blancos debido a la oscuridad, de un tamaño extraordinario, y ciegos del todo.

Nos daban también una mermelada hecha de grosellas silvestres, que ellos llamaban *Hetchi-petch*, y nos mostraban un cofre de hierro que había en un cuartito de muros enormes y encalados hasta la altura del arcón. Éste era de un tamaño desmesurado, dos veces más grande que la puerta y era evidente que había sido construido en el interior de aquella habitación cuyas ventanas eran estrechas rendijas. Tenía dos llaves, debía de ser una obra de los siglos XII o XIII. La tradición exigía que no debía abrirse nunca a menos que el castillo se encontrara en el mayor peligro. Una llave pertenecía al barón y la otra a su mayordomo. El cofre podía abrirse sólo si las dos llaves se usaban a la vez; y nadie sabía qué contenía; se consideraba maléfico hasta especular sobre ello. Por supuesto, nosotros especulábamos. Podía ser oro; podía ser una reserva de trigo en vasijas selladas; podía ser también un arma… un fuego griego, tal vez. Por lo que yo sabía de los Aufsess y de sus mayordomos, resultaba inconcebible que aquel cofre hubiera escapado a su curiosidad. Un fantasma recorría el castillo, el fantasma de un antiguo barón conocido como el Caballero Rojo; su aterrador retrato colgaba en mitad de la escalera de caracol que conducía a nuestras habitaciones. Fue allí donde por primera vez nos acostamos en colchones de pluma.

Laufzorn, que mi abuelo había comprado en condiciones ruinosas y restaurado, no podía compararse en tradición con Aufsess, aunque durante algún tiempo hubiera sido pabellón de caza de los reyes de Baviera. Dos fantasmas habitaban el lugar; los trabajadores de la finca los habían visto con cierta frecuencia. Uno de ellos era un carruaje que corría enloquecidamente sin caballos, lo que antes de la aparición del automóvil era una visión bastante horrible. No he vuelto desde mi niñez a ver el salón

de banquetes, por lo cual me resulta difícil recordar sus verdaderas dimensiones. Parecía tan grande como una catedral, con ventanas de cristal biselado, y suelos de madera desnuda, amueblado sólo en las cuatro esquinas con pequeñas islas de mesas y sillas; las golondrinas habían hecho hileras de nidos en las vigas. La luz que se filtraba por las ventanas dibujaba figuras de colores en el suelo, en las paredes se alineaban las cabezas de todos los ciervos que mi abuelo había cazado y disecado, las golondrinas volaban bajo sus nidos y nosotros cantábamos canciones alemanas en un pequeño armonio colocado en un rincón. A eso se reducen mis recuerdos de Laufzorn. La planta baja formaba parte de la granja. Un pasadizo lo atravesaba de un extremo a otro, con un amplio corral cubierto en medio, donde se guardaba el ganado en la época de las riñas feudales. Las dependencias del administrador se hallaban a un lado del pasadizo, y al otro se encontraban las habitaciones de los sirvientes y una cocina. Mi abuelo y su familia ocupaban la planta intermedia, y la tercera se usaba para almacenar maíz, manzanas y otros productos de la finca, y allí mi primo Wilhelm, al que derribaría en una batalla aérea un compañero mío de escuela, pasaba horas enteras tirado en el suelo disparando a los ratones con una carabina de aire comprimido.

Añorábamos la riqueza y variedad de la cocina bávara cada vez que volvíamos a Inglaterra. Nos gustaba el pan de centeno, el oscuro jarabe de arce, los enormes pasteles helados de zumo de frambuesa y nieve almacenada durante el invierno en una nevera, que eran la pasión de mi abuelo, así como los pasteles de miel, las pastas y en especial las salsas hechas con distintos tipos de setas. Sin hablar de los *pretzels*, las zanahorias cocidas con azúcar y los pasteles de arándano y de arrayán. En el huerto que se extendía tras la casa, podíamos comer todas las manzanas, peras y ciruelas que quisiéramos. En el jardín había también hileras de cerezos y melocotoneros. La propiedad, a pesar de la reciente adquisición de mi abuelo, de su liberalismo y sus experimentos con métodos modernos de agricultura, conservaba su aire feudal. Los campesinos, pobres, sudorosos, de aspecto salvaje, hablaban un dialecto que nosotros no comprendíamos, y nos producían verdadero miedo. Su condición social era inferior a la de los sirvientes de la casa; y en cuanto a la colonia de italianos que mi abuelo había importado como mano de obra barata para su fábrica de ladrillos e instalado a unos quinientos metros de la casa, nosotros los asimilábamos a los gitanos del bosque de la canción. Un día mi abuelo nos llevó a la fábrica y me hizo probar una porción de *polenta*. Otro día, cuando empezamos a quejarnos por un pudín de leche ligeramente quemado, mi madre nos dijo:

—Aquellos pobres italianos de la fábrica de tu abuelo, suelen quemar a veces su *polenta* para variar un poco de sabor.

Más allá de los edificios de la finca en Laufzorn se extendía un gran estanque, flanqueado por iris y lleno de carpas. Cada tres o cuatro años mis tíos tendían las redes. En una ocasión contemplamos la operación y gritamos de placer a medida que veíamos subir la red cada vez más cerca del embarcadero. Salió a la superficie llena

de carpas, con un gran lucio que batía el agua con la cola. Corrí a ayudar a extraer la red y seis anguilas negras se enrollaron en mis piernas como tubos de goma; hubo que ponerles sal en la cola para que no se escaparan. Los campesinos estaban enormemente excitados; uno de ellos cogió un pescado por la cola y se lo comió crudo. También recuerdo la vía férrea que cubría un espacio de unos tres kilómetros entre la estación de ferrocarril y la fábrica de ladrillos. El terreno tenía entre esos dos puntos posiblemente una inclinación de un uno por ciento. Los italianos cargaban los furgones de ladrillos en el patio de la fábrica; luego un pelotón empujaba el furgón unos veinte o treinta metros hasta que se deslizaba solo hacia la estación.

Teníamos derecho a subir a los balcones del gran granero y saltar sobre las pilas de heno; poco a poco fuimos aumentando la altura de nuestros saltos. Era formidable sentir que nuestras entrañas nos abandonaban en mitad de la caída. En una ocasión visitamos las bodegas de Laufzorn, no donde se guardaba la cerveza, sino otra a la que había que descender por el patio, bastante oscura pues sólo recibía luz de una pequeña y estrecha ventana. En el suelo había un montón enorme de patatas; para atrapar la luz se habían cubierto de una maraña de largos tallos, blancos y retorcidos, que iban en todas direcciones. En un rincón había un agujero oscuro cerrado por una reja: un pasaje secreto que comunicaba la casa con un monasterio en ruinas situado a un kilómetro y medio de distancia; por lo menos eso nos dijeron. Mis tíos habían recorrido una parte del subterráneo, pero el aire era malo y tuvieron que regresar; la reja se puso para impedir que alguien más tratara de repetir la excursión arriesgándose a no volver. Pero yo pensé que trataban de burlarse de nosotros, y que aquel pasaje conduciría a un *garde-robe*, que es el nombre cortés con que se designa a los sótanos medievales.

Cuando salíamos a pasear en coche con mi abuelo, lo aclamaban con expresiones de *Grüss Gott, herr Professor*! los personajes principales de todos los villorrios que atravesábamos. Cada aldea contaba con una gran posada dotada de un terreno para los coches, y de una gran asta con rayas, como el rótulo de un barbero, azules y blancas, los colores nacionales de Baviera. Manzanos y perales se alineaban a lo largo del camino: que aquellos árboles frutales se abandonasen al público sin vigilancia alguna no dejaba de asombrarnos y no podíamos comprender cómo quedaban frutos en ellos. En los jardines de Wimbledon, hasta a los castaños de Indias los sacudían con piedras y palos, mucho antes de que las castañas estuvieran maduras, a pesar de la energía del vigilante del lugar. Lo que menos nos gustaba de Baviera eran los crucifijos por todos los caminos, con la sangre y las heridas reproducidas de manera muy realista, y los exvotos de almas desnudas sumergiéndose en el purgatorio y gritando de angustia entre altas llamas rojas y amarillas. Aunque se nos había enseñado a creer en el Infierno, no nos gustaba que nos recordaran su existencia.

Munich nos pareció una ciudad siniestra… vaharadas desagradables de cerveza y humo de cigarrillos; en los restaurantes se comía con ruido excesivo; en los tranvías y

trenes la población, enormemente robusta, llevaba ropa demasiado gruesa; los oficiales parecían feroces. Además, estaba la aterrorizadora Morgue donde la presencia de niños estaba prohibida. Cualquier personaje distinguido que moría era conducido a la Morgue, según nos informaron, sentado en una silla; donde permanecía durante uno o dos días. Si era un general, llevaba puesto el uniforme, si era la mujer de un burgomaestre, llevaba sus prendas de seda y sus joyas. Les sujetaban los dedos con cuerdas, cuyo mínimo movimiento hacía sonar una gran campana, en el caso de que hubiera aún el menor indicio de vida en el cuerpo. Nunca he comprobado la verdad de esto, pero para mí era suficientemente cierto. Cuando mi abuelo murió, un año después de nuestra última visita, me lo imaginé en la Morgue con su abundante cabellera blanca, vestido con la chaqueta que llevaba por las mañanas, sus pantalones de rayas, sin olvidar sus condecoraciones y su estetoscopio. Y tal vez, pensaba yo, un sombrero de seda, guantes y un bastón en una mesa a su lado. Tratando, como en una pesadilla, de sentirse vivo, pero sabiéndose definitivamente muerto.

El director de la escuela de Rokeby, que me había dado una buena paliza por haberme olvidado los zapatos de gimnasia, era un amante de la cultura alemana, e imprimía este sentimiento a la escuela, de manera que contaba a mi favor que yo supiera hablar alemán y hubiera visitado Alemania. En las otras escuelas primarias estos lazos que me unían con Alemania tenían el carácter de una falta excusable y, a veces, despertaban algún interés. Sólo en Charterhouse se consideraron una ofensa social. Mi historia a partir de los catorce años, cuando fui a Charterhouse, hasta poco antes del final de la guerra, cuando comencé a pensar por mi cuenta, es un rechazo forzado a lo que había en mí de alemán. Yo insistía, por lo general con indignación, en que era irlandés y basaba toda mi defensa en el argumento de que la nacionalidad paterna era la única que contaba. Por supuesto aceptaba también enteramente el sistema patriarcal imperante, convencido de la supremacía natural del hombre sobre las mujeres. Mi madre asumió el concepto de «amor, honor y obediencia» literalmente; a mis hermanas las educaron de manera que lamentaron siempre no haber nacido varones, les horrorizaba la idea del voto femenino, y no aspiraban a recibir una educación tan completa como la de sus hermanos. Ante cualquier cuestión difícil que se presentara en la casa la decisión final debía tomarla mi padre. Mi madre decía:

—Dos personas no pueden montar el mismo caballo sin que una vaya delante de la otra.

Nosotros no hablábamos el alemán correctamente; nunca llegamos a dominar los géneros ni ciertos problemas sintácticos, igual que no aprendimos nunca a leer el alfabeto gótico. Nuestro conocimiento del espíritu de la lengua, sin embargo, era tal, que yo creo que conozco el alemán bastante mejor que el francés, aunque puedo leer

el francés casi con la misma facilidad que el inglés, y en cambio el alemán sólo con dificultad, lentamente y con la ayuda de un diccionario. Uso diferentes partes de mi mente para cada una de estas lenguas. El francés es una adquisición superficial que olvidaría muy fácilmente si no me viera obligado a hablarlo de vez en cuando.

5

En Wimbledon pasé buena parte de mi juventud. No nos deshicimos de nuestra casa, una casa grande en las afueras, hasta después de terminada la guerra; sin embargo no puedo recordar nada importante que haya ocurrido allí. A partir de los once o los doce años estuve siempre interno en alguna escuela, y en primavera y verano íbamos al campo, de manera que pasábamos en Wimbledon sólo la Navidad y un día o dos al comienzo y al final de las otras vacaciones. Londres quedaba a media hora de distancia, y sin embargo fui en raras ocasiones. Nunca nos llevaban al teatro ni a los espectáculos de pantomima, de manera que a mediados de la guerra yo había ido al teatro exactamente dos veces en mi vida, y sólo a funciones infantiles, gracias a la amabilidad de una tía. Mi madre nos educó para que fuésemos personas serias, capaces de rendir un servicio público a la humanidad; no nos dejó entrever nada de la suciedad, las intrigas y la lujuria del mundo, creyendo que la inocencia sería la mejor protección contra ellas. Censuraba nuestras lecturas con el mayor cuidado. Yo estaba destinado a ser «si no un gran hombre por lo menos un hombre bueno». Nuestras recreaciones eran instructivas o estéticas: Kew Gardens, Hampton Court, el zoológico, el Museo Británico o el Museo de Historia Natural. Me acuerdo aún de la emoción que hizo brillar los ojos de mi madre cuando un día, en la sala del tesoro del Museo Británico, nos anunció que todas aquellas cosas maravillosas eran nuestras. La miramos con estupor.

—Sí —nos dijo—; nos pertenecen por ser miembros del público. Podemos admirarlas y estudiarlas durante todo el tiempo que se nos antoje. Si las tuviéramos en casa no las observaríamos mejor. Además, nos las podrían robar.

Leíamos más libros que la mayoría de los niños. Debía haber en la casa unos cuatro o cinco mil volúmenes. Consistían en la biblioteca que heredó mi padre de mi homónimo, a quien ya he mencionado como amigo de Wordsworth, pero que sostenía una amistad mucho más tierna con Felicia Hemans; a ella se añadía la biblioteca particular de mi padre, formada en su mayor parte por libros de poesía, y con un armario especial destinado a la literatura anglo-irlandesa. En cuanto a mi madre, había enriquecido aquel fondo con obras devotas; las editoriales le enviaban a mi padre manuales escolares con la esperanza de que recomendara su uso en las escuelas estatales; mis hermanos y hermanas mayores contribuían con novelas y mis libros de aventuras.

Mi madre nos contaba relatos sobre inventores y doctores que ofrendaban sus vidas por el bien de la humanidad sufriente, y de muchachos pobres que luchaban para llegar a la cima de la sociedad, y de santos cuyas vidas debían servirnos de ejemplo. También la parábola de un rey que tenía un jardín muy bello, abierto al público. Dos estudiantes entraban; y uno, de quien mi madre hablaba siempre con tono desdeñoso, encontraba malas hierbas hasta en los arriates de lo tulipanes; en cambio el otro, y aquí su rostro resplandecía, descubría flores espléndidas hasta en el basurero. Mantenía al margen el tema de la guerra siempre que le era posible, pues le resultaba muy difícil explicarnos por qué Dios permitía las guerras. La guerra de los bóers ensombreció mi primera infancia: Philip, mi hermano mayor, que se consideraba un feniano (es decir, un revolucionario irlandés independentista) era también un pro-bóer, y recuerdo la gran tensión que se producía a la hora del desayuno entre él y mi padre, cuyas ideas políticas nunca fueron radicales.

La venta de la casa de Wimbledon resolvió muchos problemas. Mi padre detestaba deshacerse de cualquier cosa que pudiera resultarnos aún útil, y después de veinticinco años se había acumulado gran cantidad de trastos inservibles. El armario de las medicinas era sin lugar a dudas el lugar más rico en anécdotas de toda la casa. Nadie podía decir que estuviera en desorden; todas las botellas tenían un tapón de cristal, pero estaban tan mezcladas unas con otras y eran tantas que sólo mi madre, que tenía una excelente memoria, podía reconocerlas. Cada determinados años las revisaba y rehacía las etiquetas de aquellas sobre las que podía tener alguna duda. «Ésta debe de ser la pomada para los juanetes de Alfred», o «Estricnina» y un interrogante. Incluso los medicamentos empleados para la escarlatina o las paperas se conservaban por si se daba el caso de una reinfección. Era una entusiasta de las etiquetas. Escribía en mis libros: «Robert Ranke Graves recibió este libro como premio por ser el primero en aplicación y el segundo en composición de su clase. También obtuvo un premio especial en religión, a pesar de ser el alumno más joven de la clase. Escrito por su afectuosa madre, Amy Graves, en el verano de 1908». Los frascos de confituras caseras llegaban a la mesa siempre muy bien documentados. Se podía leer en uno pequeño: «Grosellas, limón y ruibarbo. Se le ha añadido un poco de jarabe de frambuesa comprado en la tienda. Preparado por Nelly».

Tres expresiones y una historia favorita de mi madre:

—Niños, les ordeno, en mi calidad de madre, no sacudir nunca ningún objeto con las manos. El rey de Hannover perdió un ojo al jugar con un portamonedas de metal.

»Niños, les ordeno, en mi calidad de madre, tener mucho cuidado al subir las escaleras con las velas. La vela es un pequeño recipiente de grasa.

»Había una vez un francés que murió de tristeza por no poder convertirse en madre.

La historia que nos contaba a la luz de una vela era la siguiente:

—Había una vez una familia de campesinos que vivía en Schleswig-Holstein, región donde todas las personas tienen la boca torcida. Una noche quisieron apagar

una vela. La boca del padre estaba torcida hacia la izquierda: ¡así! y quiso apagar la vela: ¡así! Pero era tan orgulloso que no colocaba la vela a un lado, de manera que soplaba y soplaba y no podía apagar la vela. Entonces la madre lo intentó, pero su boca estaba torcida hacia la derecha: ¡así!; trató de soplar: ¡así! Pero era tan orgullosa que sostenía la vela enfrente de ella, sopló y sopló pero no pudo apagarla. Uno de los hermanos tenía la boca torcida hacia arriba: ¡así! y la hermana la tenía torcida hacia abajo: ¡así! Cada uno trató de apagar la vela: ¡así y así! Había un bebé idiota que tenía la boca torcida en una eterna sonrisa: ¡así!, que también trató de apagar la vela. Hasta que al fin, una hermosa sirvienta procedente de Copenhague, con la boca perfectamente formada llegó y apagó la vela con su zapato: ¡Así! ¡Flop!

Estos ejemplos pueden mostrar todo lo que, como escritor, le debo a mi madre. También me enseñó a «decir la verdad y a rechazar al demonio». Su exhortación preferida era: «Hijo mío, pon toda tu fuerza en cualquier cosa que emprendas».

Siempre consideré Wimbledon como un lugar desacertado: no era ni ciudad ni campo. El peor día de la casa era el miércoles. Era el día en que mi madre recibía. Debíamos ponernos nuestra mejor ropa para comer pastelillos en el salón, dejarnos besar y comportarnos correctamente. Mis hermanas debían recitar algún poema. Hacia Navidad, fiesta que celebrábamos a la manera alemana, tenían lugar una docena de fiestas infantiles; la excitación nos llegaba a enfermar. No me agrada pensar en Wimbledon.

Todas las primaveras o los veranos, a menos que fuéramos a Alemania o a Francia, lo que hicimos una vez, íbamos a Harlech, en el norte de Gales. Mi madre había construido allí una casa. Antes de que los automóviles llegaran a la costa septentrional de Gales, Harlech era un lugar apacible y muy poco conocido, hasta como centro de golf. Plarlech se divide en tres partes. En primer lugar, está la población misma, en la cima de una cadena de colinas abruptas que se elevan a una altura de ciento cincuenta metros: casas de granito con techos de pizarra y feas ventanas y visillos, capillas de siete u ocho sectas diferentes, las suficientes tiendas como para constituir el centro comercial de la región, y castillo, nuestro lugar favorito para jugar. En segundo término, está la Moría, una especie de llanura arenosa que el mar ha dejado al descubierto al retirarse; una parte de esta llanura se utilizaba como campos de golf. Pero, al norte, se extendía aún un campo salvaje adonde íbamos durante la primavera en busca de huevos de avefrías. La playa se prolongaba más allá del campo de golf; era una playa buena, de arena dura de varios kilómetros de extensión, donde se podía nadar sin el menor peligro, con dunas que permitían jugar al escondite.

La tercera parte de Harlech no la visitaban nunca los aficionados al golf o los pocos veraneantes que llegaban, y muy rara vez lo hacía la gente del pueblo: era un terreno desolado y rocoso que se extendía a espaldas del pueblo. Cuando fuimos creciendo, pasábamos cada vez más tiempo allí, y menos en los campos de golf o en las playas. De vez en cuando encontrábamos granjas y terrenos cultivados perdidos

en las colinas, pero podíamos caminar veinte o treinta kilómetros sin encontrar ningún camino ni pasar cerca de ninguna granja. Al principio íbamos allá con alguna excusa práctica: a recoger mirtillas en las colinas cerca de Maess-y-garnedd; o moras en Gwlawllyn; o a recoger fragmentos de los mosaicos del hipocausto romano (con las huellas de los alfareros impresas aún en ellos) en las ruinas de las villas romanas de Castell Tomeny-mur, o flores silvestres en los márgenes del cauce superior del Artro, o a contemplar las cabras salvajes que ramoneaban más arriba de los montes de Rhinog Fawr, los más elevados de aquella cadena montañosa, o frambuesas en los bosquecillos próximos al lago Cwmbychan; o brezo blanco de una colina sin nombre, más allá de las Marcas Romanas. Pero después de cierto tiempo comenzamos a visitar aquellas colinas sencillamente porque eran agradables para pasear. Su sencillez nos resultaba más agradable que el fastuoso colorido de los Alpes bávaros. Mi mejor amigo en aquella época, mi hermana Rosaleen, era apenas un año mayor que yo.

Aquella región (y no conozco otra semejante) parecía independiente de las leyes de la naturaleza. Uno apenas podía diferenciar allí el paso de las estaciones; el viento soplaba siempre sobre una hierba rala, las corrientes de agua fluían claras y límpidas sobre un lecho de piedras negras. Los corderos de la montaña eran salvajes y libres, capaces de saltar un muro de dos metros de altura (al contrario que los rebaños lentos y perezosos del sur, que no hacían más que engordar en los alrededores de Wimbledon) y cuando estaban en reposo, eran fácilmente confundidos con las rocas cubiertas de liqúenes que se diseminaban por todo el panorama. Pocos árboles crecían por allí, fuera de los nogales, las encinas y algunos arbustos en los valles. Los inviernos eran suaves, de modo que la vegetación de un año sobrevivía hasta la siguiente primavera. Era raro ver algún pájaro, salvo un halcón de vez en cuando, y algún chorlito a lo lejos; por dondequiera que caminábamos, parecía que la osamenta misma de la colina, que era toda de roca, no estuviera a más de cuatro o cinco centímetros bajo nuestros pies.

Como no teníamos sangre galesa, tuvimos muy poca tentación de aprender el galés, y menos aún de familiarizarnos con las leyendas locales, pero considerábamos aquella región como un lugar fuera de toda geografía. Cualquier pastor de rebaños que encontrábamos por azar nos parecía un intruso en nuestra intimidad. Clarissa, Rosaleen y yo fuimos una vez hasta la más remota de las colinas y no vimos una sola persona durante todo un día. Al final llegamos a una pequeña cascada y vimos dos truchas que yacían en la orilla; a diez metros de nosotros se hallaba el pescador, tratando de librar su anzuelo de un arbusto en el que se había enganchado. No nos había visto: sin hacer ruido me acerqué a los pescados y coloqué en la boca de cada uno un manojo de brezo blanco que habíamos recogido esa tarde. Corrimos a escondernos, y yo pregunté:

—¿Nos quedamos a ver?

Pero Clarisa dijo:

—No, no arruinemos la broma —regresamos a casa y nunca volvimos a hablar de aquel incidente, ni siquiera entre nosotros; nunca supimos qué secuelas tuvo…

Si aquello hubiera sido Irlanda, nos hubiéramos impuesto la obligación de aprender el irlandés y las leyendas locales; pero nunca nos llevaron a Irlanda, excepto una vez, cuando yo era aún un niño pequeño. En cambio llegamos a tener un conocimiento más puro de Gales, un lugar donde la historia es demasiado antigua para tener leyendas locales. Mientras paseábamos, inventábamos algunas. Decidimos quién yacía enterrado bajo la Piedra Elevada, y quién había vivido en la cabaña redonda en medio del campamento en ruinas, y en las cuevas del valle donde crecían los grandes fresnos. En nuestras visitas a Alemania, yo había tenido la sensación de hallarme en casa de modo natural, en cambio en Harlech encontraba una paz que era independiente de la historia y de la geografía. El primer poema que escribí, ya con voz propia, se relaciona con aquellas colinas. (El primer poema que escribí como miembro de la familia Graves fue una traducción de una de las sátiras de Catulo).

Nuestro ocupado y distraído padre nunca se preocupó por nosotros; nuestra madre sí se inquietaba. Sin embargo, nos permitía ir a las colinas en cuanto acabábamos de desayunar y no protestaba demasiado si volvíamos mucho después de la hora de cenar. Aunque se mareaba fácilmente en las alturas, jamás nos prohibió ascender a lugares peligrosos, y nunca llegamos a herirnos. Como yo sufría vértigo me propuse consciente y deliberadamente vencer esa limitación. Acostumbrábamos a escalar las torres y torreones del castillo de Harlech. He hecho serios esfuerzos para definir y eliminar mis terrores. El miedo a las alturas fue el primero que logré vencer.

Una cantera en el jardín de nuestra casa de Harlech me proporcionaba una a dos ascensiones fáciles, pero gradualmente inventé otras más y más difíciles. Después de lograr algún nuevo éxito me tendía en la hierba que cubría la colina, con violentas crispaciones nerviosas. En una ocasión estuve a punto de perder pie en un acantilado y poco faltó para que me matara; pero de pronto me pareció que podía improvisar un escalón en el aire, desde el cual tomé impulso para llegar a la cima. Cuando después examiné el lugar, recordé la Tentación de Jesús: la libertad de arrojarse desde una roca para que los ángeles lo llevasen a un lugar seguro. Sin embargo esos incidentes no son raros en el alpinismo. Por ejemplo, mi amigo George Mallory, que más tarde murió casi en la cúspide del Everest, logró una vez una ascensión inexplicable al Snowdon. Había olvidado su pipa en un borde, a mitad de uno de los precipicios de Lliwedd. Descendió a gatas por un sendero para recuperarla, y luego volvió a subir por el mismo camino. Nadie vio qué ruta siguió, pero cuando al día siguiente examinaron el lugar para trazar el récord oficial, encontraron un saliente a lo largo de la roca. Por regla general, en el Club de Alpinistas está prohibido dar a un itinerario el nombre de su descubridor; sólo se describen sus rasgos naturales. Pero en ese caso se hizo una excepción, y la ascensión se describió de la siguiente manera: «*La pipa de Mallory*; una variante de la ruta número 2; véase mapa adjunto. Esta ascensión es

totalmente imposible. La ha realizado sólo una vez, a la luz del crepúsculo, el señor G. H. Mallory».

6

Comenzaré a relatar mi experiencia en Charterhouse School con la evocación del día en que salí de ella, una semana antes del estallido de la guerra. Hablaba de mis sentimientos con Nevill Barbour, dirigente escolar. Ambos estuvimos de acuerdo en que existían sin duda otras escuelas privadas aún más típicas que Charterhouse, pero que preferíamos no creerlo. También convinimos en que aquello era irremediable, debido a que la tradición era tan fuerte que para romperla habría que comenzar por despedir a todos los alumnos y profesores y comenzar de nuevo a partir de cero. Sin embargo, ni siquiera eso hubiera sido suficiente, ya que los mismos muros de los edificios estaban tan impregnados de lo que se consideraba el espíritu de una escuela privada, y que nosotros considerábamos como fuente de todo mal, que hubiera sido necesario demolerlos y construir la escuela en otra parte y con otro nombre. Finalmente, nuestro único pesar por abandonar la escuela estribaba en que el año anterior habíamos tenido libertad, como miembros del sexto curso, para hacer más o menos lo que se nos antojara. En aquel momento nos preparábamos para continuar nuestros estudios en el St. John's College de Oxford, que, según parecía, sería una repetición más turbulenta de Charterhouse. Allí seríamos nosotros, pero podríamos negarnos naturalmente a toda jovialidad y no aceptaríamos de ninguna manera asumir el «espíritu de la escuela», lo que por consiguiente nos enfrentaría con la tontería de las visitas intempestivas en nuestras habitaciones, y con la necesidad de perder la paciencia y pegar a alguien y recibir también algunos golpes como respuesta. No habría paz, probablemente, hasta que llegásernos al tercer año, cuando nos encontráramos en la misma posición en que nos hallábamos aquel último año de nuestra escuela preparatoria.

—En 1917 —dijo Nevill—, un sello oficial pondrá fin a toda esta miseria. Obtendremos nuestros diplomas, y entonces deberemos comenzar de nuevo en alguna horrible profesión.

—Así es —le respondí.

—Dios mío —dijo, volviéndose repentinamente hacia mí—. No puedo soportar esa perspectiva. Algo debe interponerse entre Oxford y yo; por lo menos debería pasar en el extranjero todas las vacaciones.

Yo sostenía que tres meses no bastaban. Tenía la vaga idea de embarcarme en la marina mercante.

—¿Te das cuenta —me preguntó Nevill— de que hemos pasado catorce años de nuestra vida dedicados principalmente al latín y al griego, que ni siquiera nos han enseñado correctamente estas lenguas, y que debemos soportar otros tres años de lo mismo?

Sin embargo, cuando terminamos de expresar nuestras quejas sobre Charterhouse, le recordé, o tal vez él a mí, no me acuerdo:

—Por supuesto, el problema es que en la escuela uno encuentra siempre por lo menos dos maestros bastante admirables, entre los cuarenta o cincuenta que integran el cuerpo docente, y diez individuos bastante decentes entre los quinientos o seiscientos alumnos. Nunca podremos olvidarlos, y nos sentiremos igual que Lot, al no condenar a Sodoma por el aprecio de diez personas. Dentro de veinte años nos habremos olvidado de esta conversación y pensaremos que no había errores, que tal vez todos salvo unas cuantas excepciones verdaderamente nefastas, eran buenos camaradas, y diremos: «Yo era entonces un joven atolondrado que insistía en una perfección imposible», y luego enviaremos a nuestros hijos a Charterhouse, por puro sentimentalismo, y para que ellos pasen por lo mismo que nosotros hemos pasado.

Esto no debe considerarse como un ataque a mi vieja escuela; es sólo un registro de mis sentimientos en aquella época. Sin duda, no lograba apreciar en su justo valor la resistencia y formación de carácter que, según se anuncia, proporcionan los internados; y un viejo compañero de estudios comentaba delante de mí hace poco:

—El tono moral de la escuela ha mejorado considerablemente desde aquellos días.

De cualquier manera, hasta cinco años después no ingresé en Oxford. Fue en 1919, cuando mi hermano Charles, cuatro años menor que yo, era ya residente en el lugar, y no obtuve mi diploma hasta 1926, época en la que me alcanzó mi hermano John, ocho años menor que yo.

Desde el primer momento en que llegué a Charterhouse padecía una opresión espiritual que dudo poder recordar en toda su intensidad. Tenía la impresión de haber sido encerrado con las patatas en la bodega helada de Lauízorn, y de ser una patata de clase diferente a las demás. La escuela tenía unos seiscientos alumnos, cuyos principales intereses eran los deportes y las amistades románticas. Todo el mundo despreciaba los estudios; los becarios no estaban concentrados en un solo dormitorio como en Winchester o Eton, sino divididos en grupos de diez y conocidos con el mote de *pros*. A menos que fueran muy hábiles en los deportes y que fingiesen detestar el trabajo escolar aún más que los no becarios y estuvieran dispuestos a ayudar a éstos en sus tareas siempre que lo requirieran, lo pasaban siempre muy mal. Yo era un becario al que realmente le gustaban los estudios, y la apatía de las aulas me sorprendía y desalentaba. Durante el primer trimestre se me dejó más o menos tranquilo, ya que una tradición local exigía no molestar ni alentar a los recién llegados. Los demás muchachos se dirigían muy rara vez a mí, fuera de las veces en

que me enviaban a hacer algún recado, o en que glacialmente me notificaban que había infringido alguna convención.

En el segundo trimestre comenzaron las dificultades. Había determinadas circunstancias que contribuían de manera natural a mi impopularidad. Además de ser un becario, de no sobresalir en los deportes, andaba siempre corto de dinero. Como no estaba dentro de mis posibilidades obsequiar a mis compañeros, como lo exigían las costumbres sociales, con golosinas de la tienda de la escuela, no podía aceptar sus invitaciones. En cuanto a mi vestuario, aunque se ajustaba en lo exterior al modelo de la escuela, consistía en trajes de confección y no del paño de calidad superior que los otros alumnos usaban. Además, no sabía lucirlos de la manera adecuada. A mis padres no les preocupaba la elegancia en el vestir, y mis hermanos mayores estaban en el extranjero en aquella época. Casi todos los muchachos que vivían en el mismo edificio que yo, con la excepción de cinco becarios, eran hijos de hombres de negocios; una clase sobre cuyos intereses y prejuicios nada sabía, ya que hasta entonces sólo había tratado a familias de profesión liberal. Además yo hablaba demasiado para su gusto. Otro de mis defectos era que seguía siendo tan cándidamente inocente como mi madre se había propuesto que fuera. No sabía absolutamente nada sobre el sexo, menos aún sobre los refinamientos eróticos a los que constantemente se aludía en las conversaciones, y ante los cuales yo reaccionaba con horror. Hubiera querido esperar.

La mayor falla, la más desafortunada de todas, era que mi nombre aparecía en las listas de la escuela como E. von R. Graves. Hasta entonces había creído que mi segundo apellido era Ranke; el *von* encontrado en mi acta de nacimiento me desconcertaba. Los alumnos se comportaban misteriosamente con respecto a sus nombres maternos, y a veces lograban ocultarlos cuando eran cómicos. Sin duda alguna yo hubiera podido colar el Ranke sin el *von* como un apellido inglés monosilábico, pero el *von Ranke* saltaba inmediatamente a la vista. En aquella época, los hijos de los hombres de negocios discutían con acaloramiento la amenaza, y aun la necesidad, de una guerra económica contra el Reich. *Alemán* significaba «sucio alemán», que a su vez significaba «mercancías baratas y de pacotilla que se atrevían a competir con nuestros excelentes productos industriales». Significaba también amenazas militares, prusianismo, filosofía inútil, tediosas labores escolares, amor a la música y un sable al cinto. Otro muchacho de mi edificio, con nombre alemán, aunque inglés de nacimiento y educación, recibió un trato bastante parecido. Por el contrario, un muchacho francés también residente en nuestro dormitorio gozaba de mucha popularidad, a pesar de ser mal deportista; el rey Eduardo VII llevaba a cabo su *entente cordiale*. Un considerable sentimiento antisemita empeoraba la situación: alguien había hecho correr el rumor de que no sólo era alemán, sino también judío.

Por supuesto, no hacía más que proclamarme irlandés, pero un estudiante irlandés que había llegado a la escuela año y medio antes que yo, se molestó ante mi pretensión. Se dedicó a molestarme, no sólo desde un punto de vista físico con actos de desprecio como mancharme de tinta los cuadernos, esconderme la ropa de deporte, atacarme repentinamente en los rincones solitarios, arrojar agua a mi cama por las noches, sino también empleando su humor para agredir mi inocencia, e invitando a todos a reírse de mi enfado. Creó también una leyenda humorística sobre mi hipocresía y mi depravación oculta. Estuve a punto de sufrir una crisis nerviosa. La ética escolar me impedía informar a las autoridades sobre mis problemas. Los celadores de los edificios, aunque se suponía que debían mantener el orden y elevar el tono moral, nunca interferían para impedir que a los alumnos más jóvenes se los molestase. Traté de resistir por medio de la violencia, pero al encontrarme solo contra todos, aquello no hacía sino multiplicar los ataques. Una resistencia pasiva completa hubiera sido quizá lo más sabio. No logré acostumbrarme a las conversaciones obscenas hasta los dos últimos años de la escuela, y siendo soldado, tuvo que pasar algún tiempo para que me endureciera y pudiera responder a los insultos en su debida forma.

Según me cuentan, en una ocasión G. H. Rendall, el director de Charterhouse en aquella época, dijo inocentemente en una conferencia de directores:

—Mis alumnos se enamoran a menudo, pero muy rara vez caen en el erotismo.

En efecto, fueron muy pocos los casos de erotismo de que tuvo noticia; no recuerdo sino cinco o seis grandes escándalos durante mi estancia en Charterhouse, y las expulsiones eran raras. Los celadores no se enteraban de lo que ocurría en los dormitorios, ya que sus habitaciones quedaban en otra sección de los edificios. Sin embargo estoy de acuerdo con Rendall en su diferenciación entre «enamorarse» (con lo que se refería a los sentimientos de amor que se establecían entre los jóvenes) y el erotismo o lascivia adolescente. La relación culminante que a menudo se producía entre muchachos, muy rara vez ocurría entre alumnos mayores y jóvenes —ya que eso hubiera destrozado la ilusión romántica— sino casi siempre entre muchachos de la misma edad, quienes no se amaban, sino que se utilizaban como instrumentos sexuales. De esa manera, la atmósfera estaba siempre cargada de un romanticismo de tipo convencional, victoriano, mezclado con algo de cinismo y vulgaridad.

7

Al llegar a la mitad de mi segundo año escribí a mis padres para decirles que debían sacarme de Charterhouse porque ya no podía soportar más el lugar. En el edificio en que vivía me habían hecho sentir muy claramente que aquél no era mi sitio y que les resultaba una persona no grata. Les di algunos detalles, confidencialmente, para que tomaran en serio mi solicitud; pero ellos no supieron respetar esta confianza, creyendo que su obligación religiosa consistía en informar al director sobre lo que les había escrito. Ni siquiera me previnieron de esta actuación, sino que se conformaron con visitarme y predicarme sobre el poder de la plegaria y la fe. Debía soportarlo todo con el fin de… De qué, en concreto, ya lo he olvidado, de terminar mi carrera tal vez. Por fortuna me abstuve de aludir a las irregularidades sexuales que ocurrían en el edificio, de manera que todo lo que el celador hizo fue darnos un discurso aquella noche, después de las oraciones, en contra de la violencia en general. Nos dijo que había recibido una queja de los padres de un alumno, nos hizo saber a la vez lo mucho que le disgustaban los confidentes y la interferencia de extraños en asuntos de la escuela. Mi nombre no se mencionó, pero la visita de mis padres en un día de semana suscitó numerosos comentarios. Se me trató como un confidente. Yo estaba ya en los cursos superiores, y tenía una habitación propia. Pero las habitaciones no se podían cerrar con llave, y la mía fue objeto de constantes incursiones punitivas. Se me llegó a prohibir el uso del vestuario colectivo y tuve que cambiarme la ropa de deporte en una cabina de baño inservible. Luego tuve problemas cardíacos y el médico de la escuela me prohibió jugar al fútbol. Mi último recurso, el de fingirme loco, resulró inesperadamente eficaz. Poco después nadie se ocupó de mí, más que para evitar mi contacto. Había obtenido esta idea del Libro de los Reyes, donde se cuenta que David comenzó a golpearse la cabeza contra los muros de su prisión.

No pretendo acusar a mis padres de traición. Su honor no admite reproche alguno. Al trimestre siguiente fui a Charterhouse en un tren especial, pero llegué a Waterloo demasiado tarde para sacar el billete; logré subir a un compartimento antes de que el tren se pusiera en marcha. Como la compañía ferroviaria no había previsto un número suficiente de vagones, tuve que permanecer todo el tiempo de pie. En la estación de Godalming, la multitud de muchachos que irrumpió a la carrera en los patios de la estación en busca de un taxi, me arrastró, y pasé sin detenerme frente al revisor, de modo que aquel desagradable viaje me resultó gratis. En la siguiente carta a mis padres les mencioné el incidente, por contar algo, y mi padre me respondió para

reprocharme mi conducta. Me dijo que se había ido expresamente a la estación de Waterloo a comprar un billete a Godalming, y lo había roto de inmediato. En cuanto a mi madre, sus escrúpulos la podían conducir aún más lejos. Una pareja en viaje de bodas pasó una vez la noche con nosotros en Wimbledon, y olvidó un paquete de sándwiches, dos ya mordidos. Mi madre se los envió.

Replegado por entero en mí, comencé a escribir poemas; en el edificio lo consideraron como una prueba mayor de demencia que las briznas de paja en el pelo que había utilizado para tratar de fingirla. Gracias a un poema que había enviado a *The Carthusian*, la revista de la escuela, fui invitado a formar parte de la Sociedad Poética, una organización de lo más anómala para Charterhouse. Constaba de siete miembros. Las reuniones para leer y hablar de poesía tenían lugar una vez al mes en la casa de Guy Kendall, entonces maestro de la escuela y hoy director del colegio universitario de Hampstead. Los miembros eran cuatro alumnos de los cursos superiores y dos estudiantes del curso superior al mío. Ninguno de ellos vivía en el mismo edificio que yo. En Charterhouse no había posibilidad de amistad entre alumnos que vivieran en diferentes edificios (aunque fueran familiares, o viviesen uno al lado del otro en sus lugares de origen), fuera de un trato formal en el trabajo o en los equipos de fútbol y críquet. Aunque jugaran cordialmente al tenis o al baloncesto juntos, no había posibilidad de comunicación.

Por eso la amistad que me ligó con Raymond Rodakowski, uno de los dos miembros más jóvenes, era algo que rompía con todas las convenciones del lugar. En una ocasión, al regresar de una de las reuniones de la sociedad, le conté a Raymond las circunstancias en que vivía en mi edificio. Una semana o dos antes habían asaltado mi estudio y se habían llevado uno de mis poemas más personales, que pusieron en el pizarrón de la Writing School, un local que servía de sala de recreo a alumnos de los cursos elementales. Me era imposible entrar en la Writing School y por lo mismo no podía rescatar el poema. Raymond, el primer estudiante de la escuela con quien podía hablar humanamente, se indignó y me tomó del brazo.

—¡Son unos bárbaros sanguinarios! —exclamó. Añadió que debía tranquilizarme y hacer algo efectivo, ya que yo era un buen poeta y una buena persona. Le agradecí aquellas palabras. Luego añadió—: Ya que no te permiten jugar al fútbol, ¿por qué no intentas boxear?; según parece es bueno para el corazón. —Me reí y le prometí que lo haría. Entonces Raymond me preguntó—: ¿Te maltratan por tus iniciales?

—Sí, me llaman sucio alemán.

—Yo también tuve problemas —dijo— antes de comenzar a boxear. —La madre de Raymond era escocesa; su padre, un polaco austríaco, uno de los fundadores de la pista de carreras de automóviles de Brooklands.

Eran muy pocos los alumnos que boxeaban, y la sala de boxeo, situada detrás de las bodegas de la confitería, era el lugar más adecuado para nuestros encuentros. De otra manera yo no hubiera visto a Raymond más que en las reuniones de la Sociedad de Poesía. Comencé a boxear seria, salvajemente. Raymond decía:

—Esos jugadores de críquet y de fútbol tienen un miedo casi supersticioso a los boxeadores. No se atreven a boxear por miedo a perder su bella figura… los campeonatos interescolares llegan a ser algo verdaderamente duro. ¿Recuerdas el papel que desempeñaron Mensfield, Waller y Taylor? Ésa es la tradición que debemos mantener viva.

Por supuesto lo recordaba. Dos trimestres antes, la Sociedad de Debates de la escuela había tenido una reunión que se había hecho célebre. Aunque los debates eran bastante aburridos, la Sociedad representaba la poca vida intelectual que había en Charterhouse, junto con *The Carthusian*, editado siempre por dos miembros de aquella sociedad; ambas instituciones tenían una vida libre de la supervisión de los maestros. Un sábado por la noche, durante una de las sesiones, la discusión se vio interrumpida por la aparición intempestiva de un grupo de *bloods*[1] miembros de los equipos de críquet y de fútbol. Los *duros* eran la casta gobernante de Charterhouse; el más insignificante miembro de un equipo disfrutaba de mayor prestigio que el alumno más brillante. Frente a ellos, hasta el cargo de director era un título vacío. Pero los intelectuales de los cursos superiores y los *bloods* nunca se peleaban entre ellos. Los *duros* no tenían nada que ganar con aquellos combates, y en cuanto a los intelectuales, lo único que necesitaban para ser felices era que los dejaran en paz. De modo que esta invasión de los *bloods*, que regresaban precisamente de jugar un partido contra los *Casuals*, llenos de cerveza, causó cierto embarazo en la Sociedad de Debates. Los *bloods* interrumpían la discusión con alaridos y maullidos, y con golpes en la mesa. Mansfield, el presidente de la Sociedad, los llamó al orden, pero como continuaron perturbando la sesión, cerró el debate.

Los *bloods* pensaban que con eso terminaba el incidente, pero se equivocaban. Pocos días después apareció una carta en *The Carthusian*, en la que se protestaba por la mala conducta en la Sociedad de Debates de ciertos bebés del equipo de fútbol. Los tres grupos de iniciales que firmaban correspondían a Mansifield, Waller y Taylor. Los estudiantes, estupefactos ante aquel acto arriesgado y casi suicida, esperaban ver a Coré, Datan y Abirón engullidos por la tierra. El capitán del equipo juró que arrojaría a los tres signatarios a la fuente de Founder’s Court, pero por una u otra razón no lo hizo. El hecho es que esto había ocurrido al comienzo del primer trimestre y que no quedaban del equipo del año anterior más que dos jugadores. Los otros alborotadores no eran más que embriones de *bloods*. Así que el incidente tenía que plantearse entre los tres intelectuales y los tres deportistas del equipo. Pero éstos comprendían, y no sin preocupación, que tenían que vérselas con Mansfield, que era el campeón de peso pesado de la escuela, Waller, el segundo de peso medio, y Taylor, que también era un individuo de considerable fuerza física. Mientras los deportistas buscaban desesperadamente una salida eficaz, Mansfield decidió llevar la guerra al territorio enemigo.

El código social de Charterhouse se basaba en un estricto sistema de castas, castas que se reconocían por ciertos signos distintivos en el vestir. Un alumno nuevo no

tenía ningún privilegio; un alumno en el segundo semestre llevaba calcetines de colores; el tercer año otorgaba casi la mayor parte de los privilegios: cuellos duros, pañuelos de colores, un sobretodo con una amplia capucha; el cuarto año, algunos más, como el derecho a organizar tómbolas; pero los *bloods* tenían reservados algunos privilegios especiales. Éstos incluían usar pantalones de franela gris perla, cuellos de mariposa, chaquetas sujetas por detrás y el derecho a caminar del brazo.

De modo que el domingo siguiente, Mansfield, Weller y Taylor realizaron el acto más valiente que haya tenido nunca lugar en Charterhouse. El servicio comenzaba a las once de la mañana, pero los alumnos tenían que estar ya sentados en sus asientos a las once menos cinco. Los *bloods* llegaban por lo general a las once menos dos; a las once menos un minuto y medio llegaban los maestros; a las once menos un minuto entraba el coro; luego llegaba el director y comenzaba el servicio. Si algún alumno llegaba tarde, es decir, entre los cinco y los dos minutos antes de las once, seiscientos pares de ojos seguían su entrada; oía los murmullos y las bromas que se le dirigían por creerse un *blood*. Aquel domingo, cuando los *bloods* habían entrado con la seguridad que les era característica, se produjo un incidente extraordinario.

Los tres intelectuales de la Sociedad de Debates entraron caminando lentamente por un pasillo lateral, estupendos con sus pantalones de franela de color gris perla, sus chaquetas ajustadas, cuellos de mariposa, y cada uno de ellos, con un clavel rosa en el ojal. Estupefactos y aterrorizados por aquel espectáculo, todos dirigimos la mirada al capitán del equipo; éste parecía demudado. Pero en aquel momento entraban los maestros, seguidos por el coro, y el himno inicial, aunque torpemente cantado, disolvió la tensión. Cuando la capilla se vaciaba, siempre siguiendo el «orden escolar», es decir, de acuerdo a la posición en los estudios, los intelectuales tenían derecho a salir primero. Los *bloods* no destacaban en los estudios, de manera que Mansfield, Waller y Taylor tenían prioridad sobre ellos. En otoño, la costumbre era asistir después del servicio religioso a la biblioteca para charlar un rato; así que a la biblioteca se dirigieron Waller, Mansfield y Taylor. En el camino se encontraron con uno de los profesores, con quien siguieron conversando hasta llegar a la biblioteca y con quien permanecieron hasta la hora del almuerzo. Si los *bloods* hubieran querido hacer algo audaz y violento debían haberlo hecho ya, pues resultaba imposible armar un escándalo en presencia de un profesor. Mansfield, Waller y Taylor se marcharon luego a sus edificios a comer, conversando todavía con el maestro. Después de eso siempre se presentaron juntos en público, y la escuela, especialmente la escuela primaria, que siempre había protestado contra las reglamentaciones en el vestir, los convirtió en héroes y comenzó a manifestar su desprecio por los *bloods*.

Al final, el capitán del equipo se quejó a Rendall por aquella violación de las convenciones, pidiendo permiso para consolidar los derechos de los *bloods* por medio de medidas disciplinarias. Rendall, que era un erudito a quien le disgustaban las tradiciones deportistas, rechazó su solicitud, insistiendo en que los alumnos de los

años superiores eran merecedores de los mismos privilegios que el equipo deportista, y que en su opinión estaban en su derecho al proseguir la acción que habían emprendido. El prestigio de los *bloods* decayó rápidamente.

Por consejo de Raymond, me tranquilicé, y cuando comenzó el siguiente año, encontré que las cosas marchaban mejor. Mi principal perseguidor, el irlandés, había dejado la escuela víctima de un colapso nervioso. Me envió una solicitud histérica de perdón, diciendo que si se lo negaba, un amigo suyo se encargaría de hacerme pasar un mal rato. No contesté a su carta.

8

Seguí sin tener amigos, excepto algunos de los miembros más jóvenes del edificio, ante quienes no ocultaba mi desagrado por los mayores; encontré que los más jóvenes eran por lo general un grupo decente. A finales de año, durante el campeonato anual de boxeo y gimnasia, peleé tres asaltos con Raymond. Hay mucho amor en el boxeo… el doble juego, la reciprocidad, el dolor que no se siente como dolor. No teníamos la intención ni de lastimarnos ni de ganar, aunque nos golpeamos con dureza.

Esta aparición pública mejoró mi posición en el edificio. Luego, el doctor volvió a permitirme jugar al fútbol, y jugué muy bien; pero las cosas comenzaban a ir mal en otro aspecto. Comenzó con la confirmación, para la cual fui preparado por un celoso maestro evangélico. Durante un período de tiempo concentré todos mis pensamientos en la religión, y consideré aquella ceremonia como un climax espiritual. Cuando ésta tuvo lugar y el Espíritu Santo se negó a descender en forma de paloma, no fui tocado por el don de las lenguas, nada espectacular sucedió (excepto que el muchacho a quien el obispo de Zululandia bendecía al mismo tiempo que a mí resbaló del angosto reclinatorio donde ambos permanecíamos arrodillados) y yo seguí esperando una reacción especial. Raymond no había sido confirmado, y me dejó sorprendido cuando admitió, incluso se jactó, de que era ateo. Yo discutía con él sobre la existencia de Dios y la divinidad de Cristo y la necesidad de la Trinidad. Él decía, de la Trinidad, que todo aquél que estuviera de acuerdo con el credo de san Atanasio, en que «quien busque la salvación deberá reconocer que no hay Tres Misterios divinos sino Uno Solo» declararía asimismo que el infierno es el castigo reservado a todos los que no creen en algo que es, por definición, imposible de comprender. El respeto que sentía por sí mismo como ser racional le impedía creer en tales cosas. También me preguntaba:

—¿Para qué quieres tener un alma, si ya tienes una mente? ¿Cuál es la función del alma? Me parece un mero peón en el tablero.

Debido a que amaba y respetaba a Raymond, me sentía obligado a buscar una respuesta a aquella chocante pregunta. Pero cuanto más la consideraba, menos seguro me sentía en mi terreno. Así que a fin de no perjudicar mi religión (consideraba mi religión y mi oportunidad de salvación por encima de cualquier amor terrestre) rompí por entero la amistad con Raymond. Más tarde me sentí flaquear ante esa decisión, pero como Raymond era un ateo absoluto e intransigente, no permitía que yo me

acercara a él con un compromiso religioso. Durante el resto de nuestra estancia en Charterhouse mantuve las distancias. Sin embargo, en 1917, cuando él servía en los Guardias Irlandeses, fui a visitarlo a su campamento una tarde; para entonces yo era completamente agnóstico, y lo sentí tan próximo como siempre. Poco después de aquello, murió en Cambrai.

Mi relación con Raymond fue fraternal, no amorosa; pero en el cuarto año de estancia me enamoré de un muchacho tres años más joven que yo, excepcionalmente inteligente y fino de espíritu. Lo llamaré Dick. Dick no vivía en mi edificio, pero yo había ingresado recientemente en el coro de la escuela y él había hecho lo mismo, lo que me permitía hablar con él ocasionalmente después de las prácticas corales. Yo no era consciente de que sentía un deseo sexual, y nuestra conversación era casi siempre impersonal. Esta relación ilícita no dejó de suscitar rumores y uno de los maestros que cantaba en el coro me ordenó ponerle fin. Yo le respondí que me era imposible limitar mis amistades, señalándole que tanto Dick como yo nos interesábamos por las mismas cosas, especialmente la literatura; que aunque la diferencia de edades parecía desafortunada, la carencia de aficiones intelectuales entre los muchachos de mi edad me obligaba a buscar mis amistades donde podía. Finalmente el director me llamó para que explicara mi situación. Yo le di una conferencia muy detallada sobre las ventajas de una amistad entre personas de distinta edad, citando a Platón, los poetas griegos, Shakespeare, Miguel Ángel y otros, que sentían de la misma manera que yo. Me dejó salir sin emprender ninguna acción al respecto.

El quinto año obtuve las mejores calificaciones y me convertí en el responsable del dormitorio. Eramos seis responsables. Uno de ellos, Jack Young, el capitán del equipo deportivo de nuestro edificio, un tipo amable y de trato fácil me dijo un día:

—Mira, Graves, tengo que enviar una lista de competidores para el próximo campeonato de boxeo de la escuela. ¿Anoto tu nombre?

Después de la ruptura de mi amistad con Raymond, el boxeo había dejado de interesarme; además, me dedicaba al fútbol y formaba parte del equipo de nuestro edificio.

—Hace mucho que no boxeo —le dije a Young.

—Bueno —dijo—, el joven Alan se ha inscrito en la categoría de los pesos medios. Tiene posibilidades de ganar. ¿Por qué no te inscribes también en los pesos medios? Puedes poner fuera de combate a uno o dos de los tipos más fuertes, y de esa manera el triunfo le resultará más fácil.

No me agradaba demasiado la idea de facilitarle el triunfo a Alan, pero era evidente que debía participar en el campeonato. Consciente de que no poseía fuelle suficiente para poder combatir asalto tras asalto, decidí que mis peleas debían ser breves. El mayordomo de nuestro edificio me proporcionó clandestinamente una botella de cherry-whisky… podría resistir mejor el combate con aquello.

Nunca había bebido nada alcohólico. A los siete años, mi madre me persuadió para firmar un documento, en el que me comprometía por la gracia de Dios a

abstenerme de probar cualquier bebida espirituosa mientras lo tuviera en mi posesión. Pero mi madre había guardado aquella carta en la caja de seguridad donde guardaba la plata reina Ana, heredada de mi bisabuela Cheyne, el anillo de diamantes del obispo Graves, obsequio de la reina Victoria después de oírlo predicar en Dublín, nuestras actas de bautizo, y el pesado joyero Victoriano heredado de la señorita Britain. Y como los tesoros de la caja de seguridad no salían nunca de la caja de seguridad, yo me consideraba libre de mi promesa de una manera permanente. Aquel cherry-whisky me pareció delicioso.

El campeonato comenzó un sábado a eso de la una de la tarde y duró hasta las siete. La suerte decidió que yo fuera el primero del combate y, por desgracia, mi contrincante era Alan. Él me pidió que renunciáramos a pelear. Le dije que daría una mala impresión hacerlo. Fuimos a consultar a Jack Young, quien nos dijo:

—No, lo más deportivo es boxear, y que la decisión se tome por puntos; pero no os golpeéis con mucha fuerza.

Alan comenzó, haciendo alardes ante sus amigos que estaban sentados en la primera fila. Yo logré murmurar:

—Deja de lucirte. Estamos boxeando, no peleando. Pero un momento después volvió a golpearme, con innecesaria dureza. Aquello me molestó y le lancé un derechazo al cuello. Quedó fuera de combate. Era la primera vez que lograba derribar a alguien de un golpe, y el sentimiento combinaba bien con la exaltación que me producía el cherry-whisky. Comprendía, aunque confusamente, que aquel golpe no formaba parte de los golpes aprendidos en las salas de boxeo de la escuela. Rectos con la izquierda, izquierdazos al cuerpo, derechazos a la cabeza, ganchos con ambas manos; todos esos pases eran conocidos, pero por alguna razón el derechazo al cuello era poco conocido, tal vez porque no era nada «elegante».

Fui al vestuario a por mi chaqueta, y el robusto sargento Harris, nuestro instructor de boxeo, me dijo:

—Oiga, señor Graves, ¿por qué no se inscribe también en la pelea de peso medio?

Acepté de buena gana. Luego fui a mi cuarto, donde me di un baño de agua fría y tomé un poco más de cherry-whisky. Mi siguiente pelea, para el primer asalto de los pesos medios, tuvo lugar media hora más tarde. En esa ocasión mi contrincante, un individuo bastante más pesado que yo pero con poca práctica, logró confundirme durante el primer asalto, y yo comprendí que lograría vencerme por fatiga si no me decidía a actuar pronto. En el segundo asalto logré derribarlo con mi derechazo, pero se levantó. Algo defraudado, me apresuré a golpearlo de nuevo. Debí de derribarlo cuatro o cinco veces en aquel asalto, pero él volvía a incorporarse. Descubrí más tarde que él, como yo, era consciente de que Dick observaba la pelea. Finalmente pensé, mientras embestía contra mí: «Si no logro derribarte y mantenerte en el suelo esta vez, luego no tendré fuerzas suficientes para volver a golpearte». Entonces me descubrió la mandíbula, que golpeé despiadadamente. Aquello fue suficiente. Se derrumbó y permaneció tendido en el suelo mientras contaban. Este segundo triunfo

causó sensación. Dejar inconscientes a los participantes era algo raro en esos torneos de boxeo. Mientras volvía a la casa para darme otro baño de agua fría y tomar un poco de cherry-whisky, advertí que los estudiantes me miraban con curiosidad, casi con admiración.

Las últimas etapas del campeonato las recuerdo con gran vaguedad. Mi única preocupación la constituía Raymond, que pesaba unos seis kilos más que yo, y de quien se esperaba que fuera campeón de peso medio; pero también él había tenido dos combates esa tarde, uno medio y otro pesado, y había tenido una pelea muy dura, con el anterior campeón de pesos medios, que lo había dejado en circunstancias nada favorables para continuar. Así que desistió de pelear conmigo. Creo que Raymond hubiera continuado peleando si se hubiera tratado de otra persona; pero deseaba que yo ganara y sabía que al desistir me daría un descanso reparador. Luego, un semifinalista se declaró también vencido antes de empezar, me quedaban tres peleas, y no dejé que ninguna de ellas durase más allá del primer asalto. El manejo de la derecha me hizo ganar el campeonato de ambos pesos, por lo cual recibí dos copas de plata. Pero también me había dislocado los pulgares por no mantener los codos a suficiente altura. Cuando años más tarde traté de vender las copas para comprar algún alimento que llevarme a la boca, resultó que sólo estaban placadas superficialmente.

Lo más importante que me sucedió en mis dos últimos años, aparte de mi relación con Dick, fue el hecho de conocer a George Mallory, un joven maestro de veintiséis o veintisiete años, agregado no hacía mucho tiempo de Cambridge, y de aspecto tan jovial que podía confundírselo fácilmente con un estudiante. Desde el principio me trató como a un igual, y yo acostumbraba a pasar las horas libres leyendo en su habitación, o dando paseos con él por el campo. Me habló de autores modernos. Mi padre pertenecía a dos generaciones anteriores a la mía y era mi único contacto con los libros; nunca había oído hablar de gente como Shaw, Samuel Butler, Rupert Brooke, Wells, Flecker o Masefield, y aquellos descubrimientos me entusiasmaban. Fue en las habitaciones de George Mallory donde conocí a Edward Marsh (luego secretario de Asquith, el primer ministro), que ha seguido siendo un buen amigo a pesar de que ahora muy rara vez nos vemos. Nunca he reñido con él: esto lo distingue de todos mis demás amigos de antes de la guerra. A Marsh le habían gustado mis poemas; Mallory se los había mostrado; pero señaló que estaban escritos en una dicción poética de hacía cincuenta años y que, aunque eso no necesariamente perjudicaba, muchos lectores tendrían prejuicios contra una obra escrita en 1913, pero que seguía la moda de 1863.

George Mallory, Cyril Hartmann, Raymond y yo publicamos una revista en el verano de 1913, llamada *Green Cbartreuse*. Nuestra intención era sacar sólo un número; las revistas nuevas en las escuelas públicas venden siempre el primer número, pero tienen fuertes pérdidas en el segundo. He aquí mi propia contribución, de interés autobiográfico, escrita en la jerga de la escuela.

MI EXAMEN DE NOVATO

Cuando se apagaron las luces a las nueve y media de la noche, el segundo viernes del trimestre, y los pasos del responsable de nuestro dormitorio dejaron de oírse, comenzó la diversión.

El jefe del poder secreto, constituido en examinador y verdugo, competentemente asistido por un cronometrador y un secretario de actas, así como por un equipo de indeseables, comenzó el examen. Yo era entonces un tímido novato, y el miedo me había empapado el pijama de sudor. Tres de mis compañeros habían sido examinados y sentenciados antes de que el inquisidor se dirigiera a mí.

—Es el turno de Jones —dijo una voz—. Es el malvado pequeño becario que me empujó en el partido de fútbol. Debemos hacerle algunas preguntas realmente buenas.

—A ver, Jones, cuál es el color del responsable del edificio… No, quiero decir, ¿cómo se llama el responsable del edificio cuyos colores son el blanco y el negro? Uno, dos, tres…

—El señor Girdlestone —mi voz temblaba en la oscuridad.

—Por lo visto conoce los colores sencillos. Continuamos. ¿Cuáles son los colores del club al que pertenecen los miembros de la Dirección? Uno, dos, tres, cuatro…

Durante días y días había trabajado como un esclavo en esos cuestionarios, y pude responder antes de que terminara la cuenta.

—Dos preguntas. Ningún error. Hay que apretar un poco más —dijo alguien.

—Veamos, Jones, ¿de qué manera se va a Farcombe desde Weekities? Uno, dos, tres…

Había logrado sólo dar la dirección hasta Bridge cuando el cronometrador llegó a contar diez.

—Tres preguntas, un error. Se te permiten sólo tres errores en diez preguntas.

—¿Dónde está la revista de Charterhouse? Uno, dos, tres, cuatro…

—¿Quiere decir usted la oficina de *The Carthusian*? —le pregunté.

Todos se rieron.

—Cuatro preguntas, dos errores. Lo ves, Robinson, sabe bastantes cosas, es necesario apretarle más las tuercas.

Hubo un murmullo general.

—¿Qué edad tiene el caballo de la carroza de la escuela? Uno, dos, tres…

—Seis —aventuré.

—Falso; tiene treinta y ocho. Seis preguntas. ¡Tres errores! Felicítate de que no te hayamos preguntado el pedigrí.

—¿Cuáles son los colores del equipo de remo? Uno, dos, tres…

—Ninguno.

—Van como gallitos los días festivos, pero, en fin, no se puede decir que tengan colores. Siete preguntas. Tres errores. ¿Jones?

—¡Sí!

—¿Cómo se llama la muchacha de quien se rumorea que el secretario del equipo de fútbol se enamoró locamente el año pasado? Uno, dos, tres, cuatro…

—¡Daisy! (me pareció el nombre apropiado).

—¡Vamos, vamos! Conozco bastante bien al secretario del equipo de fútbol y sencillamente te matará por propagar rumores. De cualquier manera te has equivocado. ¡Ocho preguntas, cuatro errores! Mañana por la mañana preséntate en mi cuarto a las siete. ¿Comprendes? ¡Buenas noches!

Agitó su enmarañada cabellera sobre la vela, y una sombra colosal apareció en el plafón.

La Sociedad de Poesía moría en aquellas mismas fechas… Se extinguió de la siguiente manera: dos de los miembros, alumnos del último curso, asistieron a una reunión, y cada uno de ellos leyó un poema bastante tedioso y convencional sobre el amor y la naturaleza. Ninguno de nosotros prestó demasiada atención. Pero a la semana siguiente se publicaron en *The Carthusian*, y pronto todos comenzaron a hablar del asunto entre risas y muecas, porque ambos poemas, firmados con pseudónimos, eran acrósticos, y las letras iniciales aludían a un «caso», lo cual significaba una relación amorosa, una pasión entre dos muchachos, con el nombre del muchacho mayor al principio. En ambos poemas, los primeros nombres mencionados eran de *bloods*. Era un acto insensato de agresión en la riña entre los alumnos de cursos superiores y los *bloods*. Pero nada más hubiera pasado de no ser porque otro de los miembros de la Sociedad Poética estaba platónicamente enamorado de uno de los alumnos más jóvenes, cuyo nombre aparecía en los acrósticos. Ciego de rabia y de celos se dirigió al director (Frank Fletcher, que había sustituido a G. H. Rendall) y le llamó la atención sobre los acrósticos… de otra manera ningún profesor los hubiera advertido. Pretendía no conocer a los autores; pero aunque no había asistido a aquella reunión en la Sociedad donde los poemas se habían leído, podía fácilmente adivinar su origen por el estilo. Entretanto yo, incautamente, le había dicho a alguien los nombres de los autores; de manera que me vi mezclado en el escándalo como testigo de cargo.

El director se tomó el asunto en serio. Los dos poetas perdieron sus privilegios de monitores, y el director de *The Carthusian* que, enterado de los acrósticos, había aceptado los poemas, perdió su puesto en la revista y en el consejo estudiantil y fue sustituido en ambos puestos por su delator; él no esperaba que el asunto se desarrollara de esa manera que le hizo perder toda popularidad entre los alumnos. Lo único que lo consolaba era pensar que había hecho todo aquello por amor, para vengar el insulto público hecho a su joven amigo. La Sociedad Poética fue ignominiosamente disuelta por órdenes de la dirección. Los otros maestros respondieron con un «ya lo decía yo», pues no creían en la poesía ni en las sociedades

de alumnos de tipo superior. Pero la deuda de gratitud que tengo con Rendall es grande (era uno de los pocos maestros que insistían en tratar a los alumnos mejor de lo que merecían); las reuniones de la Sociedad Poética eran lo único que me sostenía cuando mi situación se hacía insoportable.

El último año en Charterhouse hice todo lo posible por demostrar el poco respeto que me merecían las tradiciones de la escuela. En el invierno de 1913 había obtenido un beca para proseguir estudios clásicos en el St. John's College de Oxford, lo qué me permitía no esforzarme demasiado con el trabajo de la escuela. Nevill Barbour y yo nos ocupábamos de la publicación de *The Carthusian*, y yo invertía gran parte de mi tiempo en esa labor. Nevill, que por ser becario había sufrido las mismas vejaciones que yo, compartía mi disgusto por la mayor parte de las tradiciones de Charterhouse, y decidió que una de las peores era la obligatoriedad del deporte. Considerábamos que el críquet era el más repugnante de ellos porque obligaba a los alumnos a perder buena parte del tiempo durante la mejor estación del año. Nevill sugirió una campaña a favor del tenis. No es que fuéramos entusiastas del tenis, sino que lo considerábamos nuestra arma más efectiva contra el críquet, el juego, escribimos, en que el egoísmo de unos cuantos no excusa el aburrimiento de muchos. El tenis era rápido, dinámico. Propusimos a algunos de Charterhouse, jugadores de tenis con prestigio internacional, que contribuyesen con cartas en las que se destacara el carácter viril y vigoroso del tenis. Llegamos a persuadir a Anthony Wilding, el campeón mundial, de que nos escribiera. Los maestros de deporte que despreciaban el tenis y lo consideraban como un juego para señoritas estaban escandalizados ante aquella ofensiva contra el críquet, y aún más por una irónica carta de apoyo, que yo había firmado «Judas Iscariote». Uno de ellos visitó a Nevill y le pidió si no podía atenuar la polémica.

—No vengo como delegado de nadie —explicó.

—¿No? —preguntó Nevill—. Pensé que sí. Usted fue considerado el único miembro del cuerpo de maestros con el tacto suficiente como para solicitar del Consejo de Administración un aumento de salario el año pasado.

El resultado de nuestra campaña nos sorprendió. Cuando revelamos el escándalo de que las suscripciones para las dos abandonadas pistas de tenis habían sido empleadas durante varios años por el comité de críquet, no sólo doblamos nuestras ventas, sino que se creó un fundación para proporcionar varias pistas de tenis más, y hacer de Charterhouse la cuna de una escuela de tenis. Aunque retrasados por la guerra, esos campos aparecieron en su momento; hace poco, al pasar en automóvil por allí, pude verlos; parecían muchos. Me pregunto si no habrá ahora *bloods* del tenis en Charterhouse.

La poesía y Dick eran sin embargo casi lo único que me interesaba. Mis relaciones con los monitores del edificio eran cada vez más difíciles. Constantemente tenía riñas

con ellos, excepto con Jack Young y el director del edificio. Young, el único *blood* del edificio, pasaba la mayor parte del tiempo con otros *bloods* en las otras casas. El jefe de monitores era un becario que, aunque bienintencionado, estaba amargado por los primeros tres años en el lugar, y ahora hacía pesar demasiado su dignidad. Hacía más o menos lo que los otros monitores querían que hiciera, y me fastidiaba tener que asimilarlo a los demás. Mi amor por Dick provocaba constantes bromas, pero nunca se atrevían a ir demasiado lejos. Un día descubrí a un compañero en el baño, trazando un par de corazones enlazados, con las iniciales de Dick y las mías encima. Lo arrastré hasta la ducha y abrí los grifos. Al día siguiente, se apoderó de un cuaderno con apuntes manuscritos que había dejado, junto con otros libros, en el cuarto de los monitores. Él y todos los demás, excepto Jack, hicieron anotaciones sarcásticas con tiza azul, y firmaron sus iniciales. Jack hubiera sido incapaz de un comportamiento tan indigno de un caballero. Cuando descubrí lo que habían hecho, exigí una disculpa firmada, amenazando que si no me lo entregaban en cinco minutos, elegiría a uno solo como único responsable y le daría el merecido castigo. Tomaría un baño frío y al primer monitor al que encontrara después le daría una paliza.

No sé si fue accidente, o si pensó que su posición podría protegerlo, el hecho es que al primer monitor al que encontré en el corredor era el jefe de ellos. Lo derribé de un golpe. Era la hora del estudio vespertino del cual nosotros estábamos exentos. Pero un pupilo pasó por casualidad y vio la sangre, de manera que el incidente no pudo pasar inadvertido. El director del edificio me mandó llamar. Era un anciano colérico, con dificultad para controlar la saliva cuando estaba iracundo. Fui a su estudio donde me hizo sentar en una silla, luego se acercó a mí, cerró los puños y me gritó con voz de falsete:

—¿Se da usted cuenta de que ha cometido un acto brutal? —Tenía la boca cubierta de saliva. Me puse de pie de un salto, cerré los puños y dije que volvería a hacer lo mismo a todo aquél que después de emborronar comentarios impertinentes en mis papeles privados se negara a pedirme disculpas.

—¿Les llama papeles privados a esos poemas lascivos? —exclamó.

Como resultado de eso tuve nuevos problemas con el director de la escuela. Pero al tratarse del último trimestre, se me permitió terminar el curso sin una expulsión ignominiosa. Le asombré por la franqueza con que confesé mi amor por Dick, un día en que volvió a tratar el asunto. Me negué a sentirme avergonzado, y más tarde supe que él describía aquella como una de las pocas amistades entre muchachos de distintas edades que, a su juicio, era esencialmente moral. Una semana o dos más tarde pasé uno de los peores momentos de mi vida, también a causa de Dick. Cuando el profesor que cantaba en el coro me reconvino por cambiar miradas con Dick en la capilla, me enfurecí. Pero cuando uno de los muchachos del coro me dijo que había visto a ese mismo profesor besar subrepticiamente a Dick en una ocasión, me sentí enloquecer y ni siquiera quise preguntar más detalles o una confirmación. Me dirigí al maestro y le dije que a menos que renunciara, informaría de aquella situación al

director… ya tenía cierta reputación en la escuela por aquel tipo de actos, y besar a un muchacho era una ofensa criminal. Sin duda mis sentimientos de ultraje moral ocultaban unos celos criminales. Cuando negó aquella acusación, no supe qué hacer. Luego dije:

—Bueno, vamos ante el director y niéguelo en su presencia.

—¿Fue el muchacho quien le ha dicho esto? —me preguntó.

—No.

—Bueno, entonces hágalo venir, y él nos dirá la verdad.

Dick fue llamado. Se presentó con aire aterrorizado. El maestro dijo amenazadoramente:

—Graves sostiene que alguna vez lo he besado. Diga, ¿es cierto?

—Sí, es cierto.

Dick se retiró, el maestro parecía hundido, y yo me sentía miserable del todo. Decidió renunciar al terminar el trimestre, alegando mala salud. Me llegó a agradecer que hubiera hablado directamente con él en vez de hacerlo con el director. Aquello ocurrió en el verano de 1914; se alistó en el ejército y murió al año siguiente. Dick me dijo más tarde que nunca lo había besado, pero que se había dado cuenta de que me hallaba en una situación comprometida… ¡Debió de haberse tratado de otro de los miembros del coro!

Uno de mis últimos recuerdos de Charterhouse es un debate sobre el tema siguiente: «¿Está la escuela a favor del servicio militar obligatorio?». La Liga al Servicio del Imperio, cuyo presidente era el conde Roberts of Kandahar (Cruz de la Reina Victoria), envió a un propagandista en apoyo de esa tesis. Sólo seis alumnos de un total de ciento diecinueve estaban en contra. Yo era el principal orador de la oposición, y había renunciado recientemente al batallón escolar (el Officer’s Training Corps), por rebelarme ante la teoría de la obediencia implícita a las órdenes recibidas. El verano anterior había pasado unas dos semanas en los campos del batallón cerca de Tidworth, en las llanuras de Salisbury, y me había sentido atemorizado al contemplar las últimas fortificaciones militares: alambradas con púas ametralladoras y artillería de campo en acción. El general, el ahora mariscal de campo *sir* William Robertson, uno de cuyos hijos estudiaba en nuestra escuela, visitó el campo y nos impresionó al declarar que la guerra con Alemania estallaría inevitablemente en dos o tres años como mucho, y que debíamos prepararnos para tomar parte en ella como dirigentes de los nuevos batallones que con toda seguridad se formarían. De los seis opositores, Nevill Barbour y yo somos, según creo, los únicos supervivientes de la guerra.

Mi último recuerdo de Charterhouse es la despedida del director:

—Bueno, adiós, Graves; recuerda que tu mejor amigo es el cesto de los papeles.

Aquél resultó ser un buen consejo, aunque tal vez no en el sentido en que él lo decía. Pocos escritores someten tanto a revisión sus obras como yo.

Acostumbraba a preguntarme quiénes entre mis contemporáneos se distinguirían después de abandonar la escuela. La guerra confundió mis previsiones. Muchos estudiantes estúpidos hicieron brillantes carreras militares, especialmente como combatientes de la fuerza aérea, y se convirtieron en comandantes de escuadrillas o en tenientes coroneles de aviación. El «ruidoso» McNair, presidente de la sociedad de alumnos, ganó la Cruz de la Reina Victoria como fusilero. El joven Sturgess, que había sido mi pupilo, se distinguió aunque de una manera menos afortunada al conducir uno de los primeros bombarderos pesados de un nuevo modelo sobre el canal en su primer vuelo a Francia; hizo un perfecto aterrizaje (por haber perdido el rumbo) en un aeródromo más allá de las líneas alemanas. Un muchacho al que había admirado durante mi primer año en Charterhouse fue el honorable Desmond O'Brien; el único alumno de Charterhouse que en aquella época infringía alegremente todas las reglas. Tenía copias de las llaves de la biblioteca, la capilla y los laboratorios de ciencias, y acostumbraba a salir de su edificio por las noches y desordenar meticulosamente las cosas en aquellas instituciones. Una noche entró en el estudio del director con una lámpara eléctrica y sacó un memorándum que luego me enseñó: «O'Brien debe ser expulsado». Poseía un receptor de radio que había instalado en uno de los pequeños matorrales fuera de los terrenos de la escuela; descubrió un conducto de aire por el que podía ulular como una lechuza hacia la biblioteca sin que nadie lo viera. En una ocasión fuimos amenazados con supresión de la mitad de las vacaciones porque un alumno había disparado su honda contra una vaca, que murió por el golpe, y nadie quería reconocer su culpabilidad. O'Brien no estaba en la escuela en aquellos días, tenía un permiso especial para asistir a la boda de una hermana. Un amigo le escribió para comunicar la supresión de las vacaciones. Le envió a Rendall un telegrama: «Maté vaca lo siento llego O'Brien». Al final Rendall acabó por expulsarlo por no asistir ni a las lecciones ni a la capilla durante tres días seguidos. O'Brien murió a comienzos de la guerra, mientras bombardeaba Brujas.

Por lo menos uno de cada tres alumnos de mi generación murieron; porque todos se alistaron tan pronto como pudieron, la mayor parte en la infantería y en la Real Fuerza Aérea. El promedio de vida de un soldado de infantería en el frente occidental era, en determinados períodos de la guerra, sólo de tres meses; en ese tiempo ya le habían matado o herido. La proporción era más o menos de cuatro heridos por cada muerto. De esos cuatro, uno resultaba seriamente herido, y los otros recibían heridas ligeras. Estos tres regresaban al frente después de unas cuantas semanas o meses de ausencia y volvían a enfrentarse con la misma suerte. Las pérdidas aéreas eran aún más altas. Si consideramos que la guerra duró cuatro años y medio es fácil comprender por qué la mayoría de los supervivientes fueron heridos tantas veces, a menos que desde un principio resultaran permanentemente imposibilitados.

Entre mis antiguos compañeros hay dos deportistas actualmente célebres: A. G. Bower, antiguo capitán del equipo inglés de fútbol (en Charterhouse era un jugador bastante mediocre); y Woolf Barnato, el jugador de críquet de Surrey (las carreras de

automóviles lo han hecho millonario), también entonces un deportista mediocre. Aunque Barnato vivía en el mismo edificio que yo, nunca cambiamos ni una palabra durante los cuatro años que pasamos juntos. Cinco de los becarios de entonces son ahora célebres: Richard Hughes, dramaturgo; Richard Goolden, actor, especializado en personajes de carácter; Vincent Seligmn, autor de *Una vida de Venizelos*; Cyril Hartmann, una autoridad en escándalos históricos de Francia; y mi hermano Charles, cronista de sociedad de las páginas del *Daily Mail*. El otro día leí que M… se había escapado de un sanatorio privado para dementes; en una ocasión le ofreció a un niño diez chelines por darle la mano durante una tempestad, y con frecuencia amenazaba con huir de Charterhouse.

9

George Mallory hizo algo aún mejor que prestarme libros. Me llevó a hacer alpinismo en Snowdon durante las vacaciones. Yo conocía muy bien esas montañas por haberlas visto desde la ventana de mi habitación en Harlech. Durante la primavera, su distante gorro blanco confería a todo el paisaje un esplendor un poco triste. La primera vez que fui con George a Snowdon nos albergamos en el Snowdon Ranger Hotel, cerca del lago Quellyn. Era enero, y las montañas estaban cubiertas de nieve. Hicimos pocas escaladas de roca, pero logramos subir algunas cuestas nevadas con cuerdas y picos para el hielo. Recuerdo una ascensión a la cima. Al llegar, descubrimos que el techo del hotel que había sido arrancado por una tormenta la noche anterior se encontraba allí, nos sentamos cerca de un montón de piedras y comimos ciruelas de Carlsbad y bocadillos de paté de hígado. Geoffrey Keynes, el editor de la *Nonesuch Blake*, formaba parte del equipo. Él y George, que siempre se embriagaban de placer al final de una ascensión, comenzaron a arrojar las piedras del montículo hacia la chimenea del hotel hasta dejarla en un estado tan lamentable como el del techo.

A George aún hoy día se le considera como uno de los tres o cuatro mejores escaladores en la historia del alpinismo. Nadie esperaba que llegara a sobrevivir a su primera espectacular temporada en los Alpes. Después nunca perdió su audacia casi temeraria; sin embargo, sabía todo lo que hay que saber sobre técnicas de montañismo. Siempre me sentí completamente seguro con él en la cuerda. George hizo la guerra como teniente de artillería, pero supo mantener el ánimo haciendo alpinismo durante sus días de licencia.

Al terminar la guerra, George sintió un amor mayor que nunca por el montañismo. Murió cinco años después en el Everest. Nadie sabe si él o Irving llegaron a ascender los últimos quinientos metros, si estaban ya de regreso o qué fue lo que ocurrió; pero cualquiera que haya escalado alguna vez con George está convencido de que llegó a la cima y celebró la hazaña del modo que le era familiar, quedándose sin la reserva de fuerzas necesaria para descender. En los relatos periodísticos sobre su muerte me extrañó no leer que había comenzado a escalar cuando era aún becario en Winchester para corregir una insuficiencia cardíaca. Me contó que la vida en Winchester lo había hecho tan desgraciado que una vez se había escapado; lo único que había llevado consigo eran sus amados libros de matemáticas.

Su otro título de gloria consistía en haber escrito la primera biografía moderna de James Boswell.

Su talento se desperdiciaba en Charterhouse donde, por lo menos en mi época, los muchachos generalmente lo despreciaban, en parte por no imponer una disciplina severa y en parte por no interesarse por el críquet ni por el fútbol. Intentaba tratar a sus discípulos de manera amistosa, cosa que los sorprendía y ofendía, ya que las tradiciones de la escuela exigían una batalla oculta entre alumnos y maestros. No considerábamos deshonroso robar, mentir o engañar a un maestro, aunque esa actitud hacia un compañero hubiera sido considerada inmoral. George también era rechazado por los maestros por negarse a aceptar ese estado de guerra y por hacer amistad con los alumnos siempre que le era posible. Cuando dos maestros, que se habían portado de un modo especialmente desagradable con él, murieron uno tras otro en un plazo muy breve, dijo bromeando:

—¿Lo ves, Robert? Mis enemigos desaparecen ante mis ojos.

Siempre lo llamé por su nombre, igual que tres o cuatro amigos más en la escuela. Esta falta de ceremonias se consideraba una debilidad por la mayor parte de los alumnos y por todos los maestros. A veces lo difícil de su posición le hacía perder la paciencia; sin embargo, siempre encontró cuatro o cinco alumnos que, como él, se sentían fuera de su elemento, y a través de la amistad lograban hacerse la vida más tolerable. Antes de la expedición final al monte Everest, había decidido renunciar y aceptar un trabajo en Cambridge en la Asociación de Enseñanza Obrera; estaba harto de tratar de enseñar a caballeros portarse como caballeros.

Pasé una temporada con George y con un buen número de alpinistas en el Pen-y-Pass Hotel de Snowdon en la primavera de 1914. En aquella ocasión emprendimos una ascensión real sobre los precipicios, y tuve la fortuna de hacerla con George, H. L. Porter (un experto de gran renombre), Kitty O’Brien y Conor O’Brien, su hermano, quien más tarde hizo un viaje famoso alrededor del mundo en un bote ridiculamente pequeño. Conor hacía aquella ascensión, según nos dijo, como un remedio al mal estado de sus nervios. Solía irritarse ante el menor problema; su voz se convertía en un chillido. Kitty se burlaba entonces un poco:

—¡Vamos, Conor, un poco más de cordura!

Entonces se disculpaba. Era marino, y acostumbraba a subir descalzo. A menudo, al escalar, uno tiene que soportar todo el peso del cuerpo en un par de dedos… pero dedos envueltos en pesadas botas. Conor se jactaba de poder apoyar sus pies desnudos en una grieta mucho mejor de lo que podía hacerlo cualquier bota.

El personaje más célebre de la excursión era Geoffrey Young, profesor de Eton y presidente del Club de Montañistas. Había perdido a sus cuatro mejores amigos escalando; era extraordinariamente prudente. Eso se veía no sólo por la manera con que preparaba todas las excursiones, examinaba la cuerda con atención, centímetro a centímetro, verificaba el estado de sus estoperoles o balanceaba el peso de su mochila, sino también por las precauciones que tomaba en la montaña misma. Antes

de hacer cualquier movimiento, lo pensaba con extraordinaria cautela, como si se tratara de resolver un problema de ajedrez. Si el saliente siguiente estaba ligeramente fuera del alcance de su mano, o si su pie estaba precariamente apoyado, se detenía el tiempo necesario para pensar en un modo seguro de salir del problema. George se impacientaba a veces, pero Geoffrey no permitía que le apremiasen. Su baja estatura era para él una desventaja. Sin ser tan ligero como Porter, ni tan sorprendente como George, Geoffrey Young era el ejemplo del perfecto alpinista; y lo sigue siendo. Esto, a pesar de haber perdido una pierna en el frente italiano donde sirvió en una unidad de la Cruz Roja. Sigue haciendo sus ascensiones con una pierna artificial, y recientemente ha publicado el único libro sobre alpinismo que se puede usar con confianza. Me sentía muy orgulloso de estar en la misma cuerda con Geoffrey Young, y cuando un día me dijo: «Robert, tienes el mejor equilibrio natural que haya visto nunca en un alpinista», el elogio me agradó mucho más que si el Poeta Laureado del reino me hubiera dicho que tenía el más fino sentido del ritmo que hubiera encontrado en un joven poeta.

En realidad, debo haber tenido muy buen equilibrio. Una vez, en Suiza, eso me salvó de romperme una o ambas piernas. Mi madre nos llevó a Suiza en las vacaciones de Navidad de 1913, aparentemente a practicar deportes de invierno, aunque en realidad creo que fue porque consideró que era una buena oportunidad para que mis hermanas conocieran a jóvenes agradables de fortuna. Después de esquiar tres días, fui a Champéry, el sitio donde nos alojábamos, y donde la nieve estaba demasiado blanda, a Morgins, a trescientos metros de altura, donde estaba seca y dura y donde descubrí un tobogán cubierto de hielo. Sin ponerme a considerar que los esquíes no funcionan en modo alguno sobre el hielo, me lancé abajo. Después de unos cuantos metros, mi velocidad aumentó de una manera alarmante y descubrí con terror lo que me esperaba. El tobogán tenía varias curvas muy pronunciadas, y tuve que confiar enteramente en el balanceo del cuerpo para salir bien librado de ellas. Al llegar a la meta aún de pie, un aterrorizado funcionario del club deportivo me reprochó haber puesto en peligro mi vida en sus terrenos.

En un ensayo sobre alpinismo escrito en aquella época, dije que ese deporte hace que todos los demás parezcan triviales. «Las nuevas formas de escalada, o las variaciones sobre otras antiguas, nunca se hacen con un espíritu de rivalidad, sino sólo porque es agradable estar en un punto de la superficie terrestre donde no ha estado nadie anteriormente. Es agradable, también, estar a solas con un grupo elegido de personas, personas en las que se puede confiar por completo. El alpinismo, uno de los deportes más peligrosos, deja de serlo si se siguen las reglas necesarias. Si todos los miembros del grupo son físicamente competentes, si se observan con atención las condiciones meteorológicas, si se tienen los instrumentos de escalada adecuados, y se evitan la prisa, la ansiedad y los riesgos inútiles, el alpinismo puede ser un deporte más seguro que la caza del zorro. La caza implica factores que están fuera del control del individuo, tales como los cables o alambres escondidos, las zanjas en las que

puede caer el caballo, los caprichos o vicios del animal. Los alpinistas confían por entero en sus propios pies, piernas, manos, hombros, sentido del equilibrio y en su apreciación de las distancias».

Mi primer precipicio fue Crib-y-ddysgel, una verdadera prueba para los principiantes. Un precipicio de quince metros… —esa altura asusta más que una de ciento cincuenta metros, ya que aunque la muerte resulta casi igualmente segura, es mucho más inmediata—, un alto acantilado de roca de la anchura de una habitación corriente que tiene que cruzarse de derecha a izquierda. En ese muro de roca no hay ningún saliente ni cornisa donde apoyar las manos y los pies que valga la pena mencionarse, y está demasiado inclinado como para poder apoyarse o arrodillarse sin resbalar. El ángulo de inclinación debe de ser, me imagino, de unos cuarenta y cinco o cincuenta grados. Una vez cruzado aquel paso sin daños, sentí que el resto de la ascensión resultaría fácil. A esa ascensión la llaman El gambito. Robert Trevelvan, el poeta, había pasado esa prueba el año anterior. Tuvo la desdicha de caer, pero después de rodar unos cuantos metros, lo detuvo la cuerda firmemente sujeta por el dirigente de su grupo. Aquella experiencia le resultó tan desagradable que no volvió a intentar escalar la montaña, y se conformó con pasear por los alrededores durante el resto de su estancia en Pen-y-Pass.

«Asegurar» la cuerda que va siempre enrollada alrededor de la cintura del alpinista, significa colocarla con toda rapidez en algún saliente del terreno, para que sostenga el peso del cuerpo y evitar de esa manera, en el caso de que el compañero de atrás o de delante pierda pie, que todo el grupo caiga al precipicio. La cuerda alpina tiene un punto de ruptura a un tercio de su extensión. Sólo un miembro del equipo se mueve en determinado momento, los otros lo esperan, asegurados. A veces, el dirigente tiene que desplazarse veinte o treinta metros antes de descubrir otro punto firme donde asegurar la cuerda y que se toma como referencia para el siguiente movimiento; de manera que, si llega a resbalar sin poder impedir la caída, caerá a una altura igual al doble de aquella distancia antes de ser izado por los demás.

Ese mismo día logramos una ascensión espectacular, aunque no especialmente difícil, en Crib Goch. En un momento determinado, atravesamos un contrafuerte que era como el filo de una navaja. De aquel contrafuerte se desprendía un pilar de roca, de los que técnicamente se conocen como monolitos. Escalamos a gatas el monolito, y nos encontramos en la cima que dominaba el valle a una altura de setenta metros; cada uno subió por turnos para contemplar el panorama. El paso siguiente era hacer un largo y cuidadoso rodeo desde la cima del monolito hasta la pared de roca; había allí un grieta lo suficientemente amplia como para admitir la punta de una bota, y una cornisa en la que se podía apoyar la mano a una altura conveniente, lo que permitía dar con facilidad un salto hasta la cornisa siguiente. Recuerdo que George me gritó:

—Ten cuidado al apoyar el pie, Robert. No desgastes el borde o nadie podrá volver a intentar este camino. Es necesario que resista por los menos quinientos años más.

Sólo una vez me vi en peligro. Porter me llevó a escalar una Parte conocida de la montaña. Aquella ascensión no se había intentado en los últimos diez años. A medio camino encontramos una «chimenea». Una «chimenea» es una fisura vertical en roca, lo bastante amplia como para admitir el paso de un cuerpo; mientras que una grieta permite sólo el paso de la bota. Uno pasa una chimenea por medio de movimientos laterales de la espalda y las rodillas, mientras que una grieta se escala con la cara frente al muro. Porter, que estaba a unos veinticinco metros por encima de mí, dio un pequeño salto para alcanzar un asidero fuera del alcance de su mano. Al hacerlo, movió un montón de piedras apiladas sobre la chimenea. Éstas resbalaron, y una, algo más grande que una pelota de críquet, me golpeó y me hizo perder el conocimiento. Por fortuna, estaba bien sujeto, y Porter logró alcanzar un sitio firme. La cuerda me detuvo; unos segundos más tarde recuperé el sentido y estuve en condiciones de continuar.

En Pen-y-Pass tomábamos un desayuno abundante al aire libre, con una barrica de cerveza antes de dirigirnos a la montaña cerca del mediodía. Snowdon es una montaña perfecta para los alpinistas; sus rocas son sólidas y nada resbaladizas. Algunos precipicios tienen más de trescientos metros de altura, pero todos son escalables, de un modo u otro, y siempre permiten un fácil descenso. Por la noche, al volver al hotel, nos dejamos casi hervir en tinas de agua caliente. Me acuerdo que contemplaba mi cuerpo con estupor: las uñas destrozadas, las rodillas amoratadas, el conjunto de músculos fortalecidos en todas partes bajo el cuello, y el sentimiento de satisfacción que aquello me producía. Mi peor escalada fue la de Lliwedd, el más formidable de los precipicios, cuando, en el punto en que era necesaria una mayor concentración, un cuervo comenzó a describir amplios círculos alrededor de todo el grupo. Aquello me resultó extrañamente perturbador, porque uno sólo marcha hacia arriba y hacia abajo, o de lado, y en cambio el cuervo parecía sugerir otras posibles formas de movimiento, tentándonos a seguir su ejemplo.

10

Acababa de llegar a Harlech, después de terminar mis estudios en Charterhouse, cuando Inglaterra le declaró la guerra a Alemania. Un día o dos después decidí alistarme. En primer lugar, aunque los periódicos predecían una guerra de muy corta duración, terminaría cuando mucho para Navidad, yo esperaba que durara lo suficiente para demorar mi ingreso en Oxford en octubre, que me parecía algo temible. No había considerado la posibilidad de que me enviasen al campo de batalla, sino que esperaba incorporarme a una división que permaneciera en el país en tanto que las fuerzas regulares eran enviadas al extranjero. En segundo lugar, me sentía ultrajado al leer la cínica violación de la soberanía de Bélgica, realizada por los alemanes. Aunque pensaba que el veinte por ciento de los relatos sobre aquellas atrocidades eran una exageración debida a la situación bélica, aquello no era, por supuesto, suficiente. Hace poco vi los siguientes recortes de periódicos de la época colocados en orden cronológico:

«Cuando se supo la caída de Amberes, las campanas de las iglesias se echaron al vuelo (por ejemplo en Colonia y en todas las poblaciones de Alemania).» *Kólnische Zeitung*.

«Según el *Kólnische Zeitung*, a los sacerdotes de Amberes se les obligó a tocar las campanas cuando la fortaleza fue tomada». *Le Matin*.

«Según lo que *The Times* ha logrado saber en Colonia y Paris a los desdichados sacerdotes belgas que se negaron a tocar las campanas cuando Amberes se tomó, los sentenciaron a trabajos forzados». *Corriere della Sera*.

«Según informaciones que el *Corriere della Sera* ha recibido de Colonia, a través de Londres, se ha confirmado que los bárbaros conquistadores de Amberes castigaron a los desgraciados sacerdotes belgas por su heroica negativa a tocar las campanas, colgándolos de las propias campanas, con la cabeza hacia abajo, como badajos vivientes». *Le Matin*.

En las trincheras, unos cuantos meses más tarde, me encontré en una compañía en que, de cada cinco jóvenes oficiales, cuatro tenían, por coincidencia, madres alemanas o padres alemanes que habían adoptado la ciudadanía inglesa. Uno de ellos me dijo:

—Me alegro de haberme incorporado al ejército en el primer momento. Si hubiera esperado un mes o dos, me habrían acusado de ser un espía alemán. Tengo un

tío que ha sido detenido y recluido en la prisión de Alexandra, mi padre ha podido seguir en su club de golf sólo por tener dos hijos en las trincheras.

—Bueno, yo en cambio tengo tres o cuatro tíos en el lado contrario y también muchos primos. Uno de mis tíos es general. Pero eso no tiene importancia. Del único de quien me enorgullezco es de mi tío Dick Poore, el almirante británico que comanda el *Nore*.

Entre estos familiares enemigos estaba mi primo Conrad, único hijo del cónsul de Alemania en Zúrich. En enero de 1914 había esquiado con él por los bosques que rodean la ciudad. Y una vez nos deslizamos juntos en un trineo por la Dolderstrasse que atraviesa Zúrich, donde los faroles del alumbrado público estaban protegidos con sacos de arena, y donde los trineos familiares eran atropellados a menudo por trineos individuales; alguien se rompía siempre los brazos o las piernas en esos incidentes, y la multitud pensaba que era muy divertido. Conrad hizo toda la guerra con un regimiento bávaro de primer orden, y ganó la medalla *Pour la Mérite*, una condecoración que se concede aún más raramente que la Cruz de la Reina Victoria en Inglaterra. Poco después de terminada la guerra, una banda armada de bolcheviques lo mató en un pueblo del Báltico adonde le habían enviado a hacer una requisación. Conrad era un joven educado, orgulloso, interesado sobre todo en la historia natural, que acostumbraba a pasar horas enteras en los bosques estudiando las costumbres de los animales salvajes; le resultaba intolerable que se disparara contra ellos.

Tal vez el acto militar por que más se distinguió un miembro de mi familia fue el realizado por un tío alemán; lo habían reclutado a la edad de cuarenta y cinco años como teniente de artillería de Baviera. Mi hermano John lo vio hace un año o dos, y mencionó por casualidad su proyecto de visitar Reims. Mi tío le dijo, dándole un codazo:

—Observa la catedral. Un día, durante la guerra, mi general de división me mandó llamar y me dijo: «Teniente de artilleros von Ranke, según tengo entendido usted es luterano y no católico romano». Lo admití. Entonces añadió: «Tengo una misión muy desagradable que encomendarles, teniente. Esos miserables franceses están usando la catedral como puesto de observación. Piensan que pueden hacerlo impunemente por tratarse de la catedral de Reims, y desde allí disparan a nuestras trincheras. Lo he mandado llamar para ordenarle que los desaloje del lugar». No habíamos disparado más que dos cañonazos cuando el torreón se vino abajo, con franceses y todo. Tuvimos muy buena puntería. Estoy orgulloso de que los destrozos se limitaran a eso. En verdad, debes ver la catedral.

El secretario del club de golf de Harlech me sugirió solicitar el grado de oficial en vez de alistarme. Llamó por teléfono al regimiento más próximo, el de los Fusileros Reales de Gales, con sede en Wrexham, y le dijo a un oficial que yo había servido en el Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales de Charterhouse. El oficial dijo:

—Envíelo directamente aquí.

El 11 de agosto comencé el entrenamiento, y de inmediato me convertí en un héroe. Mi madre anunció:

—Nuestra raza ha enloquecido —y consideró mi decisión como un acto religioso; mi padre estaba orgulloso de que yo «hubiese hecho lo único correcto». Hasta llegué a recuperar, durante un tiempo, el respecto de C. L. Graves, del *Spectator* y el *Punch*, el tío con quien recientemente había tenido una controversia. Cuando dos trimestres antes me dio un soberano, le escribí para darle las gracias, diciéndole que al fin podría comprar el *Libro de Notas, El camino de toda carne*[2] y los dos *Erewhon* de Samuel Butler. Eso lo enfureció, como a todo buen victoriano.

La mayor parte de los solicitantes de un cargo de oficial en Wrexham eran muchachos que habían fracasado recientemente en los exámenes de la Real Academia Militar de Sandhurst, y trataban de ingresar en el ejército regular por la puerta trasera de la milicia, rebautizada con el nombre de *Reserva Especial*. Sólo uno o dos muchachos más se habían presentado como yo, por interés en la guerra y no por hacer carrera. En el cuartel había una docena de oficiales reclutados que estudiábamos las distintas maniobras militares. La experiencia anterior en Charterhouse me ayudó, a pesar de no saber nada sobre las tradiciones del Ejército y de cometer los peores errores en que puede incurrir un soldado: saludaba militarmente al jefe de la banda, era incapaz de reconocer al coronel cuando vestía de civil, caminaba por la calle sin cinturón, conversaba con los soldados y los civiles indistintamente. Aunque pronto aprendí los reglamentos, mi mayor dificultad estribaba en no saber tratar a los soldados de mi pelotón con el aire de autoridad necesario. Muchos de ellos eran antiguos soldados reenganchados, y a mí me disgustaba jactarme de saber más que ellos. Había dos o tres soldados muy viejos empleados como personal de almacén, que llevaban distintivos de Birmania, de 1885, e incluso de campañas anteriores y que por lo general tenían también la medalla de los *Rooti*[3], obtenida por buenos servicios, medalla que se concedía por «dieciocho años de servicios, sin ningún delito conocido». Se decía de uno de aquellos ancianos, llamado Jackie Barrett, un personaje de Kipling:

—Ahí va Jackie Barret. Él y su amigo del alma desertaron del regimiento en Quetta, y cruzaron a pie la frontera noroeste. Tres meses después, Jackie se entregó al cónsul británico en Jerusalén como desertor. Por cierto, en el camino enterró a su amigo.

Después de pasar sólo unas tres semanas en el cuartel, me enviaron a un campo de prisioneros recién creado para aliados del enemigo, en Lancaster. Situado en una fábrica abandonada de vagones de ferrocarril, cerca del río, el campamento era un lugar sucio y frío, lleno de viejos instrumentos metálicos y cercado por alambradas de púas. Había allí cerca de tres mil prisioneros, y llegaban más y más diariamente: marinos arrestados en los barcos alemanes en el puerto de Liverpool, camareras de los grandes hoteles del norte, una o dos extrañas bandas de música alemanas, inofensivos viajantes de comercio y tenderos alemanes. Los prisioneros lamentaban

haber sido internados en aquel campo, especialmente los padres de familia que habían vivido pacíficamente en Inglaterra durante muchos años. El único consuelo que les podíamos ofrecer era decirles que estarían más seguros allí que fuera. El sentimiento antialemán había comenzado a desbordarse; las tiendas de nombre alemán eran asaltadas constantemente; incluso a las mujeres alemanas se las hacía sentir personalmente responsables por las pretendidas atrocidades cometidas en territorio belga. Además, les decíamos, si estuvieran en Alemania se habrían visto obligados a incorporarse al ejército. En aquella época aún podíamos jactarnos de nuestro sistema de reclutamiento voluntario. No se nos podía ocurrir que un día la suerte de aquellos internados que debíamos proteger hasta el fin de la guerra sería amargamente envidiada por los soldados británicos enrolados a la fuerza.

En el verano de 1915, *The Times* reprodujo un relato publicado en un periódico alemán por *herr* Wolff, un prisionero que había sido canjeado, sobre sus experiencias en Lancaster en 1914. *The Times* se burlaba de las declaraciones de Wolff, según las cuales había sido detenido con otros cuarenta empleados del Hotel Middland de Manchester y enviados, con las manos esposadas y grilletes en los pies, en vagones especiales hasta Lancaster, escoltados por cincuenta policías de Manchester armados con fusiles. Pero era la verdad, porque yo personalmente los recibí de manos del inspector jefe, un notable personaje envuelto en una capa militar, quien me hizo el honor de tributarme un espléndido saludo. Había hecho bien su trabajo, y parecía enorgullecerse de ello; el único incidente ocurrido había sido la rotura de dos ventanas por los fusiles. Wolff declaraba que en los campos de concentración se hallaban hasta niños, lo cual también era cierto. Había una docena o más de muchachos de las bandas alemanas, que habían sido internados porque parecía más humano que separarlos de sus amigos y enviarlos a un taller sostenido por la asistencia pública. Pero mantener su pureza moral en el campo le producía a la dirección graves problemas.

Yo gobernaba un pelotón de unos cincuenta reservistas especiales, la mayor parte de los cuales no contaba más de seis semanas de servicio: era un grupo de galeses salvajes de los condados vecinos. Se habían alistado en el ejército tan pronto como comenzó la guerra, considerando que era el medio más eficaz de evitar las molestias de un campo de entrenamiento; verse forzados a continuar más allá de las dos semanas que esperaban los exasperaba. Desertaban constantemente y tenía que buscarlos y devolverlos la policía; ésta parecía tenerles más miedo a los prisioneros que éstos a la policía. Yo detestaba tener que hacer la ronda de los centinelas en las noches oscuras a eso de las dos o tres de la mañana. A menudo se me apagaba la linterna y, mientras trataba de volver a prenderla, oía la amedrentada voz de un centinela:

—¡Alto! ¿Quién vive?

Sabía que el hombre estaba con el rifle preparado y con cinco cartuchos en el cargador. Los centinelas disparaban a menudo contra las sombras. Los prisioneros,

sobre todo los marinos, reñían constantemente entre sí. Una mañana vi a un prisionero escupir dientes y sangre: le pregunté qué había ocurrido.

—Oh, nada, señor, un buen amigo me dio un golpe en la mandíbula.

Frecuentemente recibíamos delegaciones que llegaban a quejarse de la alimentación, la misma comida que comíamos los soldados. Pero después de cierto tiempo, los prisioneros adoptaron una actitud de resignación, y comenzaron a buscarse pasatiempos: reuniones musicales y juegos, y a elaborar planes de evasión. Tenía problemas mucho mayores con mis galeses, que siempre estaban tratando de escapar del cuartel, aunque todas las posibles salidas estaban vigiladas. Al fin descubrí que se deslizaban por el alcantarillado. Se jactaban siempre de sus éxitos con las mujeres. El soldado Kirby me dijo un día:

—¿Sabe usted, señor? Al domingo siguiente de nuestra llegada, todos los predicadores de Lancashire repitieron: «Madres, cuidado con vuestras hijas, han llegado los soldados galeses».

En Lancaster fui víctima de un accidente desagradable. El teléfono estaba instalado en la oficina donde yo dormía sobre un escritorio inclinado. Una noche, Pack Saddle (el nombre en clave con que se designaba al oficial jefe de aprovisionamiento, del sector occidental) me telefoneó desde Chester pasada la medianoche, para transmitirme órdenes referentes al racionamiento que nos debía proporcionar para un contingente nuevo de cuatrocientos prisioneros, que iban a enviarnos desde Chester y Gales del Norte. En la mitad de una conversación que resultaba difícil debido a una tormenta, al sueño y a la irritabilidad de Pack Saddle, sacudió la línea un relámpago en alguna parte. Una descarga eléctrica me hizo dar una vuelta completa sobre mí mismo, y no pude usar el teléfono sin sudar y temblar hasta unos doce años más tarde.

Vigilar prisioneros me parecía un papel antiheroico para desempeñar en la guerra que, hacia octubre, había alcanzado un momento crítico; deseaba ir a combatir en el continente. Mi entrenamiento se había interrumpido y yo sabía que, aunque lograra abandonar aquel puesto, debía pasar por lo menos uno o dos meses de entrenamiento antes de que me enviaran al frente. Cuando volví al cuartel, el capitán Crawshay, un militar regular, le encontró dos defectos. El primero de todos fue haber acudido a un sastre poco competente, y además mi ordenanza descuidaba el brillo de los botones, el cinturón y las botas. Como nunca había tenido un criado, no sabía lo que podía exigírsele. Para terminar, Crawshay me llamó a la Sala de Ordenanzas, donde me dijo que no me enviaría a Francia hasta que no tuviera mayor cuidado con mi guardarropa y no adquiriera un aspecto más marcial. El informe del comandante de mi compañía decía: «Es una calamidad y no tiene nada de soldado». Pero la paga apenas me alcanzaba para cubrir mis gastos mínimos, y no podía pedirles a mis padres que me compraran otro uniforme cuando acababa de asegurarles que poseía todo lo necesario. Crawshay decidió después que yo debía de ser mal deportista, probablemente porque el día del Grand National en que corría un caballo suyo, todos

los oficiales jóvenes pidieron permiso para ir a las carreras menos yo. Me ofrecí para ocupar el puesto de un oficial que quería tener ese día libre.

Uno por uno, a todos mis compañeros los enviaron a Francia para reemplazar las bajas del Primer y Segundo Batallón, mientras yo permanecía en el cuartel, sin saber qué hacer. Pero una vez más, el boxeo me ayudó. Johnny Basham, un sargento de nuestro regimiento, se preparaba en aquella época para pelear con Boswell y competir por el trofeo *Landsale*, de peso ligero. Una tarde visité el campo de entrenamiento, donde Basham se ofrecía a pelear tres asaltos con cualquier miembro del regimiento. Un joven oficial se puso los guantes, y Basham logró hacer reír a carcajadas al público, en cuanto logró medir a su adversario, manteniéndolo a raya y haciéndolo quedar como un imbécil. Le pregunté al entrenador de Basham si me daba una oportunidad. Me prestó unos calzoncillos y subí al cuadrilátero. Fingiendo no saber nada de boxeo, abrí con la derecha y me moví con torpeza. Basham creyó tener otra oportunidad de hacer reír al público, descubrió la guardia y comenzó a bailar a mi alrededor, desafiante. Le sorprendí fuera de equilibrio y de un golpe lo dejé tendido en el cuadrilátero. Cuando se recobró se lanzó contra mí, pero logré mantenerme en pie. Cuando comencé a reír, él se rió también. Tuvimos tres asaltos muy movidos, y con gran decencia me hizo sentir que yo era mucho mejor boxeador de lo que en realidad era, acomodando su ritmo al mío. Tan pronto como Crawshay supo la historia, me llamó a mi barraca y me dijo que se había enterado con gran satisfacción de mi actuación; que para un oficial, boxear de esa manera significaba alentar a sus soldados; que se había equivocado sobre mis condiciones atléticas, y que, para mostrarme su aprecio, me inscribiría en la lista de los que debían partir para Francia en el término de una semana.

De los oficiales que habían enviado antes que a mí, varios habían muerto o habían sido heridos. Los muertos incluían a un diputado por el partido liberal, el segundo teniente W. G. Gladstone, a quien llamábamos *Ojos alegres*. Tendría unos treinta años, era nieto del viejo Gladstone, a quien se parecía físicamente y asumía las funciones de lord teniente por su condado. Antes de estallar la guerra, se había declarado antibelicista, lo que le valió recibir los reproches de sus granjeros de Hawarden, quienes, avergonzados, llegaron a amenazarlo con tirarlo a un estanque. Al comprender que una vez declarada la guerra cualquier protesta carecería de sentido, se unió al regimiento como segundo teniente. Sus convicciones políticas permanecieron intactas, pero, siendo un hombre de gran integridad, se negó a aceptar un empleo burocrático como coronel en el estado mayor del Ministerio de la Guerra. Poco después de llegar a Francia, donde estaba acantonado el Primer Batallón, fue herido por un francotirador y murió poco después. El general French envió su cadáver a Inglaterra, donde recibió un funeral militar en Hawarden; yo asistí a él.

Guardo aún uno o dos vagos recuerdos de aquel período de entrenamiento en Wrexham. El propietario de la casa donde me alojaba, un abogado galés, nos cobraba más de lo debido aunque fingía una actitud amistosa hacia nosotros. Usaba una

peluca, o para ser más exacto, tres pelucas, con cabellos de distintas medidas. Después de llevar la del cabello de largo regular, se ponía la peluca del cabello largo, y decía que ya era tiempo de hacerse cortar el pelo. Entonces salía de casa y, en un lavabo Público tal vez o detrás de un buzón solitario, cambiaba la peluca por la del cabello corto, que llevaba hasta el día de cambiarla una vez más por la de cabello de largo medio. Aquel engaño se hizo público el día que uno de los oficiales que vivía conmigo se emborrachó y registró su cuarto. Aquel oficial, un tal Williams, era un ejemplo extremo del galés taimado. Cuanto más borracho estaba más asombrosas eran sus confesiones. Una vez, me habló sobre una muchacha irlandesa a quien había prometido matrimonio, y con quien se había acostado, bajo el efecto de un anillo de compromiso de diamantes.

—En realidad era falso —se vanagloriaba. El día antes de la boda, ella había perdido un pie, bajo las ruedas de un tranvía de Dalky, y él se apresuró a salir inmediatamente de Dublín—. ¡Pero, Graves, hasta que le ocurrió eso, era una muchacha encantadora, encantadora!

Williams había sido estudiante de medicina en el Trinity College de Dublín. Cada vez que visitaba Chester, el pueblo vecino, para conseguir alguna prostituta, no sólo apelaba a su patriotismo para que no le cobrara, sino que daba siempre mi nombre. Me enteré de ello, porque aquellas mujeres comenzaron a escribirme cartas llenas de reproches. Al fin le dije delante de los demás oficiales:

—De hoy en adelante, te vas a distinguir de todos los demás Williams que hay en el regimiento porque te llamarán *El sucio Williams* —el mote tuvo éxito. De un modo u otro se las ingenió para no ir a las trincheras, salvo un breve periodo en un sector tranquilo, y pasó la guerra tranquilamente.

El soldado Probert procedía de Anglesey, y se había unido a los reservistas en tiempo de paz para mejorar su salud. En septiembre, todo el batallón dio su consentimiento para ir a combatir en ultramar, excepto Probert. Se negó a ir, y ni las amenazas ni las razones le hicieron cambiar de opinión. Finalmente se le envió ante el coronel, que estaba totalmente asombrado ante su obstinación. Probert le explicó:

—No es que tenga miedo, coronel. Pero no quiero morir. En casa tengo una mujer y unos cuantos cerdos.

Mientras no llegaban los uniformes color caqui, los soldados del batallón vestían un uniforme azul marino, todos, con la excepción de Probert. El coronel decidió avergonzarlo, y él continuó, por órdenes superiores, llevando la casaca escarlata de tiempos de paz y unos pantalones azules con una raya roja; su casaca estaba muy sucia, porque lo habían incorporado al personal de cocina. Sus colegas le llamaban el Petirrojo, y en su honor cantaban a coro una canción que se hizo popular:

Jamás demuestro enojo
cuando me llaman petirrojo,
¡peti, peti, peti

petirrojo!
La capa roja es la mejor defensa,
es mi manera de pedir clemencia.

Pero aquello a Probert parecía no importarle:

Por más que me llamen petirrojo
seguiré llevando mi casaca escarlata.
Si es necesario me pondré una capa
para que me sigan llamando petirrojo.

En octubre le dieron de baja por incapacidad: «Inteligencia no suficientemente desarrollada, incapaz de servir en las fuerzas armadas de Su Majestad», y fue a reunirse felizmente con su mujer y sus cerdos. Del coro de bromistas, pocos fueron los que, tras sobrevivir a los combates de Festubert en mayo siguiente, sobrevivieron a los de Loos en septiembre.

Los nuevos oficiales pasaban mucho tiempo en las salas de ordenanzas de su compañía o batallón, donde se les enseñaba el arte de castigar el delito. Por delito se entendía cualquier violación de los reglamentos reales; y eran bastantes. Las sesiones Podían durar cuatro o cinco horas al día, al ritmo de un delito cada tres o cuatro minutos… esto, aparte de las docenas de ofensas menos graves que resolvían los comandantes de cada compañía. El salón de ordenanzas del batallón tenía por lo general que tratar de los siguientes delitos: deserción, negativa a obedecer una orden, uso de lenguaje obsceno ante un oficial, ebriedad y desorden, robo a un camarada, etc. Las noches de paga era raro encontrar a un hombre sobrio; pero aquello se pasaba siempre por alto y, tan pronto como el oficial de la compañía apagaba las luces, reinaba el silencio. Dos años más tarde, los delitos serios habían disminuido en un veinte por ciento de esa cifra, aunque los efectivos de batallón se habían triplicado, y muchos casos que antes el oficial de la compañía trataba sumariamente pasaban al coronel; la ebriedad había dejado prácticamente de considerarse como delito.

Taylor, un joven soldado de mi compañía, había estado conmigo en Lancaster, donde yo le había comprado una armónica para tocar durante las marchas; durante millas y millas podía tocar una melodía tras otra. Los demás soldados llevaban su mochila y su rifle. En Wrexham, las noches de paga, acostumbraba a sentarse en un local cerca de la estación del ferrocarril y tocar algunas melodías para que bailaran los borrachos. Él nunca bebía. La música comenzaba con ritmo lento, pero gradualmente se hacía más rápida, hasta adoptar otro frenético; siempre retardaba este climax hasta mi llegada con el oficial de la compañía encargado de mantener el orden. Cuando el sargento abría la puerta con una patada y aullaba: «¡Compañía F, atención!», Taylor se interrumpía, se guardaba la armónica en un bolsillo y de un salto se ponía en pie. En cuanto a los borrachos, se quedaban helados en medio de sus movimientos, sonriendo estúpidamente.

La primera vez que asistí al tribunal, se desarrolló un caso más o menos de la manera siguiente:

SARGENTO (fuera de escena). —Ahora usted, 99, Davies, Compañía F, quítese la gorra, ¿me oye? Quítese la gorra, ¡quítesela! Muy bien. Escolta y prisionero, media vuelta a la derecha, ¡derecha! paso redoblado, ¡marchen! ¡Vuelta a la derecha! (En escena) ¡Vuelta a la izquierda! Escolta y prisionero, ¡alto! ¡Vuelta a la izquierda!

CORONEL. —Lea el cargo, sargento.

SARGENTO. —El soldado número 99 W. Davies. Compañía F, en Wrexham el 20 de agosto: conducta impropia de un soldado. Cometió un acto indecente en el patio de barracas. Testigos: el sargento Timmins y el cabo Jones.

SARGENTO TIMMINS. —Señor, en la fecha indicada, a eso de las dos de la mañana, estaba de guardia y el cabo Jones me informó sobre el asunto. Yo inspeccioné. Fue el prisionero, señor.

CORONEL. —¡Cabo Jones! Su testimonio.

CABO JONES. —Señor, en la fecha mencionada, cruzaba yo el patio de barracas, cuando vi al prisionero sentado en el suelo, producía excrementos, señor. Tomé su nombre y lo comuniqué al sargento, señor.

CORONEL. —Bueno, soldado Davies, ¿qué puede usted decir sobre esto?

99 DAVIES (con un tono cantarín). —Señor, de pronto me sentí muy mal, señor. Tenía una diarrea increíble. Tenía que hacerlo, señor.

CORONEL. —Pero, soldado, las letrinas no quedaban más que a unos cuantos metros del lugar.

99 DAVIES. —Coronel, señor, no es posible contener a la naturaleza.

SARGENTO. —¡No se le responde a un oficial de esa manera!

(Pausa).

SARGENTO TIMMINS (tose). —¿Señor?

CORONEL. —Diga, sargento Timmins.

SARGENTO TIMMINS. —Señor, tuve ocasión de examinar su porquería, y había sido hecha con esfuerzos, señor.

CORONEL. —Soldado Davies, ¿acepta usted el cargo?

99 DAVIES. —Sí, coronel, señor.

CORONEL. —Ha cometido usted un acto muy sucio, y ha deshonrado usted a su regimiento y a sus camaradas. Es necesario dar un ejemplo. Diez días de arresto.

SARGENTO. —Escolta y prisionero, ¡media vuelta a la izquierda! Marchen: ¡vuelta a la izquierda!

(Fuera de la escena). —¡Escolta y prisionero, alto! ¡Póngase la gorra! Condúzcanlo a la prisión. ¡El siguiente caso!

Todos aquellos casos me producían estupor y me abatían el ánimo. Nunca llegué a acostumbrarme, aun después de haber sentenciado por mi cuenta a millares de hombres. El único cambio introducido por el elemento civil en el ejército fue que, a mediados de la guerra, el Consejo Superior de las Fuerzas Armadas decidió que a partir de ese momento las órdenes de: «Prisionero y escolta, ¡media vuelta a la derecha, derecha! ¡Marchen!», serían reemplazadas por: «Acusado y escolta, ¡media vuelta a la derecha, derecha! ¡Marchen!»… Se presentaban muy pocos casos interesantes… Hasta el lenguaje obsceno, que tenía que ser reproducido en el juicio, era siempre tediosamente el mismo, la única variación que recuerdo del arsenal de cuatro palabras la proporcionó el suboficial, acusado de amenazar a un suboficial y emplear lenguaje obsceno:

—Cabo Smith —le había dicho—; dos hombres se encontrarán frente a dos montañas.

Cuando el coronel preguntó qué significaba aquello, el cabo explicó que aunque dos montañas nunca podían encontrarse, dos hombres sí podían hacerlo, que aquellos dos hombres podían muy bien ser él y el detenido; que ese encuentro podría tener lugar en tiempo de paz, y el prisionero podía perfectamente desear golpearlo. A pesar de lo remoto de aquella interpretación, el prisionero se ganó siete días de prisión. El humor lo proporcionaban sobre todo los irlandeses de las colinas, que tenían un dominio imperfecto del inglés. Uno de ellos, acusado de haberse ausentado del acto de presentación de armas y de haber usado lenguaje obsceno delante del sargento, gritó con profunda indignación en la Sala de Ordenanzas:

—¡Coronel, señor, el sargento me dijo que me quedara de guardia; yo no se lo pedí! ¡Y ahora ese maldito hijo de perra declara que sí!

El mayor número de cargos simultáneos hechos a un soldado que yo haya conocido se produjo en el caso de Boy Jones, en Liverpool en 1917. Fue acusado de haber empleado lenguaje obsceno al tratar con el director de la banda; luego, de haberse librado de la prisión que mereció por aquel delito. Luego, de haberse ausentado por propia voluntad del regimiento para ser aprehendido en la línea Hindenburg, Francia. El cuarto cargo era haber ofrecido resistencia a la escolta. El quinto, tener en su poder bienes pertenecientes al regimiento. Boy Jones, que tenía sólo catorce años, y representaba trece, se había deslizado entre los barrotes de su celda y, después de reunir algunas propiedades ilegalmente en su barraca, se había dirigido a la estación de Liverpool en espera de una víctima, que resultó ser un soldado del batallón Bantam, que volvía de Francia. Ese batallón formado por voluntarios demasiado jóvenes para pertenecer al Ejército regular. Boy Jones se las ingenió para emborrachar a uno, y luego le robó su rifle, el equipo, las insignias y los documentos y se marchó, usurpando su lugar. Al llegar a Francia, se incorporó a los Bantam; pero no era eso lo que deseaba. Quería estar con su propio regimiento, de manera que desertó de su batallón, estacionado en alguna parte al norte de Arras, y caminó hacia el sur, a lo largo de las trincheras en busca de su regimiento, usando ya

para entonces su propio uniforme. Un par de días después llegaba al Cuartel General del Segundo Batallón, donde se puso a disposición del mismo, pero inmediatamente fue enviado a Inglaterra; en el viaje sostuvo una violenta riña con la escolta. El castigo concedido a todos aquellos odiosos delitos —diez días de encierro en un campo de prisioneros y unos buenos azotes propinados por el director de la banda—, nos pareció el más adecuado.

Una acusación poco común fue la que se sostuvo contra el sargento encargado de la cabra del regimiento. Primero el delito fue calificado como un crimen de lesa Majestad, y más tarde reducido a «falta del respeto debido a un oficial superior». El cargo era que el sargento, en Wrexham, en tal y tal fecha había prostituido a la Cabra Real, obsequio de Su Majestad, coronel en jefe del ejército, procedente de los establos reales de Windsor, al aceptar prestarla, mediante cierto pago a…, caballero, agricultor y criador de cabras, de Wrexham. Aunque el encargado de la cabra explicó que había hecho aquello en consideración por el animal, por el que sentía un gran aprecio, el coronel lo degradó de rango y le quitó el puesto.

En tiempos de paz, la mayor parte de los batallones regulares del regimiento estaban dirigidos principalmente por anglogaleses pertenecientes a familias de hacendados de la región, y no contenían más de un miembro de habla galesa entre cincuenta. La mayor parte de los reclutas procedían de Birmingham. El único habitante de Harlech, que se inscribió conmigo en el regimiento al comienzo de la guerra, fue un mozo de los campos de golf. Había tenido problemas poco antes por robar los palos de golf. Los miembros de la Iglesia Disidente consideran pecaminosa la profesión de soldado, y en Merioneth la Iglesia Disidente tiene la última palabra. Los miembros de esta Iglesia rezaban por mí, no por los riesgos físicos que podía correr en Francia, sino por los peligros morales que me amenazaban en la patria. No obstante, cuando Lloyd George se convirtió en ministro de Abastecimientos Militares en 1915, y persuadió a los disidentes de que la guerra era una cruzada, tuvimos una tremenda afluencia de galeses del norte. Fueron siempre soldados difíciles; a duras penas podían permanecer impasibles cuando los suboficiales maldecían delante de ellos.

En Wrexham, nosotros, los subtenientes, aprendíamos la historia del regimiento, ejercicios de tiro, tácticas militares empleadas en la guerra sudafricana, derecho y administración militares. Aprendimos a reconocer el sonido de la trompeta, a utilizar una ametralladora, y a comportarnos debidamente en las ocasiones formales. Nunca cavamos una trinchera, ni manejamos bombas; la más pequeña unidad táctica que conocíamos era la compañía, no el pelotón, mucho menos la sección. En aquella época sólo dos oficiales habían regresado heridos del frente; ambos habían dejado el Segundo Batallón después de la retirada de Mons. Ninguno hablaba mucho de sus experiencias. Uno de ellos, *el Chorlito* Jones, lo único que nos decía era esto:

—La primera cosa extrema que vi en Francia fue a tres mujeres desnudas colgadas por la cabeza en una carnicería.

El otro acostumbraba a decir:

—Los obuses alemanes son capaces de convertir en un infierno la vida del hombre, especialmente unos obuses grandes y negros. ¡En un infierno! Y ese tipo, el Chorlito, no servía para nada. Nosotros marchábamos y marchábamos, y él, por tener el corazón delicado, caía desmayado a cada momento y esperaba que su pobre y jodido pelotón lo llevara en andas, a él y a su equipaje. Todo el mundo juraba que era un farsante. No crean nada de lo que el Chorlito les cuente sobre la retirada.

11

Me felicitaba por haber elegido ciegamente los Fusileros Reales de Gales, de entre todos los regimientos del ejército. «¡Santo cielo!» —pensaba yo—. Supongamos que al estallar la guerra hubiera estado viviendo en Cheshire, y que hubiera solicitado un entrenamiento como oficial en el Regimiento de Cheshire. Me hubiera sentido avergonzado al entrar en la historia de aquel regimiento, el antiguo Veintidós de Artillería, que había salido inmediatamente antes al frente de batalla que el Veintitrés, del Real Galés, y al que se le había privado de su viejo título «los Cheshires Reales» como castigo por haber perdido una batalla. (Se trataba de una calumnia sin ninguna base histórica, pero todos nosotros estábamos convencidos de que aquello era cierto). Qué fortuna no haberme unido a los Bedfords, a quienes a pesar de estar adquiriendo prestigio en la guerra, seguían llamándose «los pacifistas»; no tenían más que cuatro condecoraciones en sus insignias, y la más reciente databa de 1711; todo el mundo deformaba su lema en «¡No matarás!». Hasta el Centinela Negro tenía una mancha en su historial; y todos estaban enterados de ella. Cuando un soldado de otra unidad encontraba en una cantina a un Centinela Negro bebiendo una cerveza, y estaba lo suficientemente animado como para armar gresca, le pedía al tabernero que le sirviera una pinta de Broken Square. Eso bastataba para que se desabrochasen los cinturones.

El Real Galés había obtenido veintinueve distinciones en el campo de batalla; número igualado sólo por otros dos regimientos, compuestos por dos batallones. Y en esto, también el Real Galés llevaba ventaja, ya que los otros no eran regimientos únicos, sino unidades formadas en 1888 con dos regimientos, cada uno con una historia diferente. El Primer Batallón de los Fusileros Reales de Gales se enorgullecía de haber obtenido por su cuenta veintiséis condecoraciones, las otras tres se le tributaron al Segundo Batallón durante su breve y accidentada existencia. Eran honores ganados de manera limpia, ninguno de ellos lo habían obtenido en batallas como el famoso combate librado por los Argyll y los Southerland Highlanders en donde intervinieron novecientos hombres para acabar el combate con novecientos uno, ninguna baja y un menor de edad de más que tocaba en la banda y que fue ascendido a soldado. Muchas batallas enconadas en las que combatieron los Reales Galeses como las de Boyne y Aughrim y la toma de Lille, pasaron sin recibir ninguna condecoración. El regimiento, además, contribuyó de una manera decisiva a la obtención de cuatro victorias del Ejército británico, las más arduas de conseguir según *sir* John Fortescue. La historia de mi regimiento me resulta ahora algo muy

lejano, pero según creo esas cuatro batallas fueron las de Malplaquet, Albuera, Waterloo e Inkermann. El Real Galés también fue uno de los seis regimientos que intervinieron en la batalla de Minden, donde logró una victoria sin precedentes al cargar contra un cuerpo de caballería muchas veces superior a sus fuerzas haciéndolo abandonar el campo. Hasta la capitulación de York Town, durante la guerra de Independencia norteamericana, el único desastre en la historia del regimiento, no podía considerarse del todo una desgracia. La Marina había abandonado al Ejército; y el Real Galés mereció todos los honores de la guerra por su comportamiento en los feroces combates de Lexington y Guildford Court House y su avance suicida sobre Bunker Hill. El auténtico Thomas Atkins fue un integrante del Real Galés en aquella guerra.

Un día o dos después de mi llegada al cuartel, ya me había imbuido del sentimiento tradicional del regimiento. Descubrí en una estantería del salón un gran libro encuadernado en piel y me sumergí en su lectura. Resultó ser el libro de rutas diario del Primer Batallón durante los combates de Sebastopol; lo abrí en la página donde se especificaban las órdenes para el ataque a Redan: se pedía a tal y tal compañía que proporcionara los voluntarios que, bajo el mando del teniente Fulano de tal llevarían a cabo alguna violenta acción de armas. Seguían inmediatamente después los detalles concernientes al armamento y equipo, el número de escalas de mano que debían transportar, y el suministro de abastecimientos que debían esperar de otras compañías. Luego, detalles de raciones alimenticias y municiones que tenían a su disposición, con un fervoroso «¡Dios os ayude!», pronunciado por el oficial del cuerpo. (Un dibujo de aquel oficial colgaba de la pared sobre mi cabeza, enfermo en su tienda en Scutari, llevaba un pasamontañas para protegerse del intenso frío). El ataque fracasó, y entre las siguientes anotaciones había disposiciones para el entierro de los muertos, una apreciación del cuartel general sobre el inútil arrojo desplegado por los soldados y un anuncio que avisaba que los efectos del teniente Fulano de tal, que había dirigido aquella violenta acción de armas, se venderían en pública subasta en las trincheras al día siguiente. Otra de las anotaciones de aquel diario citaba el valor demostrado por cierto sargento, Luke O'Connor, por el cual recibió una de las primeras Cruces de la Reina Victoria, cuando aquella condecoración se instauró en el año de 1856. Aquel militar aún vivía… era el general de División *sir* Luke O'Connor, comandante de nuestro regimiento.

El siguiente material sobre la historia de nuestro regimiento que yo encontré cuando hacía mi entrenamiento de oficial fue el *flash*, una especie de abanico con cinco listones negros, de dos pulgadas de anchura, y siete y medio de largo, que termina en una especie de cola de paloma. El ángulo según el cual aquel abanico debía abrirse estaba determinado con exactitud por los reglamentos interiores del regimiento. El *flash* se coloca en la parte posterior del cuello de la casaca, y sólo el Real Galés tienen el privilegio de usarlo. Cuenta la historia que alrededor de 1830, el Real Galés se encontraba de servicio en el extranjero desde hacía varios años y que

por alguna desgracia nunca recibía la orden del ejército que abolía la coleta. Cuando el regimiento volvió y desfiló en Plymouth, el general ante el cual el regimiento presentó armas reprendió al oficial de mando porque sus hombres llevaban aún el cabello al estilo antiguo. El oficial, encolerizado por aquella reprimenda, se dirigió inmediatamente a Londres y obtuvo del rey Guillermo IV, por intercesión de algún funcionario de la Corte, un privilegio para el regimiento consistente en seguir usando las cintas con las que se ataba el final de la coleta… el *flash*. El rey lo convirtió después en una insignia especial que podía llevarse en todos los grados en reconocimiento del ejemplar servicio del batallón durante las guerras napoleónicas.

El Consejo Superior de la Guerra, que por lo general se compone de generales de infantería, ingeniería y de la Guardia Real, en los que el frente apenas tiene representación, nunca ha alentado las peculiaridades que distinguen a los distintos regimientos, y no podía perdonar fácilmente la irregularidad de nuestra solicitud directa al soberano. El Consejo no ratificó el uso del *flash* en el nuevo uniforme caqui. Sin embargo, nuestros oficiales continuaron usándolo. En una correspondencia anterior a la guerra cruzada entre el regimiento y el Consejo de la Guerra, *sir* Luke O'Connor sostenía que el *flash*, por ser distintivo ganado honorablemente, debía usarse con el uniforme de servicio y no sólo sobre la casaca escarlata de los tiempos de paz. El Consejo objetó que aquél podía ser un punto de mira para los fusiles del enemigo, y especialmente peligroso para que lo llevaran los oficiales. *Sir* Luke respondió preguntando en qué ocasión, después de la retirada de La Coruña, cuando el regimiento fue el último en abandonar España, con las llaves de la ciudad en la mochila de uno de los oficiales, habían visto los enemigos de Su Majestad la espalda de un oficial de los Fusileros Reales de Gales. El Consejo de la Guerra se mantuvo firme; y el asunto se olvidó durante toda la guerra. En 1917, un oficial de mi compañía fue condecorado en Buckingham Palace con la Cruz Militar, y el rey George, coronel del regimiento, mostró un especial interés en el *flash*, y le preguntó:

—¿Sirve usted en uno de los batallones de línea?

—En el Segundo Batallón, señor.

Entonces el rey le dio una orden:

—Vuelta a la derecha, ¡derecha! —para poder ver el *flash*; luego exclamó una vez más—: ¡Vuelta a la izquierda! Muy bien, veo que aún lo lleva usted. No deje que nadie se lo quite —añadió en un murmullo.

Después de la guerra, el uniforme escarlata se dejó de usar, debido a su alto coste, entonces el Consejo comprendió que sería razonable por lo menos consentir en que los soldados de todos los grados llevaran el *flash* en su uniforme reglamentario. Como un favor adicional consintió en reconocer otra desafiante peculiaridad regimental, el que La palabra *Welch*[4] se escribiera con *ch*. Este permiso fue publicado en un instructivo especial del Consejo de la Guerra de 1915). El ignorante *Herald Tribune* comentó: «¡Fruslerías!», como si aquello no tuviera ninguna importancia; pero la ortografía con *ch* era tan importante para nosotros como la

insignia minúscula que los Gloucester llevaban bordada en la parte posterior de sus gorras (que conmemoraba la época en que habían combatido, apoyados espalda con espalda, en Egipto). Yo he visto cómo se excluía a un joven oficial del desfile, del batallón, porque llevaba inscrito en los botones «Welsh» en vez de «Welch». La palabra *Welch* nos comunicaba de alguna manera con el arcaico Gales del Norte de Enrique Tudor, Owen Glendower y lord Herbert de Cherbury, el fundador del regimiento; nos hacía olvidar el actual Gales con sus capillas, su liberalismo, sus industrias lecheras y textiles, las minas de hierro y el turismo comercial.

El regimiento insistía estrictamente en las medidas exactas del *flash*. Cuando se formaron nuevos batallones en el Ejército, y llegaron a Wrexham rumores de que los oficiales del Decimoctavo Batallón estaban usando un *flash* hasta abajo del cuello, nuestra consternación no conoció límites. El capitán envió al más joven de los subtenientes en misión especial ante el Decimoctavo Batallón, cuyo coronel había sido oficial de un regimiento de Yorkshire. El subalterno tenía órdenes de presentarse en la Sala de Ordenanzas con un par de coletas cortadas.

Los nuevos batallones del ejército deseaban, sin embargo, entrar a formar parte de un regimiento, como los batallones de línea. Una vez, en Francia, un comandante en activo de los Fusileros Reales entró en la camina del Decimonoveno Batallón de los Fusileros Reales de Gales. Saludó a la concurrencia con un: «Buenas tardes, señores», y le ordenó al sargento de servicio que le sirviera algo de beber. Después de charlar durante un rato, le preguntó al oficial de mayor graduación allí presente:

—¿Sabe usted por qué le pedí esa bebida al sargento de servicio?

—Por supuesto, usted quería ver si nos acordábamos de la guerra en la península.

Aquel Fusilero Real lo admitió, y dijo:

—Nuestra cantina está situada detrás de ese bosque. Tampoco nosotros hemos olvidado.

Después de la batalla de Albuera, los pocos supervivientes de los Fusileros Reales de Gales y de los Fusileros Reales se habían mezclado en la cocina que habían capturado; a partir de ese momento habían decidido que los oficiales de un regimiento serían eternamente miembros honorarios en la cantina del otro, y que esa medida se extendería también a los suboficiales.

Es necesario que hable de la noche de San David; de los puerros crudos que se comían al redoble del tambor, con un pie en una silla y otro sobre la mesa de la cantina, enriquecida por el botín obtenido en el Palacio de Verano en Pekín, en 1900, cuando sellamos un pacto solemne de amistad con el Cuerpo de la Marina de los Estados Unidos. (Los puerros no tienen tan mal sabor, en contra de lo que diga Shakespeare). Y de la Cabra Real con cuernos dorados, que una vez saltó sobre la mesa de la cantina llevando a un niño con un tambor encima. Y del brindis por las espuelas de oro del comandante Toby Purcell, que decoraron la batalla de Boyne y que perdió en un naufragio cerca de las costas de Terranova alrededor de 1840. Y del brindis por Shenkin Ap Morgan, el primer caballero de Gales. Y de los Granaderos

Británicos, el paso de marcha de nuestro regimiento, porque al contrario de lo que la mayoría de la gente piensa, el término *British Grenadiers* no se refiere sólo a los guardias de granaderos. El término incluye a todos los regimientos, entre ellos al Real Galés, que llevan granadas, como un recuerdo de la época lejana en que éstas formaban parte del armamento de mano de las tropas de asalto.

Durante la guerra, los Fusileros Reales de Gales aumentaron sus efectivos de manera tan considerable que estuvo a punto de perderse el *esprit de corps* del regimiento. Antes de la guerra tuvimos dos batallones de línea y el cuartel. Los nuevos reclutas, sin *flash*, cuatro batallones para el servicio en territorio nacional, no contaban en ningún sentido, a pesar de sus oficiales, miembros regulares del regimiento. El batallón de reservistas, que hacía su entrenamiento en el cuartel, era un paciente pobre de nuestro regimiento. Comenzaron a añadirse nuevos batallones. Hasta un Vigésimoquinto Batallón estuvo en Palestina en 1917, y demostró un nivel comparable al del Octavo. El regimiento (eso era la opinión general de los dos batallones de línea) aceptó provisionalmente a los batallones nuevos del Ejército tan pronto como éstos demostraron su valor en el campo de batalla. En cambio, nunca aceptó a los soldados acantonados en Inglaterra, dándoles el nombre de *mata-perros*. El hecho es que, cuando tres o cuatro de los batallones nuevos se enviaron al combate, fracasaron lamentablemente en el intento de desembarcar en Gallípoli, en la bahía de Suvla. Según se supo más tarde, uno de esos batallones llegó a negarse a obedecer órdenes de sus oficiales; el oficial de mando, un militar de carrera, no quiso sobrevir a una desgracia que ni siquiera la buena labor realizada más tarde por esos batallones en Gaza no pudo borrar. El resto de los batallones se unió a la Primera División en Francia a comienzos de 1915, y perdieron de una manera casi inútil sus ametralladoras en Givenchy. Hacia 1915, las ametralladoras del regimiento se consideraban casi sagradas. Perderlas antes de que el batallón entero fuera reducido a la nada, constituía una verdadera deshonra, de la misma manera que, si en el siglo XVII o XIX un regimiento perdiera sus insignias en el curso de una batalla. El oficial de tiro que había abandonado sus ametralladoras se había alegrado de haber hecho saltar los detonadores, de manera que resultaran inútiles para el enemigo. Pero se había olvidado de recoger las cajas de repuestos. El Segundo Batallón hizo una incursión en el mismo sector, año y medio después, y logró recobrar una de las ametralladoras, que desde su pérdida habían disparado activamente contra nuestras trincheras.

Al llegar al cuartel, a los oficiales de la Reserva Especial se nos recordó nuestra buena fortuna: si la guerra duraba, tendríamos el privilegio de servir con uno u otro de los batallones de línea. En tiempo de paz, todo aspirante al título de oficial debía no sólo pasar los exámenes de la Real Academia Militar de Sandhurst, y ser recomendado por dos oficiales importantes del regimiento, sino poseer una cuantiosa renta personal que le permitiera jugar a polo, cazar y mantener la reputación social del regimiento. A nosotros se nos eximía de esos requisitos; pero debíamos comprender que no «pertenecíamos» al «regimiento» en el sentido especial. Un

permiso para servir en él en tiempos de guerra debería satisfacer nuestras mayores aspiraciones militares. No éramos oficiales temporales, como los del Nuevo Ejército, sino que tendríamos comisiones permanentes en el Batallón de la Reserva Especial. Se nos recordó que el Royal Welch no se consideraba inferior a nadie, ni siquiera a los Guardias Reales. Después de la guerra en Sudáfrica algunas comisiones habían tanteado el asunto para saber si les gustaría convertirse en Guardias de Gales, y la proposición había sido rechazada con indignación. Aquella transformación habría hecho que el regimiento fuera el más joven de toda la brigada, aún más que la Guardia Irlandesa de reciente constitución.

Se nos advirtió que durante el tiempo que sirviéramos con un batallón de línea, ninguno de nosotros debía esperar que lo recomendasen para recibir una orden o una condecoración, cualesquiera que fuesen. Una medalla ordinaria de campaña, una cita en el informe de servicios del batallón, debía servirnos de recompensa. Las condecoraciones no eran consideradas por el Real Galés como premios personales, sino como premios para todo el regimiento. Por lo tanto, debían destinarse a los soldados profesionales, a quienes podrían servir de ayuda para algún ascenso en actividades que nada tuvieran que ver con nuestro regimiento. Esto fue lo que, en efecto, sucedió. Debía de haber unos doscientos o trescientos oficiales de la Reserva Especial en territorio europeo antes de que terminara la guerra. Pero fuera de tres o cuatro a los que no recomendó directamente el comandante del batallón, sino que se distinguieron por sus propios actos mientras estuvieron agregados al estado mayor de la brigada o al de la división, o a los que se llamó para servir en los batallones del Nuevo Ejército o en otros regimientos, ninguno de nosotros fue condecorado. Recuerdo sólo tres excepciones. La proporción normal de premios, si se consideran las bajas que sufrimos (entre sesenta y setenta oficiales muertos), hubiera podido ser diez veces mayor. Me apresuro a decir que nunca realicé ninguna hazaña que hubiera merecido una condecoración durante toda mi estancia en Francia.

De cualquier manera, el espíritu de regimiento sobrevivió a todas las catástrofes. Nuestro Primer Batallón, por ejemplo, fue prácticamente aniquilado a los dos meses de haberse unido a la Fuerza Expedicionaria Británica. El joven Orme, que se unió a ella tan pronto salió de Sandhurst, durante la crisis de la primera batalla de Ypres, advirtió de pronto que estaba dirigiendo a un batallón reducido a sólo cuarenta rifles. Con éstos, y otra pequeña fuerza, los restos del Segundo Batallón del Regimiento de la Reina, reducido a treinta soldados y dos oficiales, contribuyó a recuperar tres líneas de trincheras, y por poco pierde la vida. El batallón, una vez reconstituido combatió tenazmente en Bois Grenier en diciembre, pero lo hicieron añicos en las batallas de Aubers y Festubert el siguiente mes de mayo; y también en Loos en setiembre, donde sólo uno de los oficiales sobrevivió al ataque, oficial de ametralladoras del Regimiento de South Staffordshire. Exactamente lo mismo ocurrió algún tiempo después en las batallas de Fricourt, en el bosque de los fresnos, en el bosque de Delville y en Guinchv, en el frente del Somme en 1916, y nuevamente en Puisieux y

Bullecourt, en las batallas de la primavera de 1917, y nuevamente, hasta el armisticio. En el curso de la guerra, por lo menos quince o veinte mil soldados deben de haber pasado por cada uno de los dos batallones de línea, cuyas fuerzas efectivas nunca ascendieron a más de ochocientos hombres. Después de cada catástrofe, las filas se llenaban con nuevos soldados que llegaban de Inglaterra, con los heridos leves de los desastres ocurridos tres o cuatro meses antes, y con los heridos más graves con heridas más antiguas.

Durante toda la guerra, no sólo los oficiales y los suboficiales del Primer y Segundo Batallón conocieron la historia del regimiento. En efecto, los soldados sabían más sobre las batallas de Minden, Albuera y Waterloo, y sobre la batalla de las Pirámides, que sobre lo que ocurría en los otros frentes de batalla, o sobre las causas oficiales de la guerra.

12

En 1916 pasé una temporada en Inglaterra, después de que me hiriesen, y comencé a relatar mis primeros meses en Francia. Por haber tratado estúpidamente de utilizar ese material en una novela, tengo ahora que retraducirlo en términos de historia. He aquí la reconstrucción de un capítulo:

A nuestra llegada a Francia, los seis oficiales de los Fusileros Reales de Gales nos dirigimos al campamento de Harfleur, cerca de El Havre. Más tarde se convirtió en un centro educativo para aprender las reglas de la guerra de trincheras, el uso de bombas, de morteros, de rifles, de granadas, de máscaras antigás y otros detalles técnicos. Pero en lo que a nosotros se refiere, lo único que se nos exigió fue hacer una o dos marchas por el campo francés, aparte de las labores en los muelles de El Havre, ayudando al Cuerpo de Aprovisionamiento del Ejército a descargar barcos. La ciudad era alegre. Nada más llegar se nos acercó un grupo de niños para proponernos los servicios de sus presuntas hermanas.

—Lo llevo con mi hermana. Ella muy agradable. Ella buena para cama. No demasiado dinero. Muy barata. Muy buena. Lo llevo ahora. ¿Tiene champaña para mí?

Me alegré cuando recibimos órdenes de dirigirnos al frente, aunque nos desagradó saber que nos habían incorporado al Regimiento Galés y 310 al de los Fusileros Reales de Gales.

Era muy poco lo que sabía sobre el Regimiento Galés, fuera que eran muchachos valientes y rudos, y que el Segundo Batallón, el que nos correspondía a nosotros, tenía una historia peculiar del regimiento cuando era aún el Sesenta y nueve de Infantería. Se formó, debido a una emergencia, con militares retirados y jóvenes reclutas, y se le envió a ultramar como batallón regular, no recuerdo en qué campaña del siglo XVIII. En una época, el Sesenta y nueve había servido en la Marina. Sus soldados eran conocidos con el mote de Arriba y abajo, en parte porque el guarismo 69 tiene el mismo sentido si se lee de un modo o si se invierte el número. Cuando nos incorporamos al Sesenta y nueve, éste tenía en efecto el aspecto de estar arriba y abajo. Todos los oficiales de la compañía, con la excepción de dos muchachos recientemente enviados del Sandhurst y un capitán de la Reserva Especial, procedían de otros regimientos. Había allí seis de los Fusileros Reales de Gales, dos del Fronterizo South Wales, dos del Surrey Rápido, dos del Wiltshire, uno del Regimiento Fronterizo, uno de la infantería ligera de King’s Own Yorkshire. Hasta el

comandante era un extraño, procedente del Connaught Rangers. Había unos cuatro suboficiales activos originarios de aquel batallón. De los soldados, tal vez sólo a unos cincuenta les habían entrenado un par de meses antes de su envío al frente; otros tenían un adiestramiento de tres meses; muchos no habían disparado una ametralladora en su vida. Todo eso se debía a que la Primera División había estado en combate constante desde el mes de agosto anterior; en ocho meses, el batallón había perdido cinco veces a todos sus combatientes. La última ocasión había sido en Richebourg, el 9 de mayo, uno de los peores desastres hasta el momento. El epitafio de la División en el comunicado oficial decía: «Al encontrar una oposición considerable en la dirección de la Rué de Bois, nos vimos obligados a no proseguir nuestro ataque».

Las filas de los batallones se llenaron primero con reservistas de las últimas categorías, luego con voluntarios que habían vuelto al servicio, luego con los soldados de la Reserva Especial reclutados antes de la guerra, luego con reclutas de 1914, alistados en los últimos tres o cuatro meses; pero todas aquellas categorías habían sido eliminadas a su debido tiempo. En aquellos momentos no quedaba nadie a quien enviar, a no ser los reclutas de la primavera de 1915 con algunos elementos marginales de la soiedad. El Primer Batallón había sufrido entretanto pérdidas igualmente fuertes. En Cardigg, el Regimiento Galés anunciaba: «¡Inscríbase en este regimiento, y viajará pronto a Francia!». La mayor parte de los reclutas eran o demasiado viejos o demasiado jóvenes —con lo que volvía a repetirse la historia de la formación del regimiento—, o con algún ligero defecto físico que les impedía alistarse en cualquier otro regimiento que no fuera el Galés.

Poseo aún el registro de mi primer pelotón de cuarenta hombres. Las cifras en lo que se refiere a Ja edad son engañosas. Al alistarse, quienes eran demasiado viejos fingían no haber llegado aún a los cuarenta años, y los menores de edad presumían de haber cumplido ya los dieciocho. Pero una vez en Francia, los que sobrepasaban el límite de edad aceptaban sin problema su verdadera edad. En la agenda de registro, por lo menos catorce hombres declararon tener más de cuarenta años, y ellos no eran los únicos. Fred Presser, pintor en la vida civil, que admitía tener cuarenta y ocho años, tenía en realidad cincuenta y seis. David Davics, minero, que admitía tener cuarenta y dos, y Thomas Clark, otro minero que confesaba tener cuarenta y cinco, eran sólo uno o dos años más jóvenes que Presser. James Burford, minero y mecánico, era el soldado más viejo de todos. La primera vez que hablé con él en las trincheras me dijo:

—Excúseme, señor, ¿me podría explicar qué es este aparato que hay al lado de mi rifle?

—Es el gatillo de seguridad. ¿No siguió usted un curso de artillería en el cuartel?

—No, señor, me recluté en calidad de antiguo combatiente, y pasé allí sólo unos quince días. Los viejos rifles Lee-Metford no tenían este gatillo de seguridad.

Le pregunté cuándo había manejado por última vez un rifle.

—En Egipto, en 1882 —me dijo.

—¿No estuvo usted en la guerra sudafricana?

—No, traté de incorporarme, pero me dijeron que era demasiado viejo, señor. En Egipto ya no era muy joven. En realidad tengo sesenta y tres años.

Pasaba los veranos vagabundeando por el país, y durante los meses de invierno trabajaba como minero, eligiendo una mina distinta en cada estación. Le oí discutir una noche con David Davies sobre los diferentes yacimientos de carbón en Gles, y recorrerlos de condado en condado y de mina en mina con comentarios técnicos.

La otra mitad del pelotón estaba formada por soldados que no habían cumplido aún la edad reglamentaria. Yo tenía a cinco de ellos a mis órdenes: me acuerdo, por ejemplo, de un tal Wi lliam Bumford, también minero, que pretendía tener dieciocho años entonces y que tenía en realidad quince. Por lo general, se metía en problemas, pues se dormía cada vez que tenía que hacer la guardia nocturna, un delito que se sancionaba con la pena de muerte; a pesar de todos sus esfuerzos, no lograba evitarlo. En una ocasión lo vi dormirse repentinamente de pie, mientras sostenía un saco de arena para que otro individuo lo llenara. Así que durante un tiempo lo adscribimos al servicio de uno de los capellanes; unos cuantos meses después, todos los hombres mayores de cincuenta años y los menores de dieciocho habían sido eliminados. Bumford y Burford fueron enviados al campamento militar, pero eso no logró que evitaran la guerra. Bumford era lo suficientemente adulto en 1917 para devolverlo al batallón, y allí murió aquel verano. Burford murió en el campamento militar durante un bombardeo. O por lo menos eso me dijeron… la suerte que corrieron centenares de camaradas en Francia me llegó sólo de oídas.

El tren de tropas constaba de cuarenta y siete vagones, y tardaba veinticuatro horas en llegar a Béthune, la central ferroviaria, por la ruta de Saint-Omer. Llegamos a las nueve de la noche, hambrientos, helados y sucios. No teníamos idea de que fuésemos a hacer un viaje tan largo, por lo cual habíamos aceptado que guardasen nuestro equipaje en el vagón de carga. Nos dedicamos a jugar al Napoleón durante todo el viaje para tratar de mantener ocupada la mente. Perdí sesenta francos, que era el equivalente a dos libras según la tasa de cambio en vigor aquella época. En el andén de Béthune nos recibió un hombre de baja estatura, vestido con un uniforme caqui hecho tiras y que, amistosamente, se llevó a modo de saludo la mano a la gorra, adornada con la insignia del Regimiento Galés. Tenía órdenes de conducirnos hasta el batallón, situado por el momento en las trincheras de Cambrin, a unos diez kilómetros del lugar. Una vez formado un grupo de cuarenta soldados, lo seguimos por los oscuros suburbios de la población… todos sentíamos una intensa excitación ante el estruendo y el relampagueo de los cañones en la distancia. Ninguno de nosotros había estado nunca antes en el campo de batalla, salvo el sargento que estaba a cargo del grupo. Los soldados comenzaron a cantar. En vez de las habituales canciones de

music-hall, cantaban himnos galeses. Los galeses cantan para demostrar que no tienen miedo; siempre han recurrido a ese procedimiento que los mantiene tranquilos. Y jamás desafinan.

Marchamos en dirección a las luces y vimos muy pronto las granadas luminosas cruzar a través de los campos de trincheras. El ruido de los cañones era cada vez más estruendoso. Nos encontrábamos ya entre las baterías. A unos doscientos metros detrás de nosotros, a la izquierda del camino, una salva de cuatro obuses nos pasó repentinamente por encima, lo que interrumpió el himno *Aberystwyth* a mitad de una estrofa, y nos hizo perder el equilibrio unos segundos; los soldados que hasta ese momento marchaban en columna de a cuatro, comenzaron a agruparse como pudieron. Con un silbido profundo, los cuatro obuses se perdieron en dirección al este; vimos de pronto la llamarada roja y oímos el estruendo cuando estallaron en territorio alemán. Los hombres volvieron a recuperar el paso y comenzaron a burlarse unos de otros. Un soldado de primera clase dictó una carta a su casa: «Querida tía, me encuentro perfectamente bien de salud. Por el momento la sangre nos llega hasta el cuello. Envíame cigarrillos y un salvavidas. La guerra resulta bastante movida. Muchos besos». Las casas construidas al lado del camino mostraban cada vez más señales de destrucción. Una bomba alemana nos pasó por encima y entonces… ¡BRRRRRRRRR BUM!, cayó a unos veinte metros de nosotros. Todos nos arrojamos cuerpo a tierra. Oímos una especie de curioso sonido musical en el aire, y luego ¡flop!, ¡flop!, pequeños trozos de metralla cayeron a nuestro alrededor.

—Aquí las llaman los instrumentos musicales —dijo el sargento.

—¡Malditos sean! —dijo mi amigo Frank Jones-Batelman con una mano herida por una de aquellas pequeñas piezas de acero—. Esos cabrones la han tomado conmigo desde el primer momento.

—Ah, ya se divertirán bastante antes de acabar con usted, señor —sonrió el sargento. Otra bomba pasó cerca. Todo el mundo volvió a arrojarse al suelo, pero la bomba estalló doscientos metros detrás de nosotros. Sólo el sargento Jones había permanecido de pie—. No hay que perder inútilmente las energías, muchachos —dijo —. Por el ruido que hacen uno debe saber dónde van a estallar.

En el pueblo de Cambrin, a una milla de las trincheras de la primera línea, conducidos por el sargento, entramos en una farmacia ruinosa, cuya vitrina contenía aún recipientes de vidrio de colores; aquélla era la residencia de los cuatro sargentos mayores del Regimiento Galés. Se nos entregaron las máscaras reglamentarias y los uniformes de campo. Aquellas primeras máscaras antigás usadas en Francia eran unas mascarillas de gasa llenas de algodón impregnado de alguna sustancia química, que se ataba sobre la nariz. Según se decía no habían logrado detener el gas venenoso que los alemanes usaron contra los canadienses en Ypres; pero nunca nos las pusimos para saber si era cierto. Una semana o dos después llegaron las verdaderas mascarillas antigás. Una especie de saco de fieltro gris, con una franja de mica para los ojos, y sin ninguna abertura en la boca; de todas maneras eran ineficaces contra el

gas. La mica se resquebrajaba constantemente, y muy pronto se agujereaban los ojales por los que pasaba el hilo que las mantenía unidas al casco.

Aquéllos eran los primeros balbuceos de la guerra de trincheras; los días de las bombas confeccionadas en latas de conservas y de los morteros de gas: eran días inocentes aún, antes de la aparición de los cañones Lewis o Stokes, de los cascos de acero, de los rifles de mira telescópica, de las bombas de gas, de los nidos de ametralladoras, los tanques, los asaltos a trincheras bien organizados, o cualquier otro refinamiento de la guerra de trincheras.

Después de una comida de pan, tocino, ron y un té rehervido y amargo con poco azúcar, seguimos nuestro camino por los arboles desgajados hacia el este del pueblo y luego caminamos por una larga trinchera hasta el cuartel general del batallón. La húmeda y resbaladiza trinchera estaba cavada en un macizo de dura arcilla roja. Llevaba una lámpara, y vi centenares de ratas de campo y de ranas que habían caído en la trinchera y que no encontraban la forma de salir. La luz los deslumbraba, y como era imposible no aplastar con el pie a aquellos animales, me guardé en el bolsillo la lámpara. No teníamos ni idea del espectáculo que podía ofrecer una trinchera, y éramos casi tan ignorantes como un joven soldado que se nos unió una semana o dos más tarde:

—Eh, camarada —le gritó con excitación al viejo Burford, que cocinaba un trozo de carne en una marmita, lejos de los otros soldados—, ¿dónde está la batalla? Quiero comenzar ahora mismo.

El guía no cesaba de indicarnos el camino con voz enronquecida.

—Agujero a la derecha. Un cable en la parte superior. Cable a ras de tierra. Agujero profundo aquí, señor. Cable en el suelo. —Los cables telefónicos estaban sujetos con soportes a un lado de la trinchera, pero cuando llovía, los soportes se desprendían constantemente y los cables se derrumbaban, lo que hacía el paso extremadamente difícil. Cuando los cables pendían de la parte superior, uno se enredaba con ellos a cada momento. Los agujeros se habían hecho a manera de drenaje para evitar la inundaron de las trincheras.

Al fin llegamos a una parte que estaba bajo un fuego graneado de fusilería, lo que encontré más difícil de soportar que los cañonazos. Los cañones no disparaban contra las personas sino contra referencias marcadas en un mapa, cruce de caminos, supuestas posiciones de la artillería, caseríos considerados acantonamientos de tropas, etc. Hasta cuando un oficial disparaba desde un aeroplano o un globo cautivo, o desde la torre de una iglesia, el tiro parecía dirigido al azar. En cambio, un disparo de fusil, aunque pareciera hacerse a ciegas, tenía siempre un propósito determinado. Y así, mientras se podía por regla general oír la aproximación de una bomba y buscar alguna forma de protección, el disparo de fusil nunca se advertía previamente. Aprendimos a no burlarnos jamás de una descarga de fusilería porque, una vez oída, aunque fallara, nos daba la peor sensación de peligro. En terreno descubierto, una hala de fusil se enterraba en la hierba sin hacer mucho ruido, pero cuando estábamos

en las trincheras, las balas hacían un estruendo tremendo cuando lograban penetrar. Las balas chocaban a menudo con las alambradas plantadas sobre las trincheras, que las hacían rebotar con un ruido especial hacia los matorrales.

El cuartel general del batallón era una cueva blindada en la segunda línea, situada a unos cuatrocientos metros del frente; el coronel que nos recibió, un oficial de carrera, nos tendió la mano y nos ofreció una botella de whisky. Nos dijo que esperaba que pronto el regimiento nos gustase tanto como nuestra propia casa. El sector había sido ocupado no hacía mucho tiempo por una división de infantería francesa, hombres de más de cuarenta años, que habían celebrado un armisticio local con las tropas alemanas situadas frente a nosotros; habían dejado de disparar, y al parecer se permitía hasta el tráfico de civiles a través de las líneas. Por eso mismo aquel refugio era inesperadamente confortable; tenía una lámpara muy decorativa, un mantel limpio, y plata bruñida en la mesa. El coronel, el capitán, el doctor, un comandante y el oficial de telégrafos acababan de cenar… una comida de gente civilizada: carne fresca y verduras. Las paredes estaban decoradas con cuadros; las camas tenían muelles y colchones, había un gramófono, sillas cómodas. Nos resultaba muy difícil reconciliar aquello con los relatos que habíamos leído de tropas sumergidas en el lodo hasta la cintura, royendo una galleta seca mientras las bombas caían a su alrededor. El capitán nos asignó nuestras compañías.

—El capitán Dunn, de la Compañía C, será a partir de este momento su comandante. Es el mejor oficial de todo el batallón. De paso, dígale que quiero que envíe esa lista de recomendaciones para las medallas por conducta distinguida. Por lo menos, la referente al último combate; pero dígale que no incluya más de dos nombres, de otra manera no nos darían una sola. La ración para cada batallón cuando el combate ha sido realmente bueno, es de cuatro.

Nuestro guía nos volvió a conducir a la línea del frente. Encontramos a un grupo de soldados acuclillados frente a un brasero, que hablaban en voz baja en dialecto gales: todos de baja estatura, cubiertos de lodo.

Llevaban capas impermeables, pues ya había comenzado a llover, y gorros con orejeras, porque a pesar de estar en el mes de mayo, la temperatura seguía siendo baja. Aunque advirtieron que éramos oficiales, no se pusieron de pie para saludar. Pensé que aquélla debía de ser la costumbre en las trincheras; en efecto, en alguna parte de los manuales militares se dice que las reglas de cortesía en el saludo pueden omitirse durante la batalla. Pero no, se trataba únicamente de displicencia. Tropezamos con un grupo de hombres fatigados que caminaban hacia la trinchera cargados con tablones de madera y sacos vacíos, maldiciendo a voces cada vez que hundían el pie en alguno de los agujeros o que la carga se les enganchaba en los cables telefónicos. Los soldados en faena debían llevar siempre a la espalda el rifle y

el equipo, ya que constituía un delito no tenerlos al alcance de la •nano. Después de pasar a aquel grupo, nos tuvimos que hacer a Un lado para que pasara una camilla.

—¿Quién es el pobre diablo, Dai? —le preguntó nuestro guía a uno de los camilleros.

—Es el sargento Gallagher —respondió Dai—. Pensó que había visto un *fritz* en tierra de nadie, cerca de nuestra alambrada; el imbécil cogió una de las nuevas granadas de percusión y la arrojó. El imbécil la tiró demasiado baja, así que la granada se estrelló contra el parapeto y éste la devolvió. ¡Carajo! Le arrancó un trozo de la jodida mandíbula y buena parte de la cara. ¡Pobre imbécil! Ni siquiera valía la pena hacernos sudar para llevarlo a la enfermería. Ya está por terminar —el herido tenía la cara cubierta con un saco vacío. Murió miles de llegar a la enfermería.

Estaba agotado cuando llegamos al Cuartel General de la compañía, sudando bajo la pesada mochila como todos los demás, y con todo el equipo necesario atado al cinto, el revólver, los lentes de campo, el compás, una cantimplora para whisky, tijeras para cortar alambre, prismáticos, y muchas cosas más. Un «árbol de navidad» le llamaban a aquello. En esos días los oficiales hacían afilar sus espadas antes de embarcar para Francia. Se me había aconsejado que dejara la mía en el Cuartel General, y nunca más la volví a ver ni me preocupé por ella. Mis manos estaban pegajosas debido a la arcilla que había a ambos lados de la trinchera, tenía las piernas empapadas hasta las nalgas. En el Cuartel General de la Compañía C, un refugio de dos cuartos construido con madera a un lado de una trinchera que conectaba el frente con las líneas de abastecimiento, volví a encontrar manteles y lámparas, una botella de whisky y vasos, estanterías con libros y revistas, y camas en la habitación contigua. Me presenté al comandante de la compañía.

Esperaba encontrar a un viejo veterano de cabellos grises y el pecho cubierto de medallas; pero en realidad Dunn era dos años más joven que yo… era uno de los miembros de «únicos supervivientes», título que compartía en la Compañía con el capitán Miller del Regimiento de los Centinelas Negros, que peleaba en la misma división. Miller había escapado de la matanza de Rué de Bois nadando por una trinchera inundada. Los «únicos supervivientes» tenían una muy buena reputación. A Miller le señalaban por la calle cuando el batallón estaba acantonado en la retaguardia.

—¿Ves a ese tipo? Es Jock Miller. Fue uno de los primeros en llegar y todavía no han logrado deshacerse de él.

Dunn no había permitido que la guerra mellara su moral. Nos saludó jovialmente con un:

—¡Hola! ¿Qué novedades hay por Inglaterra? Oh, perdón, permitidme hacer las presentaciones. Éste es Walker… un buen muchacho de Cambridge que se considera un atleta. Éste es Jenkjjis, uno de esos patriotas al viejo estilo que abandonan su trabajo para venir aquí. Éste es Price; apenas llegó ayer, pero nos gustó desde el primer momento, traía en su mochila whisky de primera calidad. Bueno, ¿cuánto más

va a durar esta guerra, y quién va ganando? No sabemos nada de lo que pasa fuera de aquí. ¿Y qué son todas esas historias sobre los bebés de guerra? Price pretende no hacer caso a lo que se dice al respecto.

Les dije lo que sabía sobre la guerra, y les pregunté a mi vez sobre las trincheras.

—¿Las trincheras? —dijo Dunn—. Bueno sobre trincheras sabemos mucho menos que los franceses, y bastante menos también que los *fritz*. No podemos esperar que un *fritz* nos ayude, pero los franceses bien podían hacer algo. Son demasiado avaros para permitirnos disfrutar de los beneficios de sus inventos. ¡Qué no daríamos por tener sus bengalas y sus torpedos antiaéreos! Pero no hay la menor relación entre los dos ejércitos, a menos que nos encontremos en alguna batalla, y entonces generalmente cada cual deja que el otro sea derrotado. Cuando llegué aquí por primera vez, lo único que hacíamos en las trincheras era chapotear como patos y usar nuestros rifles. No pensábamos en ellas como lugares para vivir, sino como molestias temporales. Ahora trabajamos todo el tiempo, no sólo para lograr mayor seguridad sino para mejorar las condiciones higiénicas. Día y noche. Hay que tener siempre en perfectas condiciones los puestos de tiro, construir salidas transversales, mejorar las trincheras de comunicación, etc.; luego viene nuestra comodidad personal, refugios y casamatas. El batallón al que relevamos estaba compuesto por ineptos. Lo único que hacían era permanecer sentados en las trincheras, lamentándose: «¡Dios mío, éste es el fin!». O bien, tomaban papel y lápiz y se ponían a escribir a sus casas sobre esto. No trabajaban en las trincheras transversales ni en los puestos de tiro. La consecuencia fue que perdieron casi la mitad de sus hombres debido al frío y al reumatismo y que un día los alemanes irrumpieron y los aniquilaron a casi todos. Dejaron que se echasen a perder casi todas las obras que habíamos realizado en las trincheras; el lugar estaba hecho una porquería cuando volvimos a ocuparlo. Casi nos pusimos malos de ira, e informamos de esta situación en distinias ocasiones al Cuartel General; pero no lograron mejorar. Eran oficiales indisciplinados, por supuesto. Bueno, como le he dicho, los hicieron trizas; fueron desalojados de aquí y ahora sirven en la retaguardia con las brigadas de comunicaciones. Nosotros trabajamos con el primero de los Fronterizos del Sur de Gales. Están muy bien. Los otros en cambio eran unos cerdos. No se tomaban la molestia de limpiar las letrinas; dejaban comida por todas partes para atraer a las ratas; jamás llenaron un saco de arena. Sólo una vez los vi trabajar: un nido para ametrallar al enemigo. Pero comenzaron a hacerlo al aire libre, sin protección, y dos de los soldados fueron acribillados… una verdadera trampa mortal. Nuestros hombres están bien, pero no todo lo bien que deberían. Los supervivientes del combate de hace diez días andan con la moral muy baja, y la mayoría de los nuevos refuerzos todavía no saben nada de nada.

—Oiga —dijo Walker—; el tiroteo ha arreciado. Parece que nuestros hombres están algo nerviosos, y si los *fritz* se dan cuenta de eso van a hacernos pasar un mal rato extra. Voy a ir a detenerlos.

Dunn continuó:

—Estos galeses son gente especial. No soportan las órdenes. Harán cualquier cosa que usted les pida siempre que les dé una razón para hacerla; entonces son capaces de morir, pero necesitan saber por qué lo hacen. La mejor manera de tenerlos tranquilos es no darles demasiado tiempo para pensar. Hacerles trabajar todo el tiempo. Además, son muy buenos trabajadores, hay que reconocerlo. Pero los oficiales debemos trabajar con ellos, no sólo dirigir el trabajo. Nuestro horario es: desayuno a las ocho de la mañana, limpieza de trincheras e inspección de rifles durante toda la mañana, almuerzo a las doce, vuelta al trabajo de la una a las seis. A esa hora los soldados vuelven a comer. Presentación de armas al anochecer, trabajo durante toda la noche, nueva presentación de armas una hora antes del amanecer. Ése es el programa general. Hay que contar también con la vigilancia. Los centinelas montan guardia durante dos horas, luego trabajan dos horas, luego duermen dos horas. Por la noche, la guardia se dobla, de manera que los turnos de trabajo son menores. Los oficiales estamos de servicio durante todo el día, y dividimos la noche en turnos de tres horas. A propósito —dijo consultando su reloj de pulsera—, el equipo de transportes debe de haber transportado ya el material. Es hora de que nos pongamos a trabajar. Mire, Graves, tiéndase en ese catre y trate de dormir un poco. Quiero que haga usted la guardia antes de la diana. Yo lo despertaré y lo llevaré a conocer el lugar. ¿Dónde diablos está mi pistola? No me gusta salir sin ella. Hola, Walker, ¿qué sucedía?

Walker se echó a reír.

—Era un muchacho de los nuevos refuerzos. Nunca había disparado una sola ráfaga en Cardiff, y esta noche comenzó a disparar por primera vez. Se le subió a la cabeza. Le mataron un hermano en Ypres, y juró vengarlo. Así que quemó todas sus municiones personales y vació dos cartucheras que había en la caja de municiones. Lo llaman el Máximo de humanidad. Estaba empapado de sudor. El cabo Parry debió haberlo detenido; en lugar de ello, lo encontré muerto de risa en un paso transversal. Les he dado una buena cepillada. Otros más, entre los muchachos nuevos también comenzaron a disparar. Los *fritz* respondieron con ametralladoras y obuses del 77. No me lo explico, pero no hubo ninguna baja. Todo está ahora en paz. ¿Listos?

Cuando salieron, me envolví en mi manta y me quedé dormido. Dunn me despertó a eso de la una.

—Es su turno —dijo. Salté del catre, haciendo crujir la paja; tenía los pies helados y las botas empapadas. Hacía mucho frío—. Tenga una pistola para bengalas luminosas y unos cuantos cartuchos. No está mal la noche. Ha dejado de llover. Mantenga el equipo bajo el impermeable, de otra manera no podrá utilizar el revólver. ¿Quiere una linterna? Bueno. No use demasiado la pistola. No tenemos suficientes bengalas, y si hay un ataque necesitamos todas las que nos quedan. Pero úsela si cree que pasa algo. Los *fritz* no dejan de lanzar bengalas; tienen todas las que quieren.

Dunn me condujo por las trincheras. El frente tenía una dimensión de unos ochocientos metros. Cada compañía ocupaba unos doscientos metros, con dos

pelotones en la línea del frente y dos en la línea de apoyo a ochocientos metros de distancia. Me presentó a los sargentos del pelotón, en especial me recomendó al sargento Eastmond y le ordenó que me diera toda la información que me fuera necesaria; luego se retiró a dormir, pidiendo que le despertaran de inmediato si surgía algún problema. Me encontré a cargo del frente. El sargento Eastmond estaba ocupado con una brigada de trabajo, así que hice solo la ronda. Los hombres de la brigada de trabajo, cuya labor consistía en fortificar las salidas transversales, me observaban con curiosidad. Llenaban sacos de arena, los apilaban del mismo modo que lo hacen los albañiles, alternando las bocas con las bases del saco, y los aplanaban a golpes de pala. Los centinelas se mantenían firmes en las esquinas de los pasos transversales, moviendo los pies y soplándose las manos. De vez en cuando echaban una mirada por encima de las trincheras. Era cosa de segundos. Dos equipos compuestos cada uno de un suboficial y de dos hombres permanecían en el puesto de comunicación de la compañía, conectada con la trinchera de tiro por un paso de unos cincuenta metros. El frente alemán estaba a unos trescientos metros de distancia. De las literas colocadas a ambos lados de las trincheras, protegidas por sacos de arena, llegaba el ronquido de los soldados dormidos.

Salté sobre la plataforma de tiro detrás del centinela y con cautela levanté la cabeza, asomándome por encima del parapeto. No podía ver nada excepto los postes de madera que sostenían las alambradas de púas que nos protegían, y uno o dos matorrales oscuros más allá. La oscuridad parecía moverse y temblar a medida que la contemplaba; los arbustos parecían desplazarse, primero uno, luego ambos. Lo mismo ocurría con los postes. Me alegraba que un centinela estuviera a mi lado; me dijo que se llamaba Beaumont.

—Esta noche están tranquilos, señor —me dijo—. Me imagino que deben de estar en período de relevos.

—Es divertido ver cómo se mueven esos arbustos —le dije.

—Ah sí, nos gastan bromas muy raras. ¿Es su primer período en las trincheras, señor?

Una bengala alemana se alzó en el aire, se transformó en una llama de color vivo, luego se curvó y, en un descenso lento, fue a caer en la hierba exactamente detrás de nuestras trincheras, alumbrando los arbustos y los postes. Instintivamente me moví.

—No se debe hacer eso —dijo, mientras una bala silbaba y parecía que pasaba entre nosotros—. Lo mejor es no moverse, señor; entonces no pueden apuntarle a uno. A menos que le caiga a uno una bengala encima; eso sí que es terrible. Vi cómo una traspasaba a un hombre.

Pasé el resto de la guardia familiarizándome con la geografía de la sección de trincheras; vi que era fácil perderse entre callejones sin salida y pasos abandonados. Dos veces traspuse el límite del sector atribuido a mi compañía y vagué entre los Fusileros de Munster, situados a la izquierda. En una ocasión tropecé y caí en un lodazal profundo. Mi turno terminó cuando empezaron a aparecer las primeras

señales del alba. Di la orden a los hombres de mi compañía de presentar armas. Los suboficiales murmuraron con voces roncas en las casamatas: «¡A las armas, a las armas!», y los hombres comenzaron a aparecer con sus fusiles en la mano. Al dirigirme al cuartel de la compañía a despertar a los oficiales, vi a un hombre tendido en un refugio de ametralladoras tirado boca abajo. Me detuve y le dije:

—¡A las armas! ¡Levántese! —encendí mi linterna de mano y vi que tenía un pie descalzo.

El artillero que estaba a su lado me dijo:

—Es inútil que le hable, señor.

—¿Qué le pasa? —pregunté—. ¿Por qué se ha quitado la bota y la media?

—¡Véalo usted mismo, señor!

Sacudí al hombre por un brazo e inmediatamente advertí el agujero en la nuca. Se había quitado la bota y la media para tirar el gatillo de su fusil con un dedo del pie; aún tenía en la boca el cañón del fusil.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté.

—Estuvo en el último combate, señor, y eso lo dejó un poco raro; para colmo recibió malas noticias de Limerick; su chica se había ido con otro.

Pertenecía a los Munsters; sus ametralladoras custodiaban el lado izquierdo en nuestra compañía, y su suicidio había sido ya comunicado. Llegaron dos oficiales irlandeses.

—Hemos tenidos varios casos parecidos últimamente —me dijo uno de ellos. Luego le dijo al otro—: No te olvides de escribir a sus familiares, Callaghan. El mismo tipo de carta; di que murió con una muerte digna de un soldado, lo que se te ocurra. No voy a informar que fue un suicidio.

A la hora de la presentación de armas, se nos distribuyó té y ron. Contemplé las trincheras alemanas con unos prismáticos; no eran más que una fila de sacos de arena. Algunos de ellos eran de colores, no sé si por camuflaje o por carencia de materiales. El enemigo no daba ninguna señal de vida, fuera de una o dos columnas de humo que ascendían por el aire; también ellos se preparaban bebidas calientes. Entre ellos y nosotros se extendía una pradera en cuyos altos pastos crecían girasoles, margaritas y amapolas, algunos cráteres producidos por las bombas, los arbustos que había visto la noche anterior, los restos de un aeroplano, nuestras alambradas, y las de ellos. A unos mil doscientos metros más allá se podían ver las ruinas de una gran casa; y a cuatrocientos metros detrás de esa casa se descubría una aldea de casas de ladrillo rojo (Auchy), álamos, henares y una gran chimenea; era otro pueblo (Haisnes). A la derecha, la entrada de una mina y pequeños montículos. A la izquierda estaba la Bassée; el sol se reflejaba en la veleta de la iglesia y hacía titilar.

En el intervalo entre la presentación de armas y el desayuno, los que no necesitaban un descanso complementario se sentaban a conversar y a fumar, a escribir cartas,

limpiar los rifles, meterse las uñas por entre las costuras de la camisa para matar los piojos, jugar a las cartas. Los piojos eran un permanente motivo de bromas. El joven Bumford me mostró uno y me dijo:

—Estamos discutiendo precisamente sobre si es mejor matar a los viejos o a los jóvenes, señor. Morgan dice que si uno mata a los viejos, los jóvenes morirán de pena; pero Parry, señor, dice que los jóvenes son más fáciles de matar y que luego puede uno atrapar a los viejos cuando vayan al funeral —me pidió que yo sirviera de árbitro—. Usted ha ido a la universidad, ¿no es cierto, señor?

—Sí —le respondí—, pero también fue Norwich, el hermano de Crawshay Bailey.

El pelotón entero atesoró esta respuesta, por considerarla maravillosamente ingeniosa. *Crawshay Bailey* es una de esas canciones absurdas que constituyen las delicias de los galeses. Bailey «tenía una máquina que no sabía cómo manejar», y todos sus parientes en la canción tenían defectos por el estilo. Norwich, por ejemplo, el hermano de Crawshay Bailey, era un entusiasta de la sopa de avena, lo que no le impidió ser enviado a la Universidad de Cardiff, para aprender algo útil. Después de eso, no volví a tener problemas con el pelotón.

El desayuno en el cuartel consistía en tocino, huevos, café, tostadas y mermelada. Había tres sillas y dos cofres de municiones donde uno podía sentarse. Acostumbrado al trato de comandantes de compañía, que nunca permitían intimidad alguna con los oficiales jóvenes, disfrutaba del modo en que se planteaban los problemas del momento a la hora de comer, en una especie de mesa redonda, con Dunn como presidente de debates. Esa primera mañana tuvimos una larga discusión sobre cómo mantener a los centinelas despiertos. Dunn hizo finalmente publicar una orden interna en la que se prohibía a la compañía apoyarse en los travesaños, porque eso les producía sueño. Por otra parte, cuando disparaban, lo hacían siempre desde un mismo sitio. Los Fernanes apuntaban un rifle sobre ese lugar después de algún tiempo. Le expliqué a Dunn el disparo que casi me había rozado cuando hablaba con Beaumont.

—Debían de tener un rifle fijo apuntándoles —dijo—, porque en la noche, de cien tiros de fusilería ninguno se acerca tanto al objetivo. Además, era exactamente en el mismo lugar en que a uno de nuestros muchachos lo mataron el día de nuestra llegada. Los soldados de la Reserva de Guardias Bávaros que están frente a nosotros tienen, según parece, un control perfecto de nuestra situación.

Dunn me describió la personalidad de los suboficiales de mi sección y me indicó quiénes eran dignos de toda confianza y a quiénes se debía vigilar. Había comenzado por decirme lo que podía esperar de los hombres en lo que se refiere a la inspección de fusiles y de equipo, cuando un soldado se precipitó corriendo hacia nosotros, aterrorizado y sobreexcitado.

—¡Gas, señor, gas! —exclamó—. ¡Están usando gas!

—¡Dios mío! —gritó Price. Todos miramos a Dunn, ya que aquel hombre era su ordenanza.

Dunn dijo con tono imperturbable:

—Muy bien, Kingdom, tráeme mi mascarilla; está en la otra pieza, y otro frasco de mermelada.

La alarma se había originado con el humo que surgía de las trincheras alemanas, donde también debían de estar desayunando; sabíamos a qué hora comían los alemanes porque en esos momentos disminuía el fuego de su artillería. El gas se había convertido en una pesadilla. Nadie creía en la eficacia de nuestras mascarillas, aunque no cesaban de insistir en que eran a prueba de todos los gases que el enemigo pudiera lanzarnos. Unos formularios color rosa, con la inscripción «Urgente» llegaban constantemente de los cuarteles generales explicando el uso de aquellos accesorios, y todos eran contradictorios. En unos nos ordenaban agitar las máscaras en lugares húmedos, luego llegaba otra instrucción explicando que se debían guardar en sitios secos. Se nos decía que debían colocarse en unas bolsas, luego se nos prohibía que las pusiésemos en bolsas.

Frank Jones-Bateman, un muchacho de diecinueve años caracterizado por su calma, me hizo una visita. Estaba en la compañía de la derecha. Mencionó con una falsa desenvoltura que se había despachado a un alemán antes del desayuno.

—Le apunté a cuatrocientos metros —dijo. Acababa de dejar Rugby y tenía una beca para cursar estudios superiores en Cambridge, en Clare College. Todos le llamábamos Noche silenciosa.

13

He aquí algunos extractos de cartas que escribí en aquel tiempo. He restablecido los nombres de lugares que entonces nos estaba prohibido mencionar:

21 de mayo de 1915. Nos han vuelto a acantonar en un pueblo de mineros llamado La Bourse. A pesar de que estamos sólo a unos cinco kilómetros del frente, los mineros siguen trabajando. Cuando salimos de las trincheras, los alemanes bombardeaban un bosque situado en los alrededores de Cambrin, tratando de destruir una de nuestras baterías. Creo que no lo lograron, pero fue divertido ver cómo aquellos álamos se venían abajo igual que tulipanes, cuando las bombas los golpeaban. Cuando llegamos a la carretera asfaltada de Cambrin, los hombres que hasta ese momento habían marchado en formación de cuatro en fondo, perdieron el paso y avanzaron confusamente. Tenían los pies lastimados por no haberse podido quitar las botas en una semana. Cada hombre tenía sólo un par de botas. Añado aquí una lista del equipo mínimo, que no pesa menos de treinta kilos. A eso hay que añadir toda una serie de productos extras, raciones alimenticias, pico o pala, prismáticos, y los objetos personales que desean llevar a casa en el primer permiso.

Abrigo 1
Jabón 1
Escudilla individual 1
Peine 1
Cubierta de la escudilla 1
Tenedor 1
Camisa 1
Cubierto 1
Calcetines (par) 1
Cuchara 1
Cepillo de dientes 1
Chaleco de punto1
Gorro pasamontañas 1
Diario de paga 1
placa de identidad 1
Impermeable 1

Lata de grasa 1
Toalla 1
Costurero 1
Mantas 1
Navaja de afeitar 1
Estuche de navaja 1
Jabón de afeitar 1
Botiquín 1
Mascarilla 1
Faja para la columna vertebral 1
Caja de abastecimientos 1
Cordones de calzado (par) 1
Cartuchos 1150
Rifle y bayoneta 1
Funda de rifle 1
Botella de aceite 1
Pala de trincheras 1

Bueno, de cualquier manera, es difícil marchar por caminos empedrados con todo eso, de manera que cuando algún alto oficial pasa a nuestro lado en un Rolls-Royce y nos maldice por la falta de disciplina en nuestra marcha, siento deseos de arrojarle algo. Los soldados de trincheras detestan al Estado Mayor, y los militares que lo integran lo saben perfectamente. Su principal punto de controversia se refiere a la medida en que las condiciones de vida en las trincheras puede modificar la disciplina.

Los mineros de La Bourse son ancianos o muchachos vestidos con harapientos uniformes azules con bolsillos cosidos por fuera. Los cráteres hechos por las bombas forman un anillo en la parte exterior de la mina. Yo me alojé con un anciano llamado *monsieur* Hojdés, que tenía tres hijas casaderas; una de ellas, sin que se lo pidiera, se levantó la falda para mostrarme una herida de metralla en un muslo que la había hecho guardar cama durante el invierno anterior.

22 de mayo. Los franceses han hecho un bombardeo colosal en Souchez, a unas cuantas millas de aquí… constante fuego de artillería, bengalas, bombas a lo largo del cerro de Notre-Dame de Lorette. No pude dormir. El ruido continuó durante toda la noche. En vez de extinguirse creció y creció hasta que todo el aire comenzó a temblar y a estremecerse. El cielo estaba iluminado con inmensos reflectores. Yo yacía sudoroso, en mi lecho de plumas. Me dicen que esta mañana hubo un fuerte temporal durante el bombardeo. Pero, como dice Walker, era difícil saber dónde terminaban los truenos y comenzaban los cañones. Los soldados se bañaron con agua caliente en las minas, y casi todos dan la impresión de limpieza. Sus rifles están todos muy deteriorados, y muchos de sus uniformes no son más que harapos, pero no pueden ser

reemplazados, según nos han dicho, hasta que no estén aún peor. El pelotón está acantonado en un granero lleno de paja. El viejo Burford, que es tan viejo que se niega a dormir con los demás soldados del pelotón, ha encontrado un refugio privado en una granja, en medio de utensilios agrícolas. En las trincheras prefería dormir sobre una plataforma de tiro, aun en medio de la lluvia, en vez de hacerlo en una casamata caliente al lado de otros hombres. Dice que se acuerda aún de cuando uno de los jefes de la compañía era un bebé de pañales. Sólo acepta hablar con el joven Bumford. El pelotón no deja de burlarse de Buinford y de su inocencia casi infantil. El viejo Burford interviene siempre y les pide no ser demasiado duros con un «chico sencillo de las colinas».

23 *de mayo*. Toda la compañía hizo ejercicios durante la mañana. Más tarde, Jones-Bateman y yo nos tendimos en la hierba tibia y observamos volar los aviones sobre las trincheras seguidos de blancas explosiones en el aire. Por la noche, me uní a una compañía de faena en Vermelles les Noyelles para trabajar en una segunda línea de defensa, en la construcción de nuevas trincheras y alambradas bajo la dirección de un oficial de los Ingenieros Reales. Pero el suelo era duro, y los hombres estaban exhaustos cuando volvieron al campamento a las dos de la mañana, cantando canciones. Han inventado una sobre el sargento Finnigan, con la melodía de *Más blanco que la nieve*, uno de los himnos del Ejército de Salvación.

Sin temor a la metralla.
Sin temor a la metralla,
Lo han citado en el orden del día
Por robar las raciones de la Compañía.
Sin temor a la metralla.
Ahora el pobre se halla en desgracia.
Ahora el pobre se halla en desgracia.
Lo han citado en el orden del día
Por beberse el ron de la Compañía.
Ahora el pobre se halla en desgracia.

Y el coro cantaba:

Más blanco que la leche de coco,
Más blanco que la leche de coco,
Déjame bañarme en el agua
Donde se bañó tu sucia hija
Y entonces me volveré más blanco
Que la leche de coco
Co… co… có.

Finnigan no hacía caso de aquellas palabras ofensivas.

En otra compañía, dos jóvenes mineros detestaban a su sargento; él les había cogido manía y les encargaba los trabajos más sucios y peligrosos. Cuando estaban acantonados en un sitio los acusaba de delitos que no habían cometido; hasta que al fin decidieron matarlo. Poco después se presentaron en la oficina de control y pidieron ver al capitán. Aquello era irregular, porque a un soldado le está prohibido dirigirse a un oficial sin la presencia de un suboficial de la compañía. El capitán los vio por casualidad y les dijo:

—Bueno, digan, ¿qué quieren?

Ambos soldados tenían el fusil al hombro. Al fin uno de ellos se atrevió a decir:

—Venimos a informar que lo sentimos mucho, señor, pero que hemos disparado contra el sargento mayor de nuestra compañía.

—¡Santo cielo! —dijo el capitán—. ¿Cómo pudo suceder eso?

—Fue un error, señor.

—¿Qué quieren decir con eso, idiotas? ¿Lo confundieron acaso con un espía?

—No señor, lo confundimos con el sargento de nuestro pelotón.

Los dos fueron juzgados en un tribunal de guerra y fusilados por un pelotón de su propia compañía, en los muros del convento de Béthune. Sus últimas palabras fueron el grito de guerra del batallón: «¡Golpead fuerte, galeses!» (Dicen que un tal capitán Flaggard usó por primera vez aquella expresión en la batalla de Ypres, donde cayó mortalmente herido). El gobernador militar francés estaba presente en el momento de la ejecución y celebró en un breve discurso de qué gloriosa manera sabían morir los soldados ingleses.

Te sorprendería el gran despilfarro que reina en las trincheras. Los bizcochos de nuestra ración se usan generalmente como combustible para calentar nuestras marmitas porque la leche escasea. Los encargados de las ametralladoras hierven el agua disparando cartucho tras cartucho de munición sin un objetivo determinado, únicamente enfilando el arma en la dirección de las líneas enemigas. Después de que quemar algunas libras de cartuchos, el agua de sus fusiles, que se enfrían por un sistema hidráulico, sale hirviendo. Dicen que de esa manera mantienen a raya a los alemanes, y los aprovisionadores de las líneas alemanas pagan por su taza de té caliente de la mañana. Pero quien realmente pagará será el contribuyente, por medio de impuestos, cuando termine la guerra.

24 de mayo. Mañana volveremos a las trincheras. Los hombres, a pesar de su pesimismo, están de buen humor. Todos desean recibir la buena herida que los mandará a *blitey*. Según parece, *blitey*, en lengua indostana significa «casa». Mi ordenanza, Fry, un muchacho que en tiempos de paz trabaja en una fábrica de bolsas de papel en Cardiff, me ha contado algunas historias al respecto. Reproduciré dos de ellas:

Un soldado en el Regimiento Munster deseaba una buena herida, de modo que levantaba siempre la mano sobre el parapeto para atraer la atención de los *fritz*. Nada pasaba. Levantó ambos brazos durante un par de minutos. Nada. Ni un solo disparo. Coloco los hombros sobre la plataforma de tiro, se puso cabeza abajo y movió las piernas hasta que sintió que la sangre le llegaba a la cabeza. Nadie en las líneas enemigas parecía advertirlo.

—¡Oh! —exclamó el soldado del Munster—. Parece que no queda un solo soldado en aquel lado. ¿Dónde pudo haberse metido el Ejército alemán?

Sacó confiadamente la cabeza, y ¡crac! Un tiro en la frente. ¡Liquidado!

Entre los Camerons había un tipo que deseaba una herida realmente seria. Estaba harto de trincheras y de estar lejos de casa. Levantó la mano por encima del parapeto, y se hizo arrancar el índice de la mano derecha y otros dos más. Lo había logrado. Pasó feliz entre nosotros:

—Miren, muchachos —decía—. Regreso a la buena Escocia. ¿No es una maravilla? —Abandonó la trinchera para dirigirse al puesto de socorro. Pero en el camino, era tal su felicidad, que se olvidó de agacharse en una trinchera baja, y lo mismo; le dieron un tiro en la cabeza. ¡Liquidado!

—Nos reímos hasta reventar —decía mi ordenanza.

Recibir una buena herida es lo único en que piensa un soldado después de cierto tiempo. Sólo doce hombres del batallón habían estado desde el principio, y todos eran soldados del equipo de transportes, con la excepción de Beaumont, un soldado de mi pelotón. Los pocos supervivientes del último encuentro infectaban a los hombres nuevos con su pesimismo; no creían en la guerra, no creían en nuestros dirigentes. Por lo menos obedecían a sus oficiales, porque los oficiales eran por lo general bastante decentes. Esperaban con ansiedad una batalla, ya que proporcionaba mayores oportunidades de obtener una herida seria en una Pierna o en un brazo que la guerra de trincheras. En la guerra de trincheras la proporción de heridas en la cabeza es mucho mayor. Haking es el jefe de esta división. Es el autor de nuestro manual, *Entrenamiento de las compañías*. Los últimos asaltos han escapado del todo a sus reglas, y los jefes de las compañías no han podido aplicar sus instrucciones. Esta mañana se presentó para una inspección informal del batallón, y estrechó las manos de los supervivientes. Tenía lágrimas en los ojos. El sargento Smith maldijo en voz no muy alta:

—Maldito sea. Manda a toda la división a morir, y luego gimotea delante de los que lograron salvarse.

De cualquier manera, eso no me concierne; no debo preocuparme por el general o por el sargento. Según se dice, Haking le ha dicho al general French que la división ha perdido completamente la moral. Por lo que puedo ver, no es del todo exacto; la división combatirá de la manera adecuada, aunque con poco entusiasmo. También se dice que está por llegar el Nuevo Ejército, y que a nosotros se nos va a retirar y a emplear en las líneas de comunicación, por lo menos durante algún tiempo. No lo

creo. Es del todo improbable que descarten por completo a las divisiones que ya han adoptado la costumbre de dejarse matar. La impresión general es que las divisiones del Nuevo Ejército no serán de demasiada utilidad militar.

28 de mayo. En las trincheras, en medio de las montañas de ladrillos de Cuinchy. Ésta no corresponde en absoluto a la idea que tenía de las trincheras. Ha habido abundantes combates en los alrededores. Las trincheras se han hecho solas, más que por la acción humana, y corren en todas las direcciones en medio de un montón de ladrillos. Todo es de lo más confuso. El parapeto de una trinchera que ocupamos se ha hecho con cajas de municiones y cadáveres. Todo aquí está húmedo y apesta. Los alemanes están muy cerca: tienen la mitad del muro de ladrillos y nosotros dominamos la otra. Éste es un lugar privilegiado para los rifles y granadas de los alemanes y para sus morteros. No podemos responder adecuadamente; tenemos un número muy limitado de rifles y nada que pueda equipararse a los morteros alemanes. Esta mañana, a la hora del desayuno, nada más salir de mi refugio, una granada cayó a menos de dos metros de donde yo me encontraba. No sé por qué en vez de rodar y explotar se detuvo en la arcilla húmeda y se quedó contemplándome. Es difícil verlas llegar. Las disparan con rifle, con la base apoyada en el suelo y el cañón ligeramente inclinado hacia arriba; se elevan a gran altura y luego descienden con la cabeza hacia abajo. No puedo entender cómo esta granada llegó rodando. Cualquier posibilidad para ello parecía improbable.

Los obuses de mortero son fáciles de advertir y, por lo mismo, de evitar, pero producen un estruendo terrible al caer. En nuestra compañía hemos tenido hoy unas diez bajas debido a ellos. Siento que mis reacciones ante el peligro son extraordinariamente rápidas; pero lo mismo ocurre con todos los demás. Podemos identificar la más mínima explosión, sabemos despreocuparnos de todas las que no nos conciernen directamente, disparos de artillería, ráfagas de ametralladora de la compañía próxima, o disparos de fusil hechos al azar. Pero captamos hasta el menor rumor de un mortero que nos envía un obús o el ruido del fusil cuando dispara una granada. Los hombres tienen mucho miedo, sin embargo siguen bromeando. El sargento a cargo de la compañía pasa el tiempo detrás de una pila de ladrillos y dispara a los obuses con un rifle cuando están en el aire. Trata de hacerlos explotar allí. Dice que es mejor que tirar al pichón. Sin embargo, no ha logrado darle a ninguno.

La noche pasada, los alemanes nos tuvieron bajo un fuego graneado; dispararon *shrapnels*. Oí el silbido de un obús que venía hacia mí y me tiré al suelo. Estalló al otro lado de la trinchera. Los oídos me silbaron como si tuvieran dentro centenares de abejorros, y una cegadora luz escarlata brilló por todas partes. Me fracturé un hombro al caer y por un momento creí que me habían herido, pero no fue así. La vibración hizo también que mi pecho silbara de un modo curioso, y que perdiera el sentido del

equilibrio. Para mi vergüenza, el sargento pasó en esos momentos por allí y me encontró a cuatro patas y sin poder incorporarme.

Un cadáver yacía en la plataforma de tiro, esperando la noche para que lo enterrasen: era un asistente médico, caído la noche anterior al aire libre mientras enterraba nuestros excrementos entre el frente y las líneas de aprovisionamiento. Llevaba un brazo erguido cuando lo conducían a lo largo de la trinchera. Sus camaradas bromeaban al pasarles por el lado:

—Vamos, bastardo, deja de tapar la luz.

—¿Perteneces a esta jodida trinchera?

O bien le estrechaban jubilosamente la mano.

—Dame la mano, Billy.

Por supuesto todos ellos eran mineros acostumbrados al trato con la muerte. Su moral es muy limitada, pero la mantienen con ardor. Es moral, por ejemplo, robar cualquier cosa y a cualquier persona, siempre y cuando no pertenezca a la misma sección. A todo recién llegado se le trata como a un enemigo, hasta que no demuestra su amistad, y entonces no hay nada que no sean capaces de hacer por él. Son lascivos, los jóvenes por lo menos, pero sin la falsa vergüenza del lascivo inglés. El otro día tuve que censurár una carta que un soldado de primera clase le escribía a su mujer. Le decía que las francesas eran muy agradables en la cama, así que no debía preocuparse por él, pero que desde luego preferiría acostarse con ella y que la echaba mucho de menos.

6 de junio. Hemos estado acantonados en Béthune, una población de cierta importancia a unos diez kilómetros del frente. Tiene todo lo que uno desea, una piscina, toda clase de tiendas, especialmente una confitería, la mejor que he encontrado en mi vida, un hotel donde se puede comer realmente muy bien, y un teatro donde nuestra brigada no se pierde ningún espectáculo. Esta mañana he visto un anuncio colgado en un muro junto al canal Béthune-La Bassée: «¡Prohibido a los soldados disparar contra los peces por orden del alcalde de la ciudad!». Béthune casi no ha sido tocada por las bombas, excepto la parte llamada Faubourg d’Arras, cerca de la estación. Yo me alojo con una familia en la avenida de Bruay, en casa de un tal Paul Averiante un funcionario refugiado de Poimbert. Tiene dos hijos y una hija mayor, que va a la escuela local, a lo que correspondería al cuarto año de nuestras escuelas preparatorias. Anoche se quejaba de lo difíciles que eran sus lecciones y me pidió que la ayudara a resolver sus divisiones. Me mostró sus apuntes. Estaban llenos de abreviaturas. Le pregunté por qué abreviaba tanto las palabras. Me respondió que porque la profesora hablaba demasiado deprisa debido a que el tiempo era muy limitado.

—¿Por qué tienen el tiempo limitado?

—Oh, porque parte de la escuela la han usado para alojar a las tropas, y los alemanes la bombardean y a cada momento debemos refugiarnos en los sótanos, y

cada vez que subimos tenemos menos tiempo.

9 de junio. Comienzo a advertir la suerte que he tenido al descubrir la guerra de trincheras en Cambrin. Ahora ocupamos una colina repugnante un poco al sur de los muros de ladrillos, donde tuvimos abundantes bajas. Nuestra compañía perdió ayer diecisiete hombres, víctimas de las granadas y los obuses. Nuestras trincheras están a menos de treinta metros de la primera línea alemana. Hoy me paseaba por un lugar que está sólo a unos veinte metros de un nido de ametralladoras ocupado por los alemanes y silbaba una melodía para mantener la moral alta, cuando de pronto vi a un grupo inclinado sobre un hombre hendido en el fondo de una trinchera. Emitía una especie de ronquido mezclado con ruidos animales. A mis pies yacía la gorra del soldado, mezclada con sus sesos. Nunca había visto un cerebro humano. De alguna manera lo había asociado siempre con un concepto poético. Uno puede bromear con un soldado malherido y felicitarlo porque lo han puesto fuera de combate. Se puede no hacer caso de un cadáver. Pero ni siquiera un minero puede bromear con un hombre que tarda tres horas en morir después de que le hayan volado la parte superior de la cabeza con un proyectil disparado a veinte metros de distancia. Beaurnont, de quien te hablé en mi última carta, también murió; era el último superviviente del batallón original, exceptuando los hombres de la brigada de transportes. Una explosión le arrancó las piernas. Todo el mundo maldecía furiosamente, pero un oficial se acercó y me dijo que había cavado un túnel debajo de la primera línea alemana, y que si mis hombres querían arrojar algunas bombas, ése era el momento. Luego colocó una mina, no era demasiado grande, según dijo, pero hizo un ruido tremendo y nos cubrió de tierra…; esperamos unos cuantos segundos a que los alemanes se precipitaran a tratar de rescatar a sus heridos, y entonces arrojamos todas las bombas que teníamos.

Beaumont me había contado de qué modo había ganado cinco libras, bueno, su equivalente en francos, en las apuestas que se habían hecho después del combate de la Rué de Bois; era la clase de apuesta que no deja ninguna amargura después. Antes de iniciarse un combate, los soldados del pelotón reúnen todo el dinero de que disponen y luego los supervivientes lo reparten entre ellos. Los muertos no pueden quejarse, los heridos hubieran dado más que eso por poder escapar de todo aquello, y los no heridos consideran el dinero como un premio de consolación por seguir aún allí.

24 de junio. Estamos acantonados en los sótanos de Vermelles, que ha sido tomada en ocho ocasiones desde octubre. No hay una sola casa que haya resultado indemne en el pueblo, que en otra época debió de haber tenido dos o tres mil habitantes. Posee ahora una belleza fantástica. Llegamos hace dos noches; la luna brillaba detrás de las casas derruidas; las bombas han destruido todas las líneas rectas de los techos y perforado de una manera extraña las oscuras paredes de una fábrica de

cerveza. A la mañana siguiente descubrimos que era posible dar algunos paseos agradables por los jardines abandonados de la ciudad; están completamente cubiertos por la maleza, y las flores han surgido en desorden por doquier. Coles rojas, rosales y lirios blancos son los principales elementos decorativos. En un jardín había plantados unos groselleros. El sargento al mando de la compañía y yo comenzamos a comer, cada uno en un extremo distinto de la línea, sin que ninguno advirtiera la presencia del otro. Cuando lo hicimos, cada uno recordó su dignidad, él como sargento a cargo de la compañía, y yo como oficial. Me saludó, respondí a su saludo, y ambos nos alejamos del lugar. Uno o dos minutos más tarde, ambos volvimos esperando que ya no hubiera moros en la costa, y una vez más, después de un cambio de saludos, tuvimos que abandonar las grosellas y fingir que únicamente admirábamos las flores. No sé por qué me porté de esa manera. Como suboficial en servicio activo, todo soldado está obligado a dejar de comer en presencia de un oficial. Así que me imagino que fue por cortesía ante sus escrúpulos por lo que dejé de comer. De cualquier manera, un instante después llegaron un par de soldados y limpiaron los árboles.

Esta tarde jugamos un partido de críquet, oficiales contra sargentos. El campo de batalla estaba a menos de un kilómetro de distancia. Pero pudimos encontrar un prado más allá de las casas, fuera del campo de observación del enemigo. Yo logré la puntuación máxima, veinticuatro puntos; en vez de mazo hemos utilizado un trozo de viga; la pelota era una bola de trapos atada con cuerdas, y la meta, la jaula de un loro, con el cadáver limpio y reseco del loro en su interior. Por lo visto, había muerto de hambre cuando los franceses abandonaron la población. Recordé una estrofa de Skelton:

El loro es el ave ideal para una dama.
Dios lo creó en un momento de infinita bondad.
Cuando un loro muere, su cuerpo no se descompone.
Sí, todo lo que es mortal vuelve a la nada,
Salvo nuestra Alma, tan cara al Señor,
Que nunca muere ni podrá morir.
Igual que el loro, el papagayo real.

El partido fue interrumpido por ráfagas de ametralladora. No iban dirigidas contra nosotros; los alemanes disparaban contra un aeroplano, y las balas que caían desde una gran altura tenían poder de penetración superior a las balas ordinarias.

Nuestra vida transcurre en la ociosidad; sólo por las noches Cavamos en la línea de reserva. No hacemos ejercicios porque estamos demasiado cerca de los alemanes; en cuanto a la población que ocupamos, no necesita ninguna obra de fortificación

especial Hoy fueron fusilados dos espías; un civil que se había ocultado en un sótano y que al parecer transmitía por medio de señales luminosas informes al enemigo, y un soldado alemán disfrazado de cabo; se le descubrió cuando trataba de destruir los cables telefónicos. Los oficiales pasamos buena parte del tiempo disparando nuestros revólveres. Jenkins trajo un blanco magnífico de la única sala no destruida en nuestra zona de acantonamiento: una caja de cristal llena de frutos y flores artificiales. Lo colocamos en un poste a cincuenta metros de las posiciones de tiro.

—Siempre he querido destrozar uno de estos malditos objetos —dijo—. Mi tía tenía uno. Es la clase de cosas que logran sobrevivir a un intenso bombardeo.

Tuve que reprimir un tierno impulso de rescatarlo. Cada uno disparó cinco tiros, por turno. Todos fallamos. Luego nos acercamos a veinte metros del objeto y disparamos una ráfaga. Alguien golpeó el poste y la caja cayó al suelo. Jenkins dijo:

—Esta maldita cosa debe de estar embrujada. Será mejor devolverla al lugar donde estaba —el vidrio había quedado intacto, aunque algunas de las frutas se habían desprendido.

Walker dijo:

—No, está sufriendo. Lo mejor será ponerle fin a sus sufrimientos —y le dio el *coup de gráce* disparándole desde muy cerca.

La vieja iglesia normanda del lugar ha sufrido graves daños. Lo que queda de la torre sirve como puesto de observación para la artillería. En las paredes han quedado incrustados ocho obuses sin explotar. Jenkins y yo entramos en la iglesia y encontramos el suelo cubierto de escombros, de fragmentos de plafón, sillas destruidas, cuadros despedazados (algunos parecían datar de varios siglos atrás), trozos de imágenes y crucifijos; en lo que en otra época fue sin duda la sacristía, se pudrían las vestiduras entre el fango. Sólo permanecían en los vitrales unas cuantas piezas de cristal biselado. Subí por el altar hasta la ventana oriental y encontré una pieza del tamaño de un plato. Se la entregué a Jenkins.

—Un *souvenir* —le dije. Cuando lo colocó bajo la luz pudimos ver que era la mano de san Pedro con las llaves del cielo… un trozo de vitral medieval.

—Voy a enviarlo a mi casa —dijo. Cuando salíamos nos encontramos a dos soldados del Regimiento Munster. Eran católicos irlandeses, y consideraron como un hecho sacrilego el que Jenkins se llevara aquel trozo de cristal.

Uno de ellos le previno:

—No debería coger eso, señor, va a traerle mala suerte. (Jenkins murió poco después).

Hoy por la noche Walker se burló de Dunn.

—Estoy seguro de que lo va a sentir cuando se acabe esta guerra, capitán. Todas sus ocupaciones se terminarán, y tendrá que volver al patio del cuartel durante seis meses para enseñar a los soldados a formar en filas de a cuatro. Se perdió esa parte del espectáculo cuando dejó Sandhurst para venir aquí. Para entonces ya será coronel,

eso es seguro. Yo le daré media corona al sargento para que lo haga realmente sudar, e iré en traje de civil a verle desde la verja del cuartel y a reírme.

Uno de los comandantes de nuestra compañía es el capitán Furber, que tiene los nervios de punta. Alguien le jugó el otro día una mala pasada… hizo rodar una bomba, por supuesto sin detonador, por la escalera del sótano para asustarlo. Aquello fue considerado como una broma maravillosa. Furber es el mayor pesimista que se puede encontrar en Francia. Ha apostado con su ordenanza que la línea de trincheras no se moverá más de una milla en este sector de aquí a dos años[5]. Todo el mundo se ríe de Furber, sin embargo, todos lo quieren porque canta canciones sentimentales de estilo arrabalero durante las veladas de la brigada cuando estamos en Béthune.

14

A medida que avanzaba el verano se crearon nuevos tipos de bombas y de morteros de trinchera, los bombardeos se intensificaron, se perfeccionaron las máscaras antigás y la disciplina se hizo en todas partes más severa. Cuando vimos los primeros batallones del Nuevo Ejército tuvimos la sensación de ser verdaderos espantajos en comparación con ellos. Nuestro batallón iba y venía de las trincheras de Cambrin a las de Cuinchy, alojándose a veces en Béthune y en los pueblos de los alrededores. Ya para esa época me sentía contagiado del pesimismo de la Primera División. Su actitud en las trincheras había asumido una forma meramente defensiva; su política era no suscitar en el enemigo una hostilidad mayor que las que habitualmente le manifestaba. Pero aun así el número de bajas era muy alto para tratarse de una guerra de trincheras. El pesimismo volvía a todo el mundo supersticioso, y yo me sorprendía cuando creía ver presagios en las cosas más banales.

El sargento Smith, mi subordinado directo, me contó una vez una historia sobre el oficial que había mandado el pelotón antes que yo.

—Era un caballero agradable, señor, pero de lo más excéntrico. Precisamente antes del combate de la Rué de Bois, me dijo: «A propósito, sargento, sé que mañana me van a matar, y se también que usted va a salvar la vida. Hágame el favor de enviar mis cosas a mis familiares. Encontrará usted su dirección en mí agenda. Allí encontrará también quinientos francos. Ahora recuerde esto, sargento Smith, quédese con cien francos, y divida el resto entre los muchachos que sobrevivan». También me dijo: «Envíe también mi agenda con el resto de las cosas, pero por amor de Dios, queme mi diario. Nadie debe leerlo. Recibiré un balazo aquí», me dijo, señalándome la frente. Y así sucedió. Recibió una bala en la frente. Envié sus propiedades a sus padres, dividí el dinero y quemé el diario.

Cierto día, caminando por una trinchera en Cambrin, me lancé de pronto cuerpo a tierra; un segundo después un obús del 11 pasó volando sobre mí, exactamente en el sitio donde había estado mi cabeza. El sargento, que caminaba unos pasos delante de mí, se volvió y dijo:

—¿Lo han matado, sargento?

El obús lo habían disparado desde una batería cerca de la granja de Les Briques, a unos mil metros de distancia, de modo que debí haber reaccionado simultáneamente con el disparo del cañón. ¿Cómo pude saber que aquel proyectil iba dirigido a mí?

En Béthune vi el fantasma del soldado Challoner, que había estado en Lancaster conmigo, y también en la compañía F en Wrexham. Cuando lo incorporaron al Primer Batallón, me tendió la mano y me dijo:

—Nos volveremos a ver de nuevo en Francia, señor.

En junio le vi pasar por el campamento de la Compañía C, cuando celebrábamos nuestro retorno sanos y salvos de Cuinchy… patatas nuevas, pescado, guisantes, espárragos, chuletas de cordero, fresas con crema, y tres botellas de Pommard. El soldado Challoner se asomó por la ventana, saludó y se marchó. Era imposible confundirlo, así como a su gorro con insignias, sin embargo, ningún batallón de los Reales de Gales había acampado en esas fechas en varias millas a la redonda de Bathune. Di un salto, me asomé por la ventana, y no vi nada salvo una colilla humeante en el pavimento. Challoner había muerto en Festubert en mayo.

En el sector de Cambrin-Cuinchy se minaba constantemente el terreno. Teníamos a cada instante la impresión de que volaríamos por los aires. Un oficial que tenía a su mando una compañía zapadores ganó la Cruz de la Reina Victoria mientras estábaos allí. Comenzó desarrollando un duelo subterráneo. Cuando los alemanes comenzaron a perforar, él inmediatamente empezó a cavar un túnel debajo de ellos. Se trataba de saber quién terminaría antes. Fue él quien ganó. Pero cuando hizo explotar desde su trinchera la mina que había colocado, por medio de un cable eléctrico, no ocurrió nada. Así que volvió a atravesar un túnel, cambió el detonador, y volvió, precisamente un momento antes de que los alemanes hicieran explotar la suya. La víspera yo había visitado la parte superior, que pasaba unos seis metros por debajo de las líneas alemanas. Al final de la galería me encontré con un minero galés que estaba de centinela, un soldado de nuestro propio batallón que había sido transferido a los Ingenieros Reales. Me advirtió que debía guardar silencio. Podía oír perfectamente a los trabajadores alemanes cavar en alguna parte encima de nosotros. El soldado murmuró:

—Mientras trabajen no tengo por qué preocuparme. ¡Lo grave será cuando dejen de hacerlo! Pasaba su turno de dos horas metido en aquel boquete leyendo un libro a la luz de una vela. El oficial de zapadores me había dicho que permitía que sus hombres leyeran y que aquello no interfería en la guardia. El libro era una novela rosa titulada *La molinera que llegó a ser duquesa*. A propósito, era bien sabido que los zapadores eran bandidos notorios. Robaban objetos de las trincheras y corrían a esconderlos en sus madrigueras; exactamente igual que si fueran ratones.

Después de un período especialmente peligroso en las trincheras, recibí una carta con malas noticias de Charterhouse. Las malas noticias de casa podían afectar a un soldado de dos maneras. Podían inducirlo al suicidio (o a una temeridad que equivalía al suicidio), o bien podían parecer triviales en comparación con las experiencias del momento y provocar hasta la risa del soldado. Pero, a menos que estuviera a punto de obtener un permiso, no podía hacer nada que remediara la situación. Un año más tarde, en el mismo sector, un oficial del Regimiento Nortn Staffordshire se enteró de

que su mujer estaba viviendo con otro hombre. Esa noche salió a un combate y no volvió. Se creyó que había muerto o lo habían capturado. Dos días después fue arrestado en Béthune, al tratar de abordar un tren; se había propuesto regresar a su casa y matar a su mujer y al amante. Los oficiales que lo juzgaron en un Consejo de Guerra por desertar, se contentaron con degradarlo. Fue enviado como soldado raso a otro regimiento. Nunca volví a saber de él.

Las malas noticias me llegaron por medio de uno de mis primos que estaba aún en Charterhouse. Me decía que Dick no era el muchacho inocente que yo creía sino que se portaba de la peor manera que se podía imaginar. Recordé que mi primo me guardaba rencor y decidí que aquél debía ser un cruel acto de venganza. Las cartas de Dick habían sido lo único que había logrado sostenerme en aquellos meses cuando sentía que mi ánimo decaía; me escribía todas las semanas; sus cartas trataban fundamentalmente de poesía. Eran algo sólido y limpio para anteponerlo a la precariedad de la vida de trincheras y a la sordidez de los campamentos. Yo había vuelto a Béthune. Dos oficiales de otra compañía me acababan de contar que habían dormido en una misma habitación con una mujer y su hija. Se habían jugado a cara o cruz a la madre, porque la hija no era más que «una cosita amarillenta y flaca como una lagartija». La Bombilla Roja, el burdel del ejército, se hallaba en una esquina de la calle principal. Había visto una cola de ciento cincuenta hombres esperando frente a la puerta, a que les llegara el turno de acostarse con una de las tres mujeres de la casa. Mi ordenanza, que estaba en la cola, me dijo que la tarifa era de diez francos —alrededor de ocho chelines de aquella época—. Cada mujer se acostaba por lo menos con un batallón a la semana, mientras resistía. Según el asistente del mariscal aprovisionador, resistían por lo general unas tres semanas, y «después se retiraban con sus ahorros, pálidas pero orgullosas».

Constantemente yo era objeto de bromas porque no me acostaba ni siquiera con las muchachas más agraciadas; y me excusaba, no por razones de moral o fingiendo ser demasiado exigente, sino del único modo que ellos podían entender: les decía que no quería contraer la sífilis. Buena parte de la conversación en los cuarteles tenía por tema el comportamiento de las francesas en la cama.

—Era muy agradable y muy experta. Pero cuando le dije: *S’il vous plait, ôtes-toi la chemise, ma chérie*, ella se negó. Me dijo. *Oh, no-non, mon lieutenant. Ce n’est pas convenable.*

Me sentí mejor cuando volvimos a las trincheras. Allí encontré una taita de Dick más o menos tranquilizadora. Me decía que mi primo nos guardaba a él y a mí un rencor especial, y admitía que se había estado divirtiendo de una manera un poco estúpida, pero que no había ocurrido nada malo. Decía, en fin, estar sinceramente arrepentido y prometía dejar de hacerlo en beneficio de nuestra amistad.

A finales de julio, Robertson, uno de los oficiales de los Reales de Gales transferido al Regimiento Galés, y yo, recibimos órdenes de dirigirnos al sector de Laventie. Allí debíamos incorporarnos al Segundo Batallón de los Fusileros Reales

de Gales. A Frank Jones-Bateman y Hammcr Jones, dos de los nuestros, se les incorporó al Primer Batallón. Los otros dos de nuestro grupo de seis habían vuelto a Inglaterra: McLellan, enfermo, y Watkin, con heridas producidas por trozos de metralla que lo dejaron inválido. Nos dolía tener que abandonar a los soldados; todos se reunieron a nuestro alrededor para estrecharnos las manos y desearnos suerte. No nos agradaba la idea de comenzar desde el principio, con una nueva compañía y nuevas costumbres de regimiento. Robertson y yo convinimos en disfrutar del viaje todo lo posible. Laventie se encontraba a sólo veintisiete kilómetros de allí, pero habíamos recibido órdenes de «viajar en tren»; un coche militar nos condujo a Béthune. Le preguntamos al oficial de transportes encargado de la estación qué trenes salían hacia Laventie. Nos dijo que uno estaba a punto de salir; decidimos perderlo. El siguiente tren salía al otro día, de manera que pasamos la noche en el Hotel de la France, donde el príncipe de Gales, entonces teniente del regimiento Cuadragésimo Siege Battery, se alojaba algunas veces. No estaba allí. Yo había hablado con él en una ocasión, en los baños públicos de Béthune, una mañana en que él y yo éramos los únicos clientes. Por completo desnudos había comentado con gracia que el agua estaba cabronamente fría; y yo lealmente afirmé que tenía toda la cabrona razón del mundo. Teníamos el cuerpo morado de frío y después de la ducha hicimos algunos ejercicios en la barra. En son de broma le dije a Frank Jones-Bateman:

—Me acabo de encontrar a nuestro futuro rey en los baños.

Hank dijo:

—Yo lo he conocido en un lugar mejor. Hace un par de días conversé amistosamente con él en las letrinas del servicio de inrendencia.

El lugar favorito del príncipe era el Globe, un café situado en la plaza del Mercado de Béthune reservado a oficiales británicos y a civiles franceses. En una ocasión lo oí quejarse con indignación porque el general French se negaba a enviarlo al frente.

Al día siguiente, Robertson y yo tomamos el tren. Nos llevó a un punto de enlace, cuyo nombre he olvidado, donde pasamos un día de excursión por el campo. No había otro tren hasta el día siguiente, en que llegamos a Berguette, un centro ferroviario, a varios kilómetros de distancia de Laventie. Allí nos esperaba un coche militar en respuesta a un telegrama que habíamos enviado. Al fin, llegamos al Cuartel General del batallón instalado en la parte superior de la calle principal de Laventie. Habíamos tardado cincuenta y cuatro horas en cubrir veintisiete kilómetros. Saludamos al capitán con un saludo marcial, le dimos nuestros nombres, y le dijimos que éramos oficiales del Tercer Batallón que volvíamos a incorporarnos al regimiento. No nos tendió la mano, ni nos ofreció una bebida, ni dijo una palabra de bienvenida.

—Ya veo —dijo secamente—. Bueno, ¿cuál de ustedes es mayor? Oh, de cualquier inanera no tiene importancia. Ya le darán ustedes los detalles al sargento del

regimiento. Díganle que coloque al mayor en la Compañía A y al otro en la Compañía B.

El sargento tomó nota de nuestras generalidades y me presentó a Hilary Drake-Brockman, un joven subteniente de la Compañía A, a la cual yo había sido adscrito. Era un reservista especial del Regimiento Rápido Surrey, conocido por todos con el nombre despectivo de *el nombre de Surrey*. Me llevó al cuartel de la compañía. Cuando estuvimos lejos del Cuartel General le Pregunté:

—¿Qué le ocurre al capitán? ¿Por qué no nos dio la mano ni nos saludó decentemente?

El hombre de Surrey dijo:

—Bueno, éste es su regimiento, no el mío. Aquí todos son así. Debe comprender que éste es uno de los cuatro únicos batallones regulares de infantería en Francia que ha logrado permanecer más o menos intacto desde el principio. Ésta es la Brigada Decimonovena, la más afortunada de Francia. Nunca se la ha incorporado de manera permanente a ninguna división particular: se la utiliza más bien como reserva del ejército y se la envía donde alguna otra necesita un apoyo urgente. Eso explica por qué, si se exceptúa la retirada general en que perdió casi una compañía, y en Fromelles, donde perdió la mitad de otra, prácticamente no ha sufrido ningún daño. Más de doscientos de los heridos se han vuelto a incorporar desde entonces. Todos los comandantes de la compañía son militares de carrera, igual que los suboficiales. La costumbre imperante en tiempo de paz de hacer caso omiso a los oficiales recién incorporados sigue más o menos vigente aquí durante los primeros seis meses. Es bastante duro para los muchachos de Sandhurst; y todavía peor para los reservistas especiales, como usted y Rugg y Robertson, pero todavía peor para elementos ajenos al regimiento, como yo.

Descendíamos por aquella calle. Los soldados sentados en el umbral de las puertas saltaban por todas partes a medida que pasábamos y nos saludaban con mirada fija y glacial. Eran muchachos de aspecto magnífico. Sus uniformes eran impecables, todas las piezas eran de un caqui pálido, y los botones e insignias de las gorras resplandecían. Llegamos a los cuarteles generales de la compañía, donde me presenté al comandante de mi compañía, el capitán G. O. Thomas. Era un militar de carrera con diecisiete años de servicio, un célebre jugador de polo y un magnífico soldado. Éste es el orden descriptivo que él hubiese preferido. Nos estrechó la mano sin pronunciar una palabra, me indicó una silla, me ofreció un cigarrillo y continuó escribiendo su carta. Después me di cuenta de que la A era la mejor compañía que podía haberme tocado.

El hombre de Surrey me pidió que le ayudara a censurar algunas cartas de la compañía antes de dirigirme a la cantina del batallón a almorzar; los soldados estaban culturalmente más preparados que los del Regimiento Galés, pero también eran menos imaginativos. Cuando íbamos a la cantina me preguntó si había estado antes en Francia.

—Estuve incorporado —le respondí— en el Segundo Regimiento Galés durante tres meses; tuve a mis órdenes una compañía durante ese tiempo.

—¿De verdad? Bueno, le aconsejo que no diga nada sobre eso; así no serán demasiado exigentes. Nos tratan como basura; pero será peor para usted que para mí porque usted es ya un teniente. Lo pagarán; les parecerá que es demasiado grado para tan poco tiempo de servicio. Hay aquí un teniente que lleva seis años de servicio, y varios subtenientes que han estado desde el otoño pasado. Dos capitanes de las Reservas Especiales han sido impuestos al batallón; los oficiales más viejos están tratando de deshacerse de ellos de una manera u otra. Los oficiales viejos son bestiales. Si abres la boca o haces el menor ruido en la cantina, se te echan encima. Sólo los oficiales a partir del grado de capitán tienen permiso para beber whisky o tocar el gramófono. Nosotros debemos mantenernos en silencio absoluto y hacer todo lo posible por parecer muebles. Igual exactamente que en tiempos de paz. Los precios en la cantina son muy altos; la cantina estaba endeudada en Quetta el año pasado, de modo que ahora ahorran mucho para pagar esa cuenta. En realidad, con el dinero que tenemos no podemos conseguir más que raciones ordinarias, y nunca nos está permitido beber whisky. Disponemos hasta de un campo de polo. El otro día hubo un partido de polo entre el Primer y el Segundo Batallón. El Primero perdió sus mejores caballos en octubre en la batalla de Ypres. De modo que el Segundo pudo ganar con facilidad. ¿Monta usted? ¿No muy bien? bueno, todo aquel subalterno que no monte como los dioses debe hacer cursos de equitación por las tardes mientras estemos acantonados aquí. Nuestra vida se transforma en un infierno. Dos de los nuestros han ido a esos cursos durante cuatro meses y aún no los dejan en paz. Nos hacen trotar todo el tiempo alrededor del campo, con los estribos cruzados, y con sillas de carga y no de montar. Ayer nos llamaron de pronto sin darnos siquiera tiempo de ponernos pantalones de montar. A propósito, ¿ha advertido usted que lodo el mundo lleva aquí pantalones corros? Es una orden del regimiento. El batallón considera que está aún en la India. Los soldados tratan a los civiles como si fueran negros, los golpean, les hablan en indostaní. A veces acabo por reírme. Bueno, con una sucia silla de carga, las rodillas desnudas, los estribos cruzados y un caballo salvaje que los soldados les han requisado a los franceses, paso un tiempo del demonio. El coronel, el comandante y el oficial de transportes permanecen en las cuatro esquinas de la arena y azuzan a los caballos cuando pasan frente a ellos. Me he caído ya dos veces, y me he enfadado tanto que en una ocasión casi decidí montar sobre el comandante. Lo gracioso es que ellos ni siquiera perciben que nos están tratando mal… lo único que se les ocurre es que se nos honra con servir en su regimiento. Así que lo mejor es fingir que a uno no le importa lo que hagan o digan.

Yo protesté:

—Pero todo esto es pueril. ¿Estamos o no en tiempo de guerra?

—El Real de Gales no lo reconoce socialmente —respondió—. Aun en las trincheras es preferible estar con este batallón que con cualquier otro que yo conozca.

Los oficiales saben cumplir con su deber, diga uno lo que quiera de ellos, y los suboficiales son también de absoluta confianza.

Una de las peculiaridades del Segundo Batallón era la de tener una cantina de batallón en vez de distintas cantinas según las compañías: otra supervivencia de los tiempos de paz. El hombre de Surrey me dijo con amargura:

—Se supone que es para estimular las relaciones sociales.

Fuimos juntos al gran *château* cerca de la iglesia. Unos quince oficiales de distintos rangos estaban sentados en sillones leyendo los periódicos ilustrados de la semana o, por lo menos los más viejos, conversando en voz queda. Al llegar a la puerta dije:

—Buenos días, caballeros —es el saludo que todo nuevo oficial debe hacer al llegar a la cantina. No obtuve respuesta. Todos me miraron con curiosidad. El silencio que mi entrada produjo lo rompió poco después el gramófono, que comenzó a canturrear:

Apenas hace un año nos casamos
y ya hemos obtenido la más dulce,
y ya hemos obtenido la más pura y
ya hemos obtenido la más rica
estufa de petróleo.

Encontré una silla al fondo de la sala y tomé un ejemplar de *The Field*. La puerta se abrió súbitamente, y entró por ella un teniente coronel con la cara roja y una mirada de basilisco.

—¿Quién diablos ha puesto ese disco? —gritó—. Debe de haber sido uno de esos malditos oficiales nuevos, me imagino. Que lo quite alguien inmediatamente. Me pone enfermo. Pongan verdadera música. Oigamos *El Angelus*.

Dos subalternos se levantaron, apagaron el gramófono y luego pusieron *El Angelus*. El joven capitán que había puesto *Un año de casados* se encogió de hombros y se puso a leer; las otras caras del salón habían permanecido impávidas.

—¿Quién es? —le pregunté en un murmullo al hombre de Surrey.

—Le llaman ¡Fuera de aquí! —murmuró—; es el segundo comandante.

Antes de que terminara el disco, se abrió la puerta y entró el coronel. ¡Fuera de aquí! reapareció con él. Todo el mundo se puso de pie y saludó al unísono:

—¡Buenos días, señor! —aquélla era su primera aparición del día.

En vez de devolver nuestro leal saludo y pedir que nos sentásemos, se volvió desdeñosamente al gramófono y exclamó:

¿Quién diablos pone este maldito *Angelus* cada vez que entro en la cantina? Por amor de Dios, poned algo más alegre para variar. —Con sus propias manos, quitó el *Angelus* del gramófono y puso *Un año de casados*. En ese momento el gong indicó que era la hora del almuerzo y abandonó la tarea.

Nos dirigimos a la habitación contigua, un salón de baile con espejos y un plafón decorado, y tomamos asiento en una larga y elegante mesa. Los oficiales más ancianos se sentaron en un extremo, los más jóvenes trataron de conseguir asiento lo más lejos posible de ellos. Para mi desgracia, yo obtuve un asiento en una esquina de la mesa, frente al coronel, el capitán y ¡Fuera de aquí! Permanecí en mi asiento sin que nadie me dirigiera una palabra, excepción hecha de algunos murmullos para pedir la sal o la cerveza, una cerveza francesa con muy poco cuerpo. Robertson, que no había sido prevenido, le pidió whisky al camarero.

—Lo siento, señor —le respondió el camarero—, pero tenemos órdenes de no servir whisky a los jóvenes.

Robertson era un hombre de cuarenta y dos años, un abogado con sólida clientela; había lanzado el año anterior su candidatura al parlamento por el distrito de Yarmouth.

Vi la mirada que nos dirigió ¡Fuera de aquí!, y me concentré en la carne y las patatas.

Entonces le preguntó al capitán:

—Charlie, ¿quiénes son esos tipos tan graciosos que se han sentado a nuestra mesa?

—Llegaron esta mañana, enviados por la milicia. Responden a los nombres de Robertson y Graves.

—¿Quién es quién? —preguntó.

—Yo soy Robertson, señor.

—No le estoy dirigiendo a usted la palabra.

Robertson carraspeó, pero no dijo nada. Entonces ¡Fuera de aquí! advirtió algo.

—El otro parece haberse vestido de un modo extraño —me miró y me preguntó en voz alta—: Eh, usted. ¿Por qué diablos lleva las estrellas en el hombro en vez de llevarlas en la manga?

Yo tenía la boca llena, y todas las miradas estaban fijas mí. Tragué el bocado de carne y dije:

—En el Regimiento Galés, señor, llevábamos las estrellas en los hombros. Yo creí que lo normal sería llevarlas así mientras estuviésemos en Francia.

El coronel se volvió hacia el comandante con expresión de asombro.

—¿Qué es lo que dice ese hombre sobre el Regimiento Galés? —y luego volvió a dirigirse a mí, para añadir—: Tan pronto como termine de comer diríjase al sastre, y preséntese en la Sala de Ordenanzas en cuanto esté usted convenientemente vestido.

En una dura lucha entre el resentimiento y la lealtad al regimiento, el resentimiento logró imponerse. Dije para mis adentros: «¡Malditos esnobs, los sobreviviré a todos. Llegará el día en que ninguno de ustedes estará en el batallón para recordar este almuerzo en Laventie!».

Esa misma noche partimos para las trincheras. Eran trincheras poco profundas, porque en cualquier parte donde se cavaba brotaba el agua a menos de un metro de

profundidad; se habían construido bardas y parapetos de la altura de un hombre. Mi pelotón me pareció seco y reservado. Ni siquiera durante las guardias nocturnas los centinelas hablaban confidencialmente sobre ellos y sus familias, como los de mi pelotón del Regimiento Galés. Townsend, el sargento del pelotón, era un ex policía que estaba en la reserva cuando estalló la guerra. Manejaba a sus soldados más que dirigirlos. La Compañía A ocupaba la esquina de La Bombilla Roja; la trinchera de la primera línea se interrumpía poco antes de ese sitio y volvió a comenzar un poco más allá a la derecha, detrás de una zona pantanosa. El farol rojo pendía en la esquina, invisible para el enemigo; por la noche servía de señal a la compañía que teníamos detrás, a nuestra derecha, para que no disparara sobre nosotros. Todas las faenas se hacían en silencio, y con una eficacia militar desconocida en el Regimiento Galés.

Durante esa primera noche, el capitán Thomas me preguntó si me gustaría salir a hacer una ronda. Era la costumbre del regimiento probar de esa manera a los nuevos oficiales, y ninguno se atrevía a negarse. Durante toda mi estancia en el Regimiento Galés nunca había salido a tierra de nadie, ni siquiera para revisar las alambradas; esa labor estaba reservada a los oficiales del batallón de comunicaciones y a los hombres de los Ingenieros Reales. Las veces que Hewitt, el oficial a cargo de los cañones del Galés, salía de patrulla, nosotros considerábamos aquella actitud como suicida. Pero ambos batallones de los Fusileros Reales de Gales consideraban una cuestión de honor dominar la tierra de nadie desde el anochecer hasta el alba. No había una sola noche en Laventie que no oyera uno en las trincheras la orden: «¡Patrulla de oficiales dispuesta a salir, a formar!». Recibí instrucciones de verificar si un nido de ametralladoras alemán estaba ocupado por la noche.

El sargento Townsend y yo salimos de la esquina de La Bombilla Roja a eso de las diez de la noche; ambos provistos de pistolas. Les habíamos cortado la punta a nuestros calcetines, y nos los habíamos subido por encima de las rodillas desnudas, para impedir que nos vieran en la oscuridad y así facilitar el rastreo. No era posible avanzar a gatas, debíamos arrastrarnos sobre el vientre por el terreno. Después de cada movimiento nos deteníamos y observábamos durante unos diez minutos. Dejamos atrás nuestras posiciones y seguimos por el cauce seco de un arroyo: los uniformes se desgarraban con las púas de las alambradas. Observábamos la oscuridad con tal atención que todo parecía dar vueltas alrededor de nosotros. Fn una ocasión aparté horrorizado los dedos del sitio donde los había colocado: un viejo cadáver putrefacto. Nos dábamos codazos uno al otro rápidamente y, con el corazón latiendo de ansiedad, al menor ruido nos arrastrábamos, observábamos, nos arrastrábamos, simulábamos ser cadáveres cada vez que notábamos encima las luces de los faros enemigos, y volvíamos a arrastrarnos, a observar, a arrastrarnos. Un oficial del Segundo Batallón, que volvió a visitar las trincheras de Laventie una vez terminada la guerra, me decía el otro día cuán ridiculamente pequeña era la extensión de la tierra de nadie comparada con lo inmenso que parecía durante las penosas patrullas que había tenido que efectuar entonces.

—Era como comparar el tamaño real de una cavidad dental con el abismo que percibe la lengua.

Encontramos un agujero en las alambradas alemanas y llegados a acercarnos a unos cinco metros del nido de ametralladoras. Esperamos durante veinte minutos a que algún ruido nos indicara si estaba ocupado. Luego le hice una señal con un codo al sargento Towiiserid y, revólver en mano, nos arrastramos rápidamente y nos asomamos al nido. Tendría un metro de profundidad y estaba vacío. En el suelo había unos cuantos cartuchos vacíos, y una cesta de mimbre que contenía algo largo, redondo y terso, dos veces más grande que una pelota de fútbol. Con extremado cuidado cogí una y comencé a reconocerla con el tacto en la oscuridad. Temía que pudiera tratarse de una especie de máquina infernal. Tuve el valor de cargar con ella: pensaba que podía tratarse de uno de esos cilindros alemanes de gas de los que tanto habíamos oído hablar.

Volvimos a nuestra trinchera después de hacer un viaje de tal vez doscientos metros en más de dos horas. Los centinelas pasaron la voz de que habíamos regresado. Nuestro botín resultó ser un recipiente de cristal lleno de un líquido amarillento. Se envió al cuartel general del batallón, y de allí a los oficiales del servicio de inteligencia de la División. Todo el mundo parecía interesarse por aquel recipiente. La teoría era que contenía un producto químico destinado a humedecer las máscaras de gas; pero también podía ser perfectamente una botella de vino de la región mezclado con agua de lluvia. Nunca supe cuál fue el informe oficial. Sin embargo el coronel le dijo al capitán Thomas, en presencia del hombre de Surrey:

—Este nuevo muchacho parece tener más valor que los demás.

Después de aquella primera experiencia, salí de patrulla bastante a menudo, advirtiendo que lo único que se respetaba en los oficiales jóvenes era el valor personal. Por otra parte, había llegado a la conclusión de que la única manera de sobrevivir hasta el final de la guerra era gracias a una herida, y el mejor modo de que le hiriesen era por la noche y al aire libre, con todo el cuerpo expuesto a los soldados que disparaban en la oscuridad. También era mejor que te hirieran a la hora en que no había demasiada afluencia en los puestos de socorro, y en que las zonas de retaguardia no estaban siendo violentamente bombardeadas. Sí, lo mejor sería que te hiriesen allí, en una patrulla nocturna, en un sector relativamente tranquilo. Uno podía arrastrarse hasta llegar a un cráter abierto por las bombas y esperar la llegada del socorro.

De cualquier manera, las operaciones de patrulla tenían sus riesgos específicos. Si una patrulla alemana encontraba a un hombre herido era casi seguro que lo degollaba. El puñal era el arma favorita de las patrullas alemanas debido al silencio. (Nosotros nos inclinábamos más por la cachiporra). La información más importante que una patrulla podía obtener era a qué regimiento y división pertenecían las tropas del lado opuesto. Así, si resultaba imposible arrastrar a un enemigo herido a nuestras

trincheras, debíamos despojarlo de sus insignias. Para hacer eso rápida y eficazmente había que cortarle el cuello primero o destrozarle el cráneo.

Sir Pyers Mostyn, teniente del Real Galés, que a menudo salía de patrulla en Laventie, tuvo que combatir una vez con una patrulla alemana que inspeccionaba el flanco izquierdo de nuestro batallón. Nuestras propias patrullas se componían por lo general de un oficial y de uno o dos soldados como mucho. Las patrullas alemanas consistían en seis o siete soldados comandados por un suboficial. A los oficiales alemanes no les interesaba, como decía uno de nuestros ordenanzas «comprar un perro para ponerse a ladrar en su lugar»; así que dejaban todo lo que podían en manos de los suboficiales. Una noche, Mostyn descubrió a sus adversarios; se había puesto de rodillas para lanzarles una granada de percusión, cuando ellos abrieron fuego y te hirieron en un brazo, que instantáneamente quedó inutilizado. Logró detener la granada antes de que cayera al suelo y la arrojó con la mano izquierda; en medio de la confusión que se produjo, pudo volver a la trinchera.

Como todos los demás, yo tenía una fórmula personal para aceptar los riesgos. En principio, debíamos afrontar todos los riesgos, aun la certeza de la muerte, para salvar la vida de los demás o para mantener una posición importante. Para salvar una vida humana, debíamos correr uno de cada cinco riesgos, por así decirlo, especialmente si nuestro objetivo era más importante que el de debilitar el potencial humano del enemigo, por ejemplo, liquidar un puesto de ametralladoras, o asegurarnos la supremacía de tiro en las trincheras donde las líneas se acercaban peligrosamente. Sólo en una ocasión me abstuve de disparar contra un alemán, y eso fue en Cuinchy, unas tres semanas después de mi incorporación al regimiento. Se me había encargado ametrallar al enemigo desde un punto oculto en las líneas de apoyo, donde habíamos instalado un nido de ametralladoras. De pronto vi a un alemán, por los prismáticos, a unos setecientos metros de distancia. Se estaba bañando en la tercera línea. Me desagradó la idea de disparar contra un hombre desnudo, así que pasé el rifle al sargento que estaba a mi lado.

—Tome esto —le dije—. Usted tiene mucha mejor puntería que yo. —Le disparó, pero yo ya me había retirado para no ver el espectáculo.

Había cierto desacuerdo en lo que se refería a salvar la vida de enemigos heridos; la costumbre variaba según la división. Algunas divisiones, como la de los canadienses, y una de territoriales del Lowland, que pretendían vengar algunas atrocidades, no solamente no corrían ningún riesgo para rescatar a los enemigos heridos, sino que salían de sus trincheras para acabar con ellos. El Real Galés era un regimiento de caballeros: a veces se consideraba justificado correr un riesgo entre veinticinco para rescatar a un alemán herido. Un factor importante para calcular los riesgos era nuestra condición física. Cuando estábamos exhaustos y necesitábamos llegar rápidamente de un punto de las trincheras a otro sin sufrir un colapso, acortábamos la distancia arrastrándonos por la tierra de nadie, siempre y cuando el enemigo no se hallara a menos de cuatrocientos o quinientos metros. Cuando

teníamos prisa corríamos un riesgo de cada doscientos; cuando estábamos muertos de fatiga, uno de cada cincuenta. En los batallones donde la moral había decaído, no era raro que se corriera, por desesperación o por fatiga, mío de cada cincuenta riesgos. El Galés les reprochaba a los Munsters de la Primera División «dilapidar inútilmente las vidas de sus soldados», por no proteger suficientemente las líneas de reserva. En ningún momento de la guerra llegamos a creer que las hostilidades pudieran continuar más de nueve meses o un año, así que valía la pena tener cuidado; podíamos tener la suerte de llegar hasta el final absolutamente intactos.

El Segundo Real Galés, a diferencia del Real Galés, se consideraba más capacitado que los alemanes para la guerra de trincheras. En lo referente al Real Galés no se trataba de cobardía sino de modestia. Y en lo que respecta al Segundo Real Galés no era jactancia sino valor; tan pronto como llegaban a un nuevo sector insistían en conseguir la supremacía de tiro. Lo primero que hacían era recabar de las tropas a las que relevaban toda la información posible sobre los cañones enemigos, ametralladoras y patrullas, e inmediatamente comenzaban a reducir tales elementos, uno a uno. En primer lugar las ametralladoras. Tan pronto como una ametralladora abría fuego por la noche sobre un determinado punto de la trinchera, todos los soldados del pelotón más alejado de la línea de fuego respondían con una ráfaga de cinco disparos. Por lo general, la ametralladora cesaba bruscamente y no volvía a comenzar a disparar hasta uno o dos minutos después. Una ráfaga de cinco balas volvía a responderle. Hasta que el alemán abandonaba la partida.

En el Galés muy rara vez se respondía a una ametralladora. Y si se hacía, no era con un fuego organizado, que comenzara y terminara al unísono, sino como una forma de protesta confusa y desordenada que recorría toda la línea. En el Real Galés casi nunca se disparaba de noche, con excepción de ese fuego organizado contra las ametralladoras, o sobre un centinela enemigo, o sobre una patrulla que estuviera lo suficientemente cerca de las trincheras para podérsela reconocer como mía patrulla alemana. En todos los demás batallones que encontré en Francia, se disparaba constantemente, los centinelas querían demostrar su odio contra la guerra. El Real Galés usaba muy rara vez las bengalas, salvo para transmitir a nuestras patrullas la orden de replegarse.

Una vez las ametralladoras enemigas habían quedado desalentadas, nuestras patrullas salían con bombas a proclamar la posesión de la tierra de nadie. A la mañana siguiente, al alba, comen/aba la lucha que debía decidir la supremacía de los fusileros. Los alemanes contaban con tiradores excelentes, que habían aprendido a camuflarse en el regimiento. Una vez, en Cuinchy, vi cómo mataban a uno que había disparado durante codo el día desde un cráter de obús, entre las trincheras. Llevaba una especie de capa cubierta de hierba artificial, la cara pintada de verde y marrón, y el rifle teñido también de verde. Un buen número de cartuchos vacíos yacían a su

lado, y su gorro tenía una insignia especial con una hoja de encina. Pocos de nuestros batallones lograban dominar la situación con respecto a los tiradores. Los alemanes tenían la ventaja de contar con muchísimas más miras telescópicas que nosotros, y con nidos de tiro blindados. Su táctica consistía en mantener a sus tiradores apostados durante meses en el mismo sector hasta que conocían todos los puntos de tiro de nuestras trincheras, así como las zonas en que éstas eran menos profundas, los terrenos que nuestros grupos de abastecimiento utilizaban por las noches; y todos los demás detalles; mucho mejor de lo que nosotros lográbamos saber sobre ellos. Los fusileros británicos cambiaban de trincheras con sus batallones, cada una o dos semanas, y nunca tenían suficiente tiempo para familiarizarse con el territorio de las trincheras alemanas. Pero al menos nosotros contábamos con liquidar a los tiradores no profesionales. Más tarde nos proporcionaron un fusil de elefantes, que podía perforar los nidos de ametralladoras del enemigo; y cuando no llegábamos a localizar con precisión el nido de un fusilero persistente, tratábamos de liquidarlo por medio de una salva de granadas, o incluso echando mano de la artillería.

Nos asombraba que cuando a un tirador se le había localizado y matado, al día siguiente otro tirador comenzaba a disparar desde la misma posición. Los alemanes posiblemente nos subestimaban y consideraban aquella pérdida como un simple accidente. La complacencia que mostraban los demás batallones al Permitir el avance de los tiradores alemanes sobre el campo nos ayudaba; los tiradores enemigos, incluso los profesionales, se exponían a menudo innecesariamente. Contábamos con una ventaja que ni el avance ni la retirada del enemigo nos podía arrebatar: estábamos siempre más o menos orientados hacia el este. El sol nacía detrás de las líneas alemanas, y ellos no podían advertir que durante algunos minutos pudiésemos verlos, mientras nosotros, en cambio, seguíamos siendo invisibles. Los equipos alemanes que por la noche trabajaban en las alambradas, a menudo permanecían fuera de las trincheras demasiado tiempo, y nosotros podíamos abatir uno o dos hombres cuando regresaban; los crepúsculos vespertinos, en cambio, estaban en nuestra contra; pero el anochecer es siempre un momento menos crítico. Por la noche, nuestros centinelas tenían órdenes de permanecer con la cabeza y los hombros sobre los parapetos, y con los rifles listos para disparar. Esto me sorprendió en un principio, pero implicaba mayor vigilancia y mayor seguridad durante las guardias. Las ametralladoras enemigas disparaban siempre a ras del parapeto, y por eso el centinela corría menos riesgo si era herido en el pecho o en los hombros que en la frente. Las balas perdidas por la noche constituían un riesgo menor, y por eso aquella táctica era la más segura. En ciertos batallones que no insistían en aquella regla, los centinelas sólo se asomaban de vez en cuando por encima de los parapetos, lo que permitía a las patrullas enemigas acercarse hasta las alambradas inglesas sin ser vistas, arrojar unas cuantas bombas y regresar con toda seguridad a sus trincheras. En el Real Galés, el

control de las alambradas se convertía en responsabilidad de la compañía a la que protegían. Una de nuestras primeras acciones cuando llegábamos a una trinchera era inspeccionarla y repararla. Trabajamos mucho en las alambradas.

El capitán Thomas era un hombre extraordinariamente silencioso, pero no por altivez sino por timidez. Su conversación se limitaba a emitir algunos *síes* y *noes*. Nunca nos hizo, a sus subalternos, ninguna confidencia sobre los asuntos de la compañía, y a nosotros no nos gustaba preguntarle demasiado. Por las noches hacía rigurosamente sus guardias, lo que era frecuente en los demás comandantes de la compañía. Compartíamos sus provisiones, enviadas cada semana por Fortum y Masón; cuando estábamos en las trincheras comíamos divididos en compañías. Muestro único reproche era que ¡Fuera de aquí!, que poseía un paladar muy exigente, pasaba más tiempo del conveniente en el comedor de nuestra compañía. Su presencia nos cohibía. En esa época Thomas recibió permiso para volver a Inglaterra. Accidentalmente, me enteré de su actitud en la patria. Había caminado por el West End en traje de civil, estupefacto ante el militarismo recalcitrante que encontraba en todas partes. Para estar en consonancia con su atavío, saludaba de una manera deliberadamente torpe a los subtenientes recién ingresados en el ejército, y se quitaba el sombrero ante coroneles y generales retirados, una broma privada a expensas de la guerra.

Durante mi estancia en Laventie, prefería los días que pasábamos en trincheras; la vida de acuartelamiento en la población significaba tener que asistir a la cantina del batallón, y a la escuela de equitación, que resultó ser mucho peor de lo que el hombre de Surrey me había pronosticado. Las prácticas militares se efectuaban con una minuciosidad y una elegancia dignas del tiempo de paz, especialmente el cambio de guardia diario del batallón, que de vez en cuando yo debía supervisar como oficial. En una ocasión, después de terminar el cambio de guardia y en el momento en que iba a ordenarle a la guardia saliente que rompiera filas, vi a ¡Fuera de aquí! cruzar la calle dirigiéndose del cuartel general de una compañía al otro. Al pasar, le ordené a la guardia que hiciera el saludo reglamentario. Después de esperar medio minuto, di la orden de romper filas. Pero ¡Fuera de aquí! no había entrado en realidad en el edificio; se había escondido en el pórtico. En ese momento se aproximó a nosotros aparentando una gran indignación.

—¡A sus posiciones! ¡Firmes! —vociferó, dirigiéndose a la guardia. Y luego a mí—: ¿Por qué diablos, señor Graves, no solicitó usted mi permiso para retirar la guardia? ¿Ha leído usted las ordenanzas reales? ¿No? ¿Dónde ha aprendido semejantes modales?

Me disculpé, le expliqué que creí que había entrado en el edificio. Eso sólo empeoró las cosas. Me reprochó tratar de discutir con él; luego me preguntó dónde había aprendido a hacer el saludo.

—En el cuartel, señor —le respondí.

—Entonces, señor Graves, aprenda usted a saludar como lo hace el batallón. A partir de mañana va usted a desfilar diariamente antes del desayuno durante un mes bajo la dirección del sargento instructor Evans y a hacer una hora de ejercicios de saludo.

Se dirigió después a la guardia y dio la orden de romper filas. Aquél no era ningún gesto de enemistad personal hacia mí, sino un incidente más del principio general de «templar a los recién llegados», del que participaban conscientemente todos los oficiales de alto grado y con el que pretendían honestamente hacer de nosotros mejores soldados.

Hacía tres semanas que había sido incorporado al Real Galés, cuando la Decimonovena Brigada fue enviada al sur, al sector de Béthune, para llenar un hueco que había dejado en la Segunda División; el hueco se debía a que le habían retirado la brigada de guardias para transferirla a una división de guardias en formación. En nuestra marcha, desfilamos ante lord Kitchener. Según nos dijeron después, Kitchener elogió ante el general de brigada el aspecto marcial del batallón que iba a la cabeza —que era el nuestro—, para luego añadir cínicamente:

—Déjenlos estar una o dos semanas en trincheras y pronto perderán esa elegancia. —Al parecer nos confundía con una formación del Nuevo Ejército.

Las primeras trincheras que ocupamos al llegar fueron las pilas de ladrillos de Cuinchy. Mi compañía ocupó el terreno que bordeaba las márgenes del canal, a unos cuantos centenares de metros a la izquierda del lugar en donde yo había estado con el Regimiento Galés a finales de mayo. Los alemanes que teníamos frente a nosotros trataban de ser amables. Nos enviaron mensajes con sus rifles de granadas. Uno de ellos se dirigía evidentemente al batallón de irlandeses al que habíamos relevado:

«Todos los cabos alemanes les deseamos a los cabos ingleses un buen día y los invitamos esta noche a una buena cena alemana con cerveza y pasteles. El perrito de ustedes vino a vernos y no lo pasa mal; le parecía que no tenía bastante comida con ustedes y por eso se vino a vivir a este lado. Respondan de la misma forma, si les parece bien».

Otra granada contenía un ejemplar del *Neueste Nachrichten*, un periódico del ejército alemán impreso en Lille, que daba detalles sensacionales sobre las derrotas rusas cerca de Varsovia, con la inmensa captura de prisioneros y armamentos. Pero lo que más nos interesó fue un informe muy detallado de la destrucción de un submarino alemán por buques de guerra ingleses; ningún periódico inglés había obtenido autorización para publicar detalles del hundimiento de submarinos alemanes. Al batallón no le interesaban los triunfos o los reveses de nuestros aliados así como tampoco los orígenes de la guerra. Tampoco tenía ningún sentimiento político respecto a los alemanes. El deber de un soldado inglés era sencillamente combatir contra quienes el rey le ordenaba combatir. Con el rey como coronel del regimiento aquello resultaba todavía más sencillo. La fraternización de la Navidad de 1914 en la que el batallón había sido una de las primeras unidades participantes, se

había desarrollado con igual candidez profesional: de ninguna manera se había tratado de una tregua emocional, sino de un lugar común dentro de la tradición militar… un intercambio de cortesía entre los oficiales de ejércitos enemigos.

En Cuinchy proliferaban las ratas. Subían del canal, se alimentaban de los cadáveres que abundaban en los alrededores, y se multiplicaban de una manera alarmante. Mientras estuve allí con el Galés, un nuevo oficial se unió a la compañía y, en señal de bienvenida, recibió un refugio con una cama colchón. Al caer la noche y dirigirse a su cama oyó un ruido extraño, encendió la linterna y descubrió a dos ratas que en la cama se disputaban encarnizadamente una mano. La historia suscitó la hilaridad general.

El coronel exigió que una patrulla hiciera una visita de reconocimiento a un lado de los muros de ladrillos donde la noche anterior habíamos oído ruidos sospechosos, e investigar si se trataba de una brigada de zapadores. Yo me ofrecí para ir. Pero esa noche había una luna llena tan brillante que deslumhraba. Entre nuestras trincheras y las alemanas había una planicie de unos seiscientos metros, interrumpida sólo por los cráteres producidos por las bombas y por ocasionales manojos de hierba. Yo no iba con mi propia compañía, sino que había sido temporalmente cedido a la B, que tenía dos oficiales de licencia. Childe-Freeman, el comandante de la compañía, me dijo:

—¿No saldrá usted a patrullar esta noche, Graves, verdad? La noche está tan brillante como si fuera de día.

—Razón de más para ir —le respondí—. Con toda seguridad no me esperarán. Tenga la amabilidad de disponer todo como de costumbre; que los soldados disparen de vez en cuando, y lance una bengala cada media hora. Si voy con cuidado, los alemanes no me verán.

Mientras cenábamos, derramé nerviosamente una taza de té, y luego rompí un plato; Freeman dijo:

—Mire, voy a telefonear al batallón y a decirles que hay demasiada claridad para que salga usted de patrulla.

Pero yo sabía que si lo hacía, ¡Fuera de aquí! me tacharía de cobarde.

Así que un tal sargento Williams y yo nos pusimos los uniformes para arrastrarnos y salimos por un cráter de obús al lado del camino. Esa noche no teníamos necesidad de esforzarnos para ver. Por el contrario, podíamos ver con demasiada claridad. Nuestro plan era esperar una oportunidad para poder movernos deprisa, detenernos, confiar en la suerte, y volver rápidamente de nuevo a la trinchera. Teníamos planeados nuestros movimientos de agujero en agujero, las oportunidades nos las proporcionarían nuestros artilleros, quienes de cuando en cuando distraerían a los centinelas. Muchos de los cráteres contenían cadáveres de hombres heridos y abandonados allí. Algunos eran esqueletos, completamente devorados por las ratas.

Nos acercamos hasta unos treinta metros de distancia de un numeroso equipo de trabajo alemán, que cavaba una trinchera delante de su primera línea. Entre ellos y

nosotros vimos a un grupo de diez hombres que yacían en el suelo envueltos en sus abrigos. Habíamos ido demasiado lejos. Un alemán yacía boca arriba a unos doce metros entonando una melodía. Era el vals de *La Viuda alegre*. El sargento, que me seguía, me oprimió el pie con la mano y me mostró el revólver. Con un movimiento de cejas me preguntó si disparaba. Le indiqué que no. Dimos la vuelta para regresar. Era difícil no moverse con demasiada rapidez. Habíamos recorrido medio camino, cuando una ametralladora alemana comenzó a disparar a ras de suelo. Nos levantamos inmediatamente. Las balas estaban quemando la hierba, de manera que regresar a pie era más seguro. Hicimos caminando el resto del camino, pero moviéndonos irregularmente para desorientar el fuego enemigo en el caso de que los soldados de la brigada de trabajo nos llegaran a ver. Al regresar a la trinchera, llamé a la brigada de artillería, y le pedí que disparara todo el parque que fuera posible, a cincuenta metros del lugar donde el frente alemán tocaba el camino. Sabía que una de las piezas de batería que habían instalado esa noche para protegernos estaba situada muy cerca de aquel punto. Quince minutos después los obuses comenzaron a estallar. Al oír el ruido de los instrumentos que caían y los gritos lejanos, pudimos calcular las bajas probables.

A la mañana siguiente, ¡Fuera de aquí! se me acercó.

—Me enteré de que salió anoche de patrulla.

—Sí, señor.

Me pidió algunos detalles. Cuando le hablé del equipo de trabajo, me maldijo por no haberlos liquidado con mi revólver. Cuando se retiraba lo oí gruñir:

—¡Qué cobardía!

Una noche en Cuinchy recibimos órdenes del Cuartel General de la División de gritar a través de la tierra de nadie y hacer conversar al enemigo. El objetivo era saber si por la noche las trincheras de tiro alemanas estaban bien protegidas. Usando un Megáfono, uno de los oficiales de la compañía que hablaba alemán se colocó entre los montones de ladrillos y gritó:

—*Wie geht's Ihnen, Kamaraden?*

Alguien exclamó desde el otro lado con deleite:

—*Ach, Tommee, hast du denn deutsch gelernt*?

El fuego se detuvo, y tuvo lugar una conversación a través de los cincuenta metros de la tierra de nadie. Los alemanes se negaron a revelar a qué regimiento pertenecían, ni a conversar sobre asuntos militares.

Uno de ellos gritó:

—*Les sheunes mademoiselles de La Basée bonnes pour coucher avec. Les mademoiselles de Béthune bonnes aussi, hein?*

Nuestro portavoz se negó a discutir sobre temas sexuales. En la pausa que siguió, preguntó sobre el káiser. Los otros respondieron con respeto que gozaba de excelente salud, y dieron las gracias.

—¿Y cómo está el príncipe heredero? —preguntó el otro.

—¡Oh, a la mierda con el príncipe heredero! —gritó alguien en inglés, pero sus camaradas lo hicieron callar. Después de una confusión de voces alteradas y risas, ellos comenzaron a cantar: *Die Watch am Rhein*. Aquella trinchera estaba evidentemente muy bien defendida.

Tenía entonces un periscopio de trinchera, un pequeño instrumento de metal que me habían enviado de casa. Cuando lo colocaba sobre el parapeto ofrecía sólo una mira de cuatro centímetros cuadrados a los tiradores alemanes: sin embargo en Cuinchy, en el mes de mayo, un tirador logró atravesarlo a una distancia de cuatrocientos metros. Lo envié a casa como un recuerdo de guerra; pero mi madre, con el sentido práctico que la caracterizaba, lo llevó a la fábrica y logró cambiarlo por uno nuevo.

Mi refugio en Cuinchy era un agujero repleto de ratas, junto al camino; cuando volvíamos al campamento, dormía en el sótano de una casa en ruinas de Cambrin, iluminado por dos enormes agujeros provocados por las bombas en el piso superior: pero cuando nos reuníamos con las reservas en Béthune, dormía en una hermosa alcoba Luis XVI del castillo de Montmorency, con espejos y tapices, y entonces encontraba la cama demasiado blanda y tenía que poner el colchón sobre el parquet del suelo.

15

A finales de agosto de 1915, los jóvenes oficiales del estado mayor comenzaron a enterarse de los detalles de una ofensiva próxima contra la Bassée. También los civiles franceses lo sabían, y por supuesto lo mismo ocurría con los alemanes. Todas las noches, la carretera de Béthune a la Bassée veía pasar nuevas baterías y camiones pesados con bombas. Otras señales de movimiento incluían las obras de excavación en Vermelles y Cambrin, donde las líneas quedaban demasiado lejos para permitir cruzar rápidamente la tierra de nadie, y la llegada de los nidos de ametralladoras con la orden de crear una nueva línea en el frente. También se recibieron órdenes para la evacuación de los hospitales; aparecieron divisiones de caballería y del Nuevo Ejército; llegaron nuevos tipos de armamento. Los oficiales del Real de Ingenieros supervisaban las excavaciones de pozos a intervalos determinados a lo largo de la línea del frente. Habían jurado no revelar para qué servirían, pero todos sabíamos que allí se instalarían los cilindros de gas. Un camión depositó en Cambrin un cargamento de escalas de cuerda para salir rápidamente de las trincheras. Me acuerdo que el 3 de septiembre aposté contra Robertson que nuestra división atacaría desde la línea de Cambrin-Cuinchy. Cuando seis días después regresé a Inglaterra con licencia, la impresión de que estaban por ocurrir acontecimientos importantes era tan fuerte, que casi detesté marcharme.

Los permisos para oficiales se concedían cada seis u ocho meses en épocas normales; cuando el número de bajas era más levado el período de vacaciones era más breve; una ofensiva general suspendía totalmente la licencia. Sólo un oficial en Francia se negó a salir con licencia cuando le llegó el turno… fue un tal Cross, del Segundo Batallón de Infantería de Oxford & Buck (que insistía con igual celo en sus tradiciones que nosotros al mantener la *ch* de Welch). Según se decía, Cross se había negado a aceptar la licencia con los siguientes argumentos: «Mi padre combatió con el regimiento en la guerra de los bóers, y no tuvo ningún permiso; mi abuelo combatía en Crimea con el regimiento y no tuvo permisos. Yo considero que va contra las tradiciones del regimiento aceptar esos permisos cuando se está en servicio activo». En 1917, cuando supe de él por última vez, Cross estaba dirigiendo el batallón. Se había convertido en un superviviente profesional.

Londres me pareció una ciudad irreal. A pesar de la abundancia de uniformes que se veía en la calle, la indiferencia general y la ignorancia sobre la guerra me dejó sorprendido. El reclutamiento seguía siendo voluntario. «Los negocios como

siempre» era la consigna general. Mi familia vivía en esas fechas en Londres en la casa ocupada anteriormente por mi tío Roben von Ranke, el cónsul general de Alemania. Él se había visto obligado a salir deprisa, el 4 de agosto de 1914, y mi madre se ocupó de la casa mientras duró la guerra. De modo que cuando Edward Marsh me telefoneó desde la oficina del primer ministro en Downing Street para invitarme a comer, alguien intervino e interrumpió la conversación. Por supuesto, el teléfono de la hermana del cónsul general estaba estrechamente vigilado por la sección de contraespionaje de Scotland Yard. Los zepelines habían comenzado a producir los primeros movimientos de pánico. Unos amigos de la familia nos visitaron una noche y empezaron a hablarme de los ataques aéreos de los zepelines, de las bombas que habían caído a sólo tres calles de nuestra casa.

—Bueno, saben ustedes —les dije—, el otro día estaba durmiendo en una casa y a primeras horas de la mañana cayó una bomba en la casa vecina y mató a tres soldados que estaban acantonados allí y a una mujer y a su hijo.

—¡Santo cielo! —gritaron—. ¿Y qué hiciste en ese momento?

—Era en un lugar llamado Beuvy, situado a cinco kilómetros de las trincheras —les expliqué—; y yo estaba tan cansado que me volví a dormir.

—¡Ah! —dijeron—. ¡Eso fue en Francia! —y la mirada de interés desapareció de su cara, como si les hubiera gastado una broma estúpida.

—Sí —respondí—, y no fue más que un aeroplano el que arrojó la bomba.

El resto de mi licencia lo pasé en Harlech; caminé por las colinas vestido con una camisa vieja y un par de *shorts*. Cuando regresé a Francia, el Actor, un oficial de carrera de la Compañía A, me preguntó:

—¿Estuviste a gusto durante la licencia?

—Sí.

—¿Fuiste a muchas fiestas?

—A ninguna.

—¿Qué espectáculos viste?

—No fui a ningún teatro.

—¿Saliste de caza?

—No.

—¿Te acostaste con muchachas agradables?

—No, con ninguna; siento decepcionarte.

—Pero, entonces, ¿qué diablos hiciste?

—Oh, hice algunas caminatas por las colinas.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¡gente como tú no merecería obtener una licencia!

El 19 de septiembre relevamos al regimiento Midlessex en Cambrin; según se nos informó, desde aquellas trincheras iniciaríamos el ataque. El bombardeo preliminar había comenzado ya una semana antes. Mientras colocaba a mis hombres en la primera línea, reconocí con bastante disgusto el mismo refugio de ametralladoras donde había visto un suicidio la primera noche de mi llegada a las trincheras. Me

pareció un mal presagio. Aquél era sin lugar a dudas el bombardeo más intenso de nuestros cañones que habíamos presentado hasta entonces. Los obuses sacudían literalmente nuestras trincheras, y una espesa nube de humo ocultaba las líneas alemanas. Los proyectiles nos pasaban por encima de la cabeza sin cesar; debíamos gritar para que nuestros vecinos nos escucharan. Por las noches los disparos disminuían ligeramente, pero volvían a iniciarse al amanecer, cada vez con mayor intensidad.

—¡Maldita sea! —exclamábamos—. Seguramente ya no debe de quedar un solo ser viviente en esas trincheras.

Sin embargo continuábamos. Los alemanes respondían pero sin demasiada energía. La mayor parte de la artillería pesada la habían retirado de aquel sector, según se nos informó, y la habían enviado al frente ruso. Sufríamos más bajas por nuestros disparos cortos y por las detonaciones a nuestras espaldas que por los obuses alemanes. Gran parte de las municiones usadas por nuestras baterías procedía de Estados Unidos y contenía un alto porcentaje de bombas defectuosas. Los casos de metralla nos llovían sin cesar. Tuvimos cincuenta bajas y tres oficiales heridos, entre ellos ¡Fuera de aquí!, que recibió una herida de gravedad en la cabeza. Esto ocurría antes de que se nos proveyera de cascos de acero. Si los hubiésemos tenido desde el principio no hubiéramos sufrido ni la mitad de las bajas. Yo recibí dos heridas insignificantes en una mano, lo que me pareció un presagio de buena suerte.

La mañana del día 23, Thomas regresó del Cuartel General del batallón con un cuaderno de notas y seis mapas, cada uno para un oficial de compañía.

—Escuchen —nos dijo—, es necesario que copien rápidamente estas instrucciones en el dorso de sus mapas. Tendrán que explicárselas a sus pelotones esta misma tarde. Mañana por la mañana deberemos abandonar nuestras mantas, mochilas y abrigos en Béthune. Al día siguiente, es decir, el sábado 2.5, atacaremos.

Era la primera vez que recibíamos instrucciones precisas. Lo miramos entre sorprendidos y aliviados. Yo guardo aún el mapa, y éstas son las órdenes que escribí en el dorso:

PRIMER OBJETIVO. — *Granja de Les Briques*. — La gran casa es claramente visible desde nuestro frente, rodeada de árboles. Para llegar allí es necesario cruzar tres líneas de trincheras enemigas. La primera está a una distancia de trescientos metros, la segunda a cuatrocientos metros, y la tercera a seiscientos. Después, es necesario atravesar dos vías de ferrocarril. Más allá de la segunda vía se encuentra una trinchera alemana llamada la finchera de ladrillo. Luego está la granja, un lugar bien protegido con sótanos, un pozo y un huerto fuertemente cercado y reforzado con alambradas.

SEGUNDO OBJETIVO. — *La población de Auchy*. — También este lugar es claramente visible desde nuestras trincheras. Se encuentra a cuatrocientos metros más allá de la granja y está defendido por una primera línea de trincheras a mitad del camino y una segunda línea inmediatamente frente al pueblo. Cuando hayamos

ocupado la primera línea, la mitad del batallón debe continuar hacia la derecha y el resto dirigirse hacia la Gran Chimenea.

TERCER OBJETIVO. — *Pueblo de Haisnes*. — Notable por la altura de la torre de su iglesia. Debemos establecer el frente a la altura de la vía férrea, cavar trincheras y esperar refuerzos.

Cuando Thomas llegó a este punto, el Actor sacudía los hombros por las carcajadas.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Thomas de mal humor.

El Actor, todavía riéndose, preguntó:

—En nombre del cielo, ¿quién es el responsable de este ligero esfuerzo?

—No lo sé —dijo Thomas—. Posiblemente sea Paul *el Guapo*, o alguien como él (Paul *el Guapo* era un capitán del Estado Mayor, joven, sin experiencia y detestado por todos los demás. Llevaba sus insignias rojas sobre el pecho, aunque estuviera en mangas de camisa). Que esto quede entre nosotros seis, jóvenes, nadie más debe saberlo; es lo que se conoce como un «ataque subsidiario». No habrá tropas de apoyo. Lo único que nos compete hacer es entretener al enemigo y tenerlo ocupado mientras los muchachos de nuestra derecha realizan el trabajo efectivo. Habrán notado que el bombardeo es mucho más intenso en aquella parte. Han hecho completamente trizas el reducto Hohenzollern. A mí me da exactamente lo mismo que se ataque de un lado o del otro. De cualquier manera van a matarnos.

Todos nos reímos.

—Muy bien, ríanse ahora, pero el sábado tenemos que llevar a cabo este gracioso proyecto.

Nunca antes había visto a Thomas tan comunicativo.

—Lo siento —dijo el Actor, disculpándose—. Siga usted el dictado.

Thomas continuó:

—El ataque irá precedido de una descarga de cuarenta minutos de «accesorio»[6] que allanará unos mil metros de camino, de manera que las dos líneas de ferrocarril se ocuparán sin dificultades. Inmediatamente después iniciaremos el avance. Detrás de nosotros vienen tres nuevas divisiones y el cuerpo de caballería. Se espera que no encontremos dificultades serias en nuestro avance. Todos los soldados se agruparán por pelotones. Los ordenanzas deben comenzar a advertirlos. Todos los pelotones estarán bajo la dirección de los suboficiales. Todos los suboficiales deben saber exactamente lo que se espera de ellos, y cuándo toman el mando en caso de bajas. Todos aquéllos que por alguna razón pierdan contacto, deben reunirse con su compañía y regimiento lo antes posible y continuar el avance. Gracias a la potencia del accesorio, se debe recomendar a los soldados que no permanezcan demasiado tiempo en las trincheras ocupadas, donde el accesorio tiende a encerrarse, sino que se mantengan al aire libre, y sobre todo que continúen avanzando. Es importante recomendar que, en los casos en que sea necesario quitarse las mascarillas antigás, los soldados deben guardarlas debajo de sus camisas.

El Actor volvió a interrumpir:

—Dime, Thomas, ¿crees en la efectividad del tal accesorio?

Thomas respondió:

—Lo considero condenable. No es digno de un soldado usar un material como ese aunque hayan sido los alemanes quienes empezasen a emplearlo. Es sucio, y nos traerá mala suerte. Puede ser la ruina de la ofensiva. Hay que considerar a las nuevas compañías que manejan el gas, perdón, el accesorio; su sola presencia me hace temblar. Son estudiantes de química de la Universidad de Londres, unos pobres tipos que acaban de salir de la escuela, uno o dos suboficiales del tipo de viejo militar, que han colaborado juntos durante tres semanas, y a quienes se les encarga ya una misión de tal responsabilidad como ésta. Por supuesto van a arruinarlo todo. No hay otra posibilidad. Pero pongamos cara de felicidad. Continúo: Los soldados de la compañía deberán llevar:

Doscientas cartucheras.

Los instrumentos pesados los cargarán en bandolera sólo los hombres fuertes.

Tela impermeable en el cinturón.

Un saco de arpillera en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Vendas y yodo.

Una ración alimentaria de emergencia, que incluya galletas.

Una máscara antigás mientras dure el avance. Debe ir firmemente sujeta a la cabeza. Si es posible se proveerá a cada soldado de una banda elástica.

Una máscara del modelo viejo, para que la lleve preferentemente en la espalda, donde corre menos riesgo de ser destruida por las balas.

Tijeras de alambre, todas las que sea posible; no sólo los equipos que se encarguen de las alambradas, sino también los demás. Proveer de guantes a los equipos de alambristas.

Pantallas de pelotón, para observar la artillería, las llevará un hombre de cada pelotón que no cargue con ningún otro instrumento.

Los paquetes, mantas y abrigos se abandonarán.

Nadie debe llevar dibujos o mapas de nuestra posición o cualquier otra cosa que pueda servir al enemigo.

Eso es todo. Creo que seremos nosotros quienes iniciaremos la lucha. Los Middlesex nos apoyarán. Si logramos llegar a la alambrada alemana me daré por satisfecho. Nuestros cañones no parecen haberla cortado. Tal vez logren hacerlo después cuando intensifiquen el bombardeo. ¿Alguna pregunta?

Esa misma tarde repetí a mis hombres aquella cantinela, y les hablé del éxito seguro que obtendría nuestro asalto. Todos parecieron creer en él, excepto el sargento Townsend:

—¿Dice usted, señor, que tres divisiones y el Cuerpo de Caballería nos seguirán? —me preguntó.

—Sí —le respondí.

—Si me excusa usted, señor, creo que serán los soldados de la derecha los que recibirán esos refuerzos. Si logramos que nos refuerce medio pelotón de ángeles de Mons[7] podremos darnos por satisfechos.

—Sargento Townsend —le dije—, su pesimismo es bien conocido por todos. Vamos a tener un combate realmente bueno.

Pasamos esa noche reparando las trincheras dañadas.

A la mañana siguiente fuimos relevados por el Regimiento Middlesex, y regresamos a Béthune, donde dejamos nuestras pertenencias en las barracas de Montmorency. Los oficiales del batallón comieron juntos en un castillo cerca de allí. Pero el Estado Mayor de una de las divisiones del Nuevo Ejército que debía tomar parte en las maniobras del día siguiente reclamaba también la posesión de dicho lugar. La discusión terminó amistosamente, y los oficiales de la división y del batallón comimos juntos. Alguien señaló que era una especie de caricatura brutal de la Últi ma Cena sólo que en duplicado. En medio de la mesa estaban sentados los dos pseudo Cristos. Todos bebían copiosamente, y los subalternos, a quienes en esa ocasión se les permitió hacer uso del whisky, se achisparon bastante.

—¡Salud, mañana cenaremos juntos en La Bassée!

Sólo los comandantes de la compañía parecían preocupados. Recuerdo en especial al comandante de la Compañía C, el capitán A. L. Samson, que se mordía el pulgar y se negaba a unirse al regocijo general.

—La última vez que el regimiento visitó este sitio teníamos mejores jefes. El viejo Marlborough tenía el suficiente buen juicio como para no lanzar a los soldados contra las líneas de La Basée; lo que hizo fue ordenar a los soldados que rodearan las tropas enemigas.

El oficial de enlace de la división del Nuevo Ejército con los oficiales del Estado Mayor, un coronel de carrera, conocía muy bien a nuestro comandante. Habían jugado al polo en la India. Yo estaba sentado frente a ellos. El oficial de enlace dijo con voz que denotaba la ebriedad:

—Charlie, ¿puedes ver a esa vieja mujerzuela que está ahí? ¡Se hace llamar general en jefe! No sabe siquiera dónde está; no sabe dónde está su división, no sabe leer un mapa correctamente. Ha hecho caminar a sus pobres soldados a marchas forzadas con todos sus pertrechos quién sabe cuántos kilómetros tras ellos. Han tenido que comerse sus víveres de reserva y lo que han podido recoger en los pueblos. Y mañana van a librar una batalla. No sabe nada sobre batallas; sus hombres no han estado nunca en las trincheras, mañana se va a cubrir de gloria, y pasado mañana estará de regreso en casa —luego terminó, hablando con voz grave—. Realmente Charlie, te digo la verdad, no estoy exagerando. Te acordarás de mis palabras.

Esa noche regresamos a Cambrin. Los hombres cantaban. La mayor parte procedían de los Midlands, y cantaban canciones cómicas en vez de himnos galeses: *Un hombre astuto, Cuando rompamos la guardia del Rin* y *Me gusta el sabroso*

pastel de especias, que cantaban acompañándose con una armónica. La melodía de esta última canción permaneció en mi cerebro durante todo el día siguiente, e incluso una semana después no lograba desprenderme de ella. Los soldados del Regimiento Galés jamás hubieran cantado una canción como *Cuando rompamos la guardia del Rin*. Sus únicas canciones sobre la guerra eran derrotistas:

Quiero volver al bogar,
Quiero volver al bogar.
Estoy harto del estruendo de las bombas.
A las trincheras no quiero volver más.
Déjenme cruzar de nuevo el mar,
Donde las balas del kaiser no logren alcanzarme.
Así es,
No quiero morir
sino volver al hogar.

Había varias estrofas más que expresaban el mismo sentimiento. Hewitt, el oficial de artillería de Welsh, había escrito una, de espíritu todavía más hiriente:

Quiero volver al hogar,
Quiero volver al hogar.
La semana pasada, en Givenchy
Nos atacaron y casi vencieron.
Los contemplamos llenos de asombro.
¡Vaya!
Lo único que saben gritar
Es que nunca volverán al hogar.

Pero los soldados no la cantaban, a pesar de la admiración que sentían por Hewitt.

La carretera de Béthune a La Basée estaba repleta de cañones, soldados, vehículos de transporte, y tuvimos que dar un rodeo de varios kilómetros hacia el norte para poder llegar a Cambrin. Aun así tuvimos que detenernos dos o tres veces porque grupos de caballería nos impedían avanzar. Por todas partes reinaba la confusión. Habían construido un puesto de socorro en uno de los principales cruces de caminos, y ya entonces lo estaban bombardeando. Cuando llegamos a Cambrin nuestro batallón había cubierto más de treinta kilómetros ese día. Luego nos enteramos de que los Middlesex serían los primeros en iniciar el asalto y que nosotros los seguiríamos; a la izquierda estaban los soldados del segundo Argyll, del Sutherland Highlanders, y del Camerons como fuerzas de apoyo. Los jóvenes oficiales del Real Galés protestaron a voces por no habérseles concedido el honor de dirigir el asalto. Nuestro regimiento era el más antiguo, protestaron, y por eso tenía el derecho de ser el primero en atacar. A eso de la una de la mañana nos dirigimos a los

flancos de las trincheras exactamente frente al pueblo. Una trinchera de comunicación conocida con el nombre de paseo de la Maison Rouge, de ochocientos metros de extensión, nos separaba de las líneas de fuego. A las cinco y media comenzaría a descargarse el gas. Teníamos frío, fatiga, ganas de vomitar, y no estábamos en absoluto en forma para emprender una batalla, pero tratamos de dormir durante una hora o dos acuclillados en la trinchera. Desde hacía un rato había comenzado a llover.

Una aurora gris y lluviosa surgió al fin tras las líneas alemanas; el bombardeo que durante la noche había disminuido de una manera sorprendente, volvió a intensificarse un poco.

—¿Por qué diablos no arrecian el fuego? —se lamentó el Actor—. Esto no es en absoluto un bombardeo. No llegan a tocar el frente alemán. Lo poco que disparan va a caer sobre la línea Hohenzollern.

—Escasez de obuses. Ya me lo imaginaba —fue la lacónica respuesta de Thomas.

Más tarde supimos que el día 23 un avión alemán había bombardeado el arsenal del ejército y había destruido la reservas de obuses. El bombardeo del 24 y el del mismo día de la batalla, fueron muy pobres en comparación con los de los días anteriores. Thomas tenía aspecto cansado, parecía enfermo.

—Ya es hora de que hubieran disparado ese maldito accesorio. No sé qué pudo haber pasado.

Me cuesta ordenar los acontecimientos que tuvieron lugar en los minutos siguientes. Pero más difícil resultó entenderlos entonces. Todo lo que oímos en el costado del frente en el que nos hallábamos fueron gritos distantes, ráfagas confusas de artillería, aullidos, cañonazos en la primera línea, nuevos gritos y aullidos, y un ininterrumpido repiqueteo de ametralladoras. Después de unos cuantos minutos, algunos hombres levemente heridos de los Middlesex comenzaron a afluir por el paseo de la Maison Rouge en dirección al puesto de socorro. Yo estaba en el ángulo formado por el paseo y las trincheras.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Una maldita desbandada —fue la respuesta más clara que pude percibir.

Entre los heridos había un gran número de hombres con los rostros amarillentos y temblorosos. Tenían los botones teñidos de color verde: habían sido víctimas del gas. Luego llegaron los heridos graves. El paseo de la Maison Rouge era demasiado estrecho, los camilleros tenían dificultades para abrirse paso por él, los alemanes comenzaron a bombardearlo con obuses del 161.

Thomas se dirigió entre el bombardeo al Cuartel General del batallón para pedir instrucciones. Era el mismo lugar que yo había visitado la primera noche que llegué a las trincheras. Aquella franja de refugios subterráneos en la línea de reserva era claramente visible desde el aire, y había sido un error utilizarla como cuartel durante la batalla. Poco antes de que Thomas llegara, los alemanes habían lanzado cinco bombas sobre el cuartel. El comandante había volado por un lado, el coronel por otro,

el sargento del regimiento por otro. Un bomba había caído sobre el refugio del oficial del servicio de transmisiones, matando a algunos radiotransmisores y destruyendo el teléfono. El coronel, ligeramente herido en la mano, se unió a la corriente de heridos y lo trasladaron a la base. Un mayor tomó el mando.

Entretanto la Compañía A estaba en sus posiciones esperando a que llegara el ron; la tradición de todos los ataques exigía ración doble de ron antes del inicio. Todas las demás compañías habían recibido sus raciones. El Actor comenzó a maldecir:

—¿Dónde diablos habrá podido meterse el cantinero?

Preparamos nuestras bayonetas y nos colocamos en posicion de ataque en cuanto Thomas llegó con las instrucciones. Por nuestro lado pasaban centenares de heridos.

—Órdenes del capitán: La Compañía A debe dirigirse a la línea del frente.

En ese momento llegó el cantinero, sin rifle ni equipo de ninguna clase, balanceando la botella de ron, con la cara roja y sudorosa. Se detuvo frente al Actor y le dijo:

—¡Aquí tiene, señor! —tropezó en un agujero y cayó boca abajo en el lodo. El tapón de la botella saltó, y lo que quedaba de aquella botella de quince litros se derramó por el suelo. El *Actor* no respondió. Aquél era un crimen que merecía la pena de muerte. Puso un pie sobre el cuello del despensero y el otro en la espalda y lo hundió en el lodo. Entonces le dio a la compañía la orden de avanzar. La compañía avanzó con un martilleo de acero, y aquélla fue la última ocasión en que vi al despensero.

Según parece, a las cuatro y media un capitán al mando de la compañía especializada en los ataques de gas, telefoneó al Cuartel General de la División, desde la línea del frente, para decir:

—Calma absoluta. Imposible descargar el accesorio.

La respuesta que obtuvo fue la siguiente:

—El accesorio debe descargarse a toda costa.

Thomas no había menospreciado la eficiencia de la compañía encargada del gas. Se descubrió que excepto dos o tres, ninguna de las llaves para abrir los cilindros funcionaba. Los encargados mandaron a toda prisa a pedir un instrumento adecuado. Lograron descargar uno o dos cilindros; el gas salió silbando, formó una nube espesa unos cuantos metros delante de la trinchera en la tierra de nadie, y luego gradualmente regresó a nuestras trincheras. Los alemanes, que esperaban el ataque de gas, inmediatamente se pusieron sus mascarillas: una máscaras semirrígidas indudablemente mejores que las nuestras. Unas balas de algodón de desecho se colocaron a lo largo del parapeto alemán y sirvieron de barrera contra el gas. Luego sus baterías abrieron fuego contra nuestras líneas. La confusión en la trinchera del frente debe de haber sido horrible. Algunos disparos rompieron varios de los cilindros, la trinchera se llenó de gas, y toda la compañía comenzó a huir en desbandada.

No podíamos recibir ninguna orden debido a que el puesto de transmisiones del Cuartel General del batallón lo habían bombardeado; la comunicación se había interrumpido no sólo entre las compañías y el batallón, sino también entre el batallón y la división. Los oficiales en la trinchera del frente tenían que decidir sobre la acción inmediata; de modo que dos compañías de los Middlesex, en vez de esperar el intenso bombardeo que debía seguir a los anunciados cuarenta minutos de la batalla del gas, cargaron de inmediato y lograron llegar hasta las alambradas alemanas, que nuestra artillería no había cortado aún; para destrozar las alambradas era necesario poner explosivos poderosos y en gran cantidad, y hasta ese momento sólo habían sido rociados con metralla. Los alemanes abatieron a los soldados del Middlesex. Según se dijo, un pelotón logró encontrar un boquete entre las alambradas y llegó a introducirse en las trincheras alemanas. Pero no hubo un superviviente del batallón para confirmar ese rumor. Los Argyll y los Sutherland Highlanders se lanzaron a la carga también a la izquierda de los Middlesex; pero dos compañías, en vez de atacar a la vez, salieron precipitadamente de la primera trinchera llena de gas y se dirigieron a la línea de apoyo, atacando desde allí. Debe recordarse que, en preparación de la batalla, se había acercado la primera línea de nuestras trincheras a las trincheras alemanas. Aquellas dos compañías lanzaron su ataque desde la vieja línea de tiro, pero la alambrada que la protegía no se había levantado, de manera que los Highlanders fueron ametrallados entre su propia línea y las líneas de apoyo. Las otras dos compañías no lograron obtener tampoco ninguna victoria. Cuando el ataque se inició, los suboficiales alemanes habían saltado al parapeto; y desde ahí enardecían a sus soldados. Eran los *Jüger*, famosos por su puntería.

Los supervivientes de las dos compañías de Middlesex que habían lanzado el asalto, se hallaban ahora en los cráteres formados por las bombas, muy cerca de las alambradas alemanas, disparando y logrando que los alemanes no sacaran la cabeza. Tenían granadas para arrojar, pero eran casi todas de un nuevo tipo, fabricado para esta batalla. Eran granadas que había que encender con una cerilla, y la lluvia las había vuelto inservibles.

Las otras dos compañías de Middlesex pronto acudieron en su ayuda. El fuego de las ametralladoras las detuvo a medio camino. Sólo una de las ametralladoras alemanas seguía funcionando, las otras habían sido inutilizadas por disparos de rifle o por el fuego de mortero procedente de las trincheras. La resistencia de aquella ametralladora es en sí una historia.

Nos remonta al privilegio concedido por los gobernantes de las colonias inglesas y el alto comisariado para nombrar a uno o dos oficiales de sus países para incorporarse en tiempos de guerra al Ejército regular. Bajo este sistema, los oficiales ingresaban con el cargo de tenientes. El capitán general de Jamaica (si es que ése es su título correcto) nombró al hijo de un rico hacendado, un muchacho de dieciocho

años, que salió de Kingston para incorporarse directamente al Primer Middlesex. Tenía un gran corazón, pero valía muy poco como oficial, nunca había salido de su isla ni tenido contacto con la práctica militar, salvo un breve período de servicio con la milicia de las Indias Occidentales. El comandante de su compañía había tomado un interés paternal en el joven Jamaica, y trataba de enseñarle sus obligaciones. Aquel comandante de compañía era conocido por todos sus hombres como el Muchacho. Tenía veinte años de servicios en el regimiento Middlesex, y frecuentemente se jactaba de haber ascendido todos los grados, desde muchacho de servicio hasta capitán en la misma compañía. Según creo su padre había sido sargento del regimiento. Jamaica, con su grado de teniente, estaba situado en una posición superior a otros subalternos con más experiencia en la compañía, que eran tan sólo subtenientes.

El coronel del Middlesex decidió desembarazarse de Jamaica, encomendándole una comisión extrarregimental a la primera oportunidad. Al recibir un día de mayo o junio la orden de proporcionar un oficial para la compañía de morteros de la brigada, envió a Jamaica. Los morteros de trinchera eran tan peligrosos como ineficaces, y aquella colocación le pareció la más adecuada. Al mismo tiempo, el Real Galés había recibido órdenes de Proporcionar a un oficial, y el coronel había elegido a Tiley, un terrateniente de Malaya, que era lo que se llama un «magnífico soldado nato». Tiley había sido elegido porque, cuando se nos incorporó, procedente de un regimiento de Lancashire, mostraba un resentimiento demasiado evidente por el recibimiento de que había sido objeto. Pero, en setiembre, los morteros habían mejorado de calidad y se habían convertido en armas importantes de infantería; de modo que Jamaica, por ser superior en grado a Tiley, asumió la grave responsabilidad de oficial de la brigada de morteros.

Cuando los Middlesex cargaron, el Muchacho cayó mortalmente herido en el momento en que trataba de asaltar el parapeto. Cayó de espaldas y comenzó a arrastrarse por la trinchera hasta un puesto de camilleros situado más allá de donde estaba apostado el mortero de Jamaica. Jamaica había perdido a su equipo, y él mismo manejaba audazmente el mortero. Sin embargo, al ver al Muchacho, dejó su puesto y corrió a buscar a los camilleros. Tiley, entretanto, desde el otro flanco había utilizado todas las ametralladoras que estaban a su alcance. Disparó hasta que su mortero estalló. Sólo una ametralladora, en un pequeño saliente exactamente frente a Jamaica, permanecía activa.

En ese momento los Fusileros Reales de Gales cruzaron el paseo de la *Maison Rouge*. Los alemanes bombardeaban con obuses de 161 (llamados Jack Johnson debido al humo negro que desprendían) y con bombas lacrimógenas. Esto producía una marcha con frecuentes repliegues y gritos de: «¡Adelante!», «¡Atrás, bastardos!», «¡Nos están gaseando!», «¡Levanten la cabeza!», «¡Atrás, atrás muchachos!», «¿Órdenes de quién?», «¿Qué pasa?», «¡Gas!», «¡Atrás!». Los heridos y los camilleros trataban de abrirse paso. Nosotros nos poníamos y nos quitábamos

alternativamente las mascarillas. En muchos lugares, la trinchera estaba obstruida, obligándonos a arrastrarnos por encima. Childe-Freeman llegó a la línea del frente sólo con cincuenta hombres de la Compañía B; el resto se había extraviado en las trincheras abandonadas a mitad del camino.

El capitán se lo encontró en una trinchera de apoyo.

—¿Listo para salir, Freeman? —le preguntó.

Freeman tuvo que admitir que había perdido a la mayor par te de sus soldados. Sentía profundamente esa desgracia; era la primera vez que dirigía una compañía en una batalla. Decidido a salir con sus cincuenta hombres en ayuda de los Middlesex, tocó el silbato y la compañía se lanzó a la carga. Fueron detenidos por el fuego de la ametralladora antes de que pudieran salir de nuestro propio terreno. Freeman murió, extrañamente de un síncope cardíaco, mientras se ponía de pie en el parapeto.

Unos cuantos minutos más tarde, el capitán Samson, con la Compañía C y el resto de la B llegaron a nuestra primera línea. Al advertir que los cilindros de gas seguían silbando y que la trinchera estaba llena de hombres agonizando, decidió salir también a la carga, nunca hubiera permitido que se dijera que el Real Galés había abandonado al Middlesex. Un profundo sentimiento de camaradería unía a los soldados de Middlesex con los del Real Galés, intensificado por la circunstancia de que los otros tres batallones de la brigada eran escoceses, y que nuestro brigadier escocés era, injustamente sin duda, acusado de favorecerlos. Nuestros superiores tenían puntos de vista extremadamente antiescoceses. Los *Jocks*[8] son todos iguales, tanto los que usan pantalones como los que andan con las nalgas al aire; sus trincheras son una inmundicia, son fanfarrones, y en los combates son una pesadilla, en todos los sentidos. El primer Middlesex, el antiguo regimiento de los Dichards, se había considerado más de una vez, igual que el Royal Welch, humillado por los *Jocks*. De cualquier manera, lo cierto es que Samson se lanzó a la carga con la Compañía C y lo que quedaba de la B.

Uno de los oficiales de la C me contó después lo que había ocurrido. Se había convenido avanzar por pelotones, apoyados por un fuego graneado. Cuando el pelotón había avanzado unos veinte metros, ordenó a sus hombres echarse al suelo y abrir fuego. La confusión fue tremenda. Al ver que el pelotón de su izquierda se tiraba también al suelo ordenó nuevamente el avance. Nadie parecía escucharlo. Se puso de pie, agitó los brazos y ordenó:

—¡Adelante!

Nadie se movió.

Gritó entonces:

—Malditos cobardes, ¿me vais a dejar avanzar solo?

El sargento del pelotón, con un hombro roto, murmuró:

—Nada de cobardes, señor. Todo lo contrario: están endemoniadamente muertos.

La ametralladora los había barrido cuando intentaron levantarse en respuesta al silbato de Samson.

También los hombres de la Compañía A habían quedado incomunicados entre sí, debido al bombardeo constante. Yo me encontraba con el pelotón delantero. El hombre de Surrey había llegado a la zona del gas y regresó tosiendo. El Actor lo acusó de cobarde. Aquello era del todo injusto; era evidente que el hombre de Surrey estaba enfermo. No sé qué sucedió con él, de lo único que me enteré fue de que el envenenamiento no fue serio, y que unos meses después logró incorporarse a su propio regimiento en Francia. Me encontré de pronto con el Actor en una estrecha trinchera de comunicación entre el frente y las líneas de apoyo. La trinchera no era lo suficientemente amplia para permitir el paso de una camilla. El Muchacho yacía en una camilla en el suelo; estaba herido en los pulmones y en el estómago. Jamaica permanecía a su lado, con lágrimas en los ojos, y repetía:

—Pobre Muchacho. Pobre Muchacho; se va a morir, estoy seguro. Fue el único que me trató decentemente. El Actor, al ver que no podíamos pasar, le dijo:

—Saca de aquí a ese pobre tipo. Es necesario que pase mi compañía. Mételo en un refugio, donde puedas.

Jamaica no respondió; parecía paralizado por el horror de la situación, y seguía repitiendo:

—El pobre Muchacho. El pobre Muchacho.

—Mira —le dijo el actor—, si no puedes meterlo en un refugio, tendremos que sacarlo de la trinchera y ponerlo arriba del parapeto: con toda seguridad no logrará sobrevivir a las heridas, y está retrasando nuestro avance.

—No, no —gritó Jamaica vehementemente.

El Actor perdió la paciencia y sacudió con violencia a Jamaica por los hombros.

—Tú eres el maldito responsable de los morteros, ¿no es cierto? —gritó.

Jamaica asintió tristemente.

—Bueno, tu batería está a cien metros de aquí. ¿Por qué diablos no has hecho funcionar las bombonas de gas? Vuelve inmediatamente a tu puesto —y lo sacó a empellones de la trinchera. Luego gritó por encima de su hombro—: ¡Sargento Rose y cabo Jenrúngs! Levanten esta camilla y sáquenla de la trinchera. Es necesario que pasemos.

Jamaica, apoyándose contra un lado de la trinchera, dijo débilmente:

—Creo que es usted el animal más inhumano que he conocido en mi vida.

Llegamos a la primera línea, donde se amontonaban los cadáveres. El capitán de la compañía de gas, que no perdía la cabeza y llevaba una máscara especial de oxígeno, había cerrado ya para entonces los depósitos. Los vaporizadores Vermoral habían disipado la mayor parte del gas: nos aconsejó que de todos modos no nos quitáramos las máscaras. Avanzamos arrastrándonos hasta las posiciones de tiro, donde el gas no era tan espeso; el gas, por ser más pesado que el aire, se mantenía a ras del suelo. Entonces Thomas reunió a los supervivientes de la Compañía A con la D, y esperamos el silbato para seguir a las otras dos compañías. Por fortuna, en aquel momento apareció el ayudante. Se había hecho cargo del mando del batallón, y le

dijo a Thomas que de ninguna manera pensaba obedecer las órdenes recibidas; no podía seguir permitiendo una pérdida de hombres como la que estaba ocurriendo, por lo tanto no enviaría a la Compañía A y D a una muerte segura hasta no recibir órdenes definitivas de la brigada. Había enviado un mensajero, y debíamos esperar su regreso.

Entretanto comenzó el intenso bombardeo que debía seguir a los cuarenta minutos de descarga de gas. Las bombas se constaban en la primera trinchera del frente alemán y en las alambradas. Muchas bombas no llegaron a su objetivo. El mayor número de bajas que sufrimos se lo debimos a ellas. En la tierra de nadie, a los supervivientes de Middlesex y de nuestras compañías B y C casi se los liquidó.

Tenía la boca seca, los ojos desencajados y las piernas temblaban bajo el peso del cuerpo. Encontré una botella llena de ron y me bebí casi un cuarto de litro; aquello me tranquilizó y me aclaró la cabeza. Samson yacía, gimiendo de dolor, a unos veinte metros de la trinchera. Se hicieron varios intentos para tratar de rescatarlo. Estaba muy mal herido. En esos intentos murieron tres soldados y dos oficiales, y resultaron heridos dos soldados. Al final su propio ordenanza logró arrastrarse hasta el sitio donde estaba. Samson le hizo señas de que regresara, diciendo que estaba acribillado de balas y que no valía la pena que lo rescatasen; se disculpó con la compañía por emitir aquellos ruidos.

Durante un par de horas estuvimos esperando la orden de cargar. Los soldados se hallaban silenciosos y deprimidos; sólo el sargento Townsend hacía algunas bromas amargas sobre la manera en que el viejo ejército británico se extinguía y daba gracias al cielo de que aún nos quedaba la Marina. Compartí con él el resto del ron, y él hizo algunos brindis. Finalmente, llegó un mensajero con la orden de posponer el ataque.

Comenzaron a llegar a la trinchera rumores de un desastre parecido al nuestro ocurrido en la pared de ladrillos, la Quinta Brigada había sucumbido; y también en Givenchy, donde los soldados de la Sexta Brigada habían llegado a penetrar en las trincheras enemigas para ser luego rechazados, al terminárseles la provisión de granadas. Parecía que a nuestra derecha las cosas habían funcionado mejor, porque una brisa ligera había llevado el gas hasta las trincheras enemigas. Según rumores la Primera, la Séptima y la Cuadragésimo séptima habían derrotado al enemigo.

Mis recuerdos de aquel día son confusos. Pasamos el resto de la jornada transportando heridos a los puestos de socorro, desalojando el gas de las trincheras y refugios, y sacando la tierra que obstruía determinados pasos en las trincheras. Las trincheras estaban invadidas por un olor a gas, sangre, pólvora y letrina. Esa tarde observamos con los prismáticos el avance de las reservas bajo un fuego graneado hacia Loos y la Colina 70; parecía una maniobra realmente importante. Eran tropas del Nuevo Ejército, con cuyo Estado Mayor habíamos cenado la noche interior. Inmediatamente a la derecha de nosotros se hallaba la división Highland, cuyas hazañas de ese día se han descrito y celebrado en *Los primeros cien mil*, de Ian Hay;

sin duda nosotros éramos «los cobardes de la izquierda» que dejaron perecer a sus camaradas de armas.

Al anochecer, todos salimos a recoger a los heridos, dejando sólo a los centinelas en la línea. El primer cadáver que encontré fue el de Samsom, con diecisiete heridas. Descubrí que se había llevado las manos a la boca para ahogar sus lamentos a fin de no atraer a otros hombres a la muerte. El mayor Swainson, el segundo comandante del Batallón Middlesex, había logrado arrastrarse desde las alambradas alemanas. Parecía estar herido en los pulmones, en el estómago y en una pierna. Choate, subteniente del Middlesex, regresó sin una sola herida; juntos vendamos a Swainson, lo llevamos a la trinchera y lo depositamos en una camilla. Me pidió que le aflojara el cinturón; lo corté con una navaja que había comprado en Béthune para usarla durante la batalla. Lo único que pudo decir después fue:

—De ésta no me salvo[9].

Pasamos toda la noche rescatando a los heridos del Royal Welch, del Middlesex, y a los del Argyll y la División Sutherland Highlanders, que habían atacado desde la primera trinchera. Los alemanes tuvieron un comportamiento generoso. No recuerdo haber oído un solo disparo durante la noche, aunque estuvimos de faena hasta el alba, cuando ya podíamos ver con toda claridad; entonces dispararon unos cuantos tiros de advertencia y nosotros regresamos a nuestras trincheras. Ya para entonces habíamos recuperado todos los heridos y la mayor parte de los muertos del Regimiento Galés. Me quedé sorprendido por alguna de las actitudes que adoptan los muertos… vendando las heridas de los amigos, arrastrándose, cortando los alambres. Los Argyll y los Sutherland tuvieron setecientas bajas, incluyendo a catorce oficiales muertos de los dieciséis que habían participado en las operaciones; los Middlesex, quinientas cincuenta bajas incluyendo once oficiales muertos.

Otros dos oficiales del Middlesex además de Choate, volvieron sin haber sido heridos; sus nombres eran Henry y Hill, los habían nombrado subtenientes hacía poco tiempo; habían permanecido durante todo el día bajo la lluvia en agujeros creados por las bombas, disparando y recibiendo el fuego constante del enemigo. Según Hill, Henry había logrado introducir a cinco hombres heridos en su refugio y había hecho una especie de parapeto con sus manos y un cuchillo para protegerlos. Hill estaba al lado del sargento de su pelotón; éste había recibido una herida en el estómago y pedía a gritos un poco de morfina. La herida era mortal; Hill le dio cinco pastillas. Siempre llevábamos morfina para casos de emergencia como ése.

Choate, Henry y Hill volvieron a las trincheras con unos cuantos rasguños; e inmediatamente se dirigieron al cuartel general del Middlesex. Hill me contó la historia. El coronel y el mayor estaban sentados comiendo un pastel de carne cuando él y Henry llegaron. Henry dijo:

—Vengo a informar, señor, de que sólo quedamos con vida yo y unos noventa hombres de todas las compañías. Choate también regresó sin heridas.

Lo miraron con dureza.

—¿Así que ustedes sobrevivieron? —dijo el coronel—. Bueno, todos los demás habrán muerto. Me parece que el señor Choate podrá encargarse de lo que queda de la Compañía A; oficial de artillería tomará el mando de lo que queda de la B (El oficial de artillería no había entrado en acción ese día, sino que había permanecido en el Cuartel General); el señor Henry tomará el mando de la Compañía C, y el señor Hill de la D. El Real de Gales sostendrá la línea del frente. Nosotros estamos aquí solo para reforzarlos. Deje dicho dónde se los puede localizar en caso de que los necesitemos. Buenas noches.

No les ofrecieron ni un trozo de pastel ni un vaso de whisky. Henry y Hill se despidieron y salieron con aspecto abatido.

El mayor los llamó:

—¡Señor Henry! ¡Señor Hill!

—¿Sí, señor?

Hill dijo que esperaba un cambio de actitud por su parte; sin duda el coronel y el mayor habían pensado que era necesario mostrar mayor hospitalidad con unos suboficiales derrotados. Nada de eso.

—Señor Hill, señor Henry, acabo de ver a algunos soldados en las trincheras con las hombreras desabotonadas y el equipo en desorden. Ustedes se encargarán de que esto no vuelva a repetirse en el futuro. Eso es todo.

Henry oyó al coronel quejarse de que tenía sólo dos mantas y de que la noche era endemoniadamente fría.

Choate, que en tiempos de paz era periodista, llegó unos cuantos minutos más tarde; los otros le informaron sobre la recepción que les habían dado. Después de saludar e informar que el mayor Swainson, de quien se creía que había muerto, estaba sólo herido y había sido transportado al puesto de socorro, se inclinó audazmente hacia la mesa, cortó un gran trozo de pastel de carne y comenzó a comerlo. Aquello provocó tal sorpresa que la conversación se suspendió del todo. Choate terminó de comer su pastel y se bebió un vaso de whisky; se despidió y salió a reunirse con los demás.

Entretanto, yo había tomado el mando de lo que quedaba de la Compañía B. Sólo otros seis oficiales de compañía sobrevivieron en el Real Galés. A la mañana siguiente éramos sólo cinco. A Thomas lo alcanzó un proyectil cuando observaba descuidadamente con sus prismáticos el regreso de las tropas del Nuevo Ejército a nuestra derecha. Después de haber penetrado ciegamente en la brecha abierta en el frente alemán por el avance de la Séptima y la Cuadragésimo séptima Divisiones la tarde anterior, se quedaron sin saber dónde estaban ni qué se suponía que debían hacer. Sus raciones alimenticias se terminaron, así que volvieron a sus antiguas posiciones, sin pánico, estúpidamente, como una multitud que regresa de un partido

de fútbol, con una lluvia de proyectiles sobre ellos. Nosotros apenas podíamos creer lo que veíamos, tan extraño era el espectáculo.

La muerte de Thomas era absurda; pero todo había salido tan mal que pareció perder cualquier interés en lo que sucedía. El Actor se hizo cargo del mando de la Compañía A. Dos días después fusionamos las Compañías A y B, con el fin de poder relevarnos durante las guardias nocturnas y conseguir dormir un poco. Acepté encargarme de la primera guardia, y despertarlo a medianoche. Cuando llegó la hora, tuve que moverlo, gritarle en el oído, echarle agua en la cara, golpearle la cabeza contra un lado de la cama. Finalmente acabé por tirarlo al suelo. Yo también necesitaba desesperadamente dormir, pero él había caído en un sueño tan profundo que nada podía despertarlo; así que lo volví a colocar en la litera y terminé la noche sin relevo. Ni siquiera la diana logró despertarlo a la mañana siguiente. Al final logré sacarlo de la cama a las nueve de la mañana y se enfureció conmigo por no haberlo despertado a medianoche.

El día después del ataque lo pasamos transportando a los muertos para enterrarlos, y limpiando las trincheras lo mejor que pudimos. Esa noche los Middlesex se hicieron cargo de la línea, mientras el Real Galés trasladaba las bombonas de gas que no se habían roto a una posición en el flanco izquierdo de la brigada, donde debían utilizarse la noche siguiente, el 27 de septiembre. Aquello fue peor que transportar a los muertos. Las bombonas eran de hierro, pesadas y odiosas. Los hombres maldecían y jadeaban. Sólo dos oficiales tenían noticias sobre el próximo ataque; a los soldados no se les avisaría hasta muy poco antes. Yo tenía escalofríos. La lluvia era más intensa que nunca. En esa ocasión sabíamos definitivamente que nuestra actividad se reduciría a entretener al enemigo para que las tropas a nuestra derecha llevaran a cabo el verdadero ataque.

El plan era el mismo que el anterior; a las cuatro de la tarde, y durante cuarenta minutos, dispararíamos el gas, y después de bombardear durante quince minutos deberíamos atacar. Les comuniqué esas noticias a los soldados a las tres de la tarde. Las tomaron bastante bien. Las relaciones entre los oficiales y los soldados y entre los oficiales de distinta categoría habían sido muv diferentes durante la batalla. No es que hubiese habido alguna insubordinación, sino una libertad de lenguaje mucho mayor, como si todos nos hubiéramos embriagado juntos. En un momento me sorprendí al llamar Charley al capitán, a quien esa familiaridad no pareció molestar. Durante los diez días siguientes mis relaciones con los soldados fueron parecidas a las que reinaban en el Regimiento Galés; más tarde, la disciplina volvió a imponerse, y sólo ocasionalmente me fue posible tener alguna intimidad con ellos.

A las cuatro de la tarde, el gas comenzó a salir con la fuerza necesaria; los soldados encargados de su manejo habían sido provistos de las llaves adecuadas en esa ocasión. Los alemanes permanecieron en un silencio absoluto. En las líneas de reservas se elevaron algunas bengalas, parecía como si todos los hombres de la trinchera del frente hubieran muerto. El general de brigada decidió no fiarse

demasiado; después del bombardeo envió a un oficial del Camerons y a veintiocho soldados para hacer un reconocimiento. Aquella patrulla logró llegar a las alambradas alemanas; en aquel momento, las ametralladoras y los fusiles abrieron fuego, y sólo dos hombres heridos lograron volver con vida a nuestra trinchera.

Estuvimos esperando en los puestos de tiro desde las cuatro basta las nueve de la noche, con las bayonetas preparadas para cuando nos dieran la orden de avanzar. Tenía el cerebro en blanco; sólo podía pensar en aquella insistente canción: *¡Ah, el magnifico pastel de especias… Ah el magnífico pastel de especias… No me des jamón, cordero ni confituras, no me des tampoco ningún otro postre!…*

Los soldados se reían al oírme cantar. Un suboficial que remplazaba al sargento de la compañía, dijo:

—Es un crimen, señor.

—Por supuesto que lo es, idiota —convine—. Pero no lo podemos impedir, ¿no es cierto? —seguía aún lloviendo.

Pero en cambio te pido dos raciones de ese magnífico pastel de pasas.

A las nueve de la noche recibimos la orden de suspender el ataque. Se nos dijo que deberíamos estar preparados para emprenderlo al amanecer.

Al amanecer no recibimos ninguna orden, y después de aquello ya no se habló de nuevos ataques. Desde la mañana del 24 de septiembre hasta la noche del 3 de octubre, había dormido un total de ocho horas. Lo único que me logró mantener despierto y vivo fue el consumo de una botella de whisky diaria. Nunca había bebido whisky, y a partir de entonces lo he hecho en muy raras ocasiones; pero es seguro que entonces fue un gran sostén. No teníamos mantas, abrigos o impermeables, ni el tiempo ni el material necesarios para construir nuevos refugios. La lluvia caía implacablemente. Todas las noches salíamos a recoger los muertos de los otros batallones. Los alemanes seguían mostrándose indulgentes durante esas operaciones, y teníamos muy pocas bajas. Después de dos o tres días los cuerpos se corrompían y apestaban. Yo vomite más de una vez mientras vigilaba el transporte. Los que no podíamos recuperar por estar dentro de las alambradas alemanas se hinchaban hasta que las paredes del estómago reventaban, ya fuera de una manera natural o por obra de un proyectil; desprendían un hedor terrible. Los rostros de los cadáveres pasaban del blanco al gris amarillento, al púrpura, al verde, al negro, al color de la arcilla.

La mañana del día 27 un grito se elevó de la tierra de nadie. Un soldado herido del Middlesex había recuperado la conciencia después de dos días. Yacía cerca de las alambradas alemanas. Nuestros hombres lo oyeron y se miraron unos a otros. Entre nosotros se encontraba un cabo de corazón muy tierno llamado Baxter. Era el tipo de soldado que prepara una comida caliete al regreso de los centinelas de su sección. Desde el momento en que oyó al herido del Middlesex, recorrió la trinchera en busca de un voluntario que lo ayudara a rescatarlo. Por supuesto nadie quería ir; poner la cabeza al lado de aquel parapeto equivalía a una muerte segura. Cuando se acercó a mí yo me excusé diciéndole que era el único oficial de la compañía. De manera que

se marchó solo. Saltó con toda rapidez por el parapeto, cruzó la tierra de nadie, enarbolando un pañuelo blanco; los alemanes dispararon para amedrentarlo, pero como persistió lo dejaron acercarse. Baxter continuó caminando, y cuando llegó al herido se detuvo y lo señaló para mostrarle a los alemanes su propósito. Entonces vendó las heridas del soldado, le dio un trago de ron y unas galletas, y le prometió regresar durante la noche. Volvió con unos camilleros, y el herido llegó a recuperarse. Por ser el úuico oficial que había sido testigo de la acción de Baxter, lo recomendé para la Cruz de la Reina Victoria, pero los mandos pensaron que no valía más que una medalla por Conducta Distinguida.

El Actor y yo decidimos ponernos en contacto con el batallón de nuestra derecha. Era el Décimo de Infantería Ligera de los Highlands. La mañana del 26 me presenté en sus trincheras y caminé cerca de cuatrocientos metros sin encontrar a un solo centinela u oficial. Cadáveres, heridos, gaseados, hombres dormidos yacían por doquier. La trinchera había sido usada como letrina. Al final encontré a un oficial del Regimiento de los Ingenieros Reales que me dijo:

—Si los *boches* supieran qué fácil sería tomar esta trinchera, ya habrían cruzado el espacio que nos separa.

Informé al Actor de que nuestro flanco derecho podrían tomarlo en cualquier momento. Convertimos la trinchera de comunicación que servía de límite entre los dos batallones en una trinchera de defensa; y colocamos una ametralladora en medio por si se daba el caso de que los Highlanders huyeran. En la noche del 27 confundieron a algunos de nuestros soldados, que estaban en la tierra de nadie recogiendo a los muertos, con soldados enemigos, y comenzaron a disparar ferozmente. Los alemanes respondieron al fuego. Nuestros hombres se contagiaron de aquel ardor y comenzaron a disparar, pero recibieron al instante la orden de cesar el fuego. Esta orden recorrió la trinchera hasta llegar a los Highlands, que la confundieron con una orden de retirada. El pánico se apoderó de ellos y comenzaron a correr, por fortuna entre las trincheras, sin llegar a saltar al exterior. Fueron detenidos por el sargento McDonald del Quinto de los Rifles Escoceses, un batallón de territoriales en quienes se podía confiar y que había llegado como fuerza de apoyo para nosotros y los Middlesex. Los hizo volver a sus puestos a punta de bayoneta, y fue condecorado por aquella hazaña.

El 3 de octubre fuimos relevados por un batallón heterogéneo, constituido por unos cien hombres del Regimiento Warwickshire y unos setenta de Reales Fusileros de Gales… que era todo lo que quedaba de nuestro Primer Batallón. Hanmer Jones y Frank Jones-Bateman estaban heridos. Frank tenía una pierna rota por una bala recibida cuando trataba de rescatar el equipaje de un herido en tierra de nadie. La cartuchera del soldado había recibido un disparo y todas las balas habían explotado.[10] Nosotros fuimos trasladados por un par de días a Sailly la Bourse, donde el

coronel se nos unió con su mano vendada, y luego continuamos hacia Annezin, un pueblo pequeño, no lejos de Béthune, donde me alojé en una cabaña de dos habitaciones con una anciana de cabello blanco llamada Adelphine Heu.

16

En Annezin reorganizamos nuestras fuerzas. Algunos de los heridos no graves se nos volvieron a incorporar, y llegó un gran contingente del Tercer Batallón, de modo que en menos de una semana tuvimos casi setecientos soldados con un equipo completo de oficiales. La vieja Adelphine velaba por mi comodidad. Por las mañanas entraba en mi habitación mientras yo me afeitaba, y me refería todas las noticias locales… me hablaba de la avaricia de su nuera, de los pocos escrúpulos del alcalde, y de la mujer de Fouquiéres que acababa de dar a luz a dos gemelos negros. Decía siempre que el káiser era una sabandija, y escupía en el suelo para confirmarlo. Su tema favorito era la desvergüenza de las muchachas modernas. Sin embargo también ella había sido alegre y bella y muy solicitada de joven, según decía. Había sido dama de compañía de la esposa de un rico pañero de Béthune, y había viajado por toda la región, y a veces hasta cruzado la frontera belga. Me contaba los escándalos ocurridos en las familias de alta alcurnia que en otro tiempo vivían en las diversas poblaciones que nosotros usábamos como centros de acantonamiento. En una ocasión me preguntó inocentemente si conocía La Bassée. Le dije que había tratado de visitar recientemente el lugar pero que no lo había logrado.

—¿Conoce usted, entonces, Auchy?

—A menudo lo he visto, pero desde lejos.

—Bueno, tal vez conozca usted una gran casa de campo situada entre Auchy y Cambrin, llamada la granja de Les Brices.

Le respondí, con emoción, que sabía que era un lugar fuertemente construido y defendido por fosos y con grandes sótanos y un huerto cubierto en esos días de alambradas.

—En ese caso le voy a contar una historia —me dijo—. Allá en 1870, durante la otra guerra, teníamos alojado en casa a un apuesto *petit-caporal* que estaba enamorado de mí. Puesto que era un muchacho agradable y debido también a la guerra, nos acostamos juntos y tuvimos un hijo. Pero Dios me castigó y el niño murió. Eso ocurrió hace mucho tiempo.

Me contó que las muchachas de Annezin rezaban todas las noches para que terminara la guerra y los ingleses se marcharan tan pronto como hubieran gastado su dinero. Y que repetían siempre la cláusula sobre el dinero, no se le fuera a olvidar a Dios.

Por lo general las tropas que servían en el Pas-de-Calais maldecían a los franceses y les resultaba muy difícil simpatizar con sus infortunios. Eran franceses con todos los defectos de las poblaciones fronterizas. También nos fastidiaba la severidad de la contabilidad nacional francesa; sabíamos por ejemplo que todos los trenes-hospital ingleses, cuyas locomotoras y vagones habían sido importados de Inglaterra, debían pagar una cuota de doscientas libras esterlinas diarias por el uso de las vías férreas de la estación central a las bases.

En esa época escribí a mi casa la siguiente carta:

Me resulta muy difícil simpatizar con los franceses, con la excepción de algunos miembros ocasionales de la oficialidad. Ni siquiera en los pueblos que alojan tropas por vez primera, hallo un solo ejemplo de la hospitalidad que uno encuentra entre los campesinos de otros países. Lo que ocurre aquí es peor que inhospitalidad, ya que estamos combatiendo por sus sucias vidas, después de todo. Sin contar que nos hacen gastar grandes sumas de dinero. Sólo hay que calcular lo que han florecido los pueblos alrededor de Béthune, que durante meses han albergado a centenares de miles de hombres. Aparte de lo que obtienen como pago directo por los alojamientos, hay que contar los gastos de la tropa. Cada soldado recibe un billete de cinco francos (cerca de cuatro chelines) cada diez días, y lo gasta inmediatamente en huevos, café y cerveza en los *estaminets* locales; los precios son ridículamente elevados y los productos malos. El otro día vi en la cervecería de Béthune cómo llenaban las barricas de una cerveza ya de sí bastante floja, con agua del canal por medio de una manguera. Lo que no impide que los propietarios de los *estaminets* la vuelvan a bautizar después[11].

Es sorprendente que ocurrieran tan pocos incidentes violentos entre los ingleses y los civiles franceses, que nos devolvían las maldiciones y que estaban convencidos de que, cuando la guerra terminara, nosotros nos quedaríamos allí y nos apoderaríamos de los puertos del canal. No comprendíamos que a los campesinos no les importara demasiado si estabas en el lado alemán o en el inglés del frente. No tenían costumbre de tratar con soldados extranjeros, y les traían absolutamente sin cuidado los sacrificios que nosotros hacíamos por «sus sucias vidas».

Los combates alrededor de Loos continuaban. Podíamos oír los cañones en la distancia, pero era ya evidente que el gran ataque había fracasado, y ahora se luchaba por obtener ventajas locales. El 13 de octubre se produjo el combate final: el estruendo de los cañones se intensificó de tal manera que hasta los habitantes de Annezin, acostumbrados a tales armas, estaban realmente asustados, y comenzaron a hacer las maletas por si se daba el caso de que los alemanes irrumpieran en el lugar. La vieja Adelphine lloraba de miedo. Estaba por la tarde temprano en Béthune, en el Globe, bebiendo cócteles de champaña con algunos amigos del Tercer Batallón, cuando el preboste asomó la cabeza por la puerta y preguntó:

—¿Hay aquí algún oficial de la Quinta, la Sexta o la Decimonovena Brigada?

Nos pusimos de pie de un salto.

—Deben regresar inmediatamente a sus unidades.

—¡Oh, Dios! —exclamó Robertson—. ¡Esto quiere decir que volveremos a repetir nuestro número! —Había estado con la Compañía D durante la batalla y por eso había logrado librarse de la carga—. Nos van a lanzar esta noche a reforzar a alguien y eso será el fin.

En Annezin reinaba una gran confusión.

—Estamos en pie de guerra… dentro de media hora debemos partir para las trincheras —nos dijeron. Empaquetamos a toda prisa y unos minutos después todo el batallón marchaba en formación de combate. Nuestro destino era la línea Hohenzollern, de la que nos habían dado una serie de nuevos mapas de trincheras. Los soldados parecían estar de magnífico ánimo, hasta los supervivientes del combate anterior: cantaban con acompañamiento de acordeón y con silbatos de un penique. Pero en un momento determinado, cuando la artillería desencadenó un «minuto de locura», se callaron y se miraron unos a otros.

—Eso es una carga —dijo sentenciosamente el sargento Townsend—. Muchos buenos soldados corren en este momento hacia el oeste; tal vez haya algunos de los nuestros.

El ruido fue disminuyendo gradualmente, y al final llegó un mensaje de la brigada indicando que nuestra presencia no era necesaria. Había sido otro ataque desastroso, famoso sobre todo porque en él murió Charles Sorley, un joven capitán de veintiún años de los Suffolks, uno de los tres poetas importantes muertos en la guerra. (Los otros dos fueron Isaac Rosenberg y Wilfred Owen).

Así terminaron las operaciones de 1915. La tensión se relajó. Volvimos a la cantina del batallón, a los ejercicios de la compañía y a la escuela de equitación para jóvenes oficiales. Parecía que la batalla de Loos no había tenido lugar, salvo que los oficiales mayores eran menos, y los elementos de las Fuerzas de Reserva Especial eran más. Dos o tres días más tarde volvimos a las trincheras en el mismo sector. El 15 de octubre recibí el grado de capitán de las Fuerzas de Reserva Especial. La promoción rápida para los subalternos de las Fuerzas de Reserva Especial que se habían incorporado desde el principio, porque el batallón había triplicado sus fuerzas y necesitaba por consiguiente tres veces más capitanes que antes. Me satisfizo ver incrementado mi sueldo en algunos chelines más al día; con un aumento de bonos de guerra y posiblemente una indemnización y una pensión mayores si resultaba herido, me di cuenta con inquietud de que mi nuevo rango era efectivo en ultramar. Me promovían a capitán, con apenas veinte años, pasando por delante de oficiales mayores que llevaban más tiempo en el servicio de trincheras y estaban mejor entrenados que yo. Un mayor y un capitán de las Fuerzas Especiales de Reserva habían sido enviados a Inglaterra, por el Primer Batallón, con un informe confidencial de ineficacia. Deseando evitar una desgracia semejante, me dirigí al

mayor y le ofrecí no llevar las insignias de mi nuevo rango mientras estuviera de servicio con el batallón.

—No; debe usted ponerse sus estrellas —me dijo, con cierta amabilidad—. No hay modo de evitarlo.

Aquello resultó ser una buena decisión. Poco después, dos capitanes de las Fuerzas Especiales de Reserva, uno de ellos ascendido al mismo tiempo que yo, y sin duda bastante más eficaces, fueron enviados a Inglaterra, por considerar «que resultarían más útiles en el entrenamiento de tropas en el país».

De haber vuelto a las trincheras como oficial de mi compañía, seguramente habría modificado mi fórmula para correr riesgos; porque una tremenda depresión se apoderó de mí. Sin embargo, me incorporaron a una brigada de zapadores. Hill, del Middlesex, también estaba disfrutando de un respiro semejante. Me dijo que el coronel del Middlesex se había dirigido a los supervivientes de su batallón en cuanto estuvieron acantonados, y les había prometido que muy pronto tendrían la oportunidad de vengar a sus muertos; haciendo un nuevo y, en esa ocasión, esperaba, afortunado ataque a La Basée.

—Los conozco muy bien a ustedes, Diehards. Sé que cargarán como leones hasta la victoria.

—De buena gana prescindiríamos de hacerlo —murmuró en voz baja el ordenanza de Hill.

La compañía de zapadores se especializaba en la reparación y mantenimiento de las trincheras de comunicación de apoyo Un mes más tarde, el mayor me mandó de nuevo al servicio ordinario con una compañía; era un castigo por no haber observado, un día en que estábamos acantonados, un párrafo del reglamento que nos exigía a los zapadores estar presentes durante las maniobras del batallón.

Mi permanencia ese otoño en el Segundo Batallón no registra nada memorable; el servicio de patrullas había dejado de resultarme estimulante, el trato continuo con la muerte no me producía ya horror. La única cosa que vale la pena recordar de aquel período tiene un interés puramente técnico: un nuevo método que un oficial llamado Owen y yo descubrimos para silenciar las ametralladoras que disparaban por la noche. Le dábamos a cada centinela una pieza de cordel de un metro de largo con un cartucho atado en cada extremo. Cuando una ametralladora comenzaba a disparar contra nosotros, los centinelas más alejados de la línea de fuego orientaban aquel cordel hacia ella y lo fijaban con dos cartuchos, de manera que lográbamos tener una idea bastante exacta del sitio donde se encontraba la ametralladora. Cuando teníamos unos treinta centinelas o más enfocando hacia la misma ametralladora, apuntábamos los rifles con la mayor precisión posible y esperábamos; tan pronto como volvía a disparar, nosotros respondíamos rápidamente con una ráfaga de cinco disparos. Esto permitía una intensa concentración de fuego, y ningún elemento de nerviosismo perturbaba el tiro, ya que los rifles estaban afirmados entre los sacos de arena. Del cuartel general de la división se nos pidió un informe sobre aquel método. Todos los

días a la hora de presentar armas había un intercambio de cortesías entre nuestras ametralladoras y las de los alemanes; al vaciar la cartuchera se podía obtener el ritmo de la célebre frase de las prostitutas de Londres: «Ven a verme a Piccadilly», a la cual los alemanes respondían, aunque con un ritmo más lento, pues nuestras armas eran más rápidas que las suyas: «Iré a verte sin calzones».

A finales de octubre recibí un recorte del periódico *John Bull*. Horatio Bottomley, el editor, protestaba contra la disparidad de las penas infligidas a aristócratas y gente corriente por atentar contra las buenas costumbres. Un joven, continuaba, juzgado por la policía por delitos sexuales sólo había recibido un buen sermón y lo habían confiado al cuidado de un médico… ¡porque resultó ser nieto de un conde! Un delincuente que no perteneciera a las clases influyentes de la sociedad, hubiera sido condenado a tres meses, sin opción a la libertad bajo fianza. El artículo describía con algunos detalles cómo Dick, un muchacho de dieciséis años, le había hecho «determinadas proposiciones» a un soldado del regimiento de canadienses estacionado cerca de Charterhouse College, y cómo el soldado, juiciosamente, lo había entregado a la policía. Esa noticia me dejó casi liquidado. Preferí pensar que la guerra había hecho perder la razón a Dick. Sabía yo que en su familia se habían dado algunos casos de locura; en una ocasión me había enseñado una carta de su abuelo, escrita en círculos que llenaban toda la página. De cualquier manera, con toda la carnicería que tenía lugar a mi alrededor, no me era difícil considerarlo muerto.

Había pasado ya cinco meses en las trincheras, así que mi noviciado había concluido. Durante las tres primeras semanas, un oficial es casi un inútil en el frente; no logra orientarse; no conoce las reglas de higiene y de seguridad, ni logra reconocer los grados de peligro. A la tercera o cuarta semana se encuentra en las mejores condiciones, a menos que haya sufrido una crisis nerviosa. Después sus capacidades van gradualmente disminuyendo a medida que se va apoderando de él la neurastenia. A los seis meses se encuentra aún más o menos bien; pero a los nueve o diez meses, a menos que haya pasado algunas semanas de reposo en un curso técnico o en un hospital, se convierte por lo general en una pesadilla para los demás oficiales. Después de un año o de quince meses es, por lo general, peor que un inútil. El doctor W. H. R. Rivers me dijo después que la acción de una de las glándulas endocrinas —creo que la tiroides— producía ese lento deterioro general en la competencia militar, al no lograr en determinado momento introducir una sustancia sedante en la sangre. Sin ese elemento, el soldado cumple sus tareas con gran apatía, como si estuviera bajo los efectos de un estupefaciente, lo que le produce ilusión de resistencia. Fueron necesarios diez años para que mi sangre pudiera recuperarse.

Los oficiales tienen un trabajo menos penoso que los soldados, pero que tiende a afectarles más el sistema nervioso. Había una proporción de dos veces más casos de neurastenia entre los oficiales que entre los soldados, y por lo mismo se podía esperar que un soldado durara en el frente el doble que un oficial antes de hacerse herir o matar. Los oficiales entre los veintitrés y los treinta y tres años podían prestar mejores

servicios que los mayores o menores de esa edad. Yo era demasiado joven. Los hombres mayores de cuarenta años, aunque no sufrían tanto por la falta de sueño como los menores de veinte, tenían menos resistencia ante las alarmas repentinas y los colapsos nerviosos. Los más desafortunados eran los oficiales que lograban resistir dos años o más de servicio continuo en trincheras. En muchos casos se convertían en dipsómanos. Conocí a tres o cuatro que habían llegado al punto de necesitar dos botellas de whisky al día antes de tener la suerte de ser heridos, o enviados a Inglaterra por alguna otra razón. Un comandante de compañía de uno de nuestros batallones de línea, que aún vive, envió innecesariamente a toda su compañía a la muerte en uno de los combates, por su incapacidad para tomar decisiones claras. Era uno de esos oficiales de dos botellas diarias.

Aparte de las heridas, el gas y los accidentes de guerra, la vida de un soldado en la trinchera no tenía nada de antihigiénico, siempre y cuando sus glándulas funcionaran bien. La abundancia de comida y de trabajo duro al aire libre compensaban las molestias de los pies mojados, la ropa húmeda y los acantonamientos expuestos a todos los vientos. La continua tensión impedía el desarrollo de enfermedades menores: un resfriado se desvanecía en unas cuantas horas, una indigestión pasaba casi inadvertida. Esto, por lo menos en un buen batallón, era cierto, pues los hombres no esperaban volver a Inglaterra hasta haber recibido una herida honorable. En un batallón inferior, los soldados preferían sin duda una herida a la bronquitis; pero recibían con gusto una bronquitis. En un mal batallón, no les importaba, usando una frase de trincheras, «si la vaca paría o el toro se rompía el jodido cuello». En un batallón realmente bueno, como era el Segundo cuando me incorporé a él por primera vez, no se podía siquiera hablar de heridas y de repatriación. Un batallón como aquél tenía una lista mínima de enfermedades. Durante el invierno de 1914 a 1915, el Segundo no tuvo más que cuatro o cinco bajas por enfermedad, y en el siguiente invierno, ocho o nueve; en cambio, otros batallones menos disciplinados registraron un alto número de bajas.

Las enfermedades de los pies, que eran las más abundantes en invierno, se debían al parecer casi por completo al estado de la moral de los soldados; y eso, a pesar de las explicaciones que los suboficiales y oficiales repetían diariamente sobre el fenómeno: «Las enfermedades de los pies se deben al uso de botas muy estrechas, de bandas demasiado apretadas, o a otras prendas de vestir que dificultan la circulación de la sangre en las piernas». A mí me parecía más bien que la enfermedad se debía al hecho de acostarse con las botas mojadas, los pies fríos y una depresión del ánimo. Las botas mojadas por sí solas no tenían tanta importancia. Si un hombre se calentaba los pies en un brasero, o hacía algunos ejercicios hasta que entraban en calor y se iba inmediatamente a dormir con un saco de arena atado alrededor, podía muy bien evitar la enfermedad. Pero el mal se presentaba cuando al soldado dejaba de importarle la salud, cuando en el batallón se había perdido la fuerza para soportar las contrariedades. En Bouchavesnes, en el Somme, durante el invierno de 1916 a 1917,

un batallón de caballería perdió a la mitad de sus tropas en un par de días, víctima de enfermedades en los pies; nuestro Segundo Batallón había pasado diez días en las mismas trincheras sin que se presentara un solo caso.

En otoño reinó la melancolía en el sector de Béthune y La Basée; en los grandes bosques de álamos las hojas amarilleaban, diques estaban llenos, y el suelo completamente húmedo. Béthune había perdido algo de su encanto; los canadienses acantonados allí recibían un sueldo dos o tres veces mayor que nuestras propias tropas y habían subido los precios de todo. Pero la ciudad seguía más o menos intacta, y uno podía aún comprar pasteles de crema y comer platillos a base de pescado.

En noviembre recibí con gran placer la orden de incorporarme al Primer Batallón, que comenzaba a reorganizarse después de la batalla de Loos. Lo encontré acantonado en Locon, a sólo un kilómetro y medio al norte de Cambrin. La diferencia entre los dos batallones se mantenía a pesar de la guerra, y a pesar de que en muchas ocasiones fueron casi deshechos. La diferencia estribaba en que en agosto de 1914 el Segundo Batallón había pasado dieciocho años en ultramar, mientras que el Primer Batallón no había abandonado Inglaterra desde la guerra de Sudáfrica y era, por consiguiente, menos anticuado en su formalismo militarista y más humano. El humor era mejor; los hombres habían tenido relaciones con blancas y no con negras; allí hubiera sido imposible presenciar cosas como las que ocurrían en el Segundo; en una ocasión vi a un oficial perseguir a un soldado por la calle y propinarle patadas porque había hecho un saludo poco enérgico. El Primer Batallón era tan eficaz militarmente como el otro, más operativo en el campo de batalla, y desde luego la vida en él resultaba mucho más fácil.

El batallón había recibido un complemento de comandantes de compañía, así que me incorporé en calidad de subcapitán del joven Richardson de la A, una de las mejores compañías con las que he servido. Richardson procedía de Sandhurst, y sus hombres eran en su mayor parte galeses reclutados en 1915. Ningún oficial de la compañía tenía más de veintidós o veintitrés años. Un día o dos después de mi llegada visité la cantina de la Compañía C, donde me recibieron amistosamente. Vi sobre la mesa un libro de ensayos de Lionel Johnson. Era el primer libro que veía en Francia (con excepción de mis volúmenes de Keats y Blake) que no fuera un texto militar o una novela barata. Miré furtivamente la solapa, y vi un nombre escrito: Siegfried Sassoon. Miré a mi alrededor para tratar de adivinar quién podría ser aquel Siegfried Sassoon que llevaba a Lionel Johnson al Primer Batallón. La respuesta era evidente; empecé a conversar con él, y unos minutos después salimos hacia Béthune y hablamos de poesía hasta la noche, cuando volvimos al servicio.

Siegfried Sassoon había publicado hasta la fecha, en ediciones privadas, unos cuantos poemas pastorales muy del estilo de cierta poesía del siglo XVIII y XIX, y una sátira sobre Masefield que en un momento determinado abandona el tono paródico para convertirse en un poema bastante bueno a la manera de Masefield. Fuimos a la

confitería y compramos pasteles de crema. En esos momentos yo preparaba para la imprenta mi primer libro de poemas *Sobre las brasas*; llevaba uno o dos poemas en el bolsillo y se los mostré. Siegfried frunció el ceño y me dijo que no le podía escribir sobre la guerra de una manera tan realista. Me mostró a su vez algunos poemas. Uno de ellos comenzaba así:

> *Volved a mí, colores que fueron mi alegría,*
> *no con la púrpura de los soldados muertos…*

Siegfried no había estado aún en las trincheras. Le dije, con actitud de veterano, que pronto modificaría su estilo.

Esa noche todo el batallón comenzó a trabajar en un nuevo plan de defensa en Festubert. Festubert había sido una pesadilla desde los primeros combates que tuvieron lugar allí en 1914, cuando los residentes del manicomio, situado entre ambos fuegos, lograron escapar y dispersarse por toda la región. La línea de trincheras inglesa, que cruzaba un espacio de terreno designado en el mapa como «pantanos, a veces secos durante el verano», consistía en una serie de islas de trincheras, sin comunicación entre sí excepto por la noche. El batallón había sido casi destrozado en ese lugar seis meses antes. Comenzamos a construir una fuerte línea de reserva. El trabajo tenía que hacerse por la noche. La temperatura había descendido a veintidós grados bajo cero, y el terreno estaba congelado a una profundidad de treinta centímetros. Sólo logramos construir unos doscientos metros de trincheras a la altura de la rodilla y al precio de varios hombres heridos por proyectiles casuales que traspasaban la línea del frente. Otras tropas continuaron el trabajo cuando comenzó el deshielo y construyeron una rampa de dos metros de altura que se fue hundiendo poco a poco en los pantanos hasta ser definitivamente engullida.

Cuando dejé el Segundo Batallón, el mayor me permitió llevarme a mi admirable ordenanza, el soldado Fahy (conocido como Tottie Fay en recuerdo de la actriz). A Tottie, un reservista de Birmingham, lo habían llamado al servicio nada más estallar la guerra, y había combatido todo el tiempo al lado del Segundo Batallón Era orfebre de profesión; había pasado recientemente unos días de licencia en Inglaterra, y al volver me regaló una cigarrera hecha por él con mi nombre grabado. Al llegar al Primer Batallón se encontró con un tal sargento Dickens. Ambos habían sido compañeros de armas en la India y celebraron con alegría el encuentro. A la mañana siguiente me quedé desagradablemente sorprendido al encontrar mis botones sin pulir y agua fría para afeitarme; llegué tarde al desayuno. No logré saber qué había pasado con él. Pero a las nueve, al dirigirme a pasar revista de los rifles de la compañía, advertí que en un rincón del patio le aplicaban a un soldado el castigo número 1. Era Tottie; había sido condenado a veintiocho días de castigo por «ebriedad en el campo de batalla», y estaba atado por las muñecas y los tobillos, en forma de cruz, a una gran rueda de cañón. Estaba obligado a permanecer en esa posición —la llamaban

«crucifixión»— durante varias horas cada día, mientras el batallón estuviese acantonado. La pena volvería a aplicarse en cuanto regresáramos de las trincheras. Jamás olvidaré la mirada de mi tranquilo, respetuoso y devoio Tottie. Quería expresarme su pesar por haberme abandonado, y su reacción inmediata fue un intento de saludo. Pude ver como trataba en vano de llevarse una mano a la frente, y de unir los talones. El sargento de la policía del batallón, un hombre de aspecto feroz, acababa de atarlo cuando yo llegué. Le dije a Tottie, por si eso podía consolarlo, que sentía mucho que tuviese problemas.

Aquel incidente, como pude darme cuenta después, acabo favoreciéndolo. Yo tuve que buscar otro sirviente, y Joe Cotterell, el sargento mayor, al saber que era el único ordenanza calificado que quedaba libre en el batallón, lo tomó a su servicio cuando la sentencia expiró; llegó aun a inducir al coronel a rebajarle la pena unos cuantos días. No le guardé ningún resentimiento a Joe Cotterell. Tottie estaría mucho más a salvo con él en el campamento que conmigo en las trincheras. Unas cuantas semanas después expiró su contrato de siete años como reservista. Cuando terminaban los siete años, a los reservistas se los enviaba durante unos cuantos días a Inglaterra, pero luego eran obligados a volver a alistarse bajo el Acta del Servicio Militar, y se les enviaba de nuevo al batallón. Tottie aprovechó su licencia. Su cuñado, director de una fábrica de municiones, lo contrató como obrero metalúrgico calificado. Se convirtió en un hombre privilegiado, uno de aquéllos cuyo trabajo era tan importante para la industria que no podía ser desperdiciado en el servicio militar. De esta manera, Tottie debe de estar aún vivo, al menos eso espero.

El sargento Dickens era un caso diferente: un combatiente nato, y uno de los mejores suboficiales de los dos batallones de nuestro regimiento. Su valor le había hecho obtener la medalla por Conducta Distinguida y la *Médaille Militaire* francesa; había sido ascendido en dos o tres ocasiones a sargento, y todas las veces fue degradado por ebriedad. Había escapado siempre al castigo público que se reservaba a ese delito, porque se consideraba ya suficiente desgracia que perdiera sus galones; en cuanto comenzaba una batalla se distinguía de manera tan notable que volvía a recuperarlas.

A comienzos de diciembre se extendió el rumor de que nos enviarían a un lugar lejos de allí para recibir entrenamiento militar especializado. Yo me negaba a creerlo, pues a menudo había oído rumores de ese tipo sin ninguna confirmación. Sin embargo esa vez resultó ser cierto. Siegfried Sassoon, en sus *Memorias de un cazador de zorros* ha descrito aquel movimiento de tropas. La experiencia de nuestra Compañía A fue más penosa aun que la de la C. Nos levantamos una mañana a las cinco, desayunamos rápidamente, empaquetamos, y nos pusimos en marcha hacia la estación del ferrocarril que se encontraba a cinco kilómetros de distancia. Allí depositamos en los furgones todos los enseres del batallón, así como los animales de tiro. Eso nos llevó la mitad de la mañana. Luego iniciamos un viaje de diez horas que nos debía llevar a una bifurcación en el Somme, a unos treinta y cinco kilómetros del

frente de batalla. Los oficiales efectuaron el viaje en compartimentos de tercera clase, y los soldados, en furgones cerrados con la siguiente inscripción: *Hommes 40, chevaux 8*; cuando llegamos estaban furiosos. La Compañía A recibió la orden de hacer también las operaciones de descarga Cuando terminamos, las marmitas de té que nos habían preparado estaban frías. Las otras compañías habían podido descansar un par de horas; nosotros, sólo unos minutos.

Iniciamos una marcha a lo largo de los caminos *en pavé* y los senderos pedregosos que atraviesan los valles de la Picardía. Empezamos a caminar a medianoche y terminamos a las seis de la mañana del día siguiente; los soldados cargaban las mochilas y los rifles. Se estableció una competencia entre las compañías para ver cuál tenía menos rezagados; ganó la A. Finalmente, llegamos a un pueblo llamado Montagne le Fayel. Nunca había habido allí acantonamientos de tropas, y los habitantes estaban molestos con razón porque a mitad de la noche los despertaron nuestras avanzadillas para que proporcionasen alojamiento a ochocientos soldados en un plazo de dos horas. Aquellos campesinos picardos nos parecieron bastante más agradables que la población del Pas de Calais. Yo me alojé con un anciano llamado *Monsieur* Élie Carón, un amable maestro de primaria retirado, de ojos brillantes y cabello blanco, totalmente vegetariano, que me regaló un folleto titulado *Comment Vivre Cent Ans*. (Ya para entonces estábamos enterados de la próxima ofensiva en el Somme, así que aquello me pareció una buena broma). También me dio la *Evangeline* de Longfellow, en inglés. Como siempre había lamentado la escasez de libros ingleses en Francia, cualquiera que fuese su calidad, acepté con gusto aquel regalo y más tarde lo llevé conmigo a Inglaterra.

Permanecimos seis semanas en Montagne. El coronel Ford (conocido en el regimiento como *Dilapidador*, porque el día que se unió a nosotros por primera vez gasto con prodigalidad pensión que le pasaba su padre) organizó el batallón con una severidad digna de los tiempos de paz. Nos ordenó que nos olvidáramos de las trincheras y nos preparásemos para la guerra a campo abierto, que era la que iba a tener lugar tan pronto como se lograran abatir las defensas del Somme. Hacíamos maniobras cada dos días; habíamos vuelto al espíritu del *Entrenamiento de Compañías,* del general Haking. Aun aquellos que no creían que fuese posible romper las defensas enemigas, disfrutaban de los ejercicios en un campo libre de toda profanación. Apenas se oían los cañones a lo lejos. Todos los hombres del batallón estaban en forma. Cuando no hacíamos maniobras militares revisábamos las armas y hacíamos ejercicios de tiro. El entrenamiento parecía no tener nada que ver con la guerra tal como la habíamos conocido. Jugábamos al rugby. Yo era defensa de nuestra compañía. Otros tres oficiales formaban parte del equipo: Richardson, un delantero rompedor, Pitchard, otro chico de Sandhurst, medio ala, y David Thomas, un subteniente, lateral tres cuartos. David procedía de Gales del Sur; era un muchacho sencillo, amable y amante de la lectura. Él, Siegfried Sassoon y yo acostumbrábamos a pasear siempre juntos.

Un día David me detuvo en la calle:

—¿Te has enterado de las noticias? Parece que se está preparando una gran ofensiva. Todos los oficiales y suboficiales deben reunirse inmediatamente en la escuela del pueblo. Dilapidador está que echa chispas. Nadie sabe exactamente de qué se trata.

Nos dirigimos inmediatamente a la escuela y nos sentamos en uno de los pequeños pupitres.

Cuando Dilapidador entró, el comandante hizo que todos nos pusiéramos de pie; David y yo nos lastimamos las rodillas al tratar de levantarnos. Dilapidador nos ordenó sentarnos. Los oficiales estaban en una sección, los suboficiales en otra. Dilapidador se nos quedó mirando desde la mesa del profesor. Comenzó su conferencia con algunas acusaciones generales, afirmando que en los últimos tiempos había observado muchos signos de negligencia en el batallón; soldados con los bolsillos descosidos, otros que caminaban por las calles del pueblo con las manos en los bolsillos y las botas sucias, centinelas que permitían pasear por el campamento cuando estaban de guardia en vez de hacer sus turnos con eficacia militar, desórdenes en los *estaminets*, falta de marcialidad en el saludo, y muchas otras graves indicaciones de un relajamiento de la disciplina. Nos amenazó con suprimir todos los permisos para volver a Inglaterra hasta que las cosas no mejoraran y nos prometió una revista de saludos todas las mañanas antes del desayuno, a la que asistiría en persona.

Aquellas acusaciones no eran sino generalizadas; sabíamos que no había llegado al meollo de sus agravios; pero al fin lo hizo.

—He venido aquí sobre todo para comunicarles un incidente en extremo desagradable. Cuando esta mañana abandoné la Sala de Ordenanzas, me acerqué a un grupo de soldados; no voy a especificar su compañía. Uno de ellos conversaba con un cabo. No lo van a creer, pero el hecho es que llamó al cabo por su nombre: *¡lo llamó Jack!* ¡Y el cabo no protestó! ¡Pensar que el Primer Batallón ha descendido a un nivel en el que es posible que exista tal familiaridad entre un suboficial y los soldados a su mando! Por supuesto he arrestado al cabo y lo he hecho comparecer ante mí con el cargo de «conducta impropia de un suboficial». Lo he degradado y hecho que se castigara al soldado por usar un lenguaje irrespetuoso ante un suboficial. Pero quiero advertirlo aquí muy claramente, si se produce otro incidente de esta naturaleza —y espero que los oficiales me informen inmediatamente de la más mínima infracción— en lugar de tratar el caso como un asunto interno de la compañía…

Traté de cambiar una mirada con Siegfried, pero él lo evito; en cambio percibí la de David. Ésta es una de esas escenas caricaturescas en que hoy día me parece que se resumen las diferentes épocas de mi vida. Vuelvo a verme enfundado en un uniforme impecable, con los botones y la hebilla del cinturón relucientes, un revólver al cinto, un silbato con cordón, un bigote fino sobre el labio superior, los ojos brillantes de severidad insegura, tratando de creerme un capitán del ejército; sin embargo, estoy

sentado en un pupitre manchado de tinta como un estudiante demasiado crecido. Una pintura mural cubre una pared del aula ilustrando los males del alcoholismo. Comenzaba con un inocente niño a quien su colega le ofrece una copa, y luego mostraba su caída por el camino de la degradación que culminaban en golpes a su mujer, asesinato y *delirium tremens*; ¡al menos no había llegado al extremo de llamar Jacquot a su *petit-caporal*!

La única queja del batallón contra Montagne era que las mujeres no eran tan complacientes en esa parte del país como en los alrededores de Béthune. Los oficiales gozaban del injusto privilegio de poder alquilar caballos y cabalgar hasta Amiens. Había una Bombilla Azul en Amiens, igual que en Abbeville, El Havre, Rúan y todas las otras grandes ciudades detrás del frente. La Bombilla Azul estaba reservada a los oficiales, La Bombilla Roja a los soldados. Si en este cuidadoso mantenimiento de la disciplina, las autoridades preveían el caso de los suboficiales, y si las mujeres de La Bombilla Azul debían demostrar cualidades especiales para responder al honor de servir a una categoría social más elevada, son cosas que desconozco. Yo seguí siendo un puritano, salvo en el lenguaje, durante todo mi servicio en ultramar.

El día de Año Nuevo, la Séptima División envió a dos oficiales de compañía de cada brigada para instruir tropas en la base. Un capitán del Regimiento de la Reina y yo tuvimos la suerte de ser los decanos en el frente, y a eso debimos el regalo de ocho semanas más de vida.

17

Había cerca de treinta instructores en el campamento de Harfleur, donde llegaban los nuevos contingentes para recibir instrucción técnica antes de que los enviasen al frente. La mayor parte de mis colegas se especializaba en ejercicios de tiro, manejo de ametralladoras, gas y granadas. Como yo no había recibido ningún tipo de entrenamiento especializado, sino que contaba sólo con experiencia general, enseñé a las tropas disciplina de trincheras y, en un sistema modelo, les instruí en el arte del relevo. Además les enseñaba el manejo de las armas. Un día de lluvia, el terrorífico mayor Currie, comandante del campamento, me ordenó de pronto dar una conferencia en el gran salón de conciertos.

—Hay allí tres mil soldados esperándolo, Graves; usted es el único oficial con una voz suficientemente poderosa para hacerse oír.

Eran canadienses, así que en vez de darles mi acostumbrada conferencia, ligeramente humorística sobre «Cómo ser feliz, aunque se esté en las trincheras», les hice el honor de contarles la historia real de lo ocurrido en Loos, el fiasco que había sido aquella batalla y por qué. Aquél ha sido el único público que me ha escuchado con verdadera atención durante una hora. Me imaginaba que el mayor Currie estaría furioso, porque el principal objeto de aquellos cursos era inculcar en los soldados el espíritu ofensivo; pero recibió bastante bien mi charla y me hizo dar otras conferencias en la sala de conciertos.

En la cantina de instructores, los principales temas de conversación, fuera de los asuntos puramente locales y técnicos, eran el grado de confianza que nos merecían las distintas divisiones en el campo de batalla, la validez de los distintos métodos de entrenamiento, y la moral bélica, con especial referencia a las atrocidades. Hablábamos con mayor libertad de la que se nos podía haber concedido en Inglaterra o en las trincheras. Parecíamos estar de acuerdo en que se podía contar con seguridad con una tercera parte de las tropas que formaban la Fuerza Expedicionaria Inglesa; era la gente a la que se llamaba siempre para efectuar cualquier labor importante. Una tercera parte era regular: había divisiones que contenían uno o dos batallones débiles pero en los que se podía confiar en conjunto. El resto era más o menos material de desecho: aun colocados en puestos de relativa seguridad, habían perdido a una cuarta parte de sus tropas. Era un motivo de orgullo pertenecer a una de las divisiones de mayor prestigio: la Segunda, la Séptima, la Vigésimo novena, la de Guardias, o la Primera de Canadienses, por ejemplo. No es que se las homenajease cuando volvían a

la retaguardia, como sucedía con las tropas de asalto alemanas, pero las posibilidades de promoción, permisos, y las de resultar heridos se producían en ellos con mayor rapidez.

Los oficiales de la cantina reconocían sin ningún apasionamiento que los mejores soldados ingleses eran los de los regimientos de Midlands, los de los condados industriales de Yorkshire y Lancashire, y los de Londres. Los soldados del Ulster, los escoceses del sur y los ingleses del norte se comportaban bastante bien. Los católicos irlandeses y los escoceses del norte corrían demasiados riesgos en las trincheras y por ello tenían bajas innecesarias; y en los combates, aunque por lo general alcanzaban sus objetivos, los derrotaban a menudo en las operaciones de contraataque; sin oficiales, eran absolutamente inútiles. Los regimientos de los condados del sur de Inglaterra iban de los buenos a los muy malos. Todas las fuerzas de ultramar se consideraban buenas. La excelencia de las divisiones variaba también según la antigüedad de su formación. Las últimas divisiones del Nuevo Ejército y las unidades de territoriales situadas en la segunda línea, fuese cual fuese la zona en que reclutaran sus tropas, eran deficientes porque contaban con pocos oficiales y suboficiales competentes.

En una ocasión discutimos sobre cuáles eran las tropas más limpias en las trincheras, según sus nacionalidades. Estuvimos de acuerdo en que podría establecerse el siguiente orden. En primer lugar los ingleses y alemanes protestantes; luego los irlandeses del norte, los galeses y los canadienses; a continuación, los irlandeses y los alemanes católicos; luego los escoceses, con algunas excepciones entre los oficiales de alto rango; después los indios mahometanos, después los argelinos, después los portugueses, después los belgas y por último los franceses. Colocamos a los belgas y a los franceses en el último grado por rencor; era imposible que fueran más sucios que los argelinos y los portugueses.

Reconocimos que los informes propagandísticos sobre las atrocidades de la guerra eran ridículos. Recordamos que mientras que los alemanes *podían* cometer atrocidades contra la población civil de los países enemigos, ellos, fuera de una incursión inicial de la caballería rusa, nunca habían tenido al enemigo en su territorio. Habíamos dejado ya de creer en las descripciones sumamente fantasiosas de las atrocidades alemanas en Bélgica, ahora que conocíamos por experiencia propia a los belgas. Por atrocidades nos referíamos específicamente a los casos de violaciones, mutilaciones y torturas, y no a los juicios sumarios y las ejecuciones de espías y de quienes los ocultaban, francotiradores, u oficiales locales insubordinados. Si la lista de atrocidades debiera incluir el bombardeo accidental, o la muerte de civiles ametrallados desde el aire, se podría acusar a los aliados de cometer tantas atrocidades como los alemanes. La población civil de Francia y Bélgica había tratado a menudo de ganarse nuestra simpatía al exhibir mutilaciones de niños —muñones de

manos y de pies, por ejemplo— presentándonoslos como atrocidades deliberadas y diabólicas, cuando lo más probable es que fueran consecuencia de los bombardeos. Considerábamos que los casos de violaciones no eran más frecuentes en la zona alemana que en la aliada. Y como una alimentación a base de carne de buey, miedo a la muerte y la ausencia de las esposas exigía un amplio número de mujeres disponibles en las zonas ocupadas, las autoridades militares alemanas proveyeron de burdeles a todas las principales ciudades francesas del otro lado de la línea, de la misma manera que las francesas lo hicieron en la zona aliada. No creíamos en las historias sobre el reclutamiento forzado de mujeres para esos establecimientos. ¿Y qué se le podía reprochar al alistamiento voluntario?, nos preguntábamos cínicamente.

En cuanto a las atrocidades contra los soldados… ¿dónde podía uno trazar el límite? Los soldados ingleses consideraban al principio como algo atroz el uso de cuchillos por parte de las patrullas alemanas. Después de cierto tiempo, también nosotros los usamos; eran armas mortales más limpias que los revólveres y las bombas. Los alemanes consideraban como un crimen de guerra el empleo por parte de los ingleses de las balas Mark VII, que eran más eficaces que las balas alemanas. En lo que concierne a verdaderos actos de barbarie, es decir, a violaciones personales más que militares de los códigos de guerra, había muy pocas ocasiones… fuera del intervalo que separaba la captura de prisioneros y su llegada (o no llegada) a los cuarteles generales. Y era muy rara la ocasión en que se presentaban esas oportunidades. Casi todos los instructores, en la cantina, podían citar algunos ejemplos específicos de prisioneros que habían sido asesinados después de la captura. Los motivos más frecuentes eran, según parece, actos de venganza por la muerte de amigos y familiares, envidia por el viaje de los prisioneros a un confortable campo de prisioneros en Inglaterra, entusiasmo militar, miedo de ser repentinamente vencido por los prisioneros, o, sencillamente, impaciencia en el trabajo de escolta. En todos esos casos, los conductores informaban a su llegada al cuartel que una bomba alemana había matado a los prisioneros. Teníamos toda la razón del mundo para creer que lo mismo ocurría en la zona Remana, donde los prisioneros, como bocas inútiles en un país ya con escasez de raciones alimenticias, tenían menos razones para ser bien recibidos. Ninguno de nosotros sabía que los prisioneros alemanes hubieran recibido más que amenazas en los cuarteles generales para sonsacarles información militar. La clase de información que podían proporcionar no era tan importante como para que valiera la pena recurrir a la tortura; de cualquier manera, se había descubierto que cuando los prisioneros eran tratados amablemente, por gratitud decían todo lo que sabían. Probablemente los oficiales del servicio de inteligencia alemán habían descubierto también aquello.

Las tropas que gozaban de peor reputación en lo que se refiere a actos de violencia contra los prisioneros eran los canadienses (y luego los australianos). Según se decía, el motivo que impulsaba a los canadienses era vengar a uno de ellos, al que

encontraron crucificado con bayonetas en las manos y los pies en una trinchera alemana. Aquella atrocidad jamás llegó a confirmarse; tampoco creímos la historia, que circulaba por doquier, de que los canadienses habían crucificado a un oficial alemán poco tiempo después. Hasta qué punto era merecida la inculpación de aquellos crímenes, y en qué grado era atribuible a las costumbres de ultramar de fanfarronear y de disminuir el prestigio del vecino, es algo difícil de decir. De cualquier modo, la mayor parte de los hombres de ultramar y algunas tropas británicas alardeaban de aquellas atrocidades cometidas contra los prisioneros y no lo consideraban motivo de remordimiento.

Más tarde, durante la guerra, oí dos relatos de primera mano. Un canadiense me dijo:

—Me enviaron para custodiar a tres prisioneros, y uno, sabe usted, comenzó a gemir y a lloriquear. Empecé a darle golpes en las nalgas por toda la trinchera. Era un oficial. Había comenzado a oscurecer, así que pensé: «Ha llegado el momento de divertirse un poco». Les apunté con el revólver del oficial e hice que cada uno de ellos abriera uno de sus bolsillos sin darse la vuelta. Luego arrojé una granada Mills en cada bolsillo, con el disparador arrancado. Entonces me escabullí por una trinchera transversal. ¡Bang, bang, bang! ¡Había acabado con aquellos cabrones! ¡Ahí quedaron los cadáveres de los tres *boches*!

Un australiano contaba:

—Bueno, donde más me divertí fue en Morlancourt, la primera vez que tomamos la población. Había un rebaño de *boches* en un sótano. «¡Salid, camaradas!», les grité. Así que salieron; eran una docena, todos con las manos en alto. «¡Vaciaos los bolsillos!», les ordené. Se los vaciaron. Relojes, oro, dinero; de todo había. Luego les dije: «¡De nuevo al sótano, hijos de perra!». No me iban a seguir molestando. Cuando estaban todos abajo, les arrojé media docena de granadas Mills. Pude apoderarme del botín y ese día no hubo prisioneros.

Una anciana en Cardonette, en el Somme, me contó un relato de atrocidades cometidas a gran escala. Yo estaba alojado en su casa en julio de 1916. Cerca de su casa, un batallón de turcos del ejército francés cortó la retirada de una división alemana que partía del Marne en setiembre de 1914. Los turcos sorprendieron a los soldados alemanes, que, muertos de cansancio, seguían marchando en una columna. La anciana continuaba relatando con gestos de pantomima la matanza.

—*Et enfin, ces animaux leur ont arraché les oreilles et les ont mises à la poche!* **[12]**.

La presencia de tropas de color, semicivilizadas, en Europa, era, desde el punto de vista alemán, según sabíamos, una de las mayores atrocidades aliadas. Nosotros estábamos de acuerdo. Uno de los instructores nos contó que hacía poco, en Flixécourt, al cocinero del Cuartel General lo visitaba todas las mañanas un turco, ordenanza de un oficial de enlace francés. El turco le decía todos los días:

—Tommy, dale a Johnny dulce.

Y el cocinero le daba un frasco de mermelada de ciruela o de manzana.

En una ocasión, el cuerpo del ejército recibió órdenes de abandonar el lugar por la tarde. El cocinero le dio al turco el acostumbrado frasco de mermelada y le dijo:

—*Oh, la, la!* Johnny, mañana no habrá más mermelada.

El turco no podía creer lo que oía.

—Sí, Tommy, camarada —insistía—, sí habrá dulce para Johnny mañana, mañana, mañana, mañana.

Para librarse de él, el cocinero le dijo:

—Tráeme esta noche la cabeza de un *fritz*, y yo le pediré al general que te dé un frasco de mermelada mañana.

—Bueno, camarada —dijo el turco—. Esta noche traeré la cabeza de un *fritz* y el general me dará dulce mañana.

Aquella noche, el cocinero del nuevo batallón instalado en el castillo vio a un turco que preguntaba por él y que sacudía una cabeza sangrienta en un saco de arena.

—Aquí está la cabeza del *fritz*, camarada —dijo el turco—; el general me dará dulce mañana.

Como Flixécourt quedaba a más de treinta y cinco kilómetros del frente…

Discutíamos también sobre la resistencia de la moral en los regimientos. Un capitán en un batallón de línea del Regimiento Surrey dijo:

—Nuestro batallón no se ha vuelto a recuperar después de la primera batalla de Ypres. La preparación en el cuartel fue pésima. Los nuevos contingentes son malos, y por eso sufrimos una constante reinfección —me dijo una noche en nuestra barraca —. En los dos últimos combates he tenido que matar a un hombre de mi compañía para hacer que el resto saliera de las trincheras. Fue algo tan terrible que no pude contenerme. Por eso solicité que me enviaran aquí —aquellas palabras eran sinceras, y no tenían nada que ver con las conversaciones pretenciosas que uno oía en la base. Me produjo más compasión que ningún hombre de los que encontré en Francia. Merecía un regimiento mejor.

El orgullo de todo buen batallón consistía en no perder nunca una trinchera; nuestros dos batallones de línea habían logrado esa proeza, es decir, que las veces que habían sido obligados a abandonar una trinchera, la habían recuperado antes de que el combate terminara. Capturar una trinchera alemana y no poder retenerla por falta de refuerzos era algo que no contaba; tampoco la retirada por órdenes expresas del Cuartel General, o cuando el batallón vecino había sido derrotado y había dejado un flanco abierto. Hacia el fin de la guerra, se consideraba perfectamente honorable abandonar una trinchera cuando quedaba deshecha por los bombardeos, o porque ya no era en modo alguno una trinchera, sino una línea de cráteres producidos por las bombas.

Todos estábamos de acuerdo en considerar los ejercicios de manejo de armas como un factor importante para elevar la moral. Los ejercicios, cuando están bien hechos, son algo hermoso, sobre todo si la compañía se siente como si fuera un solo

organismo, y cada movimiento no es un movimiento sincronizado de un individuo en especial, sino el movimiento de una gran criatura.

Yo acostumbraba a instruir a los canadienses en grupos nutridos, de cuatrocientos o quinientos soldados a la vez. Cierto día, unos voceros de aquellos grupos dieron unos cuantos pasos al frente y me preguntaron qué sentido tenía levantar y bajar las armas, y poner y quitar bayonetas a los fusiles. Habían cruzado el océano para combatir y no para hacer la guardia del palacio de Buckingham. Les respondí que en cada una de las cuatro divisiones en las que había servido, la Primera, la Segunda, la Séptima y la Octava, había tres clases diferentes de tropas. Las que tenían valor pero no sabían manejar las armas, las que sabían manejar las armas pero carecían de valor, y las que tenían valor y sabían manejar las armas. Esas últimas, por una u otra razón, combatían mucho mejor que las otras en el momento oportuno… no sabía la razón, ni me importaba saberla. Les dije que cuando fueran mejores en la batalla que los guardias, entonces podrían permitirse el lujo de olvidarse de los ejercicios de armas.

A menudo discutíamos sobre esos ejercicios en la cantina. Yo sostenía que los ejercicios resultaban mejores cuando no los impartía un sargento mayor; que debía haber un perfecto respeto entre el hombre que daba las órdenes y quien las ejecutaba. La prueba de los ejercicios se produce, dije, cuando un oficial da incorrectamente una voz de mando. Si la compañía realiza sin ningún titubeo la orden que se había impartido o, en el caso de que esa orden resultase imposible de cumplir, la compañía se mantiene perfectamente quieta o continúa marchando sin confusión alguna en sus filas, entonces el sistema de ejercicios es excelente… Algunos instructores consideraban que el espíritu corporativista que nacía de la práctica de tales ejercicios era un camino hacia la pérdida de iniciativa de los soldados.

Otros rebatían tal cosa, declarando que precisamente el efecto era el contrario:

—Supongamos que una sección de soldados con rifles queda aislada del resto de la compañía, sin un suboficial al mando, y se encuentra bajo el fuego de una ametralladora. Enfrentada al peligro, dicha sección encontrará el espíritu de unidad que tenía durante los ejercicios y obedecerá a una imaginaria voz de mando. Podrá no haber comunicación entre sus miembros, pero harán los movimientos aprendidos en el entrenamiento, con dos hombres que de una manera natural abrirán fuego contra la ametralladora mientras el resto se ocupa de atacar por ambos flancos, y el ataque final será simultáneo. Por lo general se cree que el fin de tales ejercicios es la obediencia a la dirección. Eso es falso. La dirección es sólo la primera etapa. La perfección se obtiene cuando se consigue la acción conjunta. Aunque se crea que es un ejercicio anacrónico propio de los desfiles; en realidad es el fundamento de la táctica de tiro. Y son estos elementos los que han ganado todas las batallas de la historia de nuestro regimiento. Esta guerra, que difícilmente se extenderá más y que terminará por «desgaste» con toda seguridad, de una u otra parte, se ganará por las tácticas de tiro…

por las simples tácticas en el manejo de las armas de pequeñas unidades combatiendo en espacios limitados; en medio de un ruido y una confusión tan grandes que la dirección resulta casi imposible.

No obstante la divergencia de opiniones sobre ese punto, todos reconocíamos que el orgullo de un batallón estribaba en la capacidad de mantener y elevar la moral de sus hombres como una unidad efectiva de combate; esa opinión difería especialmente de las concepciones patrióticas y religiosas.

El patriotismo en las trincheras era un sentimiento demasiado remoto, se consideraba válido sólo para la población civil y los prisioneros. Cualquier recién llegado que hablaba de patriotismo recibía pronto la orden de callar. Como concepto geográfico, Inglaterra era un lugar tranquilo y agradable para volver después de las miserias pasadas en el extranjero; pero Inglaterra, como nación, incluía no sólo a los soldados de las trincheras y a aquellos que habían vuelto heridos a la patria, sino también al Estado Mayor, a las tropas de las líneas de comunicación, a las unidades de base, a las unidades de servicio en el país, a toda la población civil, incluyendo a las detestadas clases de los periodistas, los que se lucraban, los hombres eximidos del servicio activo, los objetores de conciencia y los miembros del Gobierno. El soldado de trincheras, ante esa cuidadosa jerarquización de castas, consideraba que era imposible que los alemanes situados frente a ellos pudieran tener una clasificación idéntica. Nuestro soldado consideraba Alemania una nación en armas, una nación unificada que se inspiraba en la clase de patriotismo que él despreciaba. Daba fe a la mayor parte de los artículos periodísticos sobre las condiciones y sentimientos reinantes en Alemania, aunque creía poco o nada de lo que leía sobre condiciones y sentimientos similares en Inglaterra. Sin embargo nunca llegó a subestimar a los soldados alemanes. Las calumnias periodísticas sobre la cobardía e ineficacia de los *fritz* creaban resentimientos entre nuestros soldados atrincherados, que conocían la realidad por propia experiencia.

Creo que ni siquiera un soldado de cada cien se inspiraba en sentimientos religiosos, ni siquiera en los más burdos. Habría resultado difícil seguir manteniendo una fe religiosa en las trincheras, caso que ésta hubiese sobrevivido a la irreligiosidad del batallón de entrenamiento en Inglaterra. Un sargento regular en Montagne, un soldado del Segundo Batallón, me había dicho bacía poco que la religión le había dejado de interesar durante la guerra. Me dijo también que los negros (se refería a los indios), tenían razón al permitir oficialmente el relajamiento de sus normas religiosas durante la contienda.

—Y todas estas malditas tonterías, señor… excúseme, señor, que leemos en los periódicos, señor, sobre el modo milagroso en que, en los crucifijos que hay en los caminos y que son siempre ametrallados, la figura de Nuestro Señor Jesucristo nunca resulta herida, sencillamente me hacen vomitar, señor.

Ésa es la explicación por la que un día, mientras daba órdenes de disparar desde lo alto de una colina, y sin saber que yo estaba detrás de él, dio la siguiente orden:

—¡Al llegar a los setecientos metros, media vuelta a la izquierda, las miras sobre la cruz, ráfaga de cinco disparos, tiro concentrado, fuego! Y también explicaba el que humorísticamente hubiera sustituido «concentrado», por «consagrado». Toda la sección, sin exceptuar a sus dos extraordinarios «obsesos de la Biblia», cuyas cartas a casa comenzaban siempre con el mismo formulismo: «Querida hermana en Cristo», o «Querido hermano en Cristo», dispararon.

Nuestras tropas, aunque estaban dispuestas a creer que el káiser era una especie de demonio cómico en persona, sabían que los soldados alemanes eran, por lo general, más devotos. En la cantina de instructores hablábamos libremente del *God* inglés y del *Gott* teutónico como de deidades tribales opuestas. Los capellanes anglicanos del regimiento nos merecían muy poco respeto. Todos estábamos de acuerdo en que si hubieran mostrado la décima parte del valor, la resistencia y demás cualidades humanas que mostraban los médicos del regimiento, se habría producido entre las fuerzas del Ejército Británico un renacimiento de la fe religiosa. Pero no era así; ellos habían recibido órdenes de no inmiscuirse en los combates y permanecían en la retaguardia con los transportes. Los soldados apenas podían respetar a un capellán que obedecía tales órdenes, y el hecho era que como máximo sólo uno de cada cincuenta de aquellos capellanes parecía lamentar tales limitaciones. Ocasionalmente, durante un día tranquilo en un sector apacible, el capellán podía hacer una visita por la tarde a las líneas de apoyo y distribuir algunos cigarrillos antes de volver deprisa a la retaguardia. Sin embargo, en campamentos no tenían tregua. A veces el coronel le ordenaba a alguno ir con los santos óleos y enterrar a los muertos del día; el capellan llegaba, recitaba sus textos, y salía nuevamente disparado. La situación era complicada por el respeto que la mayor parte de los oficiales importantes tenían por los hábitos… aunque no todos. El coronel de uno de los batallones en los que serví se desembarazó de cuatro pastores anglicanos en cuatro meses; al final solicitó que le enviaran a un católico, alegando un cambio de fe en los hombres a su mando. Porque a los sacerdotes católicos no sólo se les permitía visitar los puestos de peligro, sino que decididamente disfrutaban al estar en los lugares de combate, para poder dar así la extremaunción a los agonizantes. Y nunca supimos de ninguno que no hiciera todo lo que se esperaba de él y a veces más. Durante la primera batalla de Ypres, cuando todos los oficiales fueron asesinados o heridos, el jovial padre Gleeson, de los Munsters, se arremangó la sotana negra, y tomó el mando de los supervivientes, manteniendo la línea.

Los capellanes anglicanos no tenían apenas contacto con sus tropas. El capellán del Segundo Batallón, justo antes de la batalla de Loos, había predicado un violento sermón sobre la lucha contra el pecado, a lo que un viejo soldado que se encontraba detrás de mí rezongó:

—¡Cristo, como si una sola de estas batallas no fuera ya suficiente para preocuparse!

Por otra parte, un padre católico le había dado la bendición a sus soldados y les había dicho que si morían por la buena causa irían directamente al cielo, o, de cualquier manera, se les excusarían muchos años de Purgatorio. Cuando conté esta anécdota en la cantina, alguien dijo que la víspera de una batalla en Mesopotamia, el capitán anglicano de su batallón había predicado un sermón sobre la conmutación de los diezmos.

—Por lo menos era más inteligente que predicar la lucha contra el pecado. Los soldados no entendieron nada y dejaron de preocuparse por el combate.

Después de pasar unas cuantas semanas en Harfleur comencé a encontrarme mejor, aunque sabía que se trataba de un descanso temporal, y ese pensamiento me obsesionaba. Un día salí de la cantina para comenzar el trabajo vespertino en el campo de entrenamiento, y pasé por el sitio donde tenía lugar la instrucción en el uso de granadas. Un grupo de soldados estaba reunido alrededor de una mesa donde se exhibían distintos tipos de granadas. De pronto oí una explosión. Un sargento del Regimiento de Rifles Reales Irlandeses había estado haciendo una demostración oficiosa antes de que llegara el instructor del curso. Cogió una granada de percusión número uno y dijo:

—Muchachos, con esta pieza hay que tener un gran cuidado. Recuerden que si tocan cualquier cosa mientras la tienen en la mano, explota.

Para ilustrar su aseveración, golpeó la granada contra el borde de la mesa. Murieron él y el hombre que estaba a su lado; otros doce soldados recibieron heridas de distinta gravedad.

18

En marzo me volví a unir al Primer Batallón en el Somme. Era la estación florida. Íbamos y veníamos de las trincheras de Fricourt a nuestro acantonamiento en Morlancourt, una aldea que aún no había tocado metralla. (Más tarde quedó hecha trizas; los australianos y los alemanes la tomaron y la recuperaron varias veces, hasta que sólo quedaron de ella los cimientos). Los cuarteles de la Compañía A estaban situados en la cocina de una granja, donde dormíamos en el suelo de ladrillos rojos, utilizando nuestras mochilas de almohadas. Una anciana y su hija se habían quedado en la granja para vigilar sus propiedades. La anciana era una mujer senil y paralítica; lo único que podía hacer era sacudir la cabeza y decir:

—*Triste, la guerre!*

La llamábamos Triste la guerre. Su hija la trataba como a tina niña pequeña.

Las trincheras de Fricourt estaban cavadas en un terreno de yeso, que nos parecía más tolerable durante la temporada de lluvias que la arcilla de La Bassée. La División nos había asignado un sector del frente en el cual nuestras trincheras estaban más cerca de las del enemigo que en ningún otro lugar en una extensión de varios kilómetros. Los ingleses acababan de ampliar el frente hasta el Somme, y los franceses se contentaban, como era ya habitual en ellos, a menos que se tratara definitivamente de una batalla, de estar en paz con los alemanes y no acercarse demasiado a ellos. Desgraciadamente, aquel lugar estaba dominado por unas lomas, y ni una parte ni la otra permitían que el rival se apoderara de aquella cresta, así que la compartían, después de una prolongada disputa. La zona era utilizada tanto por los alemanes como por nosotros como centro de experimentación del nuevo tipo de bombas y granadas. Las trincheras eran amplias y poco profundas y sin las suficientes salidas transversales. Los franceses nos habían dejado algunas pruebas de su dejadez: cadáveres enterrados demasiado cerca de la superficie; y de su amor por la seguridad: algunas casamatas cavadas a bastante profundidad, aunque extremadamente sucias. Nos dedicamos a elevar los parapetos y a construir trincheras transversales para limitar los daños producidos por las bombas de mortero que continuamente caían. Todas las noches trabajábamos arduamente no sólo las compañías de la línea del frente, sino también las dos compañías de refuerzo. El lugar estaba más plagado aún de ratas que Cuinchy. La cantina de la Compañía A se llenaba de ellas a la hora de la comida. Comíamos siempre con el revólver al lado del plato, y amenizábamos la conversación con repentinas salvas dirigidas a una rata que roía la mochila de alguien

o que se arrastraba por la viga del techo sobre nuestras cabezas. Los oficiales de la Compañía A eran alegres. Todos habíamos pertenecido a los coros de la escuela, excepto Edmund Dadd, que cantaba como un cuervo, y entonábamos himnos y fragmentos de cantatas cuando las cosas iban bien. Edmund insistía en unirse a nuestros cantos.

Una noche, a la hora de cenar, llegó corriendo un muchacho galés, histérico y horrorizado. Al llegar frente a Richardson exclamó:

—Señor, señor, hay un mortero de trinchera al lado de mi litera.

Su acento galés nos hizo estallar en carcajadas.

—¡Ánimo, soldado Williams! —dijo Richardson—. ¿Cómo pudo ir a dar en su refugio algo tan grande como un mortero de trinchera?

Pero el soldado Williams no lograba explicárselo. Lo único que hacía era repetir:

—¡Señor, señor, hay un mortero de trinchera al lado de mi litera!

Edmund Dadd salió a investigar. Informó que un obús de mortero había caído en la trinchera, resbalado por los escalones de la casamata, explotado y matado a cinco soldados. El soldado Williams era el único superviviente, ya que dormía protegido por el cuerpo de otro hombre.

Nuestra peor amenaza la constituía el bote de metralla alemana; se trataba de un tambor de una capacidad de ocho litros, provisto de un cilindro con aproximadamente un kilogramo de explosivo llamado amonal que tenía el aspecto de pasta con salmón, olía a mazapán, y, cuando explotaba, hacía un estruendo de mil demonios. La parte hueca en torno del cilindro contenía metal de desecho, al parecer requisado a los campesinos franceses detrás de las líneas alemanas: clavos herrumbrosos, fragmentos de obuses ingleses y franceses, cascos de balas, y las tuercas, tornillos y clavos que los grandes camiones de transporte dejan al pasar por los caminos. En una ocasión hicimos la disección de un bote de metralla no explosionado, y encontramos, entre otras cosas, las ruedas dentadas de un reloj y la mitad de una dentadura postiza. Era fácil oír la aproximación de un bote de metralla; en el aire parecía inofensivo, pero su estallido era tan temible como el de la bomba más pesada. Sólo los refugios más profundos se libraban de sus efectos; aquellos dientes postizos, los clavos herrumbrosos y las ruedas dentadas volaban por todas partes. No lográbamos entender cómo disparaban los alemanes un proyectil de aquel tamaño. El problema permaneció insoluble hasta primeros de julio, cuando el batallón atacó desde las mismas trincheras y descubrió un cañón de madera enterrado en el suelo, provisto de un mecanismo de precisión. Los artilleros de aquella pieza quisieron rendirse, pero nuestros soldados habían jurado desde hacía meses darles su merecido.

Una noche (cerca de Trafalgar Square; tal vez alguno de mis Actores recuerde aquel enlace de trincheras), Richardson, David Thomas y yo nos encontramos con Pritchard y el mayor. Nos detuvimos para conversar. Pritchard se quejaba de que lo

habían enviado a aquel sitio donde los morteros enemigos no daban un momento de tranquilidad.

—Ahora empiezo yo —dijo Pritchard. Como oficial encargado de los morteros del batallón, acabo de recibir dos morteros Stokes—. Son una belleza —continuó Pritchard—; ya los he probado, y mañana les vamos a dar a los *fritz* algo de lo que han estado pidiendo. Puedo lanzar al aire cuatro o cinco obuses a la vez

—Ya es hora —respondió el mayor—. He tenido trescientas bajas aquí durante el última mes. No parecen tantos, porque aunque resulte extraño ninguno de ellos era oficial.

En efecto, después de Loos habíamos tenido quinientas bajas, y ninguna de ellas había correspondido a un oficial.

Entonces advirtió de pronto que sus palabras eran de mal agüero.

—¡Toquemos madera! —exclamó David.

Todo el mundo saltó y tocó madera, pero estábamos en una trinchera francesa, y no estaba revestida. Yo acaricié un lápiz que llevaba en el bolsillo; aquella madera era suficiente para mí.

Richardson dijo:

—De cualquier manera, yo no soy supersticioso.

La noche siguiente conduje a los hombres de la Compañía A a realizar algunos trabajos. Las Compañías B y D estaban en la línea del frente, y nosotros nos reunimos con la C, que salía también de faena. David cerraba la marcha y parecía desazonado.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

—¡Oh, que estoy harto! —respondió—. Para colmo me he resfriado.

Los soldados de la Compañía C marchaban en fila a la derecha de la línea de fuego, y nosotros marchábamos por la izquierda. Era una noche inquietante, con una luna resplandeciente. Los alemanes ocupaban un nido de ametralladoras a unos cuarenta o cincuenta metros de nosotros. Estábamos de pie al lado del parapeto colocando los sacos de arena, con la luna a nuestra espalda; los soldados alemanes ignoraban nuestra existencia; posiblemente porque también ellos estaban ocupados en un trabajo manual. A veces, cuando los dos bandos se dedicaban a erigir las defensas adecuadas, cada uno simulaba ignorar el trabajo del otro. Se contaba que a veces, cuando se tenían que asegurar las alambradas a los postes, llegaban a usar los mismos martillos. Los alemanes parecían mucho mejor dispuestos que nosotros a poner en práctica una actitud de coexistencia. (Sólo en una ocasión, que yo sepa, aparte de la Navidad de 1914, ambos bandos se mostraron a la luz del día sin disparar unos a otros: fue en febrero, en Ypres, una vez en que las trincheras se inundaron de tal manera que era necesario salir a la superficie para evitar ser arrastrados por el agua). De cualquier manera, en un momento determinado comenzó un intercambio de granadas y disparos de mortero. Nos arrojaron varios botes de metralla, y los soldados tuvieron bastantes problemas para esquivarlos en la oscuridad; pero por vez primera pagábamos al enemigo con la misma moneda que nos había estado dando.

Pritchard había usado sus morteros Stokes durante todo el día, y había enviado centenares de bombas; en dos ocasiones los alemanes habían localizado su emplazamiento y lo habían forzado a retirarse a toda prisa.

La Compañía A trabajó desde las siete hasta las doce de la noche. Debimos de colocar unos tres mil sacos de arena en los parapetos, y unos cincuenta metros de la trinchera del frente tenían un aspecto bastante presentable. A eso de las diez y media, estalló una salva de fuego a la derecha, y los centinelas pasaron la noticia:

Un oficial herido.

Richardson se dirigió a toda prisa a ver de quién se trataba. Al volver nos dijo:

—Fue el joven Thomas. Una bala en el cuello; pero creo que no es nada grave; no ha podido atravesarle la columna o una arteria porque ha ido caminando hasta el puesto de socorro.

Me alegraba; David sería enviado fuera de allí y podría escapar así a la próxima ofensiva, y tal vez al resto de la guerra. Terminamos a las doce de la noche. Richardson me dijo:

—Von Ranke. (Sólo que pronunció *von Runicke*, que era el mote con que me llamaban en el regimiento). Haga el favor de conducír a la compañía a tomar su té con ron. Es más que evidente que esta noche se lo han ganado. Voy a salir con el cabo Chamberlain a ver qué ha hecho la brigada que trabajó en las alambradas.

Apenas habíamos comenzado a marchar de regreso cuando oí caer un par de obuses a nuestras espaldas. Me acuerdo bien de ellos, porque fueron los únicos obuses que se dispararon esa noche. Por el ruido se podía saber que eran obuses del 161. Acabábamos de llegar a las trincheras de apoyo en la parte posterior de la colina, cuando oímos el grito:

—¡Camilleros!

En ese momento un hombre se acercó a mí corriendo y me dijo:

—¡El capitán Graves está herido!

Aquella frase desató la hilaridad general, y seguimos caminando; pero de cualquier manera envié a un par de camilleros a investigar. Era Richardson: el obús lo había alcanzado cuando estaba con el cabo Chamberlain entre las alambradas. Chamberlain perdió una pierna y murió uno o dos días después. A Richardson la detonación lo había lanzado a un pozo lleno de agua, y había permanecido allí inconsciente durante unos minutos hasta que los centinelas oyeron los gritos del cabo y se dieron cuenta de lo que había pasado. Los camilleros lo rescataron semiinconsciente; nos reconoció, dijo que seguramente tendría que estar algún tiempo ausente de la compañía, y me dio algunas instrucciones. El doctor no encontró ninguna herida en los centros vitales, aunque la piel del costado izquierdo se le había saltado completamente al deslizarse por el terreno. Sentimos el mismo alivio que en el caso de David; es decir, que durante algún tiempo estaría fuera de peligro.

Entonces llegó la noticia de que David había muerto. El doctor del regimiento, un especialista de la garganta en la vida civil le había dicho en el puesto de socorro:

—Usted saldrá bien librado de ésta; lo único que debe hacer es no levantar la cabeza durante un rato.

David se sacó entonces una carta de un bolsillo, se la dio a un ordenanza, y le dijo:

—Ponga esto en el correo —era una carta dirigida a una muchacha de Glamorgan, para enviar en el caso de que muriera. El doctor vio que se asfixiaba y trató de practicar una traqueotomía; pero era demasiado tarde.

Edmund y yo estábamos conversando en los cuarteles generales de la Compañía A cuando entró el ordenanza. Nos miró abatido. Richardson acababa de morir: la explosión y el agua fría le habían provocado un paro cardíaco. Su corazón se había debilitado durante las maniobras que había realizado con el Octavo en Radley. El mayor me dijo nervioso:

—Sabe usted, de alguna manera me siento responsable de esto… por lo que dije ayer en Trafalgar Square. Por supuesto no creo en supersticiones, pero…

Precisamente en aquel momento tres o cuatro obuses estallaron a unos veinte metros de distancia. Se oyó un grito de alarma, luego otro:

—¡Camilleros!

El mayor se puso pálido, y no necesitamos decir nada para saber lo que había ocurrido. Pritchard, que había estado disparando durante toda la noche y que al fin había logrado silenciar al enemigo, regresaba al cuartel. Un obús lo alcanzó en el punto donde la trinchera de comunicación hacía esquina con un reducto. Había recibido el golpe de lleno. Las bajas de esa noche fueron tres oficiales y un cabo.

Nos pareció ridículo, cuando volvimos sin Richardson al acantonamiento de la Compañía A en Morlancourt, encontrar a la anciana aún viva y oírla una vez más murmurar *Triste, la guerre!*, cuando su hija le explicó que *le jeune capitaine* había muerto. La anciana le había cogido mucho cariño a *le jeune capitaine*, nosotros solíamos hacerle bromas por eso.

Sentí más la muerte de David que ninguna de las que presenté desde mi llegada a Francia, pero no me enfureció tanto como a Siegfried. Estaba actuando como oficial de transportes y, cuando por las noches llegaba a nuestra trinchera con las raciones alimenticias, salía de patrulla a matar alemanes. Yo me sentía vacío y perdido.

Uno de los himnos que acostumbrábamos a cantar en la cantina era: «Aquél que logre resistir hasta el final, hallará la salvación». Yo solía repetir interiormente aquellas palabras, como un ensalmo, cuando algo iba mal. «Habrá millones que sufrirán y caerán a tu lado, decenas de miles perecerán a tu alrededor, sin embargo, la muerte no se te acercará». Había otro trozo que decía: «Patrimonio incorruptible…, la fe te conducirá a la salvación. Te lo revelará el último toque de trompeta». Cuando cantábamos en vez de *trump* (trompeta) decíamos *crump*. Un *crump* es un obús especial alemán, y así el último *crump* nos indicaría el fin de las hostilidades. ¿Llegaríamos a vivir para poder oírlo? Yo me preguntaba si tendría la fuerza de resistir hasta el final y creer en la salvación… Me encontraba al borde de una crisis

nerviosa, si no ocurría algo que la impidiera. Hasta entonces no había perdido la cabeza; no es que temiera que me venciese el miedo. Estaba seguro de que eso no iba a ocurrir. Tampoco temía volverme loco; la locura no estaba en mí, lo que temía era un ataque de nervios generalizado, con lágrimas y temblores y los calzones sucios. Ya había visto casos semejantes.

Nos habían proporcionado una nueva máscara antigás. Difería de los modelos anteriores en que uno respiraba con la nariz dentro de la mascarilla y exhalaba el aire por una especie de válvula especial colocada frente a la boca. Pero me era imposible hacer esa operación. Por boxear recientemente con la nariz ya rota se me había desviado el tabique, lo que me obligaba a respirar por la boca. En un ataque con gas, no podría usar aquella mascarilla, la única que era a prueba de los nuevos gases alemanes. El doctor del batallón me recomendó operarme la nariz lo antes posible.

Seguí su consejo, y no estuve con el Primer Batallón en las fechas en que se esperaba comenzaría la gran ofensiva. En ella murieron tres de mis cinco amigos oficiales. El sueño de Dilapidador de una guerra al aire libre no logró materializarse. Él mismo resultó gravemente herido. Del coro de la Compañía A, sólo otro miembro sobrevivió: C. D. Morgan, a quien le rompieron una cadera, y que varios meses después del fin de la guerra seguía aún en el hospital.

19

Obtuve un permiso en abril de 1916. Aquel viernes santo fue la última ocasión en que asistí a un servicio religioso, fuera de las bodas, ceremonias religiosas del regimiento y otras a las que asistía por obligación. Recuerdo bien la fecha porque los niños del coro no llevaban sobrepellices, y los salmos se leyeron, no se cantaron. Mi padre quería que asistiera al primer servicio de la mañana, y trató de obligarme a hacerlo, pero yo tenía una falta de sueño de trece meses; y aunque se presentó en mi habitación a las seis y media de la mañana y dio fuertes golpes en la puerta, diciendo que mi madre esperaba que la acompañara, ese día más que ningún otro, no me levanté. Alegué tener un dolor de muelas, y en verdad no era una excusa. Una muela me había comenzado a doler de una manera terrible. Me atraparon a la hora del desayuno, y a pesar de haber ganado el primer encuentro, vi que tenía que perder el segundo y asistir al servicio religioso. Como no quería provocar una discusión religiosa, decidí plegarme a los deseos de mis padres; si ellos creían sin la menor duda que Dios sostenía las fuerzas del Ejército Británico, resultaría poco amable disentir.

Sospechaba que lo que deseaban era exhibirme en la iglesia con mi uniforme de oficial. Pero el dolor de muelas me tenía de un humor pésimo y surgió una disputa durante el desayuno; dije cosas que enfurecieron a mi padre y apenaron a mi madre. Sólo por ella, que no tomaba parte activa en la discusión, sino que adoptaba un aire triste y apoyaba tácitamente a mi padre, consentí en acompañarlos.

A las nueve subieron a sus habitaciones a vestirse. El servicio tendría lugar a las nueve y media. Me pareció que era demasiado temprano, pero lo atribuí al nuevo horario de guerra, bajo el cual todo se hacía con mayor celeridad. Entonces sonó el timbre de la puerta. Era el propietario de una empresa de sillas de ruedas; comenzó a explicarme que, como ya le había dicho antes a mi madre, no disponían de un hombre que pudiera llevarla a la iglesia, pues debido a la guerra estaban muy limitados de personal; en efecto, el único empleado que les quedaba debía llevar la silla de la condesa tal y tal a la iglesia parroquial situada a una distancia de dos kilómetros en dirección contraria. Por un momento pensé que se trataba de una idea generosa de mi madre, quien, pensando que seguramente me encontraría mal, creía que no podría llegar a pie a la iglesia situada a unos seiscientos metros de casa. Olvidé la gota de mi padre, así como el pasaje de Herodoto donde dos hijos devotos se uncen a una carreta de bueyes para llevar a su madre, la sacerdotisa, al templo, y que Solón, en una

conversación con el rey Creso, consideró extrañamente como el símbolo de la felicidad suprema.

Cuando comprendí lo que me esperaba no pude más que echarme a reír. Entonces bajó mi madre, con su libro de oraciones, su velo y su expresión profundamente religiosa; y no fui capaz de arruinarle el día.

Empujé aquel absurdo vehículo sin decir una palabra; apareció mi padre con sombrero de copa, sus polainas más elegantes y se instaló en él; y emprendimos la marcha. Aquella silla necesitaba aceite; una de las ruedas se desviaba constantemente. Había que subir una colina de una altura considerable para llegar a la iglesia; la subida fue de cualquier manera más fácil que el regreso. A eso de las diez y media el servicio no parecía desarrollarse con la rapidez debida, y comencé a aburrirme de una manera atroz, ansiando salir para… bueno, ansiando simplemente salir.

Le murmuré a mi madre:

—¿Terminará pronto?

—Querido —me respondió—, ¿no te dijo tu padre que se trataba de una ceremonia de tres horas? Como no lo pudiste traer al servicio de primera hora, ahora debe permanecer hasta el final para recibir la Sagrada Comunión.

Así que tuve que quedarme y entretanto intenté componer epigramas latinos, que en aquellos días constituyeron mi manera de matar el tiempo; durante la presentación de armas, por ejemplo, o en la silla del dentista, o por la noche en las trincheras, o en los momentos de calma. Compuse un maligno epigrama sobre aquel robusto joven sacerdote. Los únicos varones de la congregación éramos él, yo, mi padre, el bedel y un anciano con una mano paralizada, sentado delante de mí; el resto lo constituían sesenta o setenta mujeres. Traté de recordar si la *i* de *clericus* era corta o larga, pero no lo logré; de cualquier modo no importaba, porque podía hacer dos versiones que respondían a las exigencias rítmicas de ambos casos:

O si bracchipotens qui fulminat ore clericus…

y:

O si bracchipotens clericus qui fulminat ore…[13]

Porque en aquel momento pronunciaba un sermón sobre el Sacrificio Divino, y se explayaba sobre los gloriosos hechos de nuestros hijos y hermanos en Francia. Decidí preguntarle cuando terminara el servicio por qué, si pensaba de esa manera, no iba a Francia y se vestía de caqui.

Para complacer a mi madre recibí el Sacramento, aunque no me encontraba en absoluto en el estado de resignación espiritual que ello requiere. Ahí termina la historia, salvo que al salir de la iglesia fui presentado a los nuevos amigos de mi familia:

—Su padre nos ha mostrado las cartas tan interesantes que le ha enviado desde las trincheras. Dígame…, etc., etc. El regreso fue detestable. Mi madre tuvo que ayudarme a empujar la silla hasta la cima de la colina; mi padre había cogido su libro de oraciones, y yo sudaba como un toro.

Al día siguiente fui primero al dentista y luego al Hospital Militar Milbank de Londres, donde un cirujano del ejército me operó gratuitamente la nariz. En época de paz la operación me hubiera costado sesenta guineas, y otras veinte guineas el hospital. Pero, por otra parte, hubiese podido elegir al especialista; el que me operó, lo hizo con negligencia y hoy día aún no puedo respirar correctamente por una fosa nasal.

Después de una estancia en el hospital, fui a Harlech y caminé por las colinas. Le compré una cabaña de dos habitaciones a mi madre, que había adquirido considerables propiedades en Harlech. Lo hice como un desafío a la guerra: para tener algo en qué pensar cuando los cañones cesaran de disparar. Siempre que pensábamos en el fin de la guerra era con la expresión «cuando los cañones cesen de disparar». Pinté de blanco la casita, que quedaba algo alejada del pueblo, y la amueblé con una mesa, una silla, una cama, unos cuantos platos y utensilios de cocina. Había decidido vivir algún día allí y alimentarme de pan y manteca, tocino y huevos, lechugas durante la estación, col y café, y escribir poesía. Mi gratificación militar me permitiría vivir por lo menos uno o dos años. Después de abrir una gran ventana que me permitía contemplar los bosques y el mar, escribí dos o tres poemas como un avance de la buena vida que allí me esperaba. Pero después tuve que destruirlos.

Más tarde, en Londres, mi padre me llevó a una comida de la Honorable Sociedad Cymmrodorion, un club literario gales, donde Lloyd George, entonces secretario de guerra, y W. M. Hughes, el primer ministro australiano, fueron los oradores. Hughes era desenvuelto, seco y directo; Lloyd George pronunció un discurso retórico sobre las «Glorias de las colinas de Gales». El poder de su retórica me asombró. El tema de su discurso podía ser banal, fútil y falso, pero tuve que luchar duramente para no dejarme llevar por el entusiasmo que embargaba al resto del público. Extraía el poder de sus auditores y luego se lo volvía a transmitir. Más tarde mi padre me presentó a Lloyd George, y cuando lo miré atentamente a los ojos vi que parecían los de un sonambulo.

Me incorporé al Tercer Batallón en Litherland, cerca de Liverpool. En cuanto el Tercer Batallón abandonó Wrexham, se había instalado en Liverpool como parte de las fuerzas de defensa de Mersey. Los oficiales superiores, con gran generosidad, no me impusieron ninguna misión que no quisiera desempeñar, y allí volví a encontrar a tres de mis camaradas de Wrexham, que habían sido gravemente heridos (todos ellos, por una coincidencia, en la cadera izquierda) y que creían haberse librado de la

guerra: Frank Jones-Bateman y el «padre» Watkin, que habían estado conmigo en el Regimiento Galés, y el mayor Aubrey Attwater, que estuvo en el Segundo Batallón a comienzos de 1915, y había resultado gravemente herido durante una de las operaciones de patrulla. Attwater salió de Cambridge al principio de la guerra y se le conocía como *Cerebro* en el batallón. Los mayores, casi todos señores rurales con propiedades en Gales, y cuyos únicos pensamientos en tiempos de paz se centraban en la caza, la pesca y la administración de sus tierras, disfrutaban con la charla instructiva de Attwater mientras bebían oporto en la cantina. Cuando el sargento Malley, el sargento despensero, preguntaba si servía un licor suave o fuerte, los viejos mayores se dirigían a Attwater:

—Ahora, Cerebro, háblenos de Shakespeare. ¿Es cierto que fue Bacon quien escribió sus obras?

O bien:

—Bueno, Cerebro, ¿qué piensa usted de ese tal Hilaire Belloc? ¿Sabe realmente cuándo va a acabar la guerra?

Attwater aceptaba humorísticamente su situación de enciclopedia y almanaque. El sargento Malley, otro amigo a quien siempre me agradaba ver, podía hacer caber más vino en un vaso que ningún otro cantinero del mundo: llenaba las copas hasta el borde sin derramar jamás una gota.

El miércoles por la noche, la cantina se reservaba a los invitados. El coronel exigía que los oficiales casados, que por lo general cenaban en casa, recibieran esa noche. La banda tocaba música de Gilbert y Sullivan detrás de una cortina. Durante los intervalos, el arpista del regimiento ejecutaba solos, melodías galesas que extraía de manera incierta de una pequeña arpa. Más tarde, al director de la banda lo invitaban a la mesa de los oficiales de alto rango a beber el vaso reglamentario de licor. Cuando él y los oficiales jóvenes se retiraban, el oporto comenzaba a circular, y la conversación, al principio muy formal, se hacía libre e íntima. Recuerdo que en cierta ocasión, un viejo mayor dijo de manera axiomática que todos los deportistas habían cometido en un momento u otro del deporte alguna infracción. Cuando se le retó a demostrar el fundamento de aquella afirmación, él, a su vez, interrogó a sus vecinos, exigiendo que, por su honor, dijesen la verdad.

Uno de ellos, ruborizándose, admitió que en una ocasión había cazado dos días antes de que terminara la veda:

—Debía embarcarme al día siguiente —dijo—, para incorporarme a mi batallón acantonado en la India, y aquélla era mi última oportunidad.

Otro dijo que en sus tiempos de estudiante, pero siendo ya lo suficientemente adulto como para saber lo que hacía, había arrojado una piedra contra un faisán echado en el suelo. Otro había salido con un cazador furtivo —en sus días de Sandhurst— y arrojó veneno en una corriente de truchas. Una confesión aún más escandalosa fue lo que hizo un mayor del Nuevo Ejército, un terrateniente. Un año proliferaron en sus propiedades las zorras, el cuartel de cazadores se hallaba situado a

unos cuarenta y cinco kilómetros de distancia, y permitió a su administrador proteger los gallineros con una escopeta. Luego le llegó el turno al médico militar, que dijo:

—Bueno, cuando era estudiante en St. Andrews, un amigo me pidió que apostara diez chelines por él a un caballo que corría en Lincolnshire. No encontré a tiempo al encargado de las apuestas. El caballo perdió, pero nunca devolví los diez chelines. En ese momento, uno de los huéspedes, un oficial de los Fronterizos Escoceses del Rey, se puso de pie terriblemente excitado, se inclinó sobre la mesa, apoyó en ella los puños y dijo:

—¿Y no se llamaba acaso Strathspey aquel caballo? Págame inmediatamente mis diez chelines.

Sólo el campo de tiro separaba nuestro campamento de la fábrica de Brotherton, donde se producía un explosivo especialmente delicado. Los trabajadores de la fábrica tenían los rostros y las manos permanentemente amarillos. Ganaban salarios proporcionalmente elevados. Attwater acostumbraba a discutir a veces en la cantina que podía ocurrir en el caso de que Brotherton volara. Casi todos estábamos convencidos de que eso significaría la muerte de los tres mil soldados de nuestro campamento, además de la destrucción de Litherland y de gran parre de Bootle. Attwater sostenía que la proximidad del campamento sería su salvación; que la onda expansiva pasaría por encima y que alcanzaría en cambio a un campamento de municiones situado a mil quinientos metros de distancia, el cual seguramente también estallaría. Un sábado por la tarde, Attwater salió de la cantina y vio una columna de humo que salía de Brotherton. Parte de la fábrica estaba en llamas. Inmediatamente envió a la brigada contra incendios, que logró apagar el fuego antes de que éste llegara a un centro vital; de tal manera que la discusión nunca se resolvió en favor de nadie.

En las barracas se hablaba tanto galés como inglés; la Iglesia disidente había puesto a todos sus hombres a disposición de Lloyd George. Una comisión de soldados de Harlech y de sus alrededores se presentó ante mí una mañana y me dijo solemnemente:

—Capitán Graves, señor, no estamos contentos con nuestro sargento. Lanza blasfemias y juramentos, bebe, fuma, y además es un hombre de baja extracción.

Les dije que me hicieran su queja en la debida forma, escoltados por un suboficial. No volvieron a presentarse ante mí.

Una delegación de ministros galeses disidentes se dirigió a Attwater para quejarse del lenguaje blasfemo usado por los suboficiales. Attwater estuvo de acuerdo en que blasfemar durante los ejercicios iba en contra de los reglamentos militares; pero les llamó la atención a los ministros sobre el hecho de que las contravenciones al reglamento se habían elevado en un doscientos por ciento desde que sus inocentes rebaños habían llegado a Litherland para recibir entrenamiento militar.

Permanecí sólo unas cuantas semanas en Litherland. El 1 de julio de 1916 comenzó la ofensiva del Somme, y todos los soldados y oficiales disponibles debían

ir a reemplazar las bajas. Yo tuve el placer de ir al frente en una locomotora, y ayudar al maquinista francés a manejarla, con lo cual cumplía un sueño infantil; pero me decepcionó amargamente saber que había sido incorporado al Segundo Batallón y no al Primero.

El Primer Batallón se hallaba apostado en las trincheras de Givenchy, del otro lado del canal situado junto a las ladrilleras de Cuinchy. Llegué el 5 de julio, y me encontré con que el combate ya había comenzado. Los prisioneros marchaban por la trinchera con aire atemorizado, conversando entre sí. Eran sajones, recién incorporados a su división después de un descanso en Alemania; llevaban uniformes nuevos, y paquetes llenos de cosas tentadoras. Un prisionero recibió un severo sermón de un sargento de la Compañía C, un soldado de Birmingham, escandalizado ante un paquete de fotografías obscenas que se encontraron en la mochila del alemán.

Se trataba de un combate de represalia. Sólo unos cuantos días antes, los alemanes habían explosionado la mina más grande que jamás hubiera explotado en todo el frente occidental. La víctima había sido nuestra Compañía B; la B era proverbialmente desafortunada. El cráter, al que se le dio el nombre de Cráter del Dragón Rojo, en homenaje a las insignias del Regimiento Real Galés, debía de tener unos treinta metros de diámetro. Eran muy pocos los supervivientes de la compañía B. Los alemanes embistieron inmediatamente, aprovechando la confusión que reinaba en las filas de las otras compañías, para tomarlas por sorpresa. Stanway, que había sido el sargento de la compañía durante la retirada, y era ahora mayor, reunió a algunos hombres en un flanco y logró hacer que los alemanes se retiraran. Blair, un comandante de la Compañía B, quedó enterrado hasta el cuello por la explosión de la mina, y permaneció el resto del día bajo un fuego graneado. Aunque era veterano de la guerra de los bóers, sobrevivió a la experiencia, se recuperó de sus heridas, y unos cuantos meses más tarde volvió al batallón.

La incursión que me tocó presenciar era la venganza de Stanway. Él y el coronel *Tibs* Crawshay —el comandante del cuartel que en un principio me había enviado a Francia—, la planearon con todo detalle, con bombas y cortinas de humo a ambos flancos. Nuestros morteros debían disparar sin cesar contra la trinchera de primera línea alemana y las líneas de apoyo. El objetivo era obligar a los alemanes a esconderse desde el primer bombardeo en los refugios a prueba de obuses, dejando sólo a unos cuantos centinelas apostados en las trincheras de tiro, a fin de aparecer cuando los disparos hubieran acabado. En aquel momento la artillería debía intensificar una vez más el fuego y hacer que el enemigo se refugiara de nuevo en el interior de sus trincheras. Después de que esto ocurriera dos o tres veces, tardarían más tiempo en volver a aparecer. Entonces, cubiertos por una cortina de humo, los soldados se lanzarían a la carga, y la artillería dispararía ininterrumpidamente sobre las líneas de apoyo y de reserva para evitar cualquier refuerzo del frente.

Mi única participación en esa acción militar, que fue coronada por el éxito, consistió en hacer un informe detallado de ella por petición de Crawshay, no el

informe para el Cuartel General de la división, sino una página de historia que debía enviarse al cuartel del regimiento para colocarse en los anales del mismo. Observé que por primera vez desde el siglo XVIII el regimiento había vuelto a usar la pica. En vez de rifles y bayonetas, algunos de los soldados que se lanzaron a la carga llevaban cuchillos de cocina, atados con esparadrapo y cuerdas al extremo de un palo de escoba. Esta pica, un arma más ligera que el rifle y la bayoneta, era un añadido útil a las granadas y los revólveres.

Un periodista, oficial del Cuartel General, escribió también un informe sobre nuestra maniobra. Los soldados del batallón disfrutaron al leer que habían saltado sobre las trincheras gritando: «¡Recordad a Kitchener!», y «¡Vengaremos al *Lusitania*!».

—¡Qué estupidez hubiera sido gritar semejantes cosas! dijo alguien. —El viejo Kitchener estaba muy bien como figura representativa, pero nadie querría verlo volver, por lo que he oído, al Ministerio de la Guerra. Y en lo que se refiere al *Lusitanía*, los alemanes ya habían prevenido a los yanquis; y si el hundimiento de aquél iba a hacer a estos entrar en la guerra, tanto mejor.

Pocos oficiales del Segundo Batallón habían estado en él cuando yo lo dejé después de Loos; y ninguno —excepto el sargento mayor Yates, y Robertson, ya capitán (aunque muerto poco después)—, recordaba la cantina del batallón de Lavantie Yo esperaba una acogida más amistosa que la de mi primera llegada. Sin embargo, como registra en su diario (según tengo entendido) el doctor del batallón, Dunn: «Graves fue recibido glacialmente, lo que me sorprendió». La razón era sencilla. Uno de los oficiales incorporados al Tercer Batallón en agosto de 1914 había sido enviado a Francia poco antes que yo, por ser más eficiente, y había llegado a consolidar un grado de oficial, lo que satisfacía sus ambiciones. Pero no había pasado del rango de subteniente, y los celos ante mis dos estrellas extras le amargaban la vida. En una ocasión en que hizo un comentario desagradable en público sobre los «capitales que quemaban etapas», me abstuve de arrestarlo como debí hacer, y en cambio le cité unos versos consoladores:

Es orgullo profundo, no incapacidad
Lo que impide que mis alas se eleven.
La mañana y el crepúsculo
Tienen sólo una estrella que mostrar.

Hasta entonces no nos habíamos visto en Francia, y de una manera ajena a toda ética, revivió la sospecha que mi nombre alemán había despertado en un principio en Wrexham. Como resultado de ello, me vi tratado con gran reserva por todos los oficiales que no me habían conocido antes en las trincheras. Para mi desdicha, el más notable espía alemán atrapado en Inglaterra se llamaba Carl Graves. Mi enemigo había hecho correr la voz de que Carl y yo éramos hermanos. Yo me consolaba

pensando que, por lo visto, pronto habría una batalla que pondría fin a esas sospechas. «A menos que un suboficial no haya recibido órdenes de dispararme ante la menor apariencia de traición». Se sabía que tales cosas podían ocurrir.

En verdad, aunque yo no tenía ningún trato con los alemanes mi madre y sus hermanas en Alemania mantenían una correspondencia irregular por medio de mi tía Clara von Haber du Faur, cuyo marido era cónsul general en Zúrich. De esa manera llevaban un registro de las muertes de los familiares, y se hacían referencias discretas a los servicios militares de los supervivientes. Mis tías escribían siguiendo la consignas que el gobierno alemán había impartido a todos aquéllos que tuvieran familiares o amigos en el extranjero, y presentaban a su país como la parte inocente de una guerra tramada por Francia y Rusia. Mi madre, firmemente convencida de la causa aliada, escribía diciéndoles que estaban equivocadas, pero que sin embargo las perdonaba.

Los oficiales del batallón, a quienes prefería fuera de Robertson, eran el coronel Crawshay y el doctor Dunn, un escocés tenaz que había sido soldado de caballería en la guerra de los bóers, y había obtenido la Medalla por Conducta Distinguida. En nuestro regimiento era mucho más que un doctor; vivía en el Cuartel General del batallón y había sido el brazo derecho de tres o cuatro coroneles sucesivamente. Todo aquél que por alguna circunstancia no seguía sus consejos lo lamentaba después. En una ocasión, en las operaciones militares de agosto de 1917, un obús estalló en medio del Cuartel General donde estaba reunido el Estado Mayor y mató al coronel, al capitán y al oficial de transmisiones. Dunn no dudó un solo instante en convertirse en oficial combatiente temporal del Real Galés, descargando sus deberes de médico en el sargento de camilleros. Los soldados tenían por él un respeto inmenso.

20

Cuatro días después de nuestra invasión en las trincheras enemigas, pasamos por Béthune, por esas fechas bastante destruida y prácticamente abandonada, llegamos a Fouquiéres, y allí cogimos el tren para el Somme. La estación del Somme se hallaba cerca de Amiens; allí seguimos nuestra ruta haciendo escala en Cardonette, Daours y Buire, hasta llegar, la tarde del 14 de julio, a la línea del frente, muy cerca del lugar donde habían muerto Thomas, Richardson y Pritchard. El combate se había desplazado cinco kilómetros. El día 15 de julio atravesamos el camino que va de Méaulte a Fricourt y Bazentin, en el llamado «valle feliz» y llegamos al campo de batalla donde se habían desarrollado los últimos combates. Los heridos y los prisioneros desfilaban delante de nosotros en la penumbra. Me anonadó el espectáculo de los caballos y mulas muertos; los cadáveres humanos me parecían algo normal, en cambio resultaba innoble meter a los animales en una guerra como ésa. Marchábamos por pelotones, a cincuenta metros de distancia unos de otros. Precisamente detrás de Fricourt un bombardeo alemán había imposibilitado el cambio, de modo que tuvimos que abandonarlo y caminamos por un terreno lleno de cráteres producidos por las bombas, hasta las ocho de la mañana, hora en que llegamos a los linderos del bosque de Mametz, a reunimos con los muertos de nuestros batallones incorporados al Nuevo Ejército, que habían contribuido a capturarlo. Allí nos detuvimos en medio de una niebla. Los alemanes habían usado gases lacrimógenos, y la niebla retenía los vapores en el aire, lo que nos producía una tos constante. Intentamos fumar, pero nuestros cigarrillos sabían a gas, de manera que los tuvimos que tirar. Más tarde, nos maldijimos por imbéciles, porque era nuestra garganta, y no los cigarrillos, lo que estaba afectado por el gas.

Cuando aclaró la niebla vimos un fusil alemán con una inscripción en tiza: «Primer Batallón de los Fusileros Reales Galeses», evidentemente un trofeo. Me pregunté qué habría podido ocurrir con Siegfried y mis amigos de la Compañía A. Poco después encontramos al batallón acampado; Siegfried vivía aún, así como también Edmund Dadd, y otros dos oficiales de la Compañía A. El batallón había participado en combates muy duros: en su primer ataque a Fricourt habían derrotado al Vigésimo tercer Regimiento de Infantería Alemán, enviado a las trincheras de primera fila como medida disciplinaria después de que un oficial del Estado Mayor en función de inspector había descubierto a todos los oficiales de ese regimiento escondidos en un remoto refugio en el pueblo de Mametz, en vez de estar en las

trincheras con sus soldados. (Edmund Dadd me dijo que durante el mal tiempo de marzo no había soldados alemanes en las trincheras opuestas a nosotros que tuvieran una graduación superior a la de cabo). El siguiente objetivo del batallón había sido «El Cuadrángulo», un pequeño bosquecillo antes del bosque de Mametz, donde Siegfried se distinguió al apoderarse solo de un frente que el Regimiento Real Irlandés no había logrado capturar el día anterior. Se había acercado armado con granadas a la luz del día, cubierto por el fuego de un par de rifles, y había hecho huir a los ocupantes de la trinchera. Una hazaña inútil, ya que en vez de hacer señales para pedir refuerzos, se sentó en la trinchera alemana y comenzó a leer un libro de poemas que había traído consigo. Cuando al fin volvió, ni siquiera presentó un informe sobre el hecho. El coronel Stockwell, que comandaba el batallón, se enfureció con él. Se había retrasado dos horas el ataque al bosque de Mametz porque las patrullas inglesas no habían formado aún sobre la situación. Las «patrullas inglesas» eran Siegfried y su libro de poemas.

—Hubiera podido obtener para usted la Medalla por Conducta Distinguida si hubiese tenido un poco más de sentido común —le gritó Stockwell con furia. Siegfried había estado realizando hechos heroicos desde que yo había dejado el batallón. En la Séptima División era conocido con el mote de el loco Jack. Ganó una cruz militar por haber salvado a un cabo herido, rescatándolo de un cráter de obús muy cerca de las líneas alemanas, bajo un fuego nutrido. No pude verlo en esa ocasión, porque lo habían enviado con la brigada de transportes a descansar. Pero le mandé, por medio de uno de nuestros soldados de la brigada de transportes, una carta rimada sobre los buenos ratos que pasaríamos juntos cuando terminara la guerra; después de unas vacaciones en Harlech, emprenderíamos un viaje al Cáucaso y a Persia y a China. Escribiríamos espléndidos poemas. Era la respuesta a una carta rimada que me había enviado desde la Escuela Militar de Flixécourt, unas cuantas semanas antes (apareció en *El viejo cazador*).

Salí a dar un paseo con Edmund Dadd, que detentaba el mando de la Compañía A.

—No es justo, Robert —comenzó a decir en tono quejumbroso—. ¿Recuerdas que en la época de Richardson la Compañía A era siempre la mejor del batallón? Bueno, ha logrado mantener su reputación y en cada combate nos toca realizar la parte más difícil. Tomamos los objetivos que nos ordenan y sabemos conservarlos, y se espera que siempre tengamos el mismo éxito. Lo peor es que Stockpot me considera indispensable; y me hace participar cada vez que se presenta la ocasión, en vez de darme un descanso y dejar que algún otro oficial tome el mando. Hemos librado cinco batallas en poco más de quince días, y no puedo seguir teniendo la misma suerte siempre. Stockpot por lo visto se propone obtener su nombramiento para la Orden del Baño, y se lo está asegurando gracias a los esfuerzos de la Compañía A.

Los dos días siguientes permanecimos acampados en los alrededores del bosque de Mametz. Llevábamos puestos los uniformes de combate y por las noches teníamos frío, de manera que un día me interné en el bosque en busca de tabardos alemana que pudiésemos usar como mantas. El bosque estaba lleno de cadáveres gigantescos de soldados alemanes y de pequeños ca dáveres de soldados pertenecientes a los batallones del Nuevo Ejército, al Real Galés y a los fronterizos del sur de Gales. No había un solo árbol que no estuviera desgajado. Recogí los tabardos, y regresé lo más rápidamente que pude, abriéndome paso a través de las frondas caídas. Hice el viaje de ida y el de regreso por la única ruta posible, pasé junto al cadáver hinchado y fétido de un alemán con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Llevaba gafas. Tenía la cara verduzca y el cabello cortado casi al rape; unos coágulos de sangre negra le manchaban la nariz y la barba. Pasé al lado de otros dos cadáveres inolvidables: un soldado de los fronterizos del sur de Gales y otro del Regimiento Lehr, que habían logrado clavarse las bayonetas a la vez el uno al otro. Un superviviente de la batalla me dijo después que había visto a un joven soldado de la Decimocuarta Brigada del Real Galés emplear la bayoneta contra un soldado alemán como si estuviera haciendo prácticas en el cuartel, y exclamando automáticamente: «¡Adelante, atrás, en guardia!».

Yo seguía siendo supersticioso y la idea de coger botín o de coleccionar objetos me desagradaba.

—Estos abrigos son sólo un préstamo —me dije a mí mismo. Nuestra brigada, la Decimonovena, era la brigada de reserva de la Trigésimo tercera División. Las otras brigadas, la Noventa y nueve y la Cien, habían atacado Martinpuich dos días antes, pero habían tenido que detenerse, con graves pérdidas, casi al inicio del ataque. Nos dejaron solos en los cráteres cuidando nuestra artillería pesada, los cañones alineados uno junto a otro. El día 18, avanzamos hasta una posición algo más al norte de Bazentin-le-Petit, y relevamos al Irlandés de Tyneside. Fui adscrito a la Compañía D. Nuestro guía irlandés estaba histérico y había perdido el rumbo; lo arrestamos y encontramos la ruta por nuestros propios medios. Al cruzar las ruinas de Bazentin-le-Petit nos bombardearon con gases. En lo referente a las bombas de gas teníamos órdenes de no preocuparnos por las mascarillas, y seguir adelante. Hasta ese momento, todas las que nos habían arrojado habían sido bombas lacrimógenas; aquéllas fueron las primeras bombas de gases mortales que se disparaban durante la operación, de modo que perdimos una docena de soldados.

Cuando por fin la Compañía D llegó a las trincheras, cavadas junto a la carretera y de una profundidad no mayor de un metro, la maltrecha Compañía de Tyneside a la que remplazábamos se apresuró a retirarse sin ninguna de las formalidades acostumbradas. Les pregunté a los oficiales dónde estaban los alemanes. Uno me respondió que no lo sabía, pero señaló vagamente hacia Martinpuich, a un kilómetro y medio de nuestro frente. Le pregunté después quién custodiaba el flanco izquierdo y a qué distancia se encontraban. Tampoco lo sabían. Maldije su alma mientras se

retiraba. En cuanto contactamos con la Compañía C, que se hallaba detrás de nosotros a la derecha, y con el Cuarto de Suffolks, cincuenta metros a nuestra izquierda, comenzamos a cavar las trincheras y logramos localizar al fin a los alemanes. Su red de trincheras se extendía a unos quinientos metros de nuestra primera línea y al parecer estaban tranquilos.

Al día siguiente, a la hora de comer, comenzó un intenso bombardeo: los obuses cayeron unos cinco metros detrás de nuestra trinchera sin llegar a tocarla. Mi taza de té se volcó tres veces debido a las explosiones, y quedó llena de tierra. Yo estaba de muy buen humor, y hasta reía. Un paquete de arenques ahumados enviado por mis padres me parecía bastante más importante que cualquier bombardeo. Recordé gratamente una de las frases favoritas de mi madre:

—Niños, recuerden esto cuando coman arenques: los arenques son baratos, pero aunque costaran cada uno cien guineas, siempre habría millonarios dispuestos a pagarlas con placer.

Una amedrentada cotorra se había refugiado en nuestra trinchera; al parecer pertenecía a los alemanes expulsados de la población por los Highlanders de Gordon un día o dos antes. Tenía el plumaje muy maltratado.

—Es un animal de mal agüero —dije.

Los hombres juraban que había hecho comentarios en alemán al unirse a nosotros y hablaban de retorcerle el cuello.

Estaba de descanso, y me dormí en la trinchera sin esperar a que terminara el bombardeo. Lo mismo daba morir dormido que despierto. Por supuesto, no había refugios. Yo podía dormir fácilmente durante los bombardeos, aunque tenía una vaga conciencia del ruido. Sin embargo si alguien me despertaba para hacer una guardia o gritaba «¡Presenten armas!», me ponía de pie al instante. Podía dormir sentado, de pie, mientras marchaba, tendido en un suelo de piedra, o en cualquier otra posición, en cualquier instante, de día o de noche. Pero en aquella ocasión tuve una terrible pesadilla: alguien me tocaba en la oscuridad, buscaba el sitio propicio para introducirme un puñal. Finalmente me hería a la altura de los riñones. Desperté con un alarido, asiendo la mano del asesino… y descubrí que había matado una rata que, aterrorizada por las bombas, se había introducido por mi cuello.

Esa tarde la compañía recibió la orden de construir dos contrafuertes cruciformes en los puntos indicados en el mapa. Moodie, el comandante de la compañía, y yo miramos nuestros mapas y nos echamos a reír. Moodie envió un mensaje diciendo que le agradaría obedecer la orden, pero que para hacerlo necesitaría primero un bombardeo de la artillería pesada y refuerzos considerables; porque los puntos elegidos, a medio camino de Martinpuich, estaban ocupados por el enemigo. Llegó el coronel Crawshay y comprobó nuestro aserto. Nos dijo que construyéramos los puntos fuertes unos trescientos metros delante de la línea del frente y a una distancia de doscientos metros uno de otro. Así que un pelotón permaneció detrás en la trinchera, y los otros salieron y comenzaron a cavar. Un contrafuerte cruciforme

consiste en dos trincheras de unos treinta metros de extensión cada una, que se cruzan en el centro en ángulo recto; rodeado Por otras partes de alambres, a lo que más se parece, visto en diagrama, es a uno de esos bizcochos en forma de cruz que se hacen en semana santa. Los defensores pueden concentrar todo el fuego sobre el enemigo desde cualquier dirección de donde proceda el ataque. Debíamos mantener esos puntos con una ametralladora y un pelotón de soldados en cada una.

Esa noche hice mi primera guardia y visité periódicamente ambos contrafuertes. Para acercarme al que se encontraba a derecha, debía caminar por la carretera que comunica Bazentin con los bosques de Freux y atravesar un espacio muy claro, ya que había una luna brillante. El cadáver de un sargento alemán yacía en posición supina, con los brazos abiertos. Llevaba un paquete y todo su equipo consigo. Era un hombre de baja estatura, robusto, con una abundante barba negra. Necesité echar mano de un sortilegio para lograr alejarme de aquella figura siniestra. El modo más simple que se me ocurrió fue el de santiguarme. Evidentemente, una brigada de la Séptima División había tomado el camino que los alemanes bombardeaban incesantemente. Los defensores, los Gordon Highlanders, que habían comenzado a cavar posiciones para disparar, en la ribera norte, frente a los alemanes, habían tenido, por lo visto, que interrumpir el fuego aquella noche debido a un contraataque. Los hombres heridos se habían arrastrado hasta algunos de aquellos agujeros, habían metido en ellos la cabeza y los brazos y habían muerto allí. Como si trataran de huir del hombre de la barba negra.

En mi visita al segundo contrafuerte, descubrí que la trinchera tenía ya casi un metro de profundidad. Un equipo de los Ingenieros Reales aguardaba con rollos de alambre de púas para iniciar el cerco. Pero el trabajo se detuvo. Se oyó un murmullo por todo el lugar:

—Cojan inmediatamente los rifles. ¡Llegan los *fritz*!

Me tendí en el suelo, para ver mejor, y a unos setenta metros de distancia pude ver, a la luz de la luna, a un abigarrado grupo de figuras. Detuve a los hombres que ansiaban disparar, y envíe a un mensajero al Cuartel General de la compañía; debía pedirle a Moodie una ametralladora Lewis y un rifle de bengalas. Las necesitábamos con urgencia. Dije:

—Es posible que no sepan que estamos aquí; los podremos coger mejor si dejamos que se acerquen un poco más. Es posible que hasta lleguen a rendirse.

Aquellos soldados parecían andar sin rumbo fijo; nos pre guntábamos a qué se debería. Muchos alemanes se rendían últimámente por las noches, y aquel espectáculo podía ser el de una rendición a gran escala. Entonces llegó Moodie con la ametralladora Lewis, la pistola de bengala, y unos cuantos hombres con rifles y granadas. Decidimos darle al enemigo una oportunidad y para ello lanzamos una bengala y les disparamos con la ametralladora en la cabeza. El alto oficial que se acercó corriendo hacia nosotros, con las manos en actitud de rendición, pareció sorprenderse al descubrir que no éramos alemanes. Decía pertenecer al Batallón de

los Internados de nuestra propia brigada. Cuando se le preguntó qué diablos estaba haciendo, explicó que tenía a su mando a una patrulla. Moodie lo había enviado con algunos de sus soldados para comprobar que no era una trampa. La patrulla constaba de cincuenta soldados, que vagaban sin objeto entre las líneas, con el fusil en bandolera y, al parecer, sin la más remota idea de dónde estaban, o de qué información debían proporcionar. Aquel Batallón de los Internados era uno de los cuatro o cinco de la misma clase que se formaron en 1914. Su entrenamiento había estado interrumpido continuamente por el envío constante de soldados a otros regimientos. Los pocos soldados con que contaba parecían incompetentes para realizar cualquier tarea de cierta responsabilidad; ni siquiera para ser buenos soldados. Los demás batallones permanecieron en Inglaterra con los cuerpos de entrenamiento; sólo al que teníamos delante se le envió a Francia y demostró ser una calamidad constante para nuestra brigada.

Esa noche recogí un *souvenir*; un tiro de caballos alemanes que arrastraban un cañón habían sido bombardeados mientras galopaban de Bazentin a Martinpuich. Los caballos y el conductor yacían muertos a un lado del camino. Entre ellos se encontraban los tesoros de los artilleros; recogí un trozo de pizarra envuelta en una servilleta de tela, inscrita y decorada de colores con los lemas militares, las banderas de las potencias aliadas de Alemania, y los hombres de las batallas en que el artillero había Participado. Envié aquella pieza al Cuartel General como regalo para el doctor Dunn. Tanto el doctor como el trofeo sobrevivieron a la guerra; actualmente, él ejerce de nuevo su profesión en Glasgow, y el trozo de pizarra reposa en una caja de cristal en su consultorio.

La noche siguiente, el 19 de julio, llegaron relevos y se nos informó que atacaríamos el Gran Bosque, que podíamos ver a unos mil metros en la cima de la colina situada a nuestra derecha. El Gran Bosque, que los franceses denominaban bosque de los fresnos, formaba parte de la principal línea de batalla alemana, que seguía la ladera de la colina hasta el bosque de Delville que, no lejos de allí, protegía el ala izquierda alemana. Dos brigadas inglesas habían intentado apoderarse del lugar; en ambos casos un contraataque los había vuelto a expulsar. El Real Galés había sufrido tal cantidad de bajas que sus efectivos se reducían a cuatrocientos hombres, incluyendo brigadas de transporte, camilleros, cocineros y otros no combatientes. Yo tomé el mando de la Compañía B.

Conservo aún una de las consignas que el batallón recibió a medianoche.

Al comandante de la Compañía N. 20. R. F. G., 20 de julio de 1916.

Compañías	deberán	avanzar	manera	siguiente
hacia	mismas	posiciones	en	S14b
Comenzarán	a	actuar	después	de
ser	relevadas	por	Cameronians	Punto
	Compañía A.	12.30 h		
	Compañía B	12.45 h.		

	Compañía C	13 h.		
	Compañía D	13.15 h.	Punto	
	A	14 h.	Comandantes	Compañías
deberán	encontrar	superiores	en	X
caminos	S14b 99	Punto		
soldados	deberán	tirarse	suelo	y
buscar	refugio	necesario	pero	equipo
no	deberá	dejarse	nunca	abandonado
Punto.				

S14b 99 era en nuestros mapas la referencia al cementerio de Bazentin. Nos dirigimos allí por el cauce seco de un arroyo hasta llegar a unos ochocientos metros del bosque. Estuve presente en la reunión de comandantes de la compañía. El coronel Crawshay nos explicó su plan:

—Miren, muchachos —dijo—, nuestra misión será reforzar este ataque. Los del Camerons y el Quinto de Rifles Escoceses serán los primeros en llegar al bosque. Eso ocurrirá a las 5 a. m. El Batallón de los Internados será enviado como refuerzo si las cosas se ponen feas. No sé si se nos llamará. En caso de que así sea, eso querrá decir que los escoceses han sido derrotados, como de costumbre. —Aquel añadido final encarnaba nuestros prejuicios contra los escoceses—. El Batallón de los Internados es… bueno, ustedes saben muy bien lo que es; de manera que si nos llaman, será para nosotros el fin.

Dijo esas últimas palabras con una sonrisa, y todos nos echamos a reír.

Estábamos sentados en el suelo, protegidos por el talud de un camino; un cañón comenzó a disparar por encima de nosotros a unos veinte metros de distancia. Había una gran concentración de artillería en el valle Feliz. Apenas podíamos oír las palabras del coronel, pero comprendíamos que en caso de que recibiéramos la orden de atacar, debíamos desplazarnos por secciones. Una vez en el bosque teníamos que resistir a cualquier precio. Luego se despidió y nos deseó buena suerte, y nosotros nos reunimos con nuestras compañías.

En ese momento crítico llegó el mensaje inoportuno que la división nunca dejaba de enviar en esas ocasiones. Sabíamos ya que la división era capaz de mandarnos un mensaje recordándonos que no dejáramos que los atomizadores Vermorel se oxidasen, o prohibiéndonos tener perros en las trincheras, o pidiéndonos un trato más cortés para con nuestros aliados, o alguna otra trivialidad por el estilo, precisamente cuando un combate iba a estallar. En aquella ocasión recibimos la orden de enviar a un soldado de la Compañía C escoltado por un cabo al puesto de policía de Albert, donde se había establecido una corte marcial. También un sargento de la compañía debía presentarse como testigo en el caso. El soldado había sido acusado de asesinar un mes antes a un civil francés en un *estaminet* de Béthune. Según parece habían consumido una buena cantidad de coñac, y el francés, que guardaba rencor a los ingleses debido a las infidelidades de Su mujer, había comenzado a insultar al soldado. Según decían, aunque a mí me parece poco probable, el francés había dicho:

—*Anglais no bon, Allmand très bon. War fineesh, napoo les Anglais. Allmand win*.

El soldado, en respuesta, había desenvainado su bayoneta y lo había atravesado con ella. En la corte marcial, al soldado lo indultaron; el abogado del francés lo felicitó por haber «castigado con energía el derrotismo local». De manera que él y dos suboficiales estuvieron ausentes durante la batalla.

Me llevó algún tiempo entender qué clase de batalla había sido aquélla. Los escoceses habían penetrado en el bosque, y el Real Galés no fue llamado a apoyar el ataque hasta las once de la mañana. Los alemanes comenzaron a disparar hacia donde nosotros estábamos tendidos, de tal manera que habíamos perdido una tercera parte del batallón antes de que el combate se iniciara. Yo fui uno de los heridos.

Las baterías alemanas nos disparaban con obuses de calibre pesado, tanto que decidimos replegarnos unos cincuenta metros. Cuando lo hacíamos, un obús del veinte cayó a tres pasos de mí. Oí la explosión y tuve la impresión de que me habían asestado un golpe violento enire los omóplatos, pero sin experimentar ningún dolor. Creí que aquella sensación era sólo efecto de la explosión, pero la sangre comenzó a cubrirme los ojos; sentí una gran debilidad, le dije a Moodie que me habían herido y caí al suelo. Uno o dos minutos antes había recibido dos pequeñas heridas en la mano izquierda, exactamente en el mismo punto que las que me hicieron en la derecha durante el bombardeo previo al ataque de Loos. Consideré que aquello era una señal de buena suerte, y repetí en voz baja un verso de Nietzsche, en traducción francesa:

Non, tu ne me peux pas tuer!

Era un poema que trataba de un hombre en la guillotina que contempla al verdugo de barba roja que está frente a él (mi ejemplar de los poemas de Nietzsche, dicho sea de paso, había contribuido a fomentar las sospechas de mis actividades de espionaje. Nietzsche, condenado por la prensa como el filósofo del militarismo alemán, era considerado por el pueblo como una especie de personaje a lo William le Queux, como una figura siniestra que medraba a la sombra del káiser).

Un trozo de metralla se me incrustó en la cadera izquierda, cerca de la pelvis. Gracias a que debía de tener las piernas muy abiertas, pude escapar a la castración. La herida del ojo la produjo un pequeño trozo de mármol, arrancado sin duda de una de las lápidas del cementerio de Bazentin. Ésta y una herida en un dedo, que me destrozó el hueso, fueron probablemente producidas por otra bomba que estalló frente a mí. Pero también una pieza de metralla se me había incrustado unos cinco centímetros más, arriba del omóplato derecho, me había atravesado la caja torácica y salido cinco centímetros por encima de la tetilla derecha.

Mis recuerdos de lo que sucedió entonces son vagos. Según parece, el doctor Dunn atravesó el fuego enemigo a la cabeza de un grupo de camilleros, vendó mis heridas y me condujo al antiguo puesto alemán de socorro al norte del bosque de

Mametz. Recuerdo que me colocaron en una camilla y que le hice un guiño a un camillero que decía:

—¡Todo esto es a cuenta del viejo Gravy, muy bien!

Mi camilla fue depositada en un rincón del puesto de auxilio, donde estuve inconsciente durante más de veinticuatro horas.

A avanzadas horas de la noche, el coronel Crawshay volvió del bosque de los fresnos y visitó el puesto de socorro; me vio tendido en un rincón y le dijeron que estaba desahuciado. A la Mañana siguiente, los soldados que sacaban de allí a los muertos me encontraron aún respirando y me metieron en una ambulancia que me llevó a Heilly, el hospital de campo más cercano. Los saltos que la ambulancia daba al atravesar el valle Feliz, surcado de cráteres de obuses cada tres o cuatro metros, me hicieron despertar. Recuerdo que grité. Pero una vez emprendimos un camino mejor, volví a quedar inconsciente. Esa mañana, Crawshay escribió las cartas formales de condolencia a los parientes más próximos de los seis o siete oficiales que habían muerto en la batalla. Ésta fue la carta que le dirigió a mi madre:

Querida señora Graves:

Lamento mucho tener que escribirle para comunicarle que su hijo pereció a consecuencia de las heridas recibidas. Fue un soldado valiente, su comportamiento era excelente. Para nosotros constituye una gran pérdida.

El estallido de un obús le produjo heridas muy graves; según tengo entendido murió al regresar al campamento. Murió sin sufrir, y nuestro médico le prestó todos los auxilios posibles.

Hemos pasado por duras pruebas, y nuestras bajas han sido numerosas. Sepa que tiene usted todo mi apoyo en este momento de dolor; nosotros hemos perdido a un soldado muy valiente. Por favor, escríbame si puedo serle útil de alguna manera.

Sinceramente,

C. CRAWSHAY, teniente-coronel

Luego hizo la lista oficial de bajas, que fue muy larga, porque no quedaban más que ochenta soldados en el batallón y anotó junto a mi nombre «muerto a consecuencia de heridas». Heilly era un lugar junto a la línea ferroviaria; cerca de la estación estaban las tiendas del hospital con la cruz roja que resaltaba en el techo, para impedir los bombardeos aéreos. El clima de julio hacía que en las tiendas el calor fuese insoportable. Me hallaba semiinconsciente, y sólo me enteraba de la herida en el pulmón debido a las dificultades para respirar. Me divertía ver las burbujitas de sangre de la herida abierta, cual pompas de jabón color escarlata, que mi aliento dejaba escapar. El doctor se acercó a mi cama. Me produjo lástima; parecía no haber dormido en varios días.

Le pregunté:

—¿Puedo beber algo?

—¿Quiere usted un poco de té?

—Pero no con leche condensada —murmuré.

Me dijo, disculpándose:

—Lo siento, pero no tenemos leche fresca.

Lágrimas de desilusión inundaron mis ojos; yo esperaba mucho más de un hospital de la retaguardia.

—¿Quiere beber agua?

—A condición de que no esté hervida.

—Es agua hervida. Y me temo que no podamos darle ninguna bebida alcohólica, en su actual situación.

—¿Tiene algo de fruta?

—No hemos visto fruta aquí desde hace tiempo.

Sin embargo, unos minutos después volvió a aparecer con dos ciruelas verdes. En un murmullo le prometí un huerto de frutales entero cuando lograra recuperarme de las heridas.

Las noches del 22 y del 23 fueron terribles. A primera hora de la mañana del 24, cuando el doctor se presentó a hacer su ronda, le dije:

—Debe usted hacerme salir de aquí. Este calor me matará —en efecto lo sentía martillear contra mi cráneo a través de la lona.

—Olvídelo. La única oportunidad que tiene de salvarse es quedarse aquí sin hacer un solo movimiento. No llegaría vivo a la base.

—Déjeme correr el riesgo. Me pondré bien, ya lo verá.

Volvió media hora más tarde.

—Bueno, será como usted quiere. Acabo de recibir órdenes de evacuar a todos los heridos del hospital. Parece que nuestros hombres han tenido problemas en el bosque de Delville y se espera que lleguen aquí esta noche.

Yo no tenía ningún miedo a morir… me bastaba con haber sido herido honorablemente y poder volver a Inglaterra.

Un brigada mayor, herido en la pierna, que yacía en la cama vecina, me dio noticias de nuestro batallón. Observó mi placa de identidad y me dijo:

—Por lo que veo pertenece usted al Segundo del Real Galés. Vi la batalla del bosque con mis prismáticos. La manera en que avanzó su batallón, en secciones, compañía por compañía, cada sección formada por cuatro o cinco soldados a cincuenta metros de la precedente, para descender al valle y luego volver a subir la pequeña colina, es el ejemplo más bello que he visto en mi vida de maniobras militares. Los oficiales de su compañía deben de ser gente soberbia.

Sin embargo una de las compañías, por lo menos, había maniobrado sin un solo oficial. Cuando le pregunté si habían podido mantener las posiciones en el bosque, me respondió:

—Conservaron el bosque casi hasta el final. Creo que lo que pasó fue que los soldados del Batallón de los Internados regresaron al caer la noche, igual que la

mayoría de los escoceses. Los soldados del Galés se quedaron más o menos solos durante cierto tiempo. Se pusieron a cantar y eso los tranquilizó. Más tarde el capellán, un católico, por supuesto, el padre McCabe, hizo volver a los escoceses. Por ser católicos de Glasgow era más fácil que obedecieran a un sacerdote que a un oficial. Ni los alemanes ni los ingleses lograban apoderarse del centro del bosque… había en él una terrible concentración de artillería. Los árboles quedaron convertidos en madera para cerillas. Esa misma noche, más tarde, una brigada de la Séptima División relevó a los supervivientes, entre los que se incluía al Primer Batallón de ustedes.

Aquella versión no era del todo exacta. Más tarde supe que algunos soldados del Batallón de los Internados, a pesar de no tener oficiales ni suboficiales, mantuvieron sus posiciones en el flanco izquierdo del bosque, y permanecieron en ellas hasta que fueron relevados por una brigada de la Séptima División, veintidós horas más tarde. Tampoco todos los escoceses se habían portado indignamente. La fuga de un gran número de Cameronianos, y su regreso bajo el mando del padre McShane (no McCabe) me fueron confirmados más tarde. El capitán Colbart del Quinto Rifles Escoceses me escribió recientemente:

Atacamos por el flanco derecho; los del Camerons por el izquierdo. Nos apoderamos de nuestros objetivos e hicimos algunos prisioneros. A mediodía no quedaba ningún oficial en el batallón fuera de mí. A eso de las nueve de la mañana las tropas que atacaban a la izquierda tuvieron que retroceder ante un contraataque… según pude ver no trataron de oponer ninguna resistencia. Eran soldados de varias unidades, de los Camerons, Rifles Escoceses y del Batallón de los Internados. La retirada se detuvo a mitad del bosque y la compañía que estaba a la derecha volvió a tomar nuestro objetivo. Yo me había hecho cargo de un contrafuerte que, conforme a órdenes recibidas, habíamos construido en el extremo oriental del bosque, cuando llegó el Real Galés comandado por Moodie atacó en dirección noroeste y ocupó todo el bosque. El coronel Crawshay había instalado su Cuartel General en el extremo sur. Me presente allí, y luego volví a hacerme cargo de mis tropas, ya que los alemanes, apoyados por la artillería pesada, contraatacaron a eso de las cinco de la tarde bajo un intenso bombardeo.

Crawshay informó a la brigada de que había tornado el bosque pero no se responsabilizaba de conservar las posiciones a menos que le enviaran refuerzos inmediatos. En el momento en que llegaron, los alemanes ya habían vuelto a poner el pie en el extremo noroeste del bosque. Nos relevó la Brigada Noventa y ocho de nuestra propia División.

Esa noche, los empleados del Cuerpo Médico no se atrevieron a colocarme en una cama del vagón hospital por miedo a provocar una hemorragia en el pulmón, de manera que subieron mi camilla y la instalaron sobre la litera. Había estado cinco días

en la misma camilla. Me acuerdo de ese viaje como de una pesadilla. La espalda me dolía y no podía alzar las rodillas para atenuar los dolores porque la litera que tenía encima estaba solo a unos cuantos centímetros de mi cuerpo. En el otro extremo del vagón, un oficial alemán de aviación, que sufría una complicada fractura de la pierna a consecuencia de un accidente de aviación, gemía y lloraba sin cesar. Aunque los demás heridos lo maldecían y le pedían que se callara y se comportara como un hombre, seguía quejándose, y mantenía despierto a todo el mundo. No era un caso de delirio, sino de miedo y de dolor intenso. Un ordenanza me pasó un lápiz y un papel y yo le escribí a mi madre: «Estoy herido, pero no es grave». Era el 24 de julio, mi vigésimo primer aniversario, y también la fecha oficial de mi muerte Ella recibió la carta dos días después de la del coronel; la mía estaba fechada el 23 de julio, porque yo había perdido la cuenta de los días, y la del coronel el 22.[14] En casa no sabían si mi carta había sido escrita antes de morir, y había equivocado la fecha, o si había muerto precisamente después de escribirla. La mención de «muerto a consecuencia de heridas» era menos tajante que «muerto en el campo de batalla»; pero, al recibir un largo telegrama del Consejo Superior del Ejército confirmándoles mi muerte, renunciaron a toda esperanza. Yo me encontraba en el Hospital Número 8 de Ruán… un *château* que dominaba la ciudad. Al día siguiente llegó mi tía Susana del sur de Francia a visitar a un sobrino perteneciente al Fronterizos del sur de Gales, a quien le acababan de amputar una pierna en el hospital. Al ver mi nombre registrado en la lista de la sala, me ofreció algunas de las frutas que llevaba, y le escribió a mi madre para darle la noticia. El día 30 recibí una carta del coronel Crawshay:

30-7-1916

Querido Von Runicke:

No puedo expresar el placer que me produce saber que estás vivo. Me habían afirmado que era imposible que te recuperaras, y una carta del hospital de campo me anunció que habías pasado a mejor vida.

Bueno, al fin una grata noticia. Tuvimos un tiempo infame, y después de conseguir prácticamente lo imposible, disciplinar a toda aquella inmunda multitud y colocarla en sus puestos, en cuanto llegó la noche echaron a correr. Fue un asunto muy triste.

Sufrimos pérdidas muy graves. No es justo mezclar a soldados valientes como los nuestros con esa canalla. Quiero darte las gracias por tu eficaz y valiente labor, y sólo deseo que vuelvas a reunirte pronto con nosotros. He leído mucho sobre el valor, pero nunca vi un desprecio tan magnífico y maravilloso a la muerte como el que presencié ese día. Era casi sobrenatural. En una ocasión le oí decir a un viejo oficial del Royal Welch que los soldados serían capaces de seguirte hasta el infierno; seguro que esos muchachos serían capaces de ir por ti y de ponerte a salvo en el Cielo.

Buena suerte y una rápida recuperación. Beberé a tu salud esta noche.

Las dificultades para respirar que tenía me hacían la vida imposible; fuera de eso no sentía ningún dolor, salvo el de la herida del dedo, que había comenzado a supurar porque nadie se molestaba en atender algo tan insignificante. Y en la cadera, donde el esparadrapo que sostenía los vendajes me arrancaba el vello cada vez que lo quitaban para esterilizar la herida. Comparaba el dolor y la incomodidad con las de la operación de nariz efectuada dos meses antes, y el resultado era favorable. Además la operación de nariz no me había proporcionado simpatía alguna, ya que no se trataba de una herida de guerra. El comportamiento de los demás enfermos me indignaba. Aquéllos cuyo lema era «robar a todos los camaradas» se habían apoderado de todas mis posesiones, excepto unos cuantos papeles que guardaba en el bolsillo de mi casaca y un anillo que era imposible sacarme del dedo; de vez en cuando tocaban las marchas militares de una manera terrible, poniendo el acento y haciendo las pausas donde no eran necesarios. Le dije a un ordenanza que arrestara al corneta, si no quería que yo rindiera un informe a los oficiales encargados del servicio médico.

En la cama vecina a la mía se encontraba un subteniente del Real Galés llamado O. M. Roberts, que se había incorporado al batallón unos cuantos días antes del combate. Me contó lo que había ocurrido en el bosque de los fresnos; había llegado al borde cuando fue herido en la cadera y cayó en un cráter de obús. En momento determinado, por la tarde, había recuperado la conciencia y había visto a un oficial del alto mando alemán matando a los heridos con una pistola automática. Había unos soldados del Royal Galés que no estaban heridos, sino que, tirados en el suelo, continuaban disparando. (Teníamos una deuda pendiente con el enemigo: una sección alemana había fingido rendirse, y cuando estaba a un paso de nuestros soldados comenzaron a lanzar granadas de mano). El oficial alemán estaba muy cerca de él, le disparó y le hirió en un brazo. Roberts, muy débil, trató de sacar su Webley de la funda, lo que consiguió con muchas dificultades. El alemán volvió a disparar pero erró el tiro. Roberts apoyó la Webley contra el borde del cráter y trató de oprimir el gatillo, pero las fuerzas le fallaron. El alemán se acercó para no volver a errar el tiro. Roberts logró oprimir el gatillo con los dedos de ambas manos cuando el alemán estaba sólo a unos cinco pasos de distancia. El disparo le voló la parte superior del cráneo. Roberts perdió el conocimiento.

Los médicos habían estado observando con atención mi pulmón, y veían con preocupación que se llenaba de sangre y me oprimía el corazón, desviándolo demasiado hacia la izquierda; el viaje en ferrocarril había producido una nueva hemorragia. Marcaban su progreso gradual con un lápiz indeleble sobre mi piel y me informaban que si llegaba a cierto punto se verían en la necesidad de hacerme una punción. Aquello me sonó como si fuera una operación seria. En realidad consistía

sólo en introducir una aguja en mi pulmón desde la espalda y extraer la sangre con un recipiente que hiciera el vacío. Me aplicaron un anestésico local; la punción me resultó igual de dolorosa que una vacuna; yo leía la *Gazette de Rouen* mientras la sangre llenaba el recipiente. Me parece que fue sólo un cuarto de litro.

Esa noche oí de pronto una irrupción de magníficas canciones en el patio de ambulancias. Reconocí el timbre de las voces.

—El Primer Batallón ha vuelto a presentar batalla —le dije a Roberts; y la enfermera se encargó de confirmarlo. Sin duda alguna debían de haber vuelto a atacar el bosque de Delville.

Un día o dos después me embarqué rumbo a Inglaterra en un barco hospital.

21

Telegrafié a mis padres para avisarles de que llegaría a la mañana siguiente a la estación de Waterloo. Habían acordonado el acceso al camino que conducía del tren hospital a la hilera de ambulancias que nos esperaba; cada vez que una camilla se sacaba del tren, una multitud histérica se lanzaba contra la barrera, lanzando alaridos de angustia. Agitaban banderas. Daba la impresión de que en Inglaterra se consideraba la batalla del Somme como el principio del fin de la guerra. Al mirar vacuamente hacia la multitud, distinguí una figura que se destacaba entre ella; reconocí con embarazo a mi padre; saltaba sobre una pierna, agitaba un paraguas y nos aclamaba como todos los demás.

Me transportaron en ambulancia al hospital de la Reina Alejandra en Highgate, instalado en la gran casa de *sir* Alfred Mond, que la prestó para ese efecto mientras durase la guerra; tenía fama de ser el mejor hospital de Londres. Tener una habitación privada me pareció un lujo inesperado. Lo que más me había disgustado del ejército era el no poder estar nunca solo, el tener por fuerza que vivir y dormir con hombres cuya compañía seguramente hubiera evitado en tiempos normales.

En Highgate, el pulmón cicatrizó rápidamente, y los doctores me salvaron el dedo. Allí me enteré por primera vez de que me habían dado por muerto; aquella broma contribuyó en gran medida a mi recuperación. Algunas personas con las que había estado en los peores términos, le escribieron a mi madre conmovedoras cartas de pésame. El fantasmal Parry, por ejemplo, mi abominable jefe de pabellón, escribió sobre mí entusiastas elogios. Conservo una carta del director de publicidad del *Times*, fechada el 5 de agosto de 1916.

Al capitán Robert Graves.

Querido señor:

Acusamos recibo de su carta con referencia al anuncio desmintiendo las informaciones sobre su muerte. Sin embargo, como hemos publicado previamente algunos rasgos biográficos, insertamos su anuncio en nuestra edición de hoy (sábado) en la rúbrica «Noticias de la corte», sin costo alguno para usted, y nos cabe la satisfacción de adjuntarle un recorte de la misma.

Suyo, etc.

El recorte decía:

El capitán Robert Graves, del Regimiento de los Fusileros Reales Galeses, cuya muerte se anunció oficialmente como resultado de heridas de guerra, desea informar a sus amigos que se restablece de dichas heridas en el Hospital de la Reina Alejandra, en Highgate, N.

La señora de Lloyd George ha salido de Londres para instalarse en Criccieth.

Nunca vi los detalles biográficos que envió mi padre; me hubieran sido muy útiles para redactar este capítulo. Algunas cartas que me había escrito a Francia se las devolvieron por ser mi pariente más próximo, con la nota: «Muerto a consecuencia de las heridas… situación del cadáver, incierta. Cabo P. Down».

El único inconveniente de esta «muerte» fue que el banco dejó de pasarme la paga, y tuve muchos problemas para persuadirlo de que me devolviera mis cheques. Siegfried me escribió para comunicarme su alegría al saberme vivo. Lo habían enviado a Inglaterra pensando que tenía problemas pulmonares, y estaba más muerto que vivo después de los horrores de la batalla del Somme. Convinimos en pasar unas vacaciones juntos en Harlech tan pronto como yo estuviera en condiciones de poder viajar. Eso fue posible en septiembre. Nos encontramos en la estación de Paddington. Sicgfried compró un ejemplar del *Times* en un quiosco. Como de costumbre lo primero que leíaos fue la lista de bajas; en ella encontramos los nombres de prácticamente todos los oficiales del Primer Batallón, unos habían muerto, otros estaban heridos. Edmund Dadd había muerto; su hermano Julián, de la compañía de Siegfried, había sido herido… había recibido un disparo en la garganta, según supimos después; podía hablar sólo en susurros, y durante meses permaneció totalmente postrado. Aquello había sucedido en un lugar que denominábamos el callejón de la Cerveza, cerca de Cuinchy, el 3 de septiembre. La ofensiva había fracasado, y el batallón había tenido que replegarse debido a un contraataque. Estas noticias en Inglaterra resultaban más perturbadoras que en Francia. Aunque me hallaba muy débil, no hice más que llorar durante todo el viaje a Gales. Siegfried se lamentaba amargamente:

—¡Bueno, el viejo Stockpot se ha empeñado en obtener su condecoración a toda costa!

Inglaterra nos resultaba extraña a los soldados repatriados. No podíamos comprender la histeria bélica que se extendía enloquecidamente por todo el país. Los civiles hablaban un lenguaje que nos resultaba ajeno; era el lenguaje de los diarios. Me di cuenta de que cualquier conversación seria con mis padres era del todo imposible. Algunas citas de un documento típico de aquella época será suficiente para mostrar la situación a la que nos enfrentábamos.

RESPUESTA DE UNA MADRE A
«UN SOLDADO COMO TANTOS»

Por una «pequeña madre».

Mensaje a los pacifistas Mensaje a los afligidos

Mensaje a las trincheras

Debido a la inmensa demanda que tuvo tanto en el país como en las trincheras aquella carta, que apareció en *The Morning Post*, el editor consideró necesario entregarla a los editores de Londres para que se publicara en forma de folleto; en menos de una semana los editores vendieron setenta y cinco mil ejemplares del texto.

Extracto de una carta de Su Majestad

La reina se ha sentido profundamente conmovida por la hermosa carta de una «pequeña madre», y Su Majestad comprende todo lo que sus palabras deben representar para nuestros soldados que se encuentran en las trincheras o en los hospitales.

Al director del Morning Post:
Señor:

Permítame, como madre de un hijo único, un hijo que muy pronto sintió la necesidad de cumplir con su deber, que conteste a Tommy Atkins, cuya carta apareció en su edición del 9 del corriente mes. Tal vez esta carta logrará hacer llegar a sus amigos en las trincheras no lo que piensa el Gobierno, no lo que piensan los pacifistas, sino lo que piensan las madres de raza inglesa sobre nuestros combatientes. Es una voz que exige ser oída, debido a que nosotras desempeñamos el papel más importante en la historia del mundo, ya que somos nosotras quienes criamos a los hombres que mantienen el honor y las tradiciones no sólo de nuestro imperio sino de todo el mundo civilizado.

Al hombre que modestamente se proclame un «soldado como tantos» puedo decirle que nosotras las mujeres, que exigimos que nos escuche, no toleraremos gritos de «¡Paz! ¡Paz!» en un mundo donde no existe la paz. El trigo que germinará en tierras inundadas con la sangre de nuestros valientes muchachos será un testimonio en el futuro de que su sangre no ha sido derramada en vano. No necesitaremos monumentos de mármol para recordarlo. Necesitamos sólo la fortaleza de carácter que anima todos los móviles para dirigir esta monstruosa tragedia mundial a un epílogo de victoria. La sangre de los muertos y de los agonizantes, la sangre de «un soldado como tantos» que escapa de sus «heridas leves» no nos llamará en vano.

Ellos han pagado su cuota, y nosotras, las mujeres, sabremos pagar la nuestra sin murmurar, sin lamentarnos. Que nos envíen a los pacifistas y muy pronto les demostraremos, y le demostraremos al mundo, que en nuestros hogares por lo menos no podrán «gozar cómodamente del calor en invierno, y de una fresca sombra en el verano». Para las mujeres de raza británica sólo hay una temperatura y es el fuego ardiente. Con quienes deshonran la sagrada confianza de la maternidad no tenemos nada en común. Nuestros oídos no están sordos a los gritos que ascienden desde los campos de batalla donde combaten hombres de carne y hueso, cuyo indómito valor llega a nosotros, por así decirlo, en cada ráfaga de viento. Nosotras, las mujeres, no debemos escatimar la munición humana, nuestros «hijos únicos», que irán a llenar los huecos, de manera que cuando «el soldado como tantos» mire hacia atrás pueda ver a las mujeres de la raza británica siguiéndolos, seguras, fieles, sin proferir vanos lamentos.

El aliento de las mujeres sostendrá al «soldado como tantos». Nuestro sexo, cariñoso y tímido por naturaleza, no desea la guerra. No constituye para nosotras un placer ver los hogares desolados y separarnos de las niñas de nuestros ojos. Por supuesto que hubiésemos preferido ver a nuestros queridos y primorosos muchachos seguir su curso en la escuela. Hubiésemos preferido observar con el corazón alegre sus entretenimientos, sus diversiones. Pero el clarín los ha llamado, y hemos guardado las raquetas de tenis, hemos mandado a buscar a nuestros jóvenes a las escuelas, hemos contemplado el último informe escolar que decía: «Excelente», hemos envuelto todo eso en el pabellón nacional y lo hemos guardado en una arquilla cerrada con llave. No volveremos a ver esos objetos hasta el final de la guerra. Es posible que el «soldado como tantos» no tenga confianza en las mujeres, pero también ellas tienen un papel que desempeñar, y hemos demostrado saber estar a la altura de nuestras responsabilidades. Estamos orgullosas de nuestros soldados, y ellos a la vez pueden estar orgullosos de nosotras. Si los hombres fallan, Tommy Atkins, las mujeres no lo harán.

Tomtny Atkins ha ido al frente,
con el fusil en el hombro.
¿Suspiran y gimen las que se han quedado?
No, mientras tus ojos vigilan, nosotras,
erguidas, sólo deseamos enfrentarnos al
cañón… o morir.

Las mujeres han sido creadas con el objeto de dar la vida, y los hombres de quitarla. Hoy día la damos en un doble sentido. Con toda seguridad estaremos a la altura de Tommy. No cederemos en nuestra actitud hasta que la guerra haya terminado, hasta que no oigamos el clarín que señala el fin de la batalla, aunque no se nos deba reprochar que, por un instante, un breve instante, nos retiremos a nuestras

habitaciones secretas y compartamos con Raquel la silenciosa, la angustia solitaria de un corazón afligido y una vez más contemplemos la gorra escolar, para salir de allí con mayor fortaleza y proseguir la labor gloriosa que el recuerdo de nuestros hombres nos ha legado para hoy y para la eternidad.

Suya atentamente,
Una pequeña madre

EXTRACTOS DE LA PRENSA

«Es de fundamental importancia asegurarle a esta carta la más amplia circulación posible». *The Morning Post*.

«Mantiene la atención y expresa con rara elocuencia y fuerza los sentimientos con que las esposas y madres británicas se enfrentan al supremo sacrificio». *The Morning Post*. «Una carta que se ha hecho célebre». *The Star*. «Nos gustaría verla colgada en la pared de nuestra sala». *Hospital Blue*.

«Despierta el mayor interés». *The Gentlewoman*.

«Una de las mejores páginas que se hayan escrito nunca, ya que combina la grandeza del valor con la profundidad de la ternura, lo que debería ser, y es, el sello de todo lo que hay de noble y bueno en la naturaleza humana». *Un soldado de Francia*.

«Florence Nightingale realizó grandes y espléndidas hazañas por los soldados de su época, pero ninguna mujer ha hecho más que esa “pequeña madre”, cuya carta ahora famosa publicada en *The Morning Post* se ha extendido como un reguero de polvora de trinchera en trinchera. Ruego a Dios que sea transmitida a la posteridad, porque nada ha causado tanta impresión en nuestros combatientes. Desafío a cualquiera a que se sienta desalentado después de leerla… ¡Dios mío, gracias a ella moriremos felices!». *Uno que ha combatido y derramado su sangre*.

«Digna de un interés bastante más que pasajero. Se la debería reimprimir y enviar a cada uno de nuestros soldados en el frente. Es una obra maestra y lo llena a uno de orgullo, es una carta noble, sensata y patética en el más alto grado». *Un herido grave*.

«He perdido a mis dos queridos hijos, pero desde que me han mostrado la hermosa carta de la “Pequeña Madre”, una resignación demasiado perfecta para ser descrita ha calmado mi dolorosa tristeza; ahora daría una vez más si pudiera mis dos hijos al ejército». *Una madre afligida*.

«La carta de la pequeña madre debería ser conocida en todos los confines de la tierra… una carta desbordante de los ideales más elevados, inflamada de valor y del mayor espíritu de sacrificio». *Percival M. Wonkton*.

«La exquisita carta de una “Pequeña madre” nos hace enorgullecemos cada día más. Nosotras, las mujeres, deseamos mantener viva la llama que ella ha sabido encender tan soberbiamente en nuestros corazones». *La madre de un hijo único*.

En Harlech, Siegíried y yo pasamos el tiempo corrigiendo nuestros poemas; Siegfried trabajaba en su *Viejo cazador*. Cada uno hizo algunas modificaciones en los poemas del otro; yo le propuse correcciones que él aceptó en un poema necrológico, *A su cuerpo yacente*, escrito en mi honor cuando creyó que había Huerto.

En nuestros poemas definíamos la guerra oponiéndole deflaciones de la paz. En el caso de Siegfried se trataba de la caza, la naturaleza, la música y algunas escenas pastorales; en el mío, principalmente de la infancia. En Francia, acostumbraba a pasar huena parte de mi tiempo libre jugando con los niños franceses de las aldeas en las que estábamos acantonados. Cuando Siegfried se marchó, yo comencé una novela en la que se basan los primeros capítulos de este libro, pero pronto la abandoné.

Hacia finales de septiembre pasé unos días en Kent con un amigo del Primer Batallón recientemente herido. Un hermano mayor había muerto en los Dardanelos, y su madre mantenía su habitación exactamente como él la había dejado, con sábanas siempre recién lavadas, y flores y cigarrillos en la mesita de noche. Deambulaba por la casa con una expresión vaga y una mirada de profundo fervor religioso. La primera noche que pasé allí mi amigo y yo estuvimos conversando sobre la guerra hasta las doce de la noche. Su madre se había acostado temprano, después de rogarnos que no nos desveláramos demasiado. La conversación me excitó, y aunque logré dormirme una hora más tarde, me despertaba constantemente con ruidos que trataba de ignorar pero que a cada momento se hacían más agudos. Parecían llegar de todas partes. El sueño acabó por abandonarme; sudaba copiosamente. A eso de las tres de la mañana, oí un alarido diabólico, y unas carcajadas mezcladas con sollozos. Me levanté de la cama y abrí la puerta. En el corredor tropecé con la madre que, para mi sorpresa, estaba enteramente vestida.

—No es nada —me dijo—. Una de las sirvientas ha tenido un ataque de histeria. Siento mucho que lo hayan despertado.

Volví a la cama pero ya no pude dormir, aunque los ruidos habían cesado. Por la mañana le dije a mi amigo:

—Me voy de este lugar. Es peor que estar en Francia.

Había miles de madres que como aquélla trataban de ponerse en contacto con sus hijos muertos por medio de procedimientos espiritistas.

En noviembre Siegfried y yo nos incorporamos al batallón en Litherland, y compartimos una cabaña. Decidimos no hacer ninguna protesta pública contra la guerra. Siegfried decía que debíamos «mantener la buena reputación de los poetas»… como hombres valientes, quería decir. El mejor lugar para estar era Francia, lejos de la desvergonzada locura que caracterizaba el servicio en Inglaterra. Allí nuestra función debía consistir no en matar alemanes, aunque eso pudiera ocurrir, sino en

hacer las cosas más fáciles para los soldados que estuvieran bajo nuestro mando. Para ellos, la diferencia entre estar a las órdenes de alguien a quien pudieran considerar como un amigo, alguien que los protegiera todo lo que pudiera de las indignidades mayores del sistema militar, y tener que estudiar los caprichos de un engreído tirano vestido con casaca militar, significaba una gran diferencia en este mundo. En esa época, las filas de ambos batallones estaban llenas de hombres que se habían alistado por razones patrióticas y a los que les molestaban las tradiciones del soldado profesional… Siegfried había logrado ya poner en práctica sus ideas. El ataque a Fricourt se había ensayado en trincheras falsas en la retaguardia; hasta que todas las maniobras no alcanzaran la perfección no comenzaría la acción. Siegfried ordenó un ensayo más el día anterior al ataque, llevó su pelotón a un bosque y allí se dedicó a hacerles una lectura en voz alta; no se trataba de nada militar ni literario, sino del *London Mail*. El *London Mail* era un semanario muy poco de su gusto, pero Siegfried pensó que a sus soldados les divertiría la columna *Cosas que queremos saber*.

Los oficiales del Real Galés eran miembros honorarios del club de golf Formby. Siegfried y yo íbamos a menudo allí. Él jugaba con seriedad, yo me conformaba con acompañarlo y golpear de vez en cuando la pelota. Yo había jugado en una ocasión en Harlech como miembro juvenil del Royal St. Davil, pero renuncié al comprobar que era un deporte que no se avenía con mi temperamento. Temía volverme a tomar en serio el juego y me limitaba a un solo palo. No me importaba errar el tiro. Jugaba tontamente a propósito para confundir a Siegfried. En aquella época se produjo una considerable reducción de las reservas alimenticias. Los submarinos alemanes hundían uno de cada cuatro barcos cargados de alimentos, y se impuso un estricto racionamiento de carne, mantequilla y azúcar. Pero la guerra no había llegado al campo de golf. Los hombres de negocios más importantes de Liverpool eran miembros del club, y no tenían intención de privarse de nada mientras llegara algún alimento a los muelles. Siegfried y yo fuimos a almorzar al club la víspera de Nochebuena, y encontramos una comida fría en el comedor, consistente en jamones, carnes frías, lenguas de gelatina, pavos al horno y pollos. Un robusto camarero presidía el servicio. Siegfried le preguntó con sarcasmo:

—¿Esto es todo? Me parece que no hay tanta variedad de platillos como en los años anteriores.

El camarero se sonrojó.

—No, señor —le respondió—, no estamos a la altura de nuestro prestigio, señor, pero estamos esperando una provisión más satisfactoria de carne para mañana.

El comedor del club estaba siempre lleno; los campos de golf, prácticamente vacíos.

Los oficiales de la guarnición Mersey hicimos del Hotel Adelphi nuestro lugar de reunión favorito… Tenía una piscina y un bar por lo general atestado de oficiales de

la Marina rusa, siempre muy borrachos. Un día tropecé allí con un mayor de los Escoceses Fronterizos del Rey. Lo saludé. Él me cogió de un brazo, me llevó a un rincón y me dijo en voz baja:

—Es muy agradable que me salude usted, hijo mío, pero debo confesarle que no soy lo que parezco. Llevo una corona en la manga, igual que los altos oficiales de mi compañía; sin embargo no tengo derecho a usar estos tres galones y este bordado. Son bonitos, ¿verdad? No, yo no soy lo que parezco. Soy un fraude. Y sin embargo, tengo un estómago igual al de cualquier comandante.

Acostumbrado ya para entonces a tratar con viejos oficiales en estado de ebriedad, le respondí respetuosamente:

—¿De verdad, señor? ¿Y cómo ha conseguido entonces ese uniforme?

—Usted piensa que estoy ebrio —dijo—. Bueno, tal vez lo esté, pero lo que le he dicho sobre mi estómago es cierto. Sabe usted, recibí un balazo en el vientre en la batalla de Beaumont-Hamel. Debo decirle que es algo que duele como el infierno. Me llevaron al hospital de campo. Estaba muriéndome; y había comandante herido en la cabeza que también se estaba muriendo; por cierto, murió. Bueno, en cuanto el comandante se murió, le sacaron esa cosa del vientre, no sé cómo se llama, eso que se enreda, dice que es tan grande como un palo de críquet, y me lo pusieron a mí, lo cosieron de alguna manera. ¡Son unos tipos maravillosos esos médicos! Son capaces de cambiarle a uno las partes como si se tratara del motor de un automóvil. Bueno, aquel comandante según parece era abstemio. Mis nuevos intestinos funcionan mucho mejor que los antiguos; así que lo estoy celebrando. Me hubiera gustado también que me hubieran trasplantado sus riñones.

Un capitán del cuerpo médico que estaba sentado no lejos de nosotros intervino en la conversación:

—Sí, comandante, una herida en el vientre es la peor de todas. Fue usted muy afortunado de poder llegar vivo a la ambulancia. Lo mejor en esos casos es quedarse absolutamente quieto. Yo fui herido cuando estaba entre las líneas de fuego, vendando a un herido. Me deslicé hasta un cráter. Los camilleros querían llevarme a nuestras trincheras, pero no lo permití. Los tuve que contener con un revólver durante cuarenta y ocho horas, y así salvé la vida. No podía contar con que hubiera piezas de recambio esperándome en el puesto de socorro. Mi única oportunidad era quedarme quieto y esperar la cicatrización.

En diciembre me examinó un equipo de médicos; me auscultaron el pecho y me preguntaron cómo me encontraba. El jefe quería saber si deseaba permanecer unos meses más en Inglaterra.

—No, señor —le respondí—; le quedaré muy agradecido si me permite incorporarme al servicio de ultramar.

En enero obtuve el permiso para volver a embarcarme.

Cuando regresé, mi equipaje proclamaba que era un viejo soldado. Había reducido el «árbol de navidad» que transportaba al principio a una lámpara de bolsillo

con una batería para catorce días, y unas tijeras para cortar alambre, lo suficientemente buenas para cortar las alambradas alemanas (las que ordinariamente nos proporcionaban en el ejército sólo lograban corrtar el alambre inglés). En vez de la mochila llevaba un pequeño saco como el de los soldados, pero más ligero e impermeable. Había perdido mi revólver al ser herido y no compré otro; un rifle y una bayoneta podían conseguirse siempre en el batallón (no llevar rifle ni bayoneta durante un ataque revelaba a los alemanes quiénes eran los oficiales; en la mayoría de las divisiones los oficiales habían comenzado a salir armados igual que los soldados; en vez de los pantalones de montar usaban los mismos que los demás soldados, pues los alemanes habían empezado a reconocer a los oficiales por las rodillas delgadas). Las pesadas mantas que había llevado antes fueron remplazadas por un saco de dormir plegable, con forro de seda alquitranada. Llevaba conmigo a Shakespeare y una Biblia de papel muy fino, así como un Catulo y un Lucrecio en latín, y dos ligeras sillas plegables, una para Yates, el sargento mayor, y la otra para mí. Iba cubierto con una gruesa chaqueta, con un remiendo muy visible sobre el segundo botón, y otro en la espalda… era lo único que había logrado rescatar de la vez anterior, además del par de botas moderadamente impermeables que llevaba cuando me hirieron. Los pantalones me los habían robado en el hospital.

Tomé el mando de un grupo de diez jóvenes oficiales. Los jóvenes oficiales, en ese período de la guerra, eran expertos, como alguien ha escrito en sus memorias de guerra, en vino y en mujeres. Aquellos diez lo eran. Tres de ellos contrajeron enfermedades venéreas en la Linterna Azul de Ruán. Eran muchachos galeses de familias de profesión liberal y habían sido educados con extrema rigidez, por tanto no habían estado nunca en un burdel ni sabían nada sobre medidas profilácticas. Uno de ellos compartía conmigo una cabaña. Una noche llegó muy tarde y muy ebrio del Drapeau blanc, me despertó y comenzó a relatarme sus experiencias:

—Nunca me hubiera podido imaginar —me dijo—, lo maravilloso que es el sexo.

Le dije con irritación y con cierto disgusto:

—¿El Drapeau blanc? Entonces, espero que por lo menos se haya lavado usted.

Era un muchacho típicamente galés, con un gran sentido de la dignidad.

—¿Qué quiere usted decir, capitán? Me lavé la cara y las manos.

No había ninguna restricción en Francia; aquellos muchachos tenían dinero para gastar y sabían, de cualquier manera, que era muy posible que los mataran en unas cuantas semanas. No querían morir vírgenes. El Drapeau blanc salvó la vida de docenas al incapacitarlos para el servicio de trincheras. Los hospitales para enfermedades venéreas estaban atestados siempre. Los soldados experimentaban un maligno placer en exagerar el número de capellanes del ejército que eran tratados allí en comparación con los oficiales combatientes.

En el campo de entrenamiento, los instructores estaban entusiasmados con las balas y la bayoneta, y trataban de inculcarlo a los reclutas. Los reclutas eran en su mayor parte soldados alistados por la fuerza, o heridos que volvían al frente. En esa

estación muerta del año era imposible que nadie sintiera entusiasmo al llegar. Las reglas de entrenamientos habían sido revisadas no hacía mucho. El *Manual de infantería*, de 1914, establecía cortésmente que el objetivo último de un soldado era poner fuera de acción o paralizar las fuerzas armadas del enemigo. Pero el Estado Mayor había considerado que esa afirmación no era lo suficientemente eficaz en una guerra de desgaste. Las tropas debían aprender que tenían que ODIAR a los alemanes y MATAR al mayor número posible de ellos. En las prácticas con bayoneta, los hombres debían hacer muecas horribles y lanzar gritos sanguinarios a la hora de la carga. Las caras de los instructores estaban constantemente contraídas en rictus innobles:

—¡Hiérelo ahora, ahora! ¡En el vientre! ¡Sácale los intestinos! —acostumbraban a gritar, mientras los hombres cargaban contra los maniquíes—. Ahora, dale hacia arriba. ¡No le dejes una sola oportunidad de sobrevivir! ¡Acabemos de una vez por todas con los *fritz*! ¡Eso! ¡Cualquiera diría que amas a ese cerdo inguinario, si lo acaricias de esa manera! ¡MUÉRDELO, TE DIGO! ¡MÉTELE LOS DIENTES CON FUERZA, HASTA QUE REVIENTE! ¡SACALE EL CORAZÓN CON LOS DIENTES!

Una vez más, me alegré de poder volver a las trincheras.

22

Encontré al Segundo Batallón instalado en el Somme, cerca de Bochavesnes, pero para entonces era un Segundo Batallón muy diferente. Habían desaparecido la escuela de equitación, la cantina del batallón, la etiqueta y los oficiales de carrera, fuera de un par de muchachos recién llegados de Sandhurst. En esa ocasión fui acogido más calurosamente; mis supuestas actividades de espionaje se habían olvidado. Pero el día antes de que me presentara, el coronel Crawshay había sido herido mientras inspeccionaba las alambradas en la tierra de nadie: había sido herido en la cadera por uno de la «inmunda multitud» de que hablaba en su carta, que lo había confundido con un alemán y le había disparado sin previo aviso. A partir de entonces ha debido permanecer casi todo el tiempo en clínicas de convalecencia.

El doctor Dunn me preguntó con amable desaprobación mis motivos para regresar tan pronto al frente. Le respondí que no podía soportar la estancia en Inglaterra. Le dijo al comandante del batallón que, en su opinión, no estaba en condiciones de servir en las trincheras, de manera que tomé el mando de una compañía de cuarteles y fui a vivir con los hombres de las brigadas de transportes en la retaguardia, en Frises, donde el Somme hace un recodo. Mi compañía consistía en empleados de regimiento, cocineros, sastres, zapateros, guías, empleados de transportes, etcétera, que en un caso de emergencia podían transformarse en fusileros y servir como fuerza de combate, como ocurrió en la primera batalla de Ypres. Vivíamos en refugios cavados al lado del río, que estaba casi completamente congelado, con excepción de una estrecha banda en el medio por la que se deslizaba una pequeña corriente de agua. Nunca en la vida he pasado tanto frío. Como Yates estaba enfermo, yo iba todas las noches con las raciones. Entre ir y volver caminaba unos veinte kilómetros.

El general Pinney, comandante de la Trigésimo tercera División, consideró que sus hombres debían abstenerse de beber alcohol y les suprimió la ración de ron, salvo en caso de emergencia. El resultado inmediato fue que el batallón tuvo la más copiosa lista de enfermos de toda su historia. Nuestros soldados consideraban la diana matutina como el momento más brillante de las veinticuatro horas del día, ya que implicaba el consumo de un vaso de ron; cuando éste se les negó, su resistencia se debilitó. Al llevar las raciones yo debía atravesar Cléry, un pequeño pueblo que poco tiempo antes contaba con algunos centenares de habitantes. Lo único que quedaba de él era una pared de un metro de altura; el resto no era sino un conjunto de cráteres abiertos por las bombas. Junto al camino, en un tractor despedazado, estaba escrita

con tiza la inscripción CLÉRY para guiar a los viajeros. A menudo perdíamos uno o dos caballos en Cléry, pues los alemanes seguían bombardeándola por costumbre.

El lugar de acantonamiento para los soldados de las trincheras de Bouchavesnes se hallaba en Suzanne; no se trataba de un campamento en regla sino de una serie de cuevas y refugios cavados en el suelo. Suzanne era otra población en ruinas. Aquel invierno fue el más duro desde 1894. Los soldados jugaban partidos de fútbol en el río; la capa congelada llegaba a los sesenta centímetros. Me acuerdo de un almuerzo que hicimos allí, en un refugio: carnero y tomates en lata servidos en platos de aluminio. Aunque la comida llegaba caliente de la cocina situada al otro lado de la puerta, se formó una capa de hielo en el borde de los platos antes de acabar de comer. En aquella región no se veían civiles franceses, ni casas que no estuvieran destruidas, ni campos de cultivo. Las únicas criaturas vivientes fuera de los soldados, los caballos y las mulas, eran unos cuantos patos que se deslizaban por la corriente no congelada en el centro del río. La ración de forraje para los caballos, muchos de ellos enfermos, había sido rebajada a kilo y medio por día, y debían comerla al aire libre. No he conservado notas de esa época, pero el recuerdo de su miseria subsiste en mí.

Tuve aquellos días un dolor de muelas que me obligó a montar a caballo y cabalgar treinta y cinco kilómetros para visitar un puesto médico que contaba con dentista; estaba instalado en el Cuartel General del batallón. Encontré al dentista enfermo como todo el mundo. Lo único que podía hacer al principio era gruñir y lamentarse por la imbecilidad que había sido ofrecer sus servicios al rey por un sueldo tan bajo.

—Cuando pienso —decía—, en la terrible destrucción de los dientes de la nación que se está efectuando en Inglaterra por hombres incompetentes y los altos sueldos que reciben por su mal trabajo, me siento enloquecer de la ira.

Siguieron otras lamentaciones por la manera en que le trataban en el Cuartel General y la obstinación de los superiores del Cuerpo Médico del Ejército en no permitir que ningún dentista fuera promovido a un grado superior al de teniente. Más tarde me examinó la boca.

—Un absceso —dijo—; debemos extraer inmediatamente la pieza.

Comenzó a tirar de la pieza con el peor humor posible, y rompió la corona. Volvió a intentarlo, utilizando el tipo de fórceps ineficaz que el gobierno le proporcionaba, y lo único que logró hacer fue romper otro pedazo. Después de media hora logró extraerme la muela a trozos. La anestesia local que mandaba el Gobierno me pareció tan ineficaz como los fórceps. Volví al campamento con la encía despedazada.

La brigada me designó como miembro de un tribunal militar que debía juzgar a un sargento irlandés por «haber arrojado desvergonzadamente las armas en presencia del enemigo». Yo había oído hablar ya del caso oficiosamente; el hombre, enloquecido por un intenso bombardeo, había arrojado su rifle y había corrido con el resto de su

pelotón. Una orden militar, secreta y confidencial, dirigida a los oficiales superiores a partir del grado de capitán, establecía que en los casos en que un acusado mereciera la pena de muerte, la sentencia podía suavizarse si su conducta había sido ejemplar en el campo de batalla; pero que en los casos de cobardía se debía aplicar siempre la pena de muerte, sin aceptar ningún certificado médico como excusa. Por consiguiente, no tenía otra opción que no fuera la de condenar a muerte al acusado o negarme a formar parte del tribunal. Si yo me negaba, sería llevado a juicio y otro tribunal sentenciaría a muerte de todos modos al soldado irlandés. Sin embargo, no podía firmar una sentencia de muerte por un delito que muy bien hubiera podido cometer yo en iguales circunstancias. Logré evadir el dilema. Otro oficial del batallón, además del que ocupaba las funciones de comandante, llevaba ya un año de capitán, lo que lo acreditaba para formar parte de un tribunal militar. Se mostró encantado de ocupar mi puesto. Era un hombre duro, y la idea de hacer un viaje a Amiens le resultaba agradable; yo asumí entretanto sus funciones.

En Francia, las ejecuciones eran frecuentes. Tuve por primera vez una prueba directa de las mentiras oficiales cuando en mayo de 1915 llegué a El Havre, y leí los archivos del ejército. Contenían cerca de veinte informes de soldados ejecutados por cobardía o deserción; sin embargo unos cuantos días después, el ministro responsable en la Cámara de los Comunes, al responder una pregunta hecha por un pacifista, negó que se hubiera citado una sola sentencia de muerte en Francia por crímenes de guerra contra algún miembro del Ejército de Su Majestad.

James Cuthbert, el oficial que actuaba como comandante, un mayor de las fuerzas de reserva, no pudo resistir la tensión nerviosa a la que estábamos sometidos y comenzó a beber whisky en exceso. El doctor Dunn consideró que estaba demasiado enfermo para seguir en las trincheras; fue enviado a Frises, donde compartía el mismo refugio con Yates y conmigo. Sentado en su sillón, yo leía un día la Biblia y de pronto encontré aquel pasaje habla de una cama demasiado estrecha para tenderse en ella y una manta demasiado pequeña para abrigarse.

—Escucha, James —le dije—; aquí hay algo que parece haber sido escrito para describir este lugar. Y le leí el pasaje.

Se apoyó en un hombro, auténticamente encolerizado:

—Mira, von Runicke —gritó—, no soy un hombre religioso; he infringido muchos de los mandamientos desde que estoy en Francia; ¡pero mientras sea yo quien mande aquí me niego a oír que tú o cualquier otro cabrón blasfeme con la Biblia!

Me gustaba trabajar con James, a quien había conocido el mismo día de mi llegada a Wrexham al incorporarme al regimiento. Él acababa entonces de llegar del Canadá; hacía morir de risa a todo el mundo en la antecámara de la cantina reservada a los oficiales jóvenes. Había hundido su arado, decía, en las tierras vírgenes, y les recitaba versos de Kipling a los perros de las praderas. Su trozo favorito (aunque puede ser que me equivoque) era el siguiente:

¿Estás allí, estás allí, estás allí?
Cuatro puntos en un cuadro de ciento cuarenta kilómetros
Con un alegre guiño de alegría bajo el sol,
¿Estás allí, estás allí, estás allí?

James, que había servido en las Fuerzas Especiales de Reserva un año o dos antes de emigrar, no se preocupaba por nadie, era muy valiente, aunque inclinado al sentimentalismo, y probablemente fue el oficial de mayor servicio durante la guerra en el Segundo Batallón, con excepción de Yates.

Un día o dos después, debido a que James estaba aún enfermo, me encontré como comandante temporal del batallón y asistí en el Cuartel General de la Brigada a una conferencia de oficiales. «¿Cómo es posible que yo haya llegado a esto?», me preguntaba. Frente a nuestras trincheras, los alemanes ocupaban una colina que el general de brigada quería arrebatarles para demostrar el espíritu ofensivo de la división. Los soldados de las trincheras no podían entender el deseo del Estado Mayor de arrancarle al enemigo aquella colina. No era nada apetecible encontrarse de nuevo bajo un fuego disparado desde ambos flancos; si los alemanes se habían apoderado de ese estorbo nuestra labor evidentemente debía ser mantenerlos allí todo el tiempo que fuera posible. Concluimos que la pasión por las líneas rectas que caracterizaba al Estado Mayor era la causa de aquel plan, que no tenía ninguna excusa estratégica o táctica. El ataque había sido propuesto dos veces, y dos veces se había cancelado. Tengo aún un mensaje de campo referente a él, fechado el 21 de febrero:

Favor	cancelar	forma 4	de	mi
AA 202	unidades	deberán	retirar	de
19.ª	brigada	Sección B	la	siguiente
cantidad	de	ron	que	deberá
repartirse	entre	todas	las	tropas
que	participen	en	las	operaciones
anunciadas	a	discreción	de	los
oficiales	unidades	2 F. R. G.	7.5	galones

Ni siquiera la promesa de una ración extra de ron logró levantar el ánimo del batallón. No había nadie que no estuviera de acuerdo en que aquel ataque era inútil, imbécil e irrealizable. El deshielo había comenzado, y los cuatro comandantes de las compañías me aseguraron que cruzar los trescientos metros de tierra de nadie que los bombardeos constantes y el deshielo habían transformado en un lodazal donde se hundía uno hasta las rodillas, exigía a los soldados ligeramente armados por lo menos cuatro o cinco minutos. Nadie podría llegar a las líneas enemigas mientras hubiera una sección de alemanes con rifles dispuestos a defenderlas.

A mi llegada, el general me preguntó en un tono paternal si no estaba orgulloso de asistir a una conferencia de comandantes a la edad de veintiún años. Le respondí con irritación que no había analizado mis sentimientos, pero que tenía la suficiente experiencia como soldado para darme cuenta de la imposibilidad de aquel ataque. El coronel de los Cameronianos, que debía Participar en la batalla, expresó un punto de vista parecido. El general de brigada desistió al fin de llevar a cabo la operación. Esa noche fui a las trincheras como de costumbre con las raciones; los oficiales se sintieron muy confortados al saber cuál había sido mi actitud en la conferencia.

Al tiempo que caminábamos rumbo a las trincheras, tuvo lugar un nutrido bombardeo, y mientras me tomaba un trago en el Cuartel General del batallón, alguien me anunció que un vehículo de la Compañía D había sido destrozado. Al salir a inspeccionar los daños, pasé ante nuestro capellán, que me había acompañado desde Frises, con un grupo de tres o cuatro hombres. El capellán estaba oficiando un servicio fúnebre sobre un cadáver tendido en el suelo cubierto con una manta impermeable… aquel tiempo terrible y el temor de un ataque inminente habían sido los responsables de su muerte. Aquél fue el último cadáver que vi en Francia; como el primero, también se había suicidado.

Descubrí los restos del camión, así como las latas de petróleo llenas de agua que transportaba, pero no vi los animales de tiro. Eran caballos de alto precio, habían ganado un premio en una exposición equina organizada por la División unos meses antes, como la mejor yunta de animales de tiro. De manera que Meredith, el sargento de transportes y yo, enviamos a los hombres al acantonamiento y nos dedicamos a buscar los caballos en la oscuridad. Caminamos kilómetros aquella noche, entre el lodo, pero no pudimos encontrarlos. Presumíamos de poseer los mejores animales de tiro en Francia, y de que nuestros hombres de la brigada de transportes eran los mejores ladrones de caballos… No menos de dieciocho de nuestros caballos habían sido robados de otras unidades, por su buen aspecto, en una u otra ocasión. Habíamos «conseguido» dos que pertenecían a los Escoceses Grises. El caballo que monté la noche que fui a ver al dentista había pertenecido a la policía francesa; su único defecto consistía en que por haber sido un caballo del flanco izquierdo de un pelotón de policía montada, siempre tiraba hacia el lado malo del camino. Nunca habíamos perdido un solo caballo. Por eso, el sargento Meredith y yo, que habíamos salido con las raciones a las cuatro de la tarde, continuamos la búsqueda hasta pasada la medianoche. Cuando volvimos a Frises a las tres de mañana, yo caí en mi litera absolutamente exhausto.

Al día siguiente, el doctor Dunn me diagnosticó una bronquitis, y me envió en ambulancia hacia Ruán, una vez más al hospital número 8 de la Cruz Roja. El mayor del Cuerpo Médico Ejército me reconoció y me dijo:

—Pero ¿qué diablos está usted haciendo en Francia, joven? Si vuelvo a encontrarme de nuevo con usted y sus pulmones en este hospital, lo mandaré a un tribunal militar.

Yates me escribió para tranquilizarme, diciendo que poco después de mi salida aparecieron los dos caballos… los habían encontrado sin más heridas que unas cuantas rozaduras en el vientre. La Compañía de Artilleros de la Cuarta División se había apoderado de ellos. Los artilleros habían sido descubiertos cuando trataban de teñirlos con una sustancia colorante e intentaban hacer desaparecer las insignias del regimiento.

En Ruán me preguntaron en qué parte de Inglaterra deseaba ser hospitalizado. Dije al azar:

—En Oxford.

23

Así pues me enviaron a Oxford; al colegio de Somerville que, como todas las grandes aulas de exámenes, había sido convertido en hospital. Allí me pareció que tal vez había acabado la guerra para mí, pues era casi seguro que ésta no iba a durar demasiado. La idea me gustaba y me disgustaba a la vez. Me disgustaba estar lejos de mi regimiento, pero me gustaba creer que viviría cuando la guerra terminase. Entretanto, Siegfried había recibido también su orden de embarque y me siguió al Segundo Batallón; pero llegó cuando yo ya había salido. Sentía que de alguna manera lo había dejado caer en una trampa. Pero él me escribió para decirme que se sentía indeciblemente aliviado al saber que estaba sano y salvo de vuelta en Inglaterra.

Nos preguntábamos entonces si la guerra debería continuar. Según se decía, en el otoño de 1915 Asquith había recibido proposiciones de paz basadas en el *statu quo ante*, que había deseado tomar en consideración, pero que la oposición de sus colegas había tenido como consecuencia la caída del gobierno liberal y su sucesión por el gobierno de coalición «Ganaremos la guerra» de Lloyd George. Siegfried sostenía vehementemente que las condiciones debían haberse aceptado; yo estaba de acuerdo. Ya no veíamos la guerra como un conflicto entre dos potencias comerciales rivales: su continuación nos parecía sólo el sacrificio de una joven generación de idealistas en aras de la estupidez y el miedo egoísta de los mayores. En aquella época escribí algunos textos satíricos:

La guerra debería ser un deporte reservado únicamente a los hombres de más de cuarenta y cinco años, a los Josés y no a los Davides

Sí, querido papá, ¡qué orgulloso me siento de que sirvas a tu país como un valiente caballero dispuesto a realizar el sacrificio supremo! ¡Cómo desearía poder tener tu edad: con qué placer me pondría mi armadura y me lanzaría a combatir contra aquellos nombrables filisteos! Por supuesto, en estas circunstancias, no puedo marginarme; debo permanecer detrás, en el Ministerio de la Guerra y hacer el trabajo administrativo en beneficio vuestro, de los afortunados ancianos. ¡Qué de sacrificios ha hecho!, suspiraría David mientras los ancianos marcharían al frente cantando *Tipperary*. ¡Allá va mi padre, y mi tío Salomón y mis dos abuelos! ¡Todos en servicio activo! ¡Es necesario que ponga una tarjeta en mi ventana con sus nombres!

Decidido a quedarme en Oxford, hice una solicitud a Currie, que dirigía los cursos de entrenamiento de Harfleur, para obtener un trabajo como instructor militar en uno de los batallones de cadetes acuartelados en los colegios. Me designaron la Compañía Wadham del Cuarto Batallón. Aquellos batallones eran la prolongación de las escuelas de instrucción de los oficiales jóvenes. La duración de los cursos reservados a los cadetes era de tres meses… después se prolongó a cuatro. Pero era un entrenamiento severo: se enseñaba sobre todo a los comandantes a manejar sus pelotones como unidades independientes. Dos terceras partes de los cadetes habían sido recomendados por los comandantes de batallón para obtener el grado de oficiales en Francia.

Les enseñábamos ejercicios de campo y práctica de tiro, y a comportarse «como oficiales y caballeros», pero sobre todo nos dedicábamos a realizar ejercicios tácticos sobre objetivos limitados. El *Manual militar S. S. 143*, o *Instrucciones para el entrenamiento de pelotones para la acción ofensiva*, de 1917, tal vez la Publicación más notable editada por el Ministerio de la Guerra durante la contienda, era nuestro libro básico. Según se dice, su autor es el general Solly-Flood, quien lo escribió después de una visita a una escuela militar de Francia. A partir de 1916, el pelotón era la mayor unidad de infantería que se podía manejar en una acción determinada, y había sustituido a la compañía como una unidad táctica primordial.

Aunque la calidad de los oficiales se había determinado desde un punto de vista regimental, su mayor eficacia en la acción compensaba ampliamente sus deficiencias en lo referente a modales. La implantación de los batallones de cadetes en Francia impidió que el ejército acantonado en las trincheras se convirtiera en una masa amorfa de soldados. Fracasamos con una sexta parte de las candidaturas para obtener el rango de oficiales; algunas veces quienes fracasaban eran muchachos de las escuelas privadas sin la dureza necesaria, pero por lo general eran soldados llegados de Francia que habían sido recomendados por pura compasión; sargentos de sección bastante estúpidos y cabos de artillería que habían estado demasiado tiempo detrás de la ametralladora y necesitaban un descanso. Nuestra selección final se hizo observando a los candidatos practicar deportes, principalmente rugby y fútbol. Los que jugaban con rudeza pero no suciamente, y tenían reacciones rápidas, eran la clase de hombres que necesitábamos, y pasábamos la mayor parte del tiempo libre practicando deportes con ellos.

Mi pelotón consistía en neozelandeses, canadienses, sudafricanos, dos hombres de un contingente enviado por las islas Fiji, un granjero inglés, un minero de Gales y dos o tres muchachos procedentes de las escuelas privadas. La mayoría de ellos murieron durante el siguiente año y medio de guerra. Sin embargo, el trabajo duro en el húmedo clima de Oxford resultó excesivo para mis pulmones. Conseguí mantenerme durante dos meses a base de un tónico con estricnina, pero una noche me desmayé y me caí rodando por una escalera a oscuras, hiriéndome en la cabeza. Fui conducido una vez más a Somerville.

Los decanos de Wadham me habían elegido miembro de la sala común de *Seniors*, lo que me permitía el acceso al famoso jerez castaño, que en una oración de gracias en latín era considerado como una de las bendiciones otorgadas al colegio por el Creador. Mi comandante, el coronel Stenning, en otra época profesor universitario de hebreo, era miembro del colegio. El sistema social de Oxford había sido trastocado. El profesor J. V. Powell, miembro del colegio de Saint John destinado a ser mi tutor moral cuando me inscribiera en la universidad, llevaba ahora un uniforme gris de cabo de la Reserva General, hacía ejercicios en el patio y me saludaba marcialmente cada vez que me veía. Un *scout* del colegio había obtenido el rango de oficial, e impartía instrucción militar en otro batallón de cadetes, posiblemente no había más de ciento cincuenta estudiantes residentes en la universidad en aquella época: estudiantes americanos con la beca Rhodes, algunos indios y los no aptos para el servicio militar. Me reunía a menudo con Aldous Huxley, Wilfred Childe y Thomas Earp, que dirigían una revista literaria estudiantil de circulación muy restringida, *The Palatine Review*, en la que colaboré. Earp se había impuesto la tarea de mantener vivas las tradiciones de Oxford durante esos años muertos, como presidente y miembro único, según decía, de unas diecisiete sociedades estudiantiles de carácter literario y social. En 1919, siendo aún residente de Oxford, entregó a los recién llegados los libros de actas de dichas sociedades. La mayor parte de estas agrupaciones fueron revitalizadas.

Disfruté de la estancia en Somerville. El sol era magnífico y la disciplina, fácil. Solíamos pasear por los terrenos del hospital en pijama y bata, y algunas veces llegábamos a Saint Giles y bajábamos a Cornmarket (aun en pijama y bata) para tomar una taza de café por las mañanas en el Cadena. Me enamoré de Marjorie, una enfermera, aunque no se lo dije entonces. Mi corazón había quedado vacío, aunque herido, cuando Dick desapareció de él, sin embargo me resultaba aún difícil adaptarme a la experiencia de amar a una mujer. Por lo general me encontraba con Marjorie, que era una pianista profesional, cuando visitaba a un amigo internado en otra ala de la clínica; pero conversábamos poco, salvo en una ocasión en que me confió la vida infernal que le hacían pasar las otras enfermeras, porque su Padre era un alemán nacionalizado. Le escribí cuando salí del hospital, pero al saber que estaba comprometida con un subalterno en Francia dejé de hacerlo. Sabía lo que era estar en Francia y tener un rival en la patria. Sin embargo, sus reproches por mi silencio me sugerían que por lo menos me tenía tanto afecto como a él. Yo no insistí y dejé morir aquella relación casi antes de nacer.

Mientras estuve en el batallón de cadetes, había ido casi todos los domingos al pueblo de Garsington. Los amigos de Siegfried (Philip y lady Ottoline Morrell),

vivían allí en su residencia campestre. Los Morrell eran pacifistas, y fueron las personas a quienes por primera vez, les oí decir que la responsabilidad de esa guerra se podía enfocar desde otro punto de vista. Clive Bell, el más importante crítico de arte del país y objetor de conciencia, cuidaba las vacas de la finca; se le había permitido hacer ese «trabajo de importancia nacional» en vez de ir al ejército. Aldous Huxley, Lytton Strachey y el honorable Bertrand Russell eran huéspedes frecuentes de los Morrell. Aldous no era apto para el servicio militar, de otra manera casi con seguridad se habría incorporado al ejército, como Osbert y Sacheverell Sitwell, Herbert Read, Siegfried, Wilfred Owen, yo mismo, y la mayoría de los escritores jóvenes, ninguno de los cuales creía ya en esos momentos en la guerra.

Una tarde, Bertrand Russell, demasiado viejo para el servicio militar y un ardiente pacifista (una combinación nada frecuente), se volvió hacia mí y me preguntó:

—Dígame, si enviaran a una de sus compañías a disolver una huelga de obreros en una fábrica de municiones y éstos se negaran a volver al trabajo, ¿les daría a sus soldados la orden de disparar contra los obreros?

—Sí, si todos los otros métodos hubieran fracasado. En realidad no sería peor que disparar contra los alemanes.

Me preguntó, muy sorprendido:

—¿Y los soldados, le obedecerían?

—Ellos detestan a los obreros de las fábricas de armamento, y se sentirían realmente felices si pudieran matar a unos cuantos. A sus ojos no son más que gente que se aprovecha de la situación.

—Pero ¿se dan cuenta ellos de que la guerra no es sino una imbecilidad perversa?

—Sí, tan bien como yo.

No pudo comprender mi actitud.

Lytton Strachey no era apto para el servicio militar, pero en vez de permitir que un médico le diera la baja, prefirió comparecer ante un tribunal militar como objetor de conciencia. Nos contó la extraordinaria impresión que produjo en el tribunal el hecho de que se pusiera a inflar un cojín de aire, como protesta contra la dureza de los bancos. El presidente le hizo la pregunta de costumbre:

—Según entiendo, señor Starchey, usted tiene una objeción moral contra la guerra.

—Oh, no —respondió él con su extraña voz de falsete—, no contra todas, sólo contra *esta* guerra.

Y cuando el presidente le hizo otra pregunta que nunca dejaba de embarazar a los objetores:

—Dígame, señor Strachey, ¿qué haría si viera a un soldado alemán tratando de violar a su hermana?

Él respondió con aire de noble virtud:

—Trataría de colocarme entre ellos.

En 1916 conocí a más escritores que ya eran famosos o que empezaban a serlo. Dos de esos encuentros fueron desafortunados. George Moore acababa de escribir *The Brook Kerith* y mis crispaciones neurasténicas interrumpían el tranquilo y natural flujo de su conversación. Me dijo en tono irritado que dejara de molestar; a mi vez, le respondí con desprecio que había introducido cactus en Tierra Santa unos mil quinientos años antes del descubrimiento de América, su lugar de origen.

En el Club Reform, H. G. Wells, extraordinariamente popular en aquella época, y lleno de optimismo militar, hablaba sin escuchar. Había hecho el Circuito Cook en Francia, y los guías del alto mando le habían mostrado los panoramas que se permitía ver a la realeza, a algunos prominentes hombres de letras y a subditos importantes de los países neutrales. Describía su experiencia ampliamente, y parecía no advertir que Siegfried, que iba conmigo, y yo, conocíamos también aquellos lugares.

Me gustó mucho en cambio Arnold Bennett por su amable modestia; y también Augustine Birrell, que había sido el representante de Asquith en Irlanda. Una vez me atreví a corregirlo cuando comentó que los textos apócrifos nunca se leían en los servicios religiosos; y otra vez, cuando describió a Eliú el jebuseo como uno de los consoladores de Job. Birrell trató de rebatirme ambos puntos, pero yo pedí una Biblia y le demostré que tenía la razón.

Se inclinó con gran amabilidad hacia mí y me dijo:

—Le diré lo que Thomas Carlyle le dijo un día a un joven que lo corrigió en el momento de hacer una cita inexacta: «¡Joven, por este camino irá usted a dar directamente al infierno!».

¿Quién más? John Galsworthy; ¿o quizá lo conocí uno o dos años después? Editaba una revista literaria llamada *Reveille*, publicada bajo los auspicios del gobierno, y cuyos beneficios se destinaban a los fondos de ayuda de los inválidos de guerra. Envié algunas colaboraciones que se publicaron. Cuando nos encontramos, me hizo algunas preguntas técnicas sobre el habla de los soldados; estaba escribiendo una obra acerca de la guerra y quería ser lo más exacto posible. Parecía un hombre humilde, y, fuera de esas preguntas, se dedicó a escuchar sin hablar; lo que, aparentemente, era su costumbre.

Conocí a Ivor Novello en 1918; era dos años mayor que yo y disfrutaba ya de fama mundial como autor y compositor de una canción patriótica:

Mantén la llama viva del hogar
mientras los corazones sufren…

Dijo algo sobre la posibilidad de ponerle música a una de mis canciones. Lo encontré vestido con una bata de seda, en una atmósfera de incienso y cócteles. Estaba rodeado de sus jóvenes amigos actores, todos ellos sentados o tendidos sobre almohadones

desparramados por el suelo. Me sentí incómodamente militar, y me quité las espuelas (era entonces oficial de campo) a fin de no herir a nadie. Novello se había alistado en los Servicios Aéreos de la Marina Real, pero a su genio, oficialmente reconocido, se le permitió «mantener viva la llama del hogar» hasta que los soldados volvieran a casa…

El Ministerio de Guerra abolió entonces el privilegio de que gozaban los oficiales al salir del hospital de ir a convalecer a casa. Se había observado que a muchos no les preocupaba curarse y volver al servicio; se acostaban tarde, bebían y malgastaban inútilmente sus fuerzas. Por consiguiente, cuando me recuperé, fui enviado a una clínica de convalecencia en la isla de Wight… instalada nada menos que en el palacio Osborne; mi habitación había sido en otra época la sala de juegos del rey Eduardo VII y de sus hermanos y hermanas. Era la estación de las frambuesas y el clima era excelente. Los pacientes podíamos dar todos los paseos favoritos de la reina Victoria a través de los bosques y de la playa tranquila, jugar al billar en los billares reales, cantar canciones obscenas en la sala de música del rey, beber los vinos del Rin favoritos del príncipe consorte en medio de sus *Winterhalters*, jugar al golf y visitar Cowes cuando teníamos necesidad de aventuras. Se nos consideraba miembros honorarios del escuadrón del yate real. Otra de las escenas caricaturescas de mi vida: yo como pseudo-*yachtman*, sentado en un sillón de cuero en el salón para fumadores de lo que ha sido, y es ahora nuevamente, el club más exclusivo del mundo, bebiendo ginebra con *ginger* y observando el canal de la Mancha con un potente telescopio.

Establecí lazos amistosos con los padres benedictinos franceses que vivían no lejos de allí. Expulsados de Solesmes por las leyes anticlericales de 1906, habían construido una nueva abadía en Quarr. La abadía había recibido del Vaticano la comisión especial de reunir y editar antiguos textos de música sacra. Oír cantar a los padres sus himnos me hacía olvidar completamente la guerra. Muchos de ellos eran ex oficiales del ejército que, según me informaron, se habían refugiado en la religión después de conocer la violencia de los combates o de alguna decepción amorosa. Consideraban la guerra como una gracia de Dios para restaurar en Francia el catolicismo, y me dijeron que el elemento masón en el ejército, representado por el general *Papá* Joffre, había perdido todo su prestigio, y que el nuevo alto mando que rodeaba a Foch era predominantemente católico, un augurio, exlamaban, de la victoria aliada.

El portero me mostró un día una biblioteca de veinte mil volúmenes, de los cuales varios centenares eran manuscritos. El bibliotecario, un viejo monje de Béthune, me pidió que le relatara detalladamente los daños sufridos en su barrio. Me preguntó si quería leer alguno de esos libros. Los había de todas clases: historia, botánica, música, arquitectura, ingeniería; casi todas las actividades laicas estaban representadas. Le pregunté si tenían una sección de poesía. Sonrió bondadosamente y me dijo que no, que no podían considerar la poesía como una lectura edificante.

El padre superior quiso saber si yo era un *bon catholique*.

Le respondí cortésmente que no, que no pertenecía a la «verdadera religión». Para evitar una confesión de agnosticismo, le expliqué que mis padres eran protestantes.

—Pero si la nuestra es la verdadera religión, ¿por qué no se convierte al catolicismo? —me hizo la pregunta con tal sencillez que me sentí avergonzado.

Comprendí que debía descartar el tema, por lo cual respondí:

—Reverendo padre, hay un proverbio inglés que dice: «Nunca cambies de caballo mientras estés cruzando un río». Yo estoy atrapado todavía en esta guerra, usted lo sabe.

Me miró desilusionado; yo entonces murmuré:

—*Peut-être après la guerre* —era la respuesta clásica que los sacerdotes les habían ordenado dar a las muchachas del Pas de Calais, cuando los soldados aliados las invitaran a *une promenade, mademoiselle*. Según he oído decir fueron muy raros los casos en que dieron aquella respuesta, y cuando la daban era sólo como inicio de las negociaciones.

De cualquier manera, envidiaba la vida de los padres (nada de guerras, nada de asuntos amorosos), su abadía en la colina, y admiraba su bondad, su amabilidad y seriedad. ¡Aquellas celdas limpias, encaladas, y las comidas en silencio en largas mesas de roble, mientras un novicio leía vidas de santos! La comida, consistente sobre todo en cereales, legumbres y frutas, fue la mejor que había probado en años… yo había comido las suficientes raciones de cuartel de carne, jamón, queso y pan como para que no se me volvieran a antojar en la vida. En Quarr, el catolicismo dejó de repugnarme.

Muchos de los pacientes hospedados en Osborne eran neurasténicos y debían haber sido internados en un hospital psiquiátrico. Tal era, por ejemplo, el caso de A. A. Milne, un subteniente del Regimiento Real de Warwickshire, que pasaba una racha de pésimo humor. Un tal Vernon Bartlett, del Regimiento Hampshire Y yo, decidimos que debíamos hacer algo novedoso. Fundamos la Real Sociedad de Alberto, cuya pretendida finalidad era revivir el interés por la vida y la época del príncipe consorte. Mi atuendo como presidente consistía en una casaca escocesa, botines alemanes, y un par de patillas falsas. No se podía leer el orden del día hasta que no se me mandara depositar las patillas en la mesa. La pertenencia a la sociedad estaba abierta sólo a aquellos oficiales que se declararan estudiosos de la vida y las obras del príncipe consorte; los nacidos en la provincia de Alberta, en Canadá, los que hubiesen residido por más de seis meses en las márgenes del Albert Nyanza, los que hubiesen obtenido la Medalla de Alberto por salvamento de vidas; o los que de cualquier otra manera estuvieran relacionados con la memoria del príncipe consorte. Aquél debió de haber sido uno de los primeros actos burlescos, ahora tan populares, sobre el victorianismo. Se pedía a los miembros que relataran en cada sesión recuerdos obtenidos de los viejos sirvientes del palacio y de los granjeros de Osborne, que arrojaran alguna luz en el aspecto humano de la vida del príncipe consorte. Éramos quince miembros y comimos cantidades asombrosas de fresas.

En cierta ocasión, una docena de oficiales llegaron a pedir que se les admitiera en la sociedad, proclamando cumplir los requisitos establecidos. Uno de ellos decía ser nieto del ingeniero que había construido el Albert Memorial; otro había trabajado en los muelles de Albert; otro poseía en realidad la Medalla de Alberto; los otros eran estudiantes interesados en la vida del Principe. Al principio se sometieron tranquilamente a los reglamentos y ceremonias que habíamos instituido, pero muy pronto se vio que en realidad lo que deseaban era destruir la sociedad. Casi todos estaban borrachos. Comenzaron a relatar anécdotas indecentes sobre la vida privada del príncipe consorte, alegando que podían probar su veracidad por medio de fotografías. Bartlett y yo comenzamos a intranquilizarnos; no era ésa la clase de reuniones que nos habíamos propuesto celebrar. Me levanté en calidad de presidente y les narré una versión mejorada de la historia que había ganado en 1914 en el concurso interregimental celebrado en Aldershot, el título de la historia más obscena del año. Yo la ligué con el príncipe consorte, diciendo que la había oído de labios de John Brown, el mayordomo de Balmoral, cuyo acre humor tanto deleitaba a la reina Victoria; yo añadí que impedir a nuestro personaje dormir durante tres días y tres noches había contribuido a su muerte prematura. Vencidos en su propio terreno, los intrusos levantaron los brazos y salieron del salón. Me asombró ver cuánto había progresado desde mis primeros años en Charterhouse. ¡Si se me hubiera ocurrido emplear tal técnica entonces!

Un día en la playa, Bartlett y yo encontramos un viejo mascarón de navio. Unas cuerdas anudadas en la parte superior le daban cierto parecido con el cabello humano. Bartlett suspiró y dijo:

—Pobre camarada, yo lo conocía muy bien. Estaba en mi pelotón, con el Hampshire, pero enloqueció y se arrojó por la borda del barco hospital.

Un poco más adelante, en la playa, encontramos un viejo par de pantalones y una chaqueta, y luego unos calcctincs y una bota. De manera que vestimos con todo aquello al «viejo amigo» de Bartlett, lo cubrimos con algas donde hizo falta, y seguimos caminando. Enseguida encontramos a un guardacostas y volvimos con él, después de decirle:

—Hay un cadáver en la playa.

Se detuvo unos metros y exclamó, tapándose la nariz:

—¡Como apesta este tipo!

En ese momento nos retiramos, dejando al guardacostas con el cadáver, y al día siguiente leímos en el periódico de la isla de Wight que «ciertos oficiales convalecientes en Osborne se habían permitido hacer bromas pesadas a las autoridades». Entre nuestros absurdos entretenimientos puede contarse el de haber cambiado las etiquetas de todos los cuadros colgados en la galería. Hacíamos todo lo que pudiera hacer reír a la gente. Pero la labor nos resultaba difícil.

24

Siegfried me escribió en marzo de 1917 desde el Segundo Batallón, pidiéndome hacer un esfuerzo y enviarle una carta porque se sentía terriblemente deprimido. Se quejaba del recibimiento que le habían dado. El batallón estaba en ese momento constituido por viejos oficiales de carrera, y mi enemigo, el subteniente de la Reserva Especial, que había logrado una designación temporal de capitán, había llegado al punto de insultarlo y de hacer comentarios sobre «los cabrones del Primer Batallón». Siegfried se tragó el insulto, pero había pedido que lo transfirieran al Primero.

Hasta fin de mes, el Segundo Batallón permaneció a tres kilómetros y medio de nuestro querido Morlancourt, un pueblo rodeado de suaves colinas y bosques fangosos y aeródromos, y nuestras vías de ferrocarril por las cuales acostumbraba a trotar por las tardes en su yegua negra. (En una ocasión David Thomas y yo observamos a Siegfried caracolear en aquella yegua negra, un bello y combativo animal con instintos homicidas, y nos admiramos de la paciencia de nuestro amigo. Dirigía al animal hacia un obstáculo, y cuando la yegua se negaba a saltar, no la obligaba a hacerlo sino que simplemente daba la vuelta y volvía a comenzar la operación. Todas las veces, la yegua se negó; sin embargo aquello no provocaba en él mal humor ni lo hacía abandonar sus propósitos. Finalmente, por desesperación, la yegua saltaba el obstáculo —un metro y ochenta centímetros, sin problemas, pues hubiera podido saltar aún mayor altura).

Me escribió diciendo que lo habían incorporado a la Compañía C, con un pelotón de deficientes mentales que esperaban que les diera órdenes de vencer o morir, y con un brazo inmovilizado. El doctor Dunn le había puesto una vacuna, y al clavarle la aguja en el brazo le había dicho:

—Es la piel más resistente de todo el grupo; no me extraña, usted tiene un temperamento muy resistente.

Siegfried esperaba que el batallón comenzara pronto a combatir; sería un alivio después de todas aquellas semanas de irritación, incomodidad y frustraciones. (Ésa era la clase de sentimientos que uno abrigaba cuando estaba en el Segundo Batallón). Suponía que su *Viejo Cazador* no se publicaría antes del otoño. Había visto el último número de *The Nation* y comentaba lo divertido que era que ambos apareciéramos como un dúo de poetas militares en un órgano pacifista. «Tú y yo, los poetas que se proponen trabajar juntos un día y escandalizar al viejo Gosse y también a los Strachey». (Al releer esa carta, recuerdo que el motivo de mi ruptura definitiva con

Siegfried, diez años más tarde, fue no haber observado la actitud literaria correcta en una correspondencia con el difunto *sir* Edmund Gosse. Cuando apareció el *Viejo cazador*, *sir* Edmund había criticado severamente algunos versos de un poema alegórico, allí incluido:

… Arrobo, pálido éxtasis y hechizos;
muchos de los frágiles y demacrados caballeros
que llenaron mi alma con letanías de pecado
volvieron a casa horrorizados.

Sir Edmund Gosse consideraba que aquellos versos podían leerse como un insulto a la Cámara de los Lores. Los caballeros del reino, decía, estaban demostrando ser capaces de un heroísmo espléndido durante la guerra).

Pronto comenzaron los combates violentos que hicieron romper la línea Hindenburg. El pelotón de Siegfried tuvo a su cargo el apoyo de los Cameronianos, y cuando éstos fueron expulsados de las trincheras de las que habían logrado apoderarse, él recupero las posiciones con un equipo de seis granaderos. Aunque herido en la garganta, continuó arrojando granadas hasta el momento en que perdió el conocimiento. Los Cameronianos volvieron a la carga, y el general de brigada solicitó para Siegfried la Cruz de la Victoria; la recomendación fue rechazada con el pretexto de que las operaciones no habían sido coronadas por el éxito, ya que los Cameronianos tuvieron que retirarse nuevamente ante la aparición de un grupo de granaderos dirigidos por una especie de Siegfried alemán.

De regreso a Londres, y muy enfermo, me escribió contándome que a menudo, cuando salía a pasear, veía cadáveres sobre el pavimento. En abril, Yates le envió una carta diciendo que cuatro oficiales habían muerto y siete habían resultado heridos en un combate en Fontaine-les-Croiselles, una batalla terriblemente sangrienta. Pero el batallón había avanzado cerca de setecientos metros, lo que a Siegfried le produjo cierto sentimiento de consolación. Sin embargo, en la frase siguiente me decía cómo lo enfermaba de ira pensar en los innumerables hombres que se habían sacrificado durante aquel verano, sin ninguna finalidad. Los sanguinarios políticos y también los generales con su maldita incompetencia y sus ideas bestiales, continuarían con aquella diversión hasta que se aburrieran o hasta que obtuvieran todas las condecoraciones que ambicionaban. Quería protestar de alguna manera, pero incluso asesinar al primer ministro o a *sir* Douglas Haigh no serviría de nada, porque se conformarían con internarlo en un centro psiquiátrico como a Richard Dadd, de gloriosa memoria. (Reconocí la alusión. Dadd, un brillante pintor del siglo XIX, tío abuelo, por cierto, de Edmund y Julián, había hecho una lista de personas que merecían ser asesinadas. La primera persona en la lista era su padre. Dadd se lo

encontró un día en Hyde Park, se lo subió a los hombros, y lo llevo cargando media milla hasta arrojarlo al suelo públicamente). Siegfried llegaba a decir que, como protesta, se negaba a volver; de lo único que podrían acusarlo era de tener miedo a las bombas. Yo me preguntaba si creía que estaríamos mejor al fin de ese verano de carnicerías. Nunca lograríamos romper el frente alemán con operaciones aisladas. Además, nuestras bajas eran mayores que las de los alemanes. Los canadienses habían sido aniquilados en Vimy, sin embargo los *communiqués* oficiales publicaban mentiras desvergonzadas sobre el número de bajas. Julián Dadd lo había visitado en el hospital, y como todos los demás, le había pedido que solicitara un puesto seguro en Inglaterra… pero él sabía que aquél era sólo un bello sueño: que se sentiría moralmente obligado a marcharse hasta que lo mataran. La sola idea de regresar lo enloquecía. Sobre todo ahora que había vuelto a la luz… «¡Oh, vida, oh, sol!» (era una cita de un poema mío sobre mi regreso de la tumba). Su herida casi había cicatrizado y esperaba que al cabo de tres semanas lo enviaran a una clínica a convalecer. No le gustaba la idea, pero *cualquier cosa* estaría bien si le permitía estar solo y no ver a nadie, contemplar sencillamente los árboles cubrirse de follaje y sentir también él lo mismo. Estaba terriblemente débil y con los nervios hechos pedazos. Un simple gramófono en la sala del hospital le irritaba terriblemente. El *Viejo cazador* había aparecido esa primavera, y como broma pensaba enviarle un ejemplar a *sir* Douglas Haig. Nadie le impediría hacer precisamente eso.

En junio, había visitado a los Morrell en Oxford, sin saber que yo estaba allá, pero le parecía que tal vez era mejor no habernos visto, ya que ninguno de los dos se encontraba en un buen momento; por lo menos uno de ambos debía hallarse en buenas condiciones mentales cuando volviéramos a vernos. Habían aparecido cinco poemas suyos en *The Cambridge Magazine* (uno de los pocos periódicos ferozmente pacifistas publicados en Inglaterra en esa época, cuyas oficinas fueron asaltadas más tarde y saqueadas por los cadetes del cuerpo de paracaidistas). Admitía que ninguno de ellos tenía mucho más valor que el de un bofetón al público complaciente y absolutamente incalificable que pensaba que la guerra debía continuar indefinidamente, hasta que todo el mundo, menos ellos, hubiera sido exterminado. Los pacifistas lo animaban a escribir algo incendiario al estilo de *El fuego* de Barbusse, pero no podía hacerlo. Tenía otros proyectos en la mente, *no poemas*. (No sé qué quería decir con esto, pero esperaba que no fuera un programa de asesinatos como el de Richard Dadd). La idea de lo que estaba ocurriendo en Francia le enloquecía a veces. En la clínica de Kent podía oír el ruido sordo e incesante de los cañones que llegaba desde el otro lado del canal, y ya no sabía si lo que quería era volver y morir al lado del Primer Batallón, o quedarsé en Inglaterra y hacer lo que estuviera en sus manos para impedir la continuación de la guerra. Los dos proyectos eran igualmente desesperados. Volver y dejarse matar significaba hacerle el juego al público —al peor público— y no veía ningún modo de oponerse eficazmente a la guerra si se quedaba en el país. Le habían ofrecido un puesto en un batallón de

cadetes estacionado en Inglaterra, que, si aceptaba, lo mantendría lejos del peligro; pero le parecía una solución deshonrosa.

A finales de julio me llegó otra carta de Siegfried. El sobre me pareció muy fino. Me senté a leerla en un banco dedicado por la reina Victoria a John Brown («Nunca ha latido un corazón más fiel dentro de un pecho humano»). Cuando abrí el sobre, encontré un recorte de periódico con una anotación en tinta: *Bradford Pioneer*, 27 de julio de 1917.

Leí en primer término un artículo que no era el más importante:

LIBERTAD PARA LOS OBJETORES
DE CONCIENCIA

Por PHILIP FRANKFORD

El objetor de conciencia es un hombre valiente. Cuando el historiador del futuro resuma la historia de esta guerra atroz, el objetor de conciencia será recordado como uno de los pocos actores nobles de este drama mundial.

El objetor de conciencia se opone al militarismo. Es un combatiente por la independencia y la libertad. Su actitud desenmascara al despotismo. Y, por encima de todo, prepara el camino que conducirá a la abolición final de la guerra.

Pero gracias a una prensa mentirosa, corrompida, al servicio del más sucio capitalismo, estos hechos no se conocen por el gran público, que ha aprendido a despreciar a los objetores de conciencia por considerarlos seres cobardes y amedrentados.

Hace poco ha tenido lugar una nueva persecución de objetores de conciencia. A despecho de las promesas hechas por los «honrados» ministros del gabinete, varios objetores de conciencia han sido enviados a Francia y, una vez allí, los han condenado a muerte, sentencia conmutada más tarde por la de «crucifixión», o por la de «cinco a diez años de trabajos forzados». Pero aun los que han obtenido el permiso para quedarse en el país han sufrido el más escandaloso de los tratos. Esos hombres, la sal de la tierra, como Clifford Alien, Scott Duckers y otros muchos no menos espléndidos entusiastas de la causa del antimilitarismo, están en prisión porque se resisten a matar; y porque no quieren renunciar a su virilidad convirtiéndose en esclavos de la maquinaria militar. Esos hombres DEBEN SER PUESTOS EN LIBERTAD.

Los «saboteadores» políticos en Irlanda…

Luego volví la página y leí:

REPUDIO A LA GUERRA

Declaración de un soldado

(*Esta declaración se la hizo a un oficial de su regimiento el subteniente del Tercer Batallón de los Fusileros Reales Galeses, Cruz Militar, recomendado para la condecoración por conducta distinguida, como explicación de su renuncia a servir por más tiempo en el ejército. Alistado el 3 de agosto de 1914, se distinguió por su valor en Francia, fue gravemente herido y hubiera podido obtener un puesto militar en Inglaterra en el caso de permanecer en el ejército*).

La presente declaración es un acto de voluntario desafío a la autoridad militar, porque creo que la guerra ha sido deliberadamente prolongada por aquéllos que tienen los medios de ponerle fin.

Soy soldado, y estoy convencido de que actúo en nombre de los soldados. Creo que esta guerra en la que había decidido tomar parte por tratarse de una guerra defensiva y de liberación, se ha convertido en una guerra de agresión y de conquista. Creo que los fines por los que mis camaradas soldados y yo habíamos decidido participar en esta guerra debieron haberse estipulado de una manera clara a fin de que resultara imposible modificarlos, y creo también que por haber sucedido esto, los propósitos que nos impulsaron en un principio a ir al frente podrían obtenerse ahora por medio de negociaciones.

He visto y resistido el sufrimiento de las tropas, y no puedo ser por más tiempo cómplice de la prolongación de estos sufrimientos para que se obtengan fines que considero malvados e injustos.

No protesto contra la dirección de la guerra, sino contra los errores políticos y la mentira constante por los que se está sacrificando a los combatientes.

En nombre de los que hoy sufren, hago esta protesta contra el engaño de que son víctimas. También creo que puedo ayudar a destruir la brutal complacencia con que la mayoría de la población inglesa contempla la prolongación de unos sufrimientos que no comparten, y que no tienen la suficiente imaginación para comprender.

Julio de 1917.

S. Sassoon

Esta lectura me sumió en un estado de ansiedad y de desdicha. Yo estaba totalmente de acuerdo con Siegfried en lo referente a «los errores políticos y la mentira constante» y pensaba que su actuación era extraordinariamente valiente. Pero había que considerar otras cosas además de la razón de nuestros agravios contra los políticos. En primer lugar, Siegfried no estaba en condiciones físicas apropiadas para sufrir el castigo que su carta implicaba; es decir, ser juzgado por un tribunal militar, degradado y encarcelado. Sentía una gran amargura hacia los pacifistas que lo habían alentado a realizar aquella acción. Como no eran soldados, no podían comprender lo que aquello debía costarle emocionalmente a Siegfried. Era una maldad que él tuviera que sufrir las consecuencias de su carta después de sus experiencias en el Cuadrángulo y en Fontaine-les-Croiselles. También advertí la inutilidad de aquel

gesto. Nadie seguiría su ejemplo, ni en Inglaterra ni en Alemania. La guerra continuaría hasta que una de las partes lograra aniquilar a la otra.

Inmediatamente pedí comparecer ante la comisión médica, que debía reunirse al día siguiente; y les pedí a los doctores que me consideraran apto para el servicio militar. No estaba en condiciones, y ellos lo sabían, pero lo pedí como un favor. Tenía que salir de Osborne y ocuparme del asunto de Siegfried. Después escribí al honorable Evan Morgan, con quien uno o dos meses antes había hecho regatas en Oxford, secretario privado de uno de los ministros del gobierno de coalición. Le pedí que hiciera rodo lo posible por impedir la republicación o la aparición de comentarios sobre la carta; y que tratara de que se le diera una respuesta adecuada al señor Less-Smith, el principal miembro pacifista del Parlamento, cuando sacara el tema a colación. Le expliqué a Evan que yo estaba realmente del lado de Siegfried, pero que no se le debía permitir convertirse en el mártir de una causa desesperada en sus actuales condiciones físicas. Finalmente, escribí al Tercer Batallón. Sabía que el coronel Jones-Williams era un patriota de estrecho criterio, no había estado nunca en Francia, y era inimaginable que pudiera ver el asunto con simpatía alguna. Pero el segundo comandante, el mayor Macartney-Filgate, era más humano; de manera que le pedí que le hiciera ver el asunto al coronel bajo una luz razonable. Le conté las recientes experiencias de Siegfried en Francia y le sugerí que debía ser internado en un hospital con una licencia por tiempo indefinido.

Recibí una carta de Siegfried desde el Hotel Exchange de Liverpool, en la que me decía que sin duda debía estar preocupado por él. Había llegado a Liverpool uno o dos días antes y se había presentado en la Sala de Ordenanzas del Tercer Batallón en Litherland; se encontraba muy mal, pero dio la necesaria impresión de seguridad. El mayor Macartney-Filgate, ante quien debió presentarse, ya que el coronel estaba de vacaciones, se había portado de un modo inimaginablemente decente, haciéndolo sentir como un estúpido, y había consultado el caso con el general a cargo de la línea defensiva de Mersey. Al parecer, el general estaba «consultando con Dios, o con alguien parecido». Yo podía escribirle al hotel, ya que había prometido no escaparse al Cáucaso. Esperaba que al cabo de un tiempo se comportarían desagradablemente; era posible que, de momento, no se dieran cuenta de que su actuación obtendría una gran publicidad. Aunque detestaba el asunto más que nunca, sabía también, con mayor claridad que antes, que tenía razón y que nunca se arrepentiría de lo que habían hecho. Añadía que, al parecer, las cosas estaban mejor en Alemania, pero que Lloyd George probablemente calificaría esa situación como un complot, le parecía imposible que un político se comportara como un ser humano.

El general no había consultado con Dios sino con el Ministerio de la Guerra; y el ministro con quien trabajaba Evan persuadió al Ministerio para que no tratara el asunto como un caso disciplinario, sino que sometiera a Siegfried al dictamen de una

comisión de médicos. Evan había realizado muy bien su parte. Me propuse que Siegfried accediera a presentarse ante aquella comisión. Me incorporé al batallón y fui a verlo a Liverpool. Parecía muy enfermo; me dijo que había estado en el campo de golf de Formby y que había arrojado su Cruz Militar al mar. Discutimos la situación política. Mi argumentación se basaba en que todo el mundo estaba loco salvo nosotros y una o dos personas más, y que no tenía ningún sentido oponerle a un mundo de dementes razonamientos basados en el sentido común. Lo único que podíamos hacer era continuar en las filas hasta que nos mataran. Yo esperaba volver pronto, por cuarta vez, al frente. Además, ¿qué podrían pensar de él los Batallones Primero y Segundo? ¿Cómo iban a poder entender su punto de vista? Lo acusarían de cobardía, de abandonar a sus soldados en el peor momento. ¿Cómo iba a poder el viejo Joe, por ejemplo, el hombre más comprensivo del regimiento, entender el asunto? ¿A quién iba dirigida su carta? En el ejército únicamente se entendería como un acto de cobardía o, en el mejor de los casos, como una infracción de las normas de buena conducta. En cuanto a los civiles, su actitud sería aún más dura, sobre todo cuando descubrieran que S. era la inicial de «Siegfried».

No logré que me diera la razón, pero le di a entender claramente que su carta no había tenido ni iba a tener la publicidad que esperaba. Al final, sin poder negar cuan enfermo estaba, Siegfried consintió en presentarse ante la comisión médica.

¡Hasta allí todo había marchado bien! El siguiente paso era convencer a la comisión. Pedí un permiso para ir a testificar como amigo del paciente. El equipo lo formaban tres doctores; un coronel médico militar de carrera, un mayor y un capitán «provisional». Advertí inmediatamente que el coronel era un patriota que veía con muy poca simpatía el caso; el mayor era un hombre razonable pero ignorante, y el capitán un especialista competente en enfermedades nerviosas, inteligente, y, por el momento, mi única esperanza. Tuve que repetir de nuevo toda la historia, tratando al coronel y al mayor con especial deferencia, pero utilizando al capitán como un aliado para destrozar sus escrúpulos. Muy en contra de mi voluntad tuve que hacer el papel de patriota preocupado por el trastorno mental de un camarada de armas… un trastorno debido sobre todo a sus magníficas hazañas en las trincheras. Mencioné las alucinaciones de Siegfried: los cadáveres tendidos en Piccadilly. ¡Era una atroz ironía del destino tener que discutir con aquellos viejos chiflados sobre la salud mental de Siegfried! Aunque era del todo consciente de que traicionaba la verdad, actué con método jesuítico. Mi sistema nervioso se hallaba en un estado casi semejante al de Siegfried; lo que hizo que estallara tres veces en sollozos durante mi declaración. El capitán McDowell, que resultó ser un famoso psiquiatra de Harley Street, se portó muy bien. Cuando salía, me dijo:

—Joven, usted también debería presentarse ante esta comisión.

Le pedí al cielo que Siegfried, que entraba en la sala de consulta cuando yo salía, no echase a perder mi labor, pareciéndoles demasiado sano. Pero McDowell convenció a sus superiores de la validez de mis argumentos.

Macartney-Filgate me confió la tarea de escoltar a Siegfried hasta un centro de reposo para neurasténicos situado en Craiglockhart, cerca de Edimburgo. Tanto a Siegfried como a mí aquello nos pareció una gran broma, especialmente cuando yo perdí el tren, y él tuvo que presentarse en «la loquera», como él la llamaba, sin mí. En Craiglockhart, Siegfried estuvo al cuidado del profesor Rivers, a quien veíamos por vez primera, aunque sabíamos que era uno de los neurólogos, etnólogos y psiquiatras de mayor prestigio de Cambridge. Se había hecho el firme propósito de cambiar de campo de investigación cada ciertos años, e incorporar un nuevo terreno de estudios a su amplio cuadro antropológico.

Rivers murió poco después de la guerra, cuando estaba a punto de presentarse como candidato independiente a un escaño parlamentario representando a la Universidad de Londres; tenía la intención de incorporar su amplio programa de estudios a la política. En aquella época se dedicaba al estudio de los estados psicológicos morbosos. Tenía cerca de cien casos de neurastenia a su cuidado, y hacía sus diagnósticos en buena parte a través de un estudio de los sueños, basado en la teoría de Freud, aunque repudiaba con energía algunas de sus tesis más características. Su obra postuma *Conflicto y sueño* es el resultado de sus trabajos en Craiglockhart. A propósito, a Dick lo había tratado Rivers después del episodio en la delegación de policía, y, tras el tratamiento, había sido declarado lo suficientemente sano como para incorporarse al ejército.

Siegfried y Rivers se hicieron pronto amigos íntimos: Siegfried se interesaba por los métodos que utilizaba Rivers para establecer sus diagnósticos y, por su parte, Rivers se interesaba por la poesía de Siegfried. Al abandonar Edimburgo, yo estaba mucho más feliz. Siegfried comenzó a escribir la terrorífica serie de poemas (algunos de los cuales salieron en la revista del hospital de Craiglockhart, *The Hydra*) que publicaría al año siguiente bajo el título de *Contraataque*. Otro paciente era Wilfred Owen, del regimiento Manchester. No hacía otra cosa que repetir que había sido injustamente acusado de cobardía por un oficial superior. El encuentro con Siegfried llevó a Owen, un hombre pequeño y tranquilo, de cara redonda, a escribir poemas de guerra.

25

El presidente de la comisión médica de Osborne tenía razón: no debía haber vuelto al servicio. El entrenamiento en el campo del Tercer Batallón era intensivo, y al habérseme dado el mando de una compañía de hombres entrenados no tenía el descanso necesario. Me di cuenta del mal estado de mis nervios un día en que al hacer una marcha por las calles de Litherland, en unas maniobras normales del regimiento, vi a tres trabajadores con máscaras de gas junto a una boca de alcantarillado abierta, inclinados sobre un cadáver que acababan de sacar de las cloacas. Su ropa estaba empapada y desprendía un olor desagradable; tenía las manos y la cara amarillas. Algunos productos químicos de la fábrica de municiones se habían colado por el desagüe y los gases habían intoxicado a aquel obrero cuando hacía un trabajo de inspección. La compañía no detuvo la marcha, y yo tuve una visión instantánea de aquel grupo; sin embargo me recordó con tal violencia a Francia que de no haber sido por la banda de música hubiera perdido el conocimiento.

El coronel me designó miembro de un tribunal militar que debía juzgar a un civil alistado en el ejército que no se había presentado cuando llamaron a su clase a prestar servicio. Intenté sentir cierta simpatía hacia aquel hombre pequeño y de aire desagradable, con aspecto de conejo, pero me resultó difícil, aunque logró demostrar que nunca se había alistado. El abogado nos mostró una carta de un cabo que servía en Francia, explicando que se había alistado porque «el conejo» había estado en las últimas fechas haciéndole la corte a su mujer. El conejo negó este último cargo; pero demostró que el color de las notas en la solicitud de alistamiento era azul, mientras que el suyo era castaño como el de los conejos; en eso se basaba su defensa. Entonces surgió otra pregunta: ¿Por qué no se había alistado bajo el Acta de Servicio Militar, si era un conejo apto para las armas? Declaró haber sido eximido, por realizar un trabajo de responsabilidad nacional en una fábrica de municiones en la época en que el Acta de Servicio Militar aún no tenía fuerza de ley. Sin embargo, un informe de la policía demostró que sus «certificados protectores» eran falsos, que no había estado trabajando en la fábrica de municiones antes del Acta, y por consiguiente se le podía catalogar como aquellos «que debían haberse alistado» y considerársele un desertor. Sin alternativa posible, lo sentenciamos a los dos años de cárcel prescritos en esos casos. Se derrumbó, comenzó a gemir como un conejo, y declaró tener objeciones de conciencia contra la guerra. El intervenir en aquel juicio me hizo avergonzarme de mí mismo.

En esa época varios contingentes importantes embarcaron con frecuencia para incorporarse al Primero, Segundo, Noveno y Décimo Batallón en Francia, y al Octavo Batallón en Mesopotamia. Eran muy pocos los que lamentaban tener que marcharse. Partían mucho más felices en primavera y en verano, cuando tenían lugar los combates intensos, que en los meses de invierno, que eran más tranquilos. (El regimiento mantuvo la moral alta hasta el último año de guerra. Attwater me dijo que los grandes contingentes enviados durante las semanas críticas de la primavera de 1918, cuando los alemanes había hecho retroceder al Quinto Ejército, bajaban en la estación cantando y lanzando hurras con gran entusiasmo. Debían de ser los reservistas de Wrexham, que él y yo habíamos visto reunidos el 12 de agosto de 1914, cuando me incorporé al Segundo Batallón poco antes de embarcar para Francia).

El coronel Jones-Williams daba siempre el mismo discurso a los soldados que partían. El día que salí de Osborne para incorporarme al batallón, pasé por la estación de enlace de Liverpool y allí tomé el tren eléctrico hacia Litherland. La estación de Litherland estaba llena de soldados. Oí una voz familiar pronunciando un discurso familiar: el coronel se despedía de un pequeño grupo de soldados que se incorporaban al Primer Batallón «llenos de entusiasmo como soldados ingleses llamados a combatir al enemigo común… algunos de ustedes tal vez perecerán… manteniendo las magníficas tradiciones del regimiento de los Reales Fusileros Galeses…». Las tropas vitoreaban vehementemente, tal vez demasiado vehementemente, me pareció… ¿quizá con cierta ironía? Cuando el coronel terminó, me dirigí a saludar a algunos amigos: el 79 Davies, el 33 Williams, y a otro Davies a quien todo el mundo conocía como *Dytn Bacon*, que en galés significa: no hay tocino. Se había ganado el mote en sus tiempos de recluta. Era hijo de un granjero galés y estaba acostumbrado a comer muy bien. Había protestado la primera mañana que fue a desayunar, gritándole a un sargento:

—Oiga ¿a ésta porquería le llaman aquí desayuno? ¡No hay tocino, no hay salchichas, no hay arenques, no hay nada! ¡Nada más que este pan cabrón con mermelada!

Vi otro rostro del Primer Batallón que recordaba muy bien: D. C. M. con escarapela, *Médaille Militaire*, Medalla Militar inglesa, pero ningún galón.

—¿Se los volvieron a quitar, sargento Dickens? —le pregunté.

Me guiñó un ojo.

—Vienen rápidamente, señor, y se van con la misma rapidez.

El tren se acercó, y yo le tendí la mano deseándole buena suerte.

—Nos va a tener que excusar, señor —dijo Dickens.

El contingente soltó entonces la carcajada, y vi por qué no me había dado la mano, y también por qué los hurras se habían pronunciado con tanta vehemencia. Todos llevaban las manos esposadas. Debían haber salido quince días antes hacia Mesopotamia, pero querían regresar al Primer Batallón y habían logrado conseguir un permiso suplementario. El coronel, que no había comprendido la situación, los había encerrado en la sala de guardias para estar seguro de su próxima salida. Iban con las manos esposadas y con una escolta de policía militar al batallón de su elección. Los soldados no le guardaban rencor al coronel Jones-Williams por las esposas. Era un hombre de buen corazón, se preocupaba de inspeccionar personalmente las cocinas del campamento, había hecho instalar una sala de cine, era razonablemente suave en los castigos y procuraba no maltratar demasiado a los soldados que volvían del frente.

Yo decidí abandonar Litherland, previendo lo que podía ser allí el invierno, con niebla que bajaba del Mersey y se detenía sobre el campamento, cargada con vapores de T. N. T. El invierno anterior había tenido que sentarme en mi cabaña y toser hasta hacerme daño. Aquellos vapores deslucían nuestros botones e insignias y nos irritaban los ojos. Pensé en volver a Francia, pero comprendí que era una idea absurda. Desde 1916 me obsesionaba el miedo al gas; cualquier olor desacostumbrado, hasta un repentino aroma de flores en un jardín, era suficiente para provocarme estremecimientos. Y no podía soportar el estruendo del cañón; el ruido del tubo de escape de un automóvil bastaba para que me lanzara cuerpo a tierra, o para echar a correr. Comencé a pensar en Palestina, donde no se conocían los gases, y los bombardeos eran como un juego en comparación con Francia.

Siegfried me escribió desde Craiglockhart en agosto: «¿Qué piensas de las últimas batallas? ¡Es espléndida esta guerra de desastre! Como dice lord Crewe “no estamos en absoluto deprimidos”. Una frase que sólo se puede comparar con la de lord Carson: “Debemos mantener a toda costa las reservas de héroes necesarias”».

En mi siguiente examen médico pedí que me inscribieran en la categoría B2, que significaba: «Apto sólo para el servicio militar en el país». Logré que me mandasen al Tercer Batallón del regimiento, acampado en Oswestry, en Gales. Desde allí, cuando me sintiera mejor, pediría mi cambio a la categoría B1, O sea: «Apto para el servicio de guarnición en el extranjero», y, en su debido momento, me enviarían con un batallón de Guarnición del Real Galés, a Egipto. Una vez allí, me sería fácil conseguir el A1 y unirme al Vigésimo cuarto o Vigésimo quinto Batallón (del Nuevo Ejército) en Palestina.

De manera que por el momento fui enviado a Oswestry. Teníamos un buen coronel, pero los soldados habían sido en su mayoría obligados a alistarse por la fuerza; y los oficiales, salvo algunas excepciones, eran unos inútiles. La primera tarea, al llegar, fue supervisar el embarque de provisiones y su transporte; debíamos pasar al campamento de Kinmel Park, cerca de Rhyl. El capitán puso ciento cincuenta soldados a mi disposición y me dio seis horas para hacer el trabajo. Elegí cincuenta de los soldados que me parecieron más fuertes y cuatro suboficiales que tenían aire

de competentes, y envié al resto a jugar al fútbol. Organicé a aquel grupo al estilo del Primer Batallón, y logré que mis cincuenta hombres efectuaran el transporte en dos horas menos del tiempo estipulado. El coronel me felicitó. En Rhyl, me asignó como trabajo «perfeccionar la instrucción» de unos sesenta jóvenes oficiales que le habían enviado de los batallones de cadetes. Pocos oficiales del batallón habían estado en el servicio activo.

En esa época comencé a recordar a Nancy Nicholson. La había conocido en abril de 1916, en la casa de los Nicholson en Harlech, después de mi operación de nariz. Tenía entonces dieciséis años, y había ido a pasar las vacaciones escolares en Harlech; conocí también a su hermano Ben, el pintor, que debido al asma no se había podido incorporar al ejército. Cuando volví a Francia en 1917, fui a visitar a Ben y al resto de su familia en Chelsea, y la última persona que se despidió de mí cuando me dirigía a la estación Victoria fue Nancy. La recordaba de pie en el pórtico de su casa, con un vestido de terciopelo negro y un collar de coral. Era una joven ignorante, con una mente independiente y buen corazón; su actitud hacia la guerra era mucho más inteligente que la de la mayoría de las personas en Inglaterra. En el verano de 1917, poco después del episodio con Marjorie, la llevé a una revista musical, la primera que veía en mi vida. Era *Cheep*, con Lee Write, que cantaba sobre una Susana de ojos negros, y de como «las chicas debían convertirse en los hijos de los granjeros, quitarse la falda y ponerse pantalones de pana». Nancy me dijo que también ella trabajaba en el campo. Me mostró sus pinturas, unas ilustraciones para el *Jardín de poemas infantiles* de Stevenson. Mi amor por los niños se correspondía con el suyo. Me gustaba toda la familia, especialmente su madre, Mabel Nicholson, pintora, una mujer bella y con una fantasía melancólica muy escocesa. William Nicholson, también pintor, se cuenta todavía entre mis amigos. Tony, un hermano algo mayor que Nancy, era oficial de artillería, y esperaba ser movilizado a Francia en cualquier momento.

Comencé a mantener correspondencia con Nancy sobre algunos poemas para niños que había escrito y que ella deseaba ilustrar. Poco tiempo después me enamoré de ella. Durante mi siguiente salida con permiso, en octubre de 1917, fui a visitarla a la granja donde trabajaba en Huntingdonshire… sola, con su caniche negro, entre granjeros, braceros y soldados heridos que trabajaban en el campo; la ayudé en sus labores. Después de eso nuestras cartas fueron más íntimas. Me advirtió que debía tener mucho cuidado al expresar mis opiniones sobre las mujeres, porque ella era feminista; la actitud de los granjeros de Huntingdon para con sus mujeres e hijas la mantenía en un estado de ira permanente. El brutal resumen de Nancy de la religión cristiana («Dios es varón, por consiguiente todo está podrido»), me quitó un peso de encima.

Había pasado a la categoría B1, pero las órdenes que recibí de dirigirme a Gibraltar trastornaron mis planes. Gibraltar era un punto muerto; sería tan difícil marcharse desde allí a Palestina como desde Inglaterra. Un amigo del ministro de la Guerra se encargó de cancelar esa orden hasta que se pudiera encontrar para mí una vacante en el batallón estacionado en El Cairo. En Rhyl tenía la satisfacción de, por primera vez, no tener que obedecer órdenes directas de ningún superior. Obtuve el cargo de comandante debido a que corrió un rumor de invasión de la costa nordeste, que debía seguir a un ataque de la flota alemana. Gran número de batallones se enviaron por Inglaterra para defender aquel punto. Todos los hombres aptos del Tercer Batallón de Guarnición recibieron la orden de trasladarse, en el plazo de las siguientes veinticuatro horas, a York. Sin embargo hubo un ligero error en el mensaje cifrado del Ministerio de la Guerra al Comando Occidental. Y en vez de a York, el batallón se envió a Cork, donde, al reflexionarlo, se consideró tan necesario como en York, de manera que permaneció allí hasta el fin de la guerra.

Desde la rebelión de Pascua de 1916, Irlanda había estado en plena efervescencia, los soldados irlandeses de los cuarteles les distribuían rifles a los Sinn Reiners. El coronel me dijo que yo era el único oficial en que podía confiar para conducir el resto del batallón: treinta jóvenes oficiales, cuatrocientos o quinientos gandules dedicados a las labores del campamento, y un contingente de doscientos soldados con entrenamiento militar, a punto de salir para Gibraltar. Me dejó un ordenanza muy competente, tres caballos para mis paseos y me pidió que vigilara a sus hijos, a quienes dejaría allí hasta que encontrara una casa adecuada en Cork; me había visto jugar muchas veces con ellos. Me encargué de enviar el contingente de tropas a Gibraltar en el momento adecuado; su apariencia militar había impresionado tanto a un general de inspección que los mandó a todos al cine, pagando las entradas de su propio bolsillo. Eso me valió nuevamente el reconocimiento del coronel en Irlanda. La lealtad de mis servicios llegó a la cima cuando desbaraté la maniobra del intendente de campo, que trataba de responsabilizar a nuestro batallón de la pérdida de quinientas mantas.

Lo que sucedió fue lo siguiente: una noche, tenía en el campamento un contingente de tres mil trescientos soldados que habían llegado de Francia con licencia; eran irlandeses pertenecientes a todos los regimientos del Ejército; se detuvieron en Holyhead en el viaje hacia Irlanda debido a la presencia de submarinos en el mar de Irlanda. Eran ruidosos e insubordinados, y durante los cuatro días que estuvieron en el campamento no me dieron tregua. Las quinientas mantas que faltaban, parte de un lote de seis mil seiscientas que se les había encomendado, las habían vendido con toda probabilidad en Rhyl para comprar tabaco y cerveza. Yo estaba en condiciones para demostrar ante la comisión investigadora que los soldados, aunque incorporados al batallón por motivos de disciplina, habían sido provistos de mantas de nuestros propios almacenes. La pérdida de las mantas debía de haber ocurrido entre el momento de la repartición y el de la incorporación de los

soldados a las filas del batallón; yo no le había firmado al proveedor ningún recibo por aquellas mantas. La comisión investigadora estaba reunida en la oficina privada del intendente de campo; y yo insistí en que éste debía salir de la habitación, mientras se presentaban las pruebas, ya que en ese momento aquélla no era su oficina privada sino la sede de una comisión judicial. El no saber cuál iba a ser mi defensa lo desconcertó. Finalmente el caso se resolvió y se supo que él era el autor de la desaparición. Este éxito, y la prueba que presenté de que el responsable de la cantina del batallón aceptaba obsequios de los mayoristas (el presidente de la cantina había intentado hacerme pagar una vez la cuenta dos veces, y yo le correspondí mandando investigar su vida privada) le agradaron tanto al coronel que me recomendó para la Orden rusa de Santa Ana, con sables cruzados, de tercera clase. Después de todo, pensaba, no iba a abandonar el Ejército sin una condecoración, pero la revolución bolchevique de octubre anuló la lista de recompensas.

Volví a ver a Nancy nuevamente cuando fui de visita a Londres en diciembre, y decidimos casarnos de inmediato. Aunque no concedíamos mayor importancia a la ceremonia, Nancy no quería desilusionar a su padre, a quien le gustaban mucho las bodas y las fiestas. Yo esperaba que me movilizasen a Egipto, y además me proponía ir a Palestina. Sin embargo, la madre de Nancy puso como condición para el matrimonio —Nancy era aún menor de edad— la visita a un especialista de Londres para saber si estaba en condiciones de incorporarme al servicio activo en el curso de uno o dos años más. Fui a ver a *sir* James Fowler, que me había visitado en Ruán cuando estaba herido. Me dijo que mis pulmones parecían bastante saludables: aunque tenía adherencias bronquiales y el pulmón herido no alcanzaba más que la tercera parte de su desarrollo normal; afirmó que sería una locura en el estado en que se encontraba mi sistema nervioso pensar en volver al servicio activo en cualquiera de los teatros de la guerra.

Nancy y yo nos casamos en enero de 1918 en la iglesia de St. James, en Piccadilly. Tenía dieciocho años y yo, veintidós. George Mallory fue nuestro padrino. Nancy había leído por primera vez esa mañana el acta de matrimonio y se había quedado tan aterrorizada que estuvo a punto de renunciar a la boda, aunque logré que la ceremonia se modificara y se redujera en todo lo posible. Es otra escena caricaturesca la que tengo ante mis ojos; yo, caminando por aquella alfombra roja, con botas de campo, espuelas y espada: Nancy, frente a mí, vestida con un traje de novia de seda azul, absolutamente furiosa; los bancos a ambos lados de la iglesia llenos de familiares; tías con pañuelos en los ojos; los niños del coro; Nancy murmuraba las respuestas con indignación; yo las recitaba con mi voz de oficial en un campo de maniobras.

Luego, la recepción. En esa etapa de la guerra, el azúcar sólo se podía obtener con tarjetas de racionamiento. Había un pastel de boda de tres pisos, pues los Nicholson

habían guardado todas sus tarjetas de azúcar y mantequilla de un mes, para que supiera a pastel de verdad; pero cuando George Mallory quitó la caja de plástico que imitaba el hielo, un suspiro de desencanto escapó de boca de los invitados. De cualquier manera, el champán era otro producto muy difícil de obtener en esos días, y los invitados se arremolinaron ante la docena de botellas que había en la mesa.

—Espera —dijo Nancy—; por lo menos voy a obtener algo de este matrimonio.

Después de beber tres o cuatro copas, Nancy salió de la habitación y volvió a aparecer vestida con sus pantalones y su chaqueta de trabajadora agrícola. Mi madre, que había disfrutado enormemente de la ceremonia y la fiesta, tuvo que apoyarse en su vecino, el ensayista E. V. Lucas; luego exclamó:

—¡Oh, cielos, me hubiera gustado tanto que no hiciera eso!

La turbación que experimentamos en nuestra noche de bodas (tanto Nancy como yo éramos vírgenes) la atenuó una incursión aérea alemana; las bombas arrojadas por un zepelín no lejos de allí produjeron una confusión indecible en el hotel.

Una semana después, Nancy volvió a su granja y yo a mi campamento de Kinmel Park. Llevaba una vida bastante tranquila. Las maniobras habían terminado; todos los hombres estaban ocupados trabajando en el campamento. Encontré un teniente que tenía la suficiente experiencia para «perfeccionar la instrucción» de los jóvenes oficiales. Mi trabajo en la Sala de Ordenanzas me llevaba sólo diez minutos al día; las infracciones eran raras, y el ordenanza siempre me tenía preparados y en orden los pocos documentos que yo debía firmar, lo que me dejaba en libertad para cabalgar a alguno de mis tres caballos por el campo durante el resto del día. Con frecuencia visitaba al actual arzobispo de Gales en su palacio de St. Asaph; su hijo había muerto mientras servía en el Primer Batallón. Descubrimos un placer común por la excentricidad; guardo todavía una postal suya, con el siguiente texto:

El Palacio, St. Asaph.

Banquete hipofágico tendrá lugar en el Hotel Langham, febrero de 1868.

A. G. ASAPH.

(Conocí a varios obispos durante la guerra, pero a ninguno después; con la excepción del obispo de Oxford, a quien vi hace dos años en un vagón de ferrocarril, discutiendo las bellezas de Samuel Richardson. Y al obispo de Liverpool, en Harlech, en 1932… Estaba yo en las dunas preparando el té, cuando lo vi salir del agua gritando de dolor; una medusa le había quemado una pierna. Aceptó con gusto una taza de té, reprochándose constantemente haber creído que las medusas sólo hacían daño en los países extranjeros).

Fatigado por la ociosidad, conseguí que me transfirieran al Decimosexto Batallón de Cadetes en otra parte del mismo campamento. Allí realicé el mismo trabajo que había hecho con el Cuarto en Oxford, y permanecí desde febrero de 1918 hasta el 11 de noviembre, día del armisticio. Como Rhyl era mucho más sano que Oxford, podía

hacer deporte sin riesgo de sufrir otro ataque. Nancy consiguió un trabajo como jardinera cerca del campamento, y pudo venir a vivir conmigo. Un mes o dos después descubrió que estaba encinta, suspendió los trabajos pesados y volvió a sus dibujos.

Ninguno de mis amigos había aprobado mi compromiso, sobre todo por tratarse de una muchacha tan joven como Nancy. Uno de ellos, Robbie Ross, el agente literario de los herederos de Oscar Wilde, a quien conocí a través de Siegfried, trató de disuadirme del matrimonio, insinuando, de modo poco amable, que en la familia Nicholson había sangre negra… y que tal vez uno de nuestros hijos nos saldría negro como el carbón. Siegfried no se acostumbraba fácilmente a la idea de la existencia de Nancy, a la que no conocía, aunque me siguió escribiendo desde Craiglockhart. Unos cuantos meses después, aunque no había renunciado aún a sus ideas pacifistas, decidió que la única actitud que podía adoptar era, después de todo, la de volver a Francia. Me había escrito en octubre que el hecho de verme lo inquietaba más que nunca. La soledad de la vida en el hospital le resultaba casi intolerable. El viejo Joe le había escrito una larga carta para decirle que el Primer Batallón se hallaba acantonado desde el final de la batalla del bosque poligonal; las condiciones y la vida general eran más desesperantes que nunca… siete kilómetros de fango, cráteres, cadáveres, y caballos muertos que había que atravesar para llevar las raciones. Siegfried pensaba que estaría mejor en cualquier otro sitio que en el hospital; no podía tolerar la idea de que el viejo Joe tuviera que pasar la noche en cráteres de bombas expuesto a que lo hiriesen. Varios soldados de las brigadas de transporte habían muerto, pero, por lo menos, según Joe, el batallón seguía recibiendo sus raciones. ¡Si la gente que escribía los editoriales del *Morning Post* sobre nuestra victoria pudiera leer la carta de Joe…! Cuando sus servicios le hicieron ganar a Joe una Medalla por Servicios Distinguidos, se le envió un formulario que debía completar con detalles biográficos para una nueva edición de *The Companionage and Knightage*; Joe contempló los diversos encabezamientos con desprecio. Se desinteresó del «lugar y fecha de nacimiento», e incluso de «campañas militares», los dos únicos renglones que llenó fueron:

Descendencia: Ron, rifles, etc.
Residencia familiar: Mis pantalones caqui.

Siegfried escribió entonces el poema *Cuando duermo, arrullado por el calor, sueño,* sobre los fantasmas de los soldados que en sueños le reprochaban su ausencia… lo han buscado por todo el frente, desde Ypres a Frise sin encontrarlo. Le dijo a Rivers que volvería a Francia si consentían en enviarlo, pero dejó muy claramente establecido que sus puntos de vista eran los mismos que cuando en julio escribió la carta de protesta y, si cabía, más violentos. Exigía una garantía escrita de que sería enviado a ultramar inmediatamente y que no le harían perder tiempo en ningún batallón de entrenamiento. En una carta me reprochaba la actitud que yo había

adoptado en julio cuando le dije que en el regimiento lo tacharían de cobarde o considerarían su actitud como una infracción a las normas de buena conducta. Era una estupidez suicida, una simpleza de espíritu, escribió, identificarse de cualquier manera con la buena conducta que exigen los demás; un hombre realmente valiente no se plegaba como yo lo había hecho. «Admito —decía— que aquéllos que sacrifican las tropas son unos salvajes innobles y que lo misino ocurre en todas partes, excepto en Rusia». He olvidado qué le respondí; tal vez que cuando estuvimos en Francia nunca vi a nadie tan temerario como él… el número de alemanes que yo maté o herí no podía compararse de ninguna manera con las carnicerías que él había cometido. En efecto, el indefectible idealismo de Siegfried cambiaba de dirección según el ambiente: su actitud iba del guerrero feliz al amargo pacifista. Su poema:

A estos vuelvo, en estos creo,
Hermano Plomo, Hermana Hierro;
A su ciego poder apelo,
Su belleza defiendo del orín…

lo había inspirado originalmente el discurso sanguinario del coronel Campbell, Cruz de la Reina Victoria, dirigido a los estudiantes de una escuela militar. Más tarde, Siegfried lo presentó como una pieza satírica; el poema se sostiene cualquiera que sea la interpretación que se haga de él. Yo era a la vez más consciente y menos heroico que Siegfried.

No recuerdo si en aquella ocasión utilicé algunas influencias; de cualquier manera, el hecho es que lo incorporaron al Vigésimo quinto Real Galés —guardia nacional— en Palestina. Parecía disfrutar de la vida allá, pero en abril, con una carta fechada «en algún lugar en Ephraim» me envió la triste noticia de que la división tenía órdenes de partir hacia Francia. Me escribió que le disgustaba la idea de volver a las trincheras y lanzarse tal vez a la carga en Morlancourt y Méaulte. La mención de Morlancourt en los *communiqués* lo había hecho sentirse cerca de casa. Esperaba que el Primer y el Segundo Batallón hubieran dejado de existir.

Volví a tener noticias suyas a fines de mayo desde Francia. Siegfried citaba a Duhamel: «Se ordenó que vosotros sufrierais sin sentido ni esperanza, pero no permitiré que todos vuestros sentimientos se pierdan en el abismo». Sin embargo, escribió el siguiente párrafo en su vena de guerrero feliz, diciendo que sus soldados eran los mejores que había conocido hasta el momento. Aunque no lo pudiera creer, los estaba entrenando muy bien y no podía imaginar de dónde procedía su apasionado ardor; pero era un hecho que existía. Su eficacia militar derivaba de los admirables panfletos que en esas fechas se editaban; tan diferentes de los materiales que nos proporcionaban dos años atrás. Decía que al leer una carta mía había pensado: «¡Al diablo Robert, al diablo todos los que no pertenecen a mi compañía, la más brillante que ha existido, al diablo Gales y los permisos de salida, al diablo las heridas y al

diablo cualquier cosa que pueda hacer que no sea estar al lado de mi compañía hasta que hayan acabado con nosotros! Ah, entrenar, arrastrarse entre los cráteres, yacer muy quietos bajo el sol de la tarde en actitudes nobles o profanas». Me pedía que le recordara esa carta cuando lo viera (si es que lo volvía a ver) agotado y desecho, quejumbroso o al borde de un ataque nervioso. O cuando leyera su nombre en la lista de bajas y recibiera una amable carta del señor Lousada, su abogado. Nunca había existido un batallón como aquél, decía, desde 19t6, aunque en seis meses habría dejado de existir.

Tony, el hermano de Nancy, también se había marchado a Francia, y su madre estaba enferma de preocupación. A principios de julio, obtendría un permiso para volver a casa. Yo estaría también de permiso al acabar uno de los cursos cuatrimestrales para cadetes; lo pasaría con el resto de la familia de Nancy en Maesyneuardd, una gran casa Tudor cerca de Harlech. De todas las casas encantadas que he conocido, ninguna podía compararse con aquélla, salvo que los fantasmas, con una sola excepción, sólo eran visibles muy ocasionalmente y a través de los espejos. Abrían y cerraban puertas, golpeaban en los paneles de nogal, en las pantallas de las lámparas, se nos bebían el vino del vaso cuando no los veíamos. El fantasma visible era un pequeño perro amarillo que solía aparecer en el prado muy temprano por las mañanas para anunciar alguna muerte. Nancy lo vio esas vacaciones, desde la ventana.

Se declaró la primera epidemia de gripe española, la madre de Nancy la contrajo, pero no quiso dejar de ir a los teatros de Londres con Tony durante sus días de permiso. De manera que, cuando el médico se presentó, ella tomó cantidades de aspirina, logró bajar la temperatura y pretendió estar curada. Sabía que los fantasmas de los espejos conocían la verdad. Murió en Londres el 13 de julio, unos cuantos días después. Su principal consuelo, cuando estaba agonizando, fue saber que, gracias a su muerte, Tony podría prolongar su estancia. Yo estaba alarmado por el efecto que las consecuencias de esa muerte podían tener en el embarazo de Nancy. Entonces me enteré de que Siegfried había recibido un balazo en la cabeza el mismo día mientras hacía una ronda entre la maleza de la tierra de nadie. No murió. Me escribió una carta en verso desde un hospital de Londres (que no puedo reproducir, aunque me gustaría), comenzaba:

Había fijado mi muerte en el momento preciso…

Es el más terrible de sus poemas de guerra.

Tony murió en septiembre. Yo continuaba desempeñando mecánicamente mi trabajo en el batallón de cadetes. Los nuevos candidatos al grado de oficiales eran en su mayoría empleados de empresas textiles de Manchester o de compañías navieras de

Liverpool, soldados con una buena hoja de combate, tranquilos y bien educados. Tratando de olvidarme de la guerra, escribí *Sentimiento del paisaje*, un libro de poemas románticos y baladas.

En noviembre se produjo el armisticio. A la vez me enteré de la muerte de Frank Jones-Bateman, que había vuelto al frente poco antes del final de la guerra, y de la de Wilfred Owen, que me enviaba poemas a menudo desde Francia. La historia de la noche del armisticio no afectó demasiado a nuestro campamento, aunque algunos de los canadienses fueron a Rhyl a celebrar la ocasión al estilo típico de ultramar. Recibí las noticias cuando caminaba solo por los diques de los pantanos de Rhudland (un antiguo campo de batalla, el de Flodden de Gales), maldiciendo y sollozando y pensando en los muertos.

El famoso poema de Siegfried celebrando el armisticio comienza:

De pronto todos comenzaron a cantar,
y yo me sentí lleno de tan gran alegría
como la de un pájaro cautivo, liberado…

Pero aquel *todos* no me incluía.

26

A mediados de diciembre los batallones de cadetes se disolvieron, y los oficiales, después de unos cuantos días de permiso, fueron enviados a sus unidades. Recibí órdenes de reincorporarme al Tercer Batallón del Regimiento Real Galés, estacionado en esa época en los cuarteles del castillo de Limerick, pero decidí prolongar mi permiso hasta que naciera nuestro hijo. Nancy lo esperaba para principios de 1919, y su padre alquiló una casa en Hove para esa ocasión. Jenny nació la noche de reyes y ni era negra como el carbón, ni parecía especialmente afectada por los golpes recibidos por su madre los meses anteriores. Nancy ignoraba todo lo referente a la maternidad —creo que deberían haberla preparado un poco—, y le llevó años recuperarse de la prueba. Yo llegué a Limerick y allí tuve que inventar algunas mentiras para que me perdonaran la prolongación de mi permiso.

Limerick era una fortaleza del Sinn Fein, y los encuentros entre nuestros soldados y los jóvenes del pueblo eran constantes, sin que aquello ahondara los rencores; los galeses y los irlandeses siempre han logrado entenderse bien; del mismo modo que los galeses y los escoceses terminan siempre por no entenderse. El Real de Gales se acomodaba bien a la situación: los soldados no se tomaban demasiado en serio la política. Limerick tenía el aspecto de una ciudad destrozada por la guerra. Las calles principales estaban llenas de agujeros como cráteres de bombas y muchos de los mejores edificios parecían a punto de derrumbarse. El viejo Reilly de la tienda de antigüedades, que se acordaba bien de mi padre, me dijo que nadie quería construir casas nuevas en Limerick; el índice de natalidad había descendido considerablemente y, cuando una casa se derrumbaba, los supervivientes se mudaban a otra. También me dijo que todo el mundo en Limerick moría por la bebida, excepto los monjes de Plymouth, que morían de melancolía religiosa.

Limerick no comenzaba a vivir hasta después de las nueve de la mañana. Un día, más o menos a esa hora, caminaba por la calle O'Connell, la antigua calle del rey Jorge, y la encontré desierta. Al dar las nueve se abrió la puerta de una magnífica casa de estilo georgiano y fueron saliendo: primero, un balde de agua sucia que por poco me baña, luego un perro, que levantó una pata junto al poste del alumbrado, luego una niña desarrapada que se sentó al lado del cubo de la basura, y sacó de él unos pedazos inmundos de pan; finalmente un burro, que comenzó a rebuznar. Me había imaginado Irlanda exactamente así y me pareció que su encanto era peligroso. Cuando se me encomendó salir al mando de un destacamento militar a buscar y

requisar rifles en un pueblo vecino, le pedí a Attwater, entonces comandante del regimiento, que me buscara otro puesto; le expliqué que como irlandés no me resultaba agradable mezclarme en la política irlandesa. Ese mes de enero jugué mi último partido de rugby; jugué con el equipo del batallón contra el de la ciudad de Limerick. Todos estábamos en malas condiciones y nuestros adversarios parecían deseosos de mostrarnos qué excelente material para el combate se había perdido Inglaterra al negarle a Irlanda el Home Rule. ¡Se lanzaron jovialmente sobre mí y me hundieron la cara en el fango!

Mi nueva lealtad hacia Nancy y Jenny tendía a disminuir la lealtad al regimiento, ahora que la guerra había terminado. En una ocasión en que me hallaba en mi habitación, contemplando el patio del cuartel, comencé a escribirles una absurda carta rimada:

¿Existe una canción lo suficientemente dulce
para Nancy y para Jenny?
Le preguntó Simón el Bueno *a un comerciante.*
Me parece que no; no conozco ninguna.
He recorrido el camino de Babilonia.
Volé alrededor de la tierra como un pájaro,
He cabalgado hasta Banbury Cross,
Pero jamás he oído esa dulce canción.

En aquel momento algunos camaradas del regimiento volvieron a los cuarteles después de una marcha de rutina; los tambores y los pífanos se acercaron a mi ventana haciendo vibrar los cristales con la *Marcha de los granaderos ingleses*. La insistente repetición de esta melodía y las ásperas palabras de mando que oía a medida que las tropas se reunían, compañía tras compañía, en el patio, parecieron un desafío a Babilonia y a Banbury Cross. La *Marcha de los granaderos ingleses* logró en un momento introducirse en el poema.

Hay quien habla de Alejandro,
quien habla de Hércules,

para ser repudiada inmediatamente:

Pero ¿quién habla de Nancy y de Jenny?
¿Y con quién podría compararlas?

¿Había dejado de ser un granadero inglés?

Decidí presentar inmediatamente mi dimisión. Al consultar la lista de oficios que tenían prioridad en la desmovilización de las fuerzas, descubrí que los agricultores y estudiantes constituían los dos grupos más privilegiados. No tenía ningún deseo especial de volver a ser estudiante y hubiera preferido convertirme en agricultor —Nancy y yo habíamos proyectado dedicarnos a trabajar la tierra cuando terminara la guerra—, pero ¿con qué experiencia agrícola contaba? En cambio, podía hacer un curso de dos años en Oxford con una ayuda económica de doscientas libras anuales, y mis servicios de guerra me dispensaban del examen intermedio. Tampoco tenía que pasar el examen previo debido a que me había presentado al examen final en Charterhouse; de tal manera que sólo tenía que presentarme a la prueba final. La ayuda económica se podía completar con un suplemento para mi bija. En aquel momento parecía absurdo suponer que los títulos universitarios pudieran servir de algo en la Inglaterra que acababa de salir de la guerra. Pero Oxford parecía un lugar adecuado para pasar el tiempo hasta que me encontrase en mejores condiciones de ganarme la vida. Nos habíamos acostumbrado al criterio de la época de guerra, consistente en que nuestros méritos en el frente serían los únicos que nos calificarían adecuadamente para obtener un buen empleo en época de paz, de manera que esperábamos que nuestras cicatrices y las recomendaciones de nuestros superiores nos abrieran todas las puertas que deseábamos. Debo decir que algunos de mis colegas consiguieron empleo antes de que el espíritu patriótico volviera a enfriarse y se colocaron en puestos para los que no tenían la preparación adecuada.

Le escribí a un amigo que trabajaba en el Departamento de Desmovilización del Ministerio de la Guerra, pidiéndole que se diera prisa en conseguir mi liberación. Me respondió que haría todo lo posible, pero que para ello era necesario que yo no hubiese manejado fondos del gobierno en los últimos seis meses. Por fortuna, no lo había hecho; sin embargo Attwater decidió de pronto encomendarme el mando de una compañía. Se quejó de hallarse desastrosamente corto de oficiales a quienes se les pudiera confiar la contabilidad de una compañía. Los últimos, llegados de los batallones del Nuevo Ejército, eran una vergüenza constante para los oficiales superiores. Falsos certificados de paternidad, cheques sin fondos y estado de ebriedad en las maniobras eran cosas frecuentes; por no hablar de los modales durante las comidas, que sumían al sargento Malley en el desconsuelo. Teníamos ahora dos cantinas: una para los subalternos y otra para los oficiales superiores; sin embargo, si algún oficial joven era un caballero (es decir, que perteneciera a una vieja familia de Gales del Norte, o procediera de Sandhurst), el coronel lo invitaba a pasar al salón para los oficiales superiores a fin de que se mezclara con su propia clase. La situación debía de parecerles muy extraña a los subtenientes de los tres batallones de línea capturados en Mons en 1914, a quienes la muerte de la mayoría de sus contemporáneos había promocionado a capitanes, y liberado según las condiciones establecidas en el armisticio.

Attwater sólo renunció a su proyecto cuando le prometí ayudarlo con las representaciones teatrales del batallón, que se preparaban para el día de San David; me comprometí a actuar en el papel de Cinna, en *Julio César*. El hecho de que cambiara de opinión me salvó de tener que pagar doscientas libras, porque al día siguiente el teniente más viejo de la compañía, al que debía reemplazar, desapareció con los fondos, y yo hubiera sido legalmente responsable de dicha pérdida. Antes de la guerra aquel hombre era conocido en los muelles de Blackpool como el rey de las esposas. Logró llegar a Estados Unidos sin problemas.

Hice un paseo a caballo a unos cuantos kilómetros de Limerick para visitar a mi tío Robert Cooper, de Cooper’s Hill. Era un granjero; un comandante naval retirado, y los nacionalistas irlandeses le habían quemado las cosechas y le robaban el ganado. A través de la ventana, me mostró los rebaños que pastaban no lejos de Shannon.

—Pasaron allí todo el invierno —dijo en tono abatido—, pero yo no he tenido ánimos para ir a darles una ojeada en estos últimos tres meses.

Pasé la noche en Cooper’s Hill, y desperté con un escalofrío repentino, que reconocí como un primer síntoma de gripe.

Al volver al cuartel, me enteré de que había llegado un telegrama del Ministerio de la Guerra autorizando mi liberación, pero que la desmovilización de las tropas en Irlanda debía interrumpirse al día siguiente por un período de tiempo indefinido debido a los disturbios políticos. Attwater me mostró el telegrama y me dijo:

—No te vamos a dejar partir. Prometiste ayudarme en la representación teatral.

Protesté; él se mantuvo firme. Pero yo no estaba dispuesto a pasar la gripe en un hospital militar irlandés con los pulmones que tenía entonces.

Decidí salir de allí como fuera. El sargento encargado de la Sala de Ordenanzas había preparado mis documentos al recibir el telegrama; yo tenía todas mis cosas perfectamente empaquetadas. Sólo necesitaba dos cosas: la firma del comandante declarando que no había manejado fondos de la compañía en los últimos seis meses y el sello que sólo el oficial de desmovilización del batallón podía proporcionarme; pero era íntimo de Attwater, de manera que no me atreví a pedírsela. El último tren antes de que terminara la desmovilización saldría de Limerick a las seis y quince esa tarde; era el 13 de febrero. Mi única esperanza consistía en esperar a que Attwater saliera de la Sala de Ordenanzas, y pedirle sutilmente al comandante que firmara mi declaración, sin mencionar que Attwater se oponía a mi partida. Attwater estuvo en la Sala de Ordenanzas hasta las seis y cinco. En cuanto lo perdí de vista me apresuré, saludé, conseguí la firma… por fortuna, mi viejo amigo Mcartney-Filgate estaba a cargo de la comandancia; volví a saludar, y corrí a recoger el equipaje. Contaba con encontrar un coche en la puerta del cuartel, pero no había ninguno. Me quedaban cinco minutos tan sólo, y la estación estaba bastante lejos de allí. Pasó un cabo del Primer Batallón. Le grité.

—¡Cabo Summers, pronto, llame a un pelotón! Tengo un billete y debo tomar el último tren que sale hacia Inglaterra —Summers llamó inmediatamente a cuatro

soldados; cogieron mis cosas y marcharon con ellas hasta la estación. Salté al tren cuando ya había arrancado y le arrojé un billete de una libra al cabo Summers.

—¡Adiós, cabo, beban esta noche a mi salud!

Sin embargo no tenía el sello, y sabía que cuando llegara al centro de inmovilización de Wimbledon los oficiales no me dejarían seguir adelante. Aquello no me importaba demasiado. Por lo menos podría pasar la gripe en un hospital inglés y no en uno irlandés. Mi temperatura comenzaba a subir con rapidez, y mi mente trabajaba claramente, como me ocurre siempre bajo los efectos de la fiebre; las imágenes visuales que en épocas ordinarias son oscuras y parciales, en esos momentos se me definen y completan. Llegamos a Fishguard después de una agitada travesía. Compré un número del *South Wales Echo* y leí que habría huelga de ferrocarriles eléctricos al día siguiente, 14 de febrero, a menos que los directores de la empresa satisficieran las demandas del sindicato. De manera que al llegar a Paddington salté del tren aún en marcha, caí al suelo, me levanté y corrí hacia la entrada de la estación, donde, a pesar de la competencia de los porteros, muy escasos en aquella época, me apoderé del único taxi cuando sus ocupantes pagaban la tarifa. Había previsto la escasez de taxis y no podía permitirme perder el tiempo. Volví en taxi hasta el tren, donde docenas de oficiales condecorados me contemplaron con envidia. Uno que había viajado en mi compartimento había sido recibido por su esposa.

—Excúseme —le dije—, ¿quieren ustedes compartir mi taxi? les advierto que tengo gripe. Voy hacia Wimbledon, de manera que puedo dejarlos en Waterloo; los trenes de vapor aún están funcionando —aceptaron encantados, porque vivían en Ealing y no tenía idea de cómo llegar a casa a menos que consiguieran un taxi.

Cuando nos dirigíamos a Waterloo, él me dijo:

—Me gustaría poder mostrarle de alguna manera nuestra gratitud. Si pudiéramos hacer algo por usted.

—Bueno, por el momento sólo hay una cosa que deseo. Obtener los sellos para mi permiso de desmovilización, y eso, me temo, no lo podrá conseguir usted. Me vine de Irlanda sin ellos, y lo pagaré muy caro si en Wimbledon me obligan a volver.

Dio un golpe con los nudillos en el vidrio del taxi, le dijo al chófer que se detuviera, bajó su maleta, la abrió, y me mostró un pequeño sobre con formularios del Ejército.

—Mire —me dijo—, resulta que soy el oficial de Desmovilización del Distrito de Cork y tengo aquí un sobre con todas esas cosas.

Luego selló mis papales.

En Wimbledon, en vez de tener que hacer una cola de unas nueve o diez horas, como había esperado, me liberaron inmediatamente; Irlanda era oficialmente un «foco de guerra», y la desmovilización de los focos de guerra tenía prioridad sobre la de los campamentos en la metrópoli. Después de una rápida visita a mis padres, instalados de nuevo en su casa a setecientos metros de Common, me dirigí a Hove.

Llegué a la hora de cenar, previne a los Nicholson sobre mi gripe, y me metí enseguida en la cama. En un par de días toda la familia había contraído la enfermedad, con excepción de Nicholson, Jenny y la sirvienta, una gitana irlandesa, que se libró de ella por obra y gracia de un talismán, una pata de lagartija en una bolsita atada en la nuca. Había comenzado una nueva epidemia, tan mala como la del verano anterior. En todo Brighton no se podía encontrar una enfermera. Nicholson logró finalmente contratar a dos, retiradas; una era competente, pero estaba casi siempre borracha; tenía la costumbre, cuando bebía, de registrar todos los armarios de la casa y vaciar el contenido en su bolso. La otra, sobria pero incompetente, se quedaba por lo menos una docena de veces al día frente a una ventana abierta, con los brazos extendidos, gritando:

—¡Mar, mar, devuélveme a mi marido! —El marido, dicho sea de paso, no se había ahogado, sino que se había ido con otra mujer.

Un doctor, que conseguimos con las mismas dificultades, no me dio ninguna esperanza de recuperación; se trataba de una pulmonía infecciosa, y había afectado a ambos pulmones. Debido a que había logrado escapar con vida de la guerra, me negué a morir de gripe. Ésa era la tercera vez en mi vida que me habían desahuciado, y siempre había sido a causa de los pulmones. En la primera parte de este libro debí haber mencionado la pulmonía doble que siguió al sarampión y que estuvo a punto de mandarme al otro barrio a la edad de siete años. Maggie, la sirvienta gitana lloraba cada vez que limpiaba mi habitación, yo suponía que debido a algún altercado con su novio, pero aquellas lágrimas eran por mí, mi viuda y mi niña huérfana. Yo concentraba mi atención en un poema, «El ramillete del elfo», que me estaba costando mucho organizar. Había hecho treinta borradores y aún no estaba conforme con los resultados. La versión número treinta y cinco pasó el examen; me sentí mejor y Maggie volvió a sonreír. Por fortuna, la gripe que padeció Nancy fue muy débil.

Unas cuantas semanas después, contemplé un motín de las guardias reales; en esa ocasión cerca de mil soldados de todos los regimientos salieron del campamento de Shoreham y desfilaron por las calles de Brighton protestando contra restricciones que consideraban innecesarias. La impaciencia de las tropas ante la disciplina militar entre la fecha del armisticio y la firma del tratado de paz entusiasmaba a Siegfried; había participado de manera destacada en las elecciones generales que Lloyd George impuso inmediatamente después del armisticio, donde pedía plenos poderes para ahorcar al káiser e imponer severas condiciones de paz. Siegfried apoyaba la candidatura de Philip Snowden y su programa pacifista, y se había tenido que enfrentar a una amenazadora multitud de civiles; creía que sus tres galones, así como la cinta malva y blanca que no había arrojado cuando se deshizo de la medalla, le harían ganar un ascendiente privilegiado sobre el público. Snowden y Ramsay Mac Donald eran tal vez las dos figuras más impopulares de Inglaterra, y cualquier

esperanza que hubieran tenido de un movimiento general antigubernamental emprendido por los ex combatientes se disolvió rápidamente. Una vez de regreso en Inglaterra, se contentaban con tener un techo, alimentos decentes, cerveza, que al menos era mejor que la francesa, y mantas suficientes para dormir. Cualquier estrechez que encontraban en casa no era nada en comparación con las que habían conocido en Francia: una casa abandonada de cuatro habitaciones albergaba a veces a sesenta soldados. Haber ganado la guerra les bastaba, el resto se lo dejaban a Lloyd George. La única revuelta seria tuvo lugar en Rhyl. Allí se produjo durante dos días un motín de jóvenes soldados canadienses, que causaron bastantes daños y varias muertes. Los soldados se habían levantado al grito de: «¡A las armas, bolcheviques!».

Nancy, Jenny yo nos trasladamos a Harlech, donde Nicholson nos prestó su casa. Nos quedamos allí un año. Yo abandoné el uniforme, que era la única prenda de vestir que había usado durante cuatro años y medio, y busqué en mi baúl las ropas de civil que me quedaban. El único traje, fuera de un uniforme de colegio, me iba estrecho. La población de Harlech me trataba con el mayor respeto. En las celebraciones del día de paz en el castillo, se me pidió en mi calidad de soldado de Harlech con mayor antigüedad en el frente, pronunciar un discurso sobre la gloria de nuestros muertos. Hice elogios al valor de los galeses en el campo de batalla y fui ampliamente aclamado. Pero no sólo carecía de experiencia en la vida civil independiente por haberme marchado directamente de la escuela al ejército: mi mente y mi sistema nervioso seguían en la guerra. Los obuses aún explotaban sobre mi cama a medianoche, aunque Nancy la compartiera conmigo; durante el día, los desconocidos que veía en la calle asumían los rostros de amigos muertos. Cuando me encontraba lo suficientemente fuerte como para subir a las colinas de Harlech y volver a mis paisajes favoritos, no podía verlos más que como un posible campo de batalla. Me di cuenta de pronto que estaba tratando de resolver problemas tácticos; planeaba apoderarme del valle superior de Artro contra un ataque desde el mar, o buscaba la forma de colocar un cañón Lewis apuntando a la granja de Dolwreiddiog desde un lado de la colina, pensando cuál sería la mejor manera de proteger a mi pelotón de granaderos. Tenían aún la costumbre militar de disponer sobre todo aquello de propiedad incierta que encontraba en el camino; también me costaba decir la verdad… me era más fácil, cuando se me reprochaba alguna falta cometida, tratar de evitar la responsabilidad mintiendo (como era costumbre en el ejército). Cuando analizo mi situación durante aquel período veo que usaba la misma técnica en los acontecimientos que en las trincheras. Alimentos, agua, posibles peligros, medios de comunicación, sanidad, protección contra las inclemencias del tiempo, combustible y luz… y trataba de resolver aquellos problemas del modo más satisfactorio.

También persistían otros malos hábitos contraídos en tiempos de guerra, tales como detener los coches para pedirles que me llevaran, hablar sin reservas en los compartimentos del tren, y desabrocharme la bragueta sin pudor a un lado del camino, sin importarme quién pudiera estar cerca. De la misma manera sobrevivía un

sentimiento de resistencia: una especie de tenacidad brutal que me permitía conseguir de alguna manera mis fines, sin finura, satisfecho sólo con lograr ver los principales elementos de cualquier problema o situación. Pero por lo menos logré suavizar la vulgaridad de mi lenguaje. La mayor dificultad se refería a las cuestiones económicas, las que no me habían preocupado desde mis primeros días en Wrexham; por el momento mis ahorros de ciento cincuenta libras, mis bonos de guerra de doscientas cincuenta, la pensión de invalidez de sesenta libras al año, y algunas sumas ocasionales que recibía por mis poemas, nos parecían suficientes. Nancy y yo contratamos a una niñera y a una sirvienta, y vivíamos como si tuviéramos un ingreso de mil libras al año. Nancy pasaba mucho tiempo ilustrando algunos poemas míos. Yo revisé los poemas de *Sentimiento del paisaje*, y escribí reseñas críticas.

Muy delgado, muy nervioso, y tratando de recuperar cuatro años de sueño, esperaba restablecerme lo suficiente para ir a Oxford con una beca del Gobierno. Sabía que serían necesarios varios años para soportar cualquier otro género de vida que no fuera la tranquila del campo. Tenía muchas limitaciones: no podía hablar por teléfono, me ponía enfermo cada vez que viajaba en tren, y ver a más de dos personas nuevas en un día me impedía dormir. Me avergonzaba ser una carga para Nancy, pero había jurado el mismo día de mi desmovilización no volver a estar durante el resto de mi vida bajo las órdenes de nadie. Si me iba a ganar la vida, debía ser escribiendo.

Siegfried había ido a vivir a Oxford en cuanto fue liberado del Ejército, y esperaba que me reuniera allí con él. Sin embargo, después de un par de trimestres en la universidad, aceptó la dirección literaria del *Daily Herald*, que acababa de fundarse. Me envió libros para reseñar. En esa época el *Daily Herald* no era un periódico respetable, sino fuertemente antimilitarista; era el único periódico que se atrevía a protestar contra el Tratado de Versalles y el bloqueo de Rusia por la flota británica. El Tratado de Versalles me alarmó; parecía destinado a provocar otra guerra en el futuro, sin embargo, a nadie parecía preocuparle. Mientras en París se tomaban decisiones capitales, el interés público se concentraba fundamentalmente en tres asuntos nacionales: la travesía del Atlántico de Hawkers y las posteriores operaciones de rescate; el matrimonio de la belleza que entonces reinaba en Inglaterra, lady Diana Manners; y un caballo maravilloso, llamado *Pantera*, el favorito del *Derby*, que perdió de una manera lamentable.

El *Herald* nos arruinaba todas las mañanas el desayuno. Leíamos las noticias sobre el desempleo en todo el país debido al cierre de fábricas de armamento; sobre los ex combatientes a los que se les negaba la readmisión en los empleos que tenían antes de la guerra, sobre las especulaciones del mercado, sobre paros y huelgas abortadas. Comencé también a enterarme de la miseria a la que se habían visto reducidos los familiares de mi madre en Alemania, especialmente los oficiales retirados cuyas pensiones, por la caída del marco, eran de sólo unos cuantos chelines a la semana. Nancy y yo nos tomábamos aquello muy a pecho y comenzamos a considerarnos socialistas.

Mis familiares, que vivían ahora permanentemente en Harlech, por haber vendido la casa de Wimbledon, no sabían cómo tratarme. Había combatido valientemente por mi país… en efecto, de seis hermanos, sólo yo había estado en el servicio activo, y mi condición de herido de guerra les merecía todo su respeto; pero mi simpatía por la revolución rusa contra el corrupto gobierno zarista los ultrajaba. Volví una vez más a perder la estima de mi tío Charles. Mi padre trató de hablar conmigo, me recordó que mi hermano Philip, en otra época pro-bóer y un feniano, había abandonado el idealismo revolucionario de la juventud y al final había encontrado el buen camino. Casi todos mis hermanos y hermanas mayores estaban en el Oriente Próximo, eran oficiales británicos o estaban casadas con oficiales británicos. Mi padre esperaba que cuando me lograse recuperar iría a Egipto, tal vez como miembro del servicio consular, donde la influencia familiar me ayudaría, y allí lograría perder mi «entusiasmo revolucionario».

Para Nancy, el socialismo no podía tener más que un objetivo: la igualdad jurídica entre los sexos. Para ella, todos los males del mundo se debían al dominio y a la estrechez mental de los varones, y no podía comparar mis sufrimientos de guerra con los padecimientos que millones de mujeres casadas tenían que sufrir sin quejarse. Esto, por lo menos, tenía el efecto de hacer pasar la guerra a un segundo plano de mis preocupaciones; mi amor por Nancy me hacía respetar sus puntos de vista. Pero la estupidez y el egoísmo masculinos constituían para ella tal obsesión que comenzó a incluirme en su condenación universal del sexo masculino. Pronto, no pudo tolerar la presencia de un periódico en casa, porque la lectura de algún párrafo la horrorizaba; por ejemplo, sobre la necesidad de anunciar el índice de natalidad, o sobre la inteligencia limitada de las mujeres, o sobre las desvergonzadas jóvenes modernas de pecho plano; o sobre todo aquello que los clérigos escribían en torno a las mujeres. Nos inscribimos en la recién formada Sociedad Constructiva para el Control de la Natalidad, y distribuimos sus folletos entre las mujeres de la población, para gran escándalo de mi familia.

Lo que empeoraba las cosas era que ninguno de nosotros frecuentaba la iglesia de Harlech, y que nos negamos a bautizar a Jenny. Mi padre llegó a escribirle al padrino de Nancy, que resultó ser mi editor, pidiéndole que persuadiera a Nancy, por cuyos principios religiosos había prometido velar ante la pila bautismal, de bautizar cristianamente a su hija. Les escandalizaba también que Nancy siguiera usando su propio nombre y que se negara a que la llamasen «señora Graves» en cualquier ocasión. Ella explicaba que con «señora Graves» perdía su individualidad. En aquella época los hijos eran propiedad exclusiva del padre. La ley no reconocía a las madres derechos sobre ellos.

27

En octubre de 1919 partí al fin a Oxford, y Nicholson nos dio los muebles de Harlech. Oxford estaba superpoblado; los propietarios de casas de huéspedes, algunos de los cuales estuvieron casi muertos de hambre durante la guerra, tenían todas las habitaciones alquiladas con varios trimestres de anticipación; los alquileres en consecuencia eran muy altos. El colegio de Keble construyó una serie de barracones para los estudiantes sin alojamiento. No se podía encontrar una casa sin muebles en cinco kilómetros a la redonda. Yo resolví este problema alegando mala salud y obteniendo un permiso del Colegio de Saint John para vivir a ocho kilómetros de allí, en Boar's Hill, donde John Masefield, a quien le gustaba mi poesía, nos ofreció una pequeña casa al fondo de su jardín.

Encontramos la universidad sorprendentemente tranquila. Los soldados que volvían no tenían ningunas ganas de pelear, romper vidrios, embriagarse, buscarse problemas con la policía o jugar a carreras con los bulldogs de los vigilantes como en otras épocas. Los muchachos que procedían directamente de las escuelas privadas se comportaban también con tranquilidad; durante cuatro años les habían estado lanzando sin cesar sermones sobre la guerra, con instrucciones de portarse lealmente con la patria mientras sus hermanos estaban en las trincheras, para hacerse merecedores de tales sacrificios. Como los muchachos entraban a formar parte de los batallones de cadetes a la edad de diecisiete años, los maestros podían mantener un firme control en las escuelas; los problemas los provocaban casi siempre los muchachos de dieciocho años. G. N. Clark, un profesor de historia de Oriel, licenciado en Oxford precisamente antes de que estallara la guerra, soldado de infantería en Francia y prisionero de guerra en Alemania, me dijo:

—No logro comprender de ninguna manera a mis alumnos. Todo les lleva a responder «Sí, señor» y «No, señor». Parece que tienen auténtica sed de conocimientos y toman notas en sus cuadernos como locos. No recuerdo un solo ejemplo de un comportamiento similar en los días de preguerra.

Los ex combatientes, entre los que se contaban docenas de capitanes, mayores, coroneles y hasta un general de brigada de sólo veinticinco años, insistían en sus derechos. En Saint John formaron un Soviet Universitario, exigieron con éxito una revisión total del escandaloso sistema de alimentación y eligieron a un representante que inspeccionara las cocinas. Los maestros más ancianos, a quienes había visto durante la guerra temblar por miedo a una invasión, ante la posibilidad de saqueo y

de incendio de los colegios y de violación de sus hijas en los bosques, que contemplaban entonces a los soldados, incluyéndome a mí, como a sus nobles salvadores, habían recobrado su dominio y su altivez de antes de la guerra. El cambio en sus modales me divertía. Mi tutor, sin embargo, aunque no me saludaba cuando nos encontrábamos, seguía manteniendo un trato amistoso; convenció al colegio de que me dejaran cambiar mi curso y en vez de estudiar los clásicos, dedicarme a la lengua y a la literatura inglesa, sin que se me suprimieran las sesenta libras que recibía por estudiar letras clásicas. Me alegraba haber recibido una ayuda y no una beca, aunque en 1913 aquello me hubiera desilusionado: los reglamentos del colegio permitían a los estudiantes casarse, pero no a los becarios.

El curso de literatura inglesa me resultó tedioso, especialmente la insistencia en los poetas del siglo XVIII. Mi tutor, Percy Simpson, el editor de las obras de Ben Johnson, compartía mi punto de vista y me hablaba de lo que había sufrido de adolescente por referir a los poetas románticos. Cuando su maestro lo había golpeado un día por encontrarlo leyendo a Shelley, él había protestado mientras le pegaba: «¡Shelley es magnífico!, ¡Shelley es magnífico!». Sin embargo me recomendó que bajo ningún concepto menospreciara en el examen final a los poetas del siglo XVIII. Me costó también concentrarme en los casos, géneros y verbos irregulares de la gramática inglesa. El profesor de esta materia era un hombre candoroso: según decía, el inglés era un idioma que tenía un interés puramente lingüístico y era difícil encontrar un solo verso de poesía anglosajona con el más mínimo interés literario. Yo no estaba de acuerdo. Pensaba en Beowulf envuelto en sus mantas en medio de un pelotón de caballeros ebrios en el campamento de Gothland; en Judith saliendo «de paseo» en dirección a la tienda de Holofernes; en Brunanburgh y su rudimentaria bayoneta… para todos nosotros aquel mundo era más cercano que la atmósfera de salones y de parques con ciervos del siglo XVIII. Edmund Blunden, a quien también se le había permitido vivir en Boar’s Hill debido a que tenía los pulmones delicados por el gas, hacía el mismo curso. Para nosotros dos la guerra continuaba aún, y nosotros lo traducíamos todo a términos de trinchera. En medio de una conferencia, yo podía tener una visión muy clara de soldados marchando por el camino de Béthune a La Bassée; los hombres irían cantando, mientras una pandilla de niños franceses corría al lado de nosotros, gritando:

—¡Tommee, Tommee, dame extracto de carne!

Y volvía a sentir el olor de los retretes a las afueras del pueblo. O podría estar en la calle principal de Laventie, pasando junto a la barraca de una compañía; un suboficial exclamaría: «¡Pelotón, firmes!», y los soldados del Segundo Batallón, en pantalón corto, exhibiendo rodillas morenas y rostros morenos, inexpresivos, se pondrían de pie como sacudidos por un resorte en los escalones rotos donde estaban sentados. O podría ser en un granero con mi primer pelotón del Regimiento Galés, observándoles jugar a las cartas a la débil luz de una vela. O en un refugio profundo en las trincheras de Cambrin, conversando con un oficial de comunicaciones; al

levantar la vista veía las piernas cubiertas de lodo de alguien que bajaba los escalones, luego una repentina explosión y las sacudidas en todo el refugio. Aquellos sueños diurnos persistieron como una vida alterna y no me abandonaron del todo hasta 1928. Las escenas eran casi siempre recuerdos de mis primeros cuatro meses en Francia; según parece el aparato registrador de emociones debió de averiarse después de Loos.

Si el estudio del siglo XVIII era tan poco popular entre los estudiantes se debía en gran parte a su afrancesamiento. El sentimiento antifrancés entre la mayoría de los soldados se había convertido en una obsesión. Edmund solía decir en aquella época, temblando de excitación:

—¡Por ningún precio iría a otra guerra! Excepto si fuera contra los franceses. Si alguna vez les declarásemos la guerra, partiría como una bala.

El sentimiento pro-alemán iba en aumento. Una vez terminada la guerra, y derrotado su ejército, podíamos reconocer que los soldados alemanes eran los más eficientes combatientes de Europa. A menudo oí decir que sólo el bloqueo había conseguido vencer a los *fritz*; que durante la última ofensiva de Haig, no habían sido verdaderamente derrotados y que sus secciones de ametralladoras nos habían contenido el tiempo suficiente para cubrir la retirada del armamento pesado. Algunos estudiantes insistían en que habíamos estado combatiendo en el lado equivocado, que nuestros enemigos naturales eran los franceses.

Al final del primer trimestre en el colegio asistí a la acostumbrada reunión del consejo universitario para informar sobre mi trabajo. El presidente tosió, y me dijo con cierta sequedad:

—Tengo entendido, señor Graves, que los ensayos que ha escrito para su profesor de inglés son, digamos, un poco temperamentales. Parece, en efecto, que usted prefiere ciertos poetas a otros.

En aquella época varios poetas vivían en Boar’s Hill; demasiados, según nos parecía a Edmund y a mí. Se había convertido casi en un centro turístico, dominado por Robert Bridges, el poeta laureado, de ojos brillantes, modales bruscos y provocadores, y una flor en el ojal… fue uno de los primeros hombres de letras que cantó la palinodia de Oxford en tiempos de guerra sobre el odio a los alemanes. También vivía allí el doctor Gilbert Murray, un hombre de voz amable y con el aspecto espiritual de un riguroso vegetariano, que hacía propaganda preliminar para la Liga de las Naciones. En una ocasión, en que estaba en su estudio conversando sobre la *Poética* de Aristóteles, le pregunté de repente mientras él iba de un extremo a otro:

—¿A qué principio obedece esa manera de caminar? ¿Está tratando de evitar las flores del tapete o trata de pisar sólo los cuadros?

Mi neurosis compulsiva me ayudaba a advertirla en los demás. Se volvió hacia mí rápidamente y me dijo:

—Es usted la primera persona que me ha descubierto. No, no se trata ni de las flores ni de los cuadrados; es una costumbre que tengo de hacerlo todo siete veces. Doy siete pasos, ve usted, luego cambio de dirección y doy otros siete pasos, y luego doy la vuelta. El otro día consulté este asunto con Browne, el profesor de psicología, y me aseguró que no se trata de un hábito peligroso. Me dijo: «Cuando se encuentre usted rigiendo su vida por múltiplos de siete, vuelva a verme».

Frecuenté bastante a John Masefield, un hombre nervioso, amable y correcto, muy sensible a la crítica, que parecía haber sufrido mucho durante la guerra como ordenanza en una unidad de la Cruz Roja; estaba trabajando en esa época en *Reynard el zorro*. Escribía en una cabaña de su jardín, rodeado de altos arbustos de aliaga, y sólo se le veía a la hora de las comidas. Por la noche solía leer el trabajo del día a la señora Masefield, y ambos lo corregían juntos. Masefield estaba en el apogeo de su fama y un flujo incesante de visitantes americanos llamaba a su puerta. Pero la señora Masefield protegía a su John. Provenía del norte de Irlanda, y ponía un freno necesario a la generosidad y sociabilidad de John. Admirábamos sus excelentes cualidades de ama de casa y la manera con que exigía el respeto a sus derechos, en puntos donde personas menos resueltas hubieran cedido. Un ejemplo: unos vecinos nuestros tenían un perro airedale especialmente estúpido; un día que estaba paseando, un conejo salió corriendo del huerto de los Masefield. El airedale persiguió al conejo sin lograr capturarlo, como de costumbre. El conejo, que lo creía un poco más imbécil y lento de lo que era en realidad, volvió sobre sus pasos para encontrarse de pronto en las mandíbulas del perro. Los propietarios del airedale, encantados por la brillante exhibición de su animal, cogieron el conejo y se lo llevaron a casa. La señora Masefield había observado la escena desde el huerto. Como aquél no era, estrictamente hablando, un camino público, el conejo era legalmente suyo. Esa noche los vecinos oyeron que alguien llamaba a su puerta.

—¡Adelante, ah, pase usted, señora Masefield! —había ido a pedirles la piel del conejo. La única extravagancia de la señora Masefield era el *bridge*; acostumbraba a jugar a medio penique los cien puntos. Pero con nosotros era una propietaria llena de consideraciones, y siempre le recomendaba a Nancy que se mantuviera al mismo nivel intelectual que yo si deseaba conservar mi amor.

Otro poeta que vivía en Boar's Hill era Robert Nichols, otro ex combatiente neurasténico, que llevaba un anillo de ópalo, sombrero de ala ancha, agitaba expresivamente los brazos y poseía «una melancólica grandeza cuando estaba en reposo» (la frase procede de una nota crítica de *sir* Edmund Grosse). Nichols pasó solamente tres semanas en Francia, con la artillería pesada, y nunca participó en ningún combate; pero por ser extremadamente nervioso había quedado exento del servicio en el frente y le habían enviado a Estados Unidos, a hacer, por cuenta del Ministerio de Información, un ciclo de conferencias sobre los poetas ingleses en la guerra. Había leído poemas de Siegfried y míos, y creó la leyenda de unos nuevos

tres mosqueteros, que éramos Siegfried, él y yo, aunque nunca habíamos estado los tres reunidos en un mismo cuarto.

Ese invierno, George y Ruth Mallory nos invitaron a Nancy y a mí a escalar con ellos. Pero Nancy no podía soportar las alturas y esperaba otro niño; y yo advertí que mis días de alpinista habían pasado. Había decidido no volver a arriesgar nunca más deliberadamente mi vida. En marzo nació el niño y lo llamamos David. A mi madre la embargaba la felicidad al haberse asegurado el primer nieto de los Graves. Mis hermanos mayores habían tenido sólo niñas; al fin aparecía un heredero para la plata y los documentos de la familia. Cuando Jenny nació se había lamentado con Nancy, aunque llegó a afirmar:

—Tal vez sea mejor tener una niña primero, puede servir de práctica.

Nancy estaba decidida a tener cuatro hijos; se parecerían a los niños de sus dibujos; el orden sería: una niña, un niño, una niña y un niño. Pensaba tenerlos lo más rápidamente posible. Creía en las familias con padres jóvenes y tres o cuatro hijos sin grandes diferencias de edad. Ella era quien tomaba las decisiones, sin embargo comenzó a lamentar haberse casado, consideraba su matrimonio como un agravio a sus convicciones, como una concesión al patriarcado. Quería, de algún modo, no estar casada, tampoco divorciarse (que era tan malo como casarse), sino encontrar una forma en que ella y yo pudiéramos vivir juntos sin estar obligados a hacerlo por un compromiso legal o religioso.

Fue entonces cuando volví a ver a Dick por última vez; lo encontré desagradablemente agradable. Estaba en Oxford, se preparaba para ingresar en el servicio diplomático, y había cambiado tanto que me parecía absurdo que en otra época hubiera podido sufrir por él. Sin embargo persistía cierto parecido caricaturesco con el muchacho que yo había amado.

28

La primera vez que vi al coronel T. E. Lawrence, vestía de rigurosa etiqueta. Debió de ser en febrero o marzo de 1920, y la ocasión fue una velada en All Souls, donde acababa de obtener una beca de investigación de siete años. La formalidad del traje de etiqueta concentraba la atención en los ojos, y los ojos de Lawrence me atrajeron inmediatamente. Eran de un azul sorprendente, aun a la luz artificial, y nunca se fijaban en los del interlocutor, sino que recorrían toda la persona como si se propusieran hacer un inventario de la ropa y los miembros. Yo era un huésped circunstancial y conocía allí a muy poca gente. Lawrence conversaba con el profesor de teología sobre la influencia de los filósofos griegos de Siria en el cristianismo primitivo, y en especial sobre la importancia de la Universidad de Gadara, junto al lago de Galilea; mencionó que Santiago había citado a uno de los filósofos de Gadara (a Menasalco, me parece) en su epístola. Habló después de Meleagro y de otros poetas griegos de Siria que habían contribuido a la antología griega, y cuyos poemas pensaba publicar en traducción inglesa. Yo me uní a la conversación y mencioné una imagen sobre la estrella de la mañana que Meleagro empleó alguna vez de un modo poco frecuente entre los griegos. Lawrence se volvió hacia mí.

—Usted debe de ser el poeta Graves, ¿no es cierto? Leí un libro de poemas suyo en Egipto en 1917, y me pareció bastante bueno.

Aquella amabilidad me turbó. Empezó a preguntarme por los nuevos poetas; decía haber perdido el contacto con los autores contemporáneos. Yo le dije lo que sabía.

No hacía mucho que Lawrence había vuelto de la Conferencia de la Paz donde había actuado como consejero del Emir Feisal, y estaba trabajando en la segunda versión de *Los siete pilares de la sabiduría*; le habían concedido la beca a condición de escribir un libro que fuera la historia formal de la rebelión árabe.

Con frecuencia lo visitaba en su departamento por las mañanas entre clase y clase, pero nunca antes de las once u once y media, porque sabía que trabajaba por las noches y que se acostaba al amanecer. Aunque él nunca bebía, enviaba siempre a un empleado a que me llenara un vaso de cerveza. Aquella cerveza, fabricada en el colegio, era tan suave como el té, pero tenía un alto nivel de alcohol. El príncipe Alberto de Schleswig-Holstein había ido en una ocasión a Oxford a inaugurar un museo; antes de la ceremonia había almorzado en All Souls; la suavidad de aquella

cerveza pareció decepcionarlo, pero por la tarde habían tenido que llevarlo a la estación en un coche con todas las ventanillas cerradas.

No sabía nada en concreto sobre las actividades de Lawrence durante la guerra, aunque mi hermano Philip había estado con él en el Departamento de Inteligencia en el Cerro en 1915. Yo no le preguntaba sobre la rebelión, en parte porque a él parecía disgustarle el tema —Lowell Thomas daba en ese momento conferencias en Estados Unidos sobre Lawrence de Arabia—, y en parte porque habíamos convenido no mencionar nunca la guerra: estábamos sufriendo ambos sus efectos y disfrutábamos de Oxford como un descanso demasiado bueno para creerlo. Por eso, aunque sobre la mesa de la sala se apilaban las largas hojas de papel cubiertas de letra pequeña de *Los siete pilares*, tenía que refrenar mi curiosidad. En cierta ocasión me habló de sus labores arqueológicas en Mesopotamia antes de la guerra; pero era sobre poesía, especialmente poesía moderna, de lo que más conversábamos.

Quería conocer a todos los poetas que había en Oxford, y a través de mí conoció entre otros a Siegfried Sassoon, Edmund Blunden, Masefield, y, más tarde, a Thomas Hardy. Sentía franca envidia por los poetas. Consideraba que ellos estaban en posesión de un secreto que tal vez podía aprehender y aprovechar. Charles Doughty era su héroe principal y logró que se lo presentaran a través de Hogarth, uno de los conservadores del museo de Ashmolean, y a quien él consideraba como su segundo padre. Lawrence veía en el secreto del poeta una maestría técnica del lenguaje más que un modo especial de vivir y pensar. Yo no tenía los suficientes conocimientos como para rebatir aquella tesis, y cuando llegué a saber algo, unos años más tarde, encontré que Lawrence era un individuo difícil de convencer. Para él, la pintura, la escultura, la música y la poesía eran actividades paralelas que diferían sólo en el medio de expresión que empleaban. Lawrence me dijo en una ocasión:

—Cuando le pregunté a Doughty la razón que lo había llevado a viajar por Arabia, me respondió que lo había hecho para redimir al idioma inglés del pantano en que había caído desde los tiempos de Spenser.

Aquellas palabras de Doughty parecían haber causado una gran impresión a Lawrence, y en parte a eso se debía la furia con que trabajaba el estilo de *Los siete pilares*.

El poeta Vachel Lindsay, un hombre extremadamente sencillo, arcilla del medio oeste americano, con venas de oro, llegó a Oxford, y yo convencí a *sir* Walter Raleigh, el profesor de literatura inglesa, de que lo invitara a una lectura de poemas en la sala de conferencias. Todo el mundo disfrutó de aquella función, que era más un ejercicio de vocalización y mímica que un recital. Después, Lawrence invitó a Lindsay y a su anciana madre y a mí a cenar en sus habitaciones. El sirviente de Lawrence se escandalizó al saber que Lindsay formaba parte de la Liga

Antialcohólica de Illinois, y pidió permiso para poner en su asiento una copia de unos versos compuestos en 1661 por un miembro del colegio. Una estrofa decía:

El divino poeta que el vino no alcanza
Porque su bolsillo está siempre vacío,
Podrá reponerse y agradar a todos
Si sabe inspirarse en la buena cerveza.

A la señora Lindsay le habían aconsejado sus amigos no hacer ningún comentario sobre lo que le parecía extraño en Oxford, y cuando Lawrence hizo pedir en su honor el servicio de oro del colegio, ella consideró que aquello era común en las comidas universitarias; Lawrence se disculpó porque el servicio no fuera muy antiguo; pero el colegio había sido muy patriótico durante la Guerra Civil y había fundido su plata para ayudar al rey Carlos a pagar sus gastos cuando estableció su cuartel general en Oxford.

El departamento de Lawrence era oscuro, con las paredes revestidas de caoba, con una gran mesa y un escritorio como muebles principales. Había también dos pesados sillones de cuero que había adquirido de un modo curioso. Un día se presentó repentinamente un millonario americano, petrolero, cuando yo estaba allí, y le dijo:

—He venido desde Estados Unidos, coronel Lawrence, con el objeto de hacerle una sola pregunta. Usted es el único hombre que puede responderla honestamente. ¿Justifican las condiciones políticas de Oriente Medio la inversión de mi dinero en el petróleo de Arabia Saudita?

Lawrence, sin levantarse, respondió tranquilamente:

—No.

—Eso es todo lo que deseaba saber; ha valido la pena hacer el viaje. ¡Muchas gracias y buenas tardes! —en su rápida mirada por el cuarto advirtió que algo faltaba, y al pasar por Londres camino de su país, eligió los sillones y se los envió a Lawrence con su tarjeta.

Las otras cosas que podían verse en el cuarto eran cuadros, incluido el retrato del emir Feisal, pintado por Augustos John, que Lawrence compró, según tengo entendido, con el diamante que llevaba como marca de honor en su turbante árabe; sus libros, entre los que se hallaba el *Chaucer* de Kelamscott; tres alfombras para orar, regalo de los jefes árabes, una de ellas con un bordado en lapislázuli, la campana de la estación de Tell Shawm procedente del ferrocarril de Hedjas; y, sobre la chimenea, un juguete de cuatro mil años de antigüedad, un soldado de arcilla hallado en la tumba de un niño en Charhemish, donde Lawrence había hecho excavaciones antes de la guerra.

Yo trabajaba entonces en un nuevo libro de poemas, que reflejaba mi angustiosa condición de entonces; apareció más tarde con el título de *El espejo*. Lawrence me hizo algunas sugerencias para mejorar esos poemas, la mayoría de las cuales

aproveché. A veces su comportamiento era como el de un estudiante. En una ocasión visité la cima de Radcliffe y desde allí vi los techos de los colegios vecinos. En un pináculo de All Souls ondeaba una pequeña bandera escarlata de Hedjas. Lawrence había sido un famoso escalador de muros doce años antes, cuando era estudiante en el Colegio de Jesús. Me habló de dos o tres proyectos para engalanar All Souls y Oxford en general. Uno era reemplazar la madera podrida del cuadrángulo; había sugerido en una reunión del colegio que se quemara o la sustituyeran; no se hizo nada. Había propuesto sembrar setas en él, y consultó con un experto de la ciudad. Pero las dificultades técnicas del cultivo de setas resultaron ser muchas, y Lawrence tuvo que ir a ayudar a Winston Churchill a redactar los acuerdos sobre el Oriente Próximo de 1922, antes de que los acontecimientos los superaran.

Otro proyecto, para el que solicitó mi ayuda, consistía en robar los ciervos del Colegio de la Magdalena. Los podríamos conducir una mañana muy temprano al pequeño cuadrángulo interior de All Souls, bastaba con convencer al colegio para que respondiera a las protestas de los de la Magdalena afirmando que se trataba del rebaño de All Souls que había pastado en nuestros prados desde tiempo inmemorial. Esperábamos grandes cosas de aquel asalto, pero nos hacía falta Lawrence como caudillo; por eso el plan se derrumbó con su partida. Sin embargo, logró organizar con buenos resultados una huelga entre los sirvientes del colegio para obtener mejores honorarios y salarios, cosa que no había ocurrido desde la fundación de la universidad. También se proponía regalar un pavo real al colegio, que debería llamarse Nathaniel, el nombre de lord Curzon, un enemigo de Lawrence y rector de la universidad. Una mañana que fui a su departamento, me presentó a un visitante:

—Ezra Pound; Robert Graves… Con toda seguridad se detestarán —dijo.

—¿Qué es lo que le sucede? —le pregunté después, pues me había sentido muy a disgusto en presencia de Pound.

—Según me han dicho es sobrino nieto de Longfellow, y cuando un hombre se proclama modernista, eso debe de resultarle muy incómodo.

En esa época Lawrence se interesaba en conocer a los principales pintores y escultores, y trataba también de aprehender el secreto de su arte. Frecuentemente posaba como modelo para ver lo que hacían con él y comparar los resultados.

Hace poco vi la versión de *sir* Williams Orpen —la obra amplía de manera curiosa y casi difamatoria un elemento muy rara vez visto en el carácter de Lawrence —, un aire furtivo de muchacho de la calle. Es lo opuesto al retrato de Augustus John en el que su heroísmo es demasiado grandilocuente.

El profesor Edgeworth, de All Souls, evitaba el inglés coloquial y empleaba insistentemente palabras y frases que por lo general sólo se encuentran en los libros. Una tarde en que Lawrence regresaba de una visita a Londres se encontró con Edgeworth en la puerta del colegio.

—¿Había demasiada caliginosidad en la metrópoli? —preguntó el profesor.

—Había cierta caliginosidad, pero no del todo condensada —le respondió Lawrence con gravedad.

Recuerdo haber tomado té con él en Fullers y el escándalo que produjo al llamar a la camarera palmeando las manos al estilo oriental. Una tarde hizo sonar su campana de estación desde su ventana.

—¡Santo cielo! —exclamé—; va a despertar usted a todo el colegio.

—Necesita despertar.

Teníamos el proyecto de escribir una sátira sobre los escritores contemporáneos al estilo de uno de los libros azules del Gobierno. Le dije:

—Lo primero que tenemos que hacer es conseguir un libro azul y estudiarlo. —Decidió comprar uno en la siguiente ocasión que fuera a Londres. Cuando en la Oficina de Publicaciones pidió un libro azul, el empleado le preguntó:

—¿Cuál quiere usted? Tenemos centenares.

—Me da lo mismo; cualquiera.

El empleado creyó que su indiferencia ocultaba una turbación culpable, y le entregó el informe de una Comisión Real sobre las enfermedades venéreas.

En cierta ocasión le hice algunas bromas al encontrarlo de puntillas al lado del fuego; dije que lo hacía para parecer más alto. Negó aquello acaloradamente; insistió que el deber de mostrarse útil para hacer cualquier cosa incumbía a las personas altas como yo. Esto me animó a hacer una pretendida demostración de violencia física; pero me detuve inmediatamente cuando advertí su mirada. Ya había sorprendido en otras ocasiones su terror enfermizo a que lo tocasen.

Yo no participaba en la vida estudiantil; iba sólo a las oficinas a recoger la subvención del Gobierno y la ayuda universitaria; me negaba a pagar las suscripciones deportivas del colegio, alegando mi incapacidad física para practicar cualquier deporte y mi falta de interés en contemplarlo. La mayor parte de mis amigos estaban en Balliol y Queen’s, y Wadham tenía más derecho a exigirme lealtad.

En esa época me ocupaba poco de los niños; éstos quedaban en manos de Nancy y de la nodriza. Nancy pensaba que necesitaba alguna actividad además de la pintura, pero no se decidía por ninguna. Una tarde, a mitad de unas vacaciones, me dijo de pronto:

—Debo irme inmediatamente de aquí. Estoy harta de Bear’s Hill. Vamonos a alguna parte en bicicleta.

Empaquetamos unas cuantas cosas y emprendimos el paseo en dirección a Devon. Las noches eran frías y, por no haber llevado mantas, pedaleábamos de noche y dormíamos de día. Atravesamos la llanura de Salisbury a la luz de la luna, pasamos Stonehenge, y varios campamentos militares desiertos que tenían un aspecto verdaderamente espectral. Hubieran podido albergar a un millón de hombres: al

número de soldados de las Fuerzas inglesas y el Cuerpo Expedicionario Británico muertos durante la guerra. Cerca de Dorchester, tomamos un desvío para visitar a Thomas Hardy, a quien habíamos conocido no hacía mucho, cuando fue a recoger su título de doctor en Oxford. Hardy era un hombre activo y alegre, sin la afasia y la vaguedad mental que habíamos advertido durante su visita a Oxford.

Conservo algunas notas de nuestra conversación con él. Nos recibió como representantes de la generación de posguerra, explicándonos que llevaba una vida tan tranquila en Dorchester que temía haberse quedado al margen de la época. Quería saber, por ejemplo, si sentíamos simpatía hacia el régimen bolchevique, y si podía confiar en los editores del *Morning Post* sobre el terror rojo. Luego hizo algunas preguntas sobre el cabello de Nancy, que ella llevaba muy corto cuando aún no estaba eso de moda, y de por qué conservaba su propio nombre. Su comentario en lo referente al nombre fue:

—¡Vaya, viven ustedes con mucho atraso! Yo conocí a una pareja de ancianos aquí hace sesenta años que hizo lo mismo. La mujer se llamaba Nancy Priddle (era descendiente de una antigua familia, los Paradelles, que desde hacía mucho tiempo habían decaído al nivel de campesinos) y ella tampoco se había cambiado el nombre. —Luego quiso saber por qué yo había dejado de usar mi grado en el ejército.

Le expliqué que había presentado mi dimisión.

—Pero usted tiene derecho a usarlo; si yo tuviera un grado estoy seguro que lo conservaría y de que me sentiría muy orgulloso de oírme llamar capitán Hardy.

Nos dijo que se había lanzado esos días a restaurar la fuente bautismal normanda de una iglesia cercana… se trataba sólo de la copia, pero disfrutaba mucho al volver a su antiguo oficio. Nancy mencionó que nuestros niños no estaban bautizados. Aquello le interesó, pero no le escandalizó y declaró que su madre decía siempre que de cualquier manera el bautizo nunca le hacía mal a nadie y que a ella no le habría gustado que en el otro mundo sus hijos le acusaran de haber dejado de cumplir un deber hacia ellos.

—Y por lo general he podido ver que todo lo que decía mi madre era cierto.

Nos dijo que según su opinión la nueva generación de clérigos era mucho mejor que la anterior… Aunque él iba ahora a la iglesia sólo tres veces al año… una visita a cada una de las tres iglesias de la región… Le era imposible olvidar que en su adolescencia la iglesia había sido el centro de toda la educación musical, literaria y artística en las aldeas. Habló de las orquestas de cuerda de las iglesias de Wessex, en una de ellas habían tocado su padre, su abuelo, y también él; y lamentó su desaparición. Mencionó que el clérigo que aparece como el señor Saint Clair en *Tess d’Ubervilles* había protestado ante el Ministerio de la Guerra sobre las funciones de la banda de instrumentos de cobre en los cuarteles de Dorchester, y habían sido la causa del abandono por el Estado Mayor de aquella guarnición tan popular.

Tomamos el té en el salón que, como el resto de la casa, estaba sobrecargado de muebles y ornamentos. A Hardy le agradaba acumular objetos, y la señora Hardy lo

amaba demasiado como para sugerir la eliminación de algunos de ellos. Con la taza de té en la mano, comenzó a hacer bromas sobre los obispos del Club Athenaeum e imitó su tono episcopal cuando ordenaban:

—Té chino con un poco de pan y mantequilla. ¡Sí, señor! —Al parecer los obispos le parecían figuras jocosas, pero pronto comenzó a censurar a *sir* Edmund Gosse, que había pasado hacía poco unos días con ellos, por su falta de gusto al imitar la manera en que su viejo amigo Henry James tomaba la sopa. En Hardy, la lealtad hacia los amigos adquiría rasgos de verdadera pasión.

Después del té salimos al jardín, donde me pidió que le enseñase mis nuevos poemas. Le mostré uno y me preguntó si me podía hacer una sugerencia: la expresión «el perfume del tomillo», dijo, era uno de los lugares comunes que los poetas de su generación habían tratado de evitar. ¿No podía yo alterarlo? Cuando le respondí que sus contemporáneos la habían evitado tanto que ahora me era posible usarla sin desdoro, retiró su objeción.

—¿Escribe usted con facilidad? —me preguntó.

—De este poema he hecho seis versiones y probablemente no lo habré terminado hasta no haber hecho otras dos.

—¡Cómo! —exclamó—; yo no he hecho en mi vida más de tres esbozos de un poema, a veces cuatro. Temo que pueda perder su frescura.

Me dijo que él se sentaba a escribir sus novelas con un programa fijo, pero que la poesía siempre le llegaba por accidente, y que tal vez por eso era la parte de su obra que más estimaba.

Habló con desinterés de sus novelas, aunque admitía que había gozado al escribir ciertos capítulos. Mientras caminábamos por el jardín, Hardy se detuvo un momento cerca del invernadero. En una ocasión había estado podando un árbol cuando de pronto germinó en su mente la idea de un relato. La mejor idea que hubiera concebido en su vida, y le llegó completa con los personajes, el escenario, y hasta algo del diálogo. Pero como no llevaba lápiz y papel consigo, y deseaba terminar de podar antes de que el tiempo se estropeara, no tomó notas. Cuando se sentó a la mesa y trató de recordar la historia, todo había desaparecido.

—Lleve siempre papel y lápiz —dijo, y luego añadió—: Por supuesto que aunque ahora recordara la historia ya no la escribiría. Dejé atrás mi época de novelista. Pero a menudo me pregunto de qué se trataba.

Esa noche, durante la cena, se entusiasmó con la sidra y nos hizo su panegírico; la había bebido desde la infancia, y era la mejor medicina que conocía. Le dije que en el *Mensaje al pueblo americano*, que le habían pedido, no dejara perder la oportunidad de recomendar la sidra.

Hardy se quejó de los cazadores de autógrafos y de su obstinación. No le gustaba dejar cartas sin responder, y si lo hacía, aquellas gentes lo molestaban aún más. Esa mañana la carta de uno de esos demonios aficionados a los autógrafos lo había indispuesto. La carta comenzaba:

Querido señor Hardy:

Me interesaría saber por qué diablos no responde usted a mi solicitud…

Me pidió un consejo, y saltó de entusiasmo ante la sugerencia de que un secretario imaginario respondiese ofreciendo su autógrafo por la cantidad de una o dos guineas, que se enviarían a un hospital —(¡el hospital infantil de Swanage!, exclamó)— que le extendería un recibo.

Consideraba a los críticos profesionales como parásitos, no menos calamitosos que los cazadores de autógrafos, deseaba que desapareciesen, y lamentaba haberse contado entre ellos durante su juventud; según ellos debía haber eliminado en sus poemas todos los términos dialectales que no poseían un equivalente ordinario en inglés. Los críticos seguían molestándolo. Uno de ellos le reprochaba haber escrito el siguiente verso: «su figura disminuía en la distancia».

—¿De qué otra manera podía haberlo dicho? —Hardy se rió un poco.

En una o dos ocasiones recientemente había verificado la existencia de algunas palabras en el diccionario, por temor de que lo fueran a acusar de nuevo de acuñar términos nuevos, para descubrir que la única autoridad citada era él en alguna novela ya olvidada. Decía que sus primeras influencias literarias eran de escaso mérito porque él no procedía de un ambiente literario. Pero admitió que un aprendiz en la oficina de arquitectos donde trabajó de joven, acostumbraba a prestarle algunos libros. Sus gustos literarios eran sorprendentes. En una ocasión, cuando Lawrence se atrevió a decir algo poco respetuoso sobre la *Ilíada* de Homero, protestó:

—Oh, yo admiro esa obra enormemente. ¡Y no hay un manual de literatura que no la recomiende!

Lawrence creyó al principio que se trataba de una broma.

Al día siguiente nos marchamos, después de otro ataque de Hardy a los críticos durante el desayuno. Lamentaba que lo acusaran de pesimismo. Un crítico citaba como ejemplo lúgubre su poema sobre la mujer cuya casa ardía en su noche de bodas.

—Pero si se trata de un poema humorístico —decía Hardy—, y ese individuo debe de ser lo bastante obtuso como para no advertirlo. Después de leer esa crítica ha revisado mi colección de poemas con un lápiz, haciendo anotaciones, T, N y A, según fueran tristes, neutros o alegres. Y he descubierto que las tres categorías estaban en proporción, así que nadie puede considerarlo como un libro pesimista.

En su opinión, el *vers libre* no tenía futuro en Inglaterra.

—Todo lo que podemos hacer es escribir sobre los viejos temas y en los viejos estilos, pero tratando de hacerlo un poco mejor que quienes nos precedieron.

Sobre sus poemas, me dijo que una vez escritos le interesaba muy poco lo que les sucediera.

Me describió su trabajo durante la guerra; se alegraba de haber sido presidente del Comité Contra la Especulación, y haber logrado ajustarles las cuentas a un buen número de comerciantes bribones de Dorchester.

—Por supuesto eso me hizo muy impopular —admitió—, pero era cien veces mejor que sentarse en un tribunal militar y enviar al frente a los jóvenes que no querían ir.

No volvimos a ver a Hardy, aunque él nos invitó a visitarlo cada vez que quisiéramos.

De Dorchester pedaleamos hasta Tiverton, en Devonshire, donde la vieja nodriza de Nancy tenía una tienda de novedades. Nancy la ayudó a decorar el local, y le aconsejó enmarcar los grabados que vendiera. Como resultado de la labor de Nancy, las ventas aumentaron varios chelines durante esa semana y continuaron en esa cifra durante una o dos semanas después de nuestra partida. Eso le dio a Nancy la idea de abrir una tienda propia en Boar's Hill, un gran distrito residencial sin ninguna tienda a menos de cinco kilómetros de distancia. Podríamos comprar una barraca de segunda mano del Ejército, y proveerla de artículos, dulces, tabaco, productos de mercería, medicinas y todas las demás cosas que uno encuentra en una tienda de pueblo, administrarla sabiamente y hacer una pequeña fortuna. Prometí ayudar mientras durasen mis vacaciones.

Pero las barracas del Ejército no se podían comprar a un precio razonable; de manera que un carpintero local construyó la tienda según los proyectos de Nancy. Un vecino nos alquiló una esquina de su terreno, cerca de la carretera. Pronto terminaron las obras y compramos las mercancías. El *Daily Mirror* celebró la apertura en su primera página con el titular: COMERCIANTES EN EL PARNASO; multitudes de Oxford se pusieron en movimiento para ir a vernos. Pronto nos dimos cuenta de que nuestra tienda debía ser o un gran almacén general que convirtiera a Boar's Hill en una entidad más o menos independiente de Oxford (y del poco satisfactorio sistema de servicios de distribución que realizaban algunos agentes con productos de ínfima categoría y la consigna de «tómelo o déjelo»), o un pequeño quiosco en que se vendieran dulces y tabaco y que no les hiciera la competencia a los comerciantes de Oxford. Decidimos el camino de la competencia. El edificio debía ser mayor, y era necesario invertir doscientas o trescientas libras en mercancías. Yo atendía la tienda durante varias horas al día, mientras Nancy visitaba las casas de los alrededores para recoger los pedidos diarios. Las clases habían comenzado y yo debía seguir los cursos en Oxford. Otra escena caricaturesca: yo, con un delantal de lona verde, sofocado de calor, despeinado, vendiéndole un paquete de tabaco al poeta con una mano, y pesándole con la otra media libra de azúcar moreno a la esposa del jardinero de *sir* Arthur Evans.

Finalmente, la vida comercial invadió todas nuestras actividades, no sólo la pintura de Nancy sino mi trabajo en la universidad, y el cuidado de la casa y los niños. Contratamos a un muchacho para recoger los pedidos y muy pronto logramos que todos los residentes de Boar's Hill, con la excepción de dos o tres personas, fueran nuestros clientes. Hasta la señora Masefield nos visitaba una vez por semana. Siempre compraba el mismo frasco de polvo limpiador y una caja de jabón en polvo,

y sacaba el dinero de una alcancía que llevaba consigo. Los problemas morales del comercio me interesaban. Tanto a Nancy como a mi nos costaba mucho ser realmente honrados en aquellos días de precios fluctuantes; no podíamos resistir la tentación de vender a menor precio a los pobres campesinos de Wootton, que eran clientes habituales, y recobrar nuestro dinero a expensas de los residentes ricos de Boar’s Hill. Jugar a Robin Hood me resultaba muy fácil. Nadie advertía el fraude, era tan sencillo como contar guisantes, nos decía el muchacho cuando se ponía detrás del mostrador. Descubrimos que la mayoría de las personas compraban el té por el precio y no por la calidad. Si en un momento dado carecíamos del té que vendíamos a nueve peniques los cien gramos, que era el que la señora Fulana de tal compraba siempre, pues le disgustaba el de ocho peniques, y si la señora Fulana de tal se presentaba deprisa pidiendo su té, le servíamos un paquete del de siete peniques, que era del mismo color que el de nueve, y le cobrábamos los nueve peniques. La diferencia nunca se advertía.

Nos apenaba ver a los agentes comerciales que subían la colina, sudando bajo los pesados sacos de mercancías, muchas veces a pie, y que debían regresar sin un solo pedido. Nos contaban alguna historia terrible sobre sus desdichas, y a menudo les comprábamos las mercancías y llenábamos nuestro almacén con más productos de los que necesitábamos. En agradecimiento, nos enseñaban algunos de los trucos del oficio. Nos aconsejaban, por ejemplo, a no cortar nunca el queso ni el tocino exactamente al peso que nos pedían, sino pasarnos de una a dos onzas y cobrarlas.

—Son muy pocos los que pueden hacer la suma antes de que haya usted retirado la mercancía de la balanza y menos aún los que se toman la molestia de volver a hacer las cuentas cuando llegan a casa.

La tienda duró seis meses. Los precios comenzaron a caer a razón de un cinco por ciento a la semana; las mercancías que teníamos en el almacén se devaluaron rápidamente, algunos de los campesinos de Wootton nos debían cuentas muy altas. Entonces enfermé de gripe y Nancy se peleó con la nodriza y tuvo que volver a hacerse cargo de la casa y de los niños. Cuando hicimos cuentas, decidimos contar nuestras pérdidas; esperábamos recuperar la inversión original, y hasta obtener algo más en la operación, vendiendo la tienda y la clientela a una gran firma de comerciantes de ultramarinos de Oxford que deseaba comprarla para instalar una sucursal de su empresa. Por desgracia, el local no era nuestro, y la señora Masefield aconsejó al propietario no permitir la instalación de ningún negocio ordinario, a fin de no arruinar la belleza bucólica del lugar. Tuvimos que vender el resto de la mercancía a precios de coste a los agentes comerciales, y buscar un comprador para el edificio. Por desgracia también, el edificio no se había construido en secciones desmontables para poderse reconstruir en otra parte, y tuvimos que venderlo como madera; durante esos seis meses los precios de la madera habían bajado desastrosamente. Recuperamos veinte libras de las doscientas que habíamos invertido; pero debíamos unas quinientas libras a los proveedores. Un abogado se

ocupó de todo, dispuso de nuestros haberes y logró reducir la deuda a trescientas libras. Nicholson le envió a Nancy un billete de cien libras (en una caja de cerillas) como contribución, y Lawrence inesperadamente nos proporcionó el resto. Me dio cuatro capítulos de *Los siete pilares de la sabiduría* para venderlos en Estados Unidos a una revista que deseaba publicarlos en serie. Lawrence había hecho una cuestión de honor no obtener un sólo centavo de la rebelión, ni siquiera indirectamente; pero si podía ayudar a un poeta en apuros no veía en ello ningún mal.

Les comunicamos a los Masefield que dejaríamos libre la casa a finales de junio de 1921; pero no teníamos la menor idea de dónde iríamos a vivir, ni de qué haríamos después. Era evidente que debíamos conseguir otra casa, vivir tranquilamente, cuidar de nuestros hijos, y tratar de ganarnos la vida escribiendo y pintando. Nancy, que se había hecho cargo de todo mientras yo estuve enfermo, me dejó la tarea de buscar la casa. Debía encontrarla en un plazo de tres semanas.

Protesté:

—Sabes muy bien que no se consigue ninguna casa en alquiler.

—Sí, pero sencillamente debemos encontrar una.

—Muy bien, descríbemela al detalle. Como no vamos a encontraria, sabremos cuál es la clase de casa inexistente que realmente nos gustaría tener.

—Bueno, debe tener seis habitaciones, agua corriente, una buhardilla habitable, un jardín cerrado; debe estar junto a un río, en un pueblo con tiendas, y a la vez algo retirada del pueblo. El pueblo debe hallarse a unos ocho o diez kilómetros de Oxford en dirección opuesta a Boar’s Hill. La iglesia debe tener una torre y no una aguja; las detesto. Y sólo nos podemos permitir pagar diez chelines a la semana; por supuesto, la casa no debe tener muebles.

Anoté otros detalles sobre el suelo, sanitarios, ventanas, escaleras, e instalaciones de cocina. Puse una regla sobre el mapa del Estado Mayor de la región de Oxford y encontré cinco pueblos que correspondían en general con la dirección y la distancia establecidas por Nancy. De esos pueblos pronto supimos que dos tenían tiendas, y de esos dos, uno tenía una iglesia con torre.

Me dirigí a una empresa inmobiliaria en Oxford y les pregunté:

—¿Tienen ustedes en alquiler alguna villa sin muebles?

El empleado sonrió cortésmente.

—Lo que necesito —le dije— es una casa en los alrededores del pueblo de Islip, con un jardín cercado, seis habitaciones, agua corriente, una buhardilla y una renta que no exceda de los diez chelines a la semana.

—Ah, ¿se refiere usted a World’s End? Pero esa casa está en venta; no la alquilan. Sin embargo, no hemos logrado encontrar un comprador desde hace dos años, de modo que es posible que el propietario se conforme ahora con quinientas libras, que es sólo la mitad de lo que pedía en un principio.

Al día siguiente Nancy me acompañó a Islip. Examinó la casa y me dijo:

—Sí, ésta es la casa, perfectamente, sólo que tendré que cortar esos cipreses y cambiar las marquesinas de las ventanas. Nos instalaremos aquí el día que entreguemos la otra casa.

—¿Y el dinero? No tenemos un centavo.

Nancy respondió:

—¿Crees que no vamos a encontrar una simple suma de dinero, cuando hemos podido encontrar la casa?

Tenía razón. Mi madre compró la casa por quinientas libras y nos la alquiló, bondadosamente, por sólo diez chelines a la semana.

29

Cuando mi madre nos alquiló la casa de Islip, introdujo en el contrato la cláusula de que sólo debía usarse como residencia y no para ejercer actividades comerciales de ninguna clase. Quería precaverse contra cualquier otra empresa que se nos ocurriera; pero no necesitaba preocuparse… Habíamos aprendido la lección. Islip era un pueblo de agricultores, lo bastante alejado de Oxford para no estar contaminado de la vida delictiva que distingue a casi todas las poblaciones que rodean a los centros universitarios. La policía llevaba allí una vida tranquila. Durante los cuatro años que vivimos en aquel lugar nunca nos robaron nada, y ninguno de los habitantes de Islip nos engañó o nos ofendió. En una ocasión me olvidé la bicicleta en la estación durante dos días y cuando la encontré no sólo tenía los faros, las llantas y el juego de herramientas en su sitio, sino que un amigo anónimo la había limpiado.

Todos los sábados durante los meses de invierno jugaba a fútbol con el equipo del pueblo. Los ex combatientes habían vuelto a introducir aquel juego en Islip después de un lapso de ochenta años en el que no se había practicado. El nonagenario del lugar se quejaba de que el fútbol había dejado de ser todo lo viril que era durante su juventud.

—Aquélla era nuestra meta —dijo—, la otra se encontraba a setecientos metros de aquí, junto al río. Las autoridades acabaron por prohibir el juego. En el último partido murieron tres hombres y uno quedó gravemente herido. ¡Aquello sí que era jugar! —A mí me parecía que el fútbol en Islip, aunque muy viril, era un juego de damas en comparación con el que solíamos jugar en Charterhouse. Cuando jugaba de delantero centro, a menudo recibía silbidos por cargar contra el portero mientras éste mostraba al público el balón de gol que había impedido. Los aplausos estaban reservados para el jugador de la izquierda que se pasaba casi todo el tiempo haciendo fiorituras con el balón y que muy rara vez se acercaba a la portería. Pero el club de fútbol era democrático, al contrario del club de críquet. Yo jugué a críquet la primera temporada, pero renuncié porque el equipo casi nunca estaba formado por los once mejores jugadores; los jugadores del pueblo tenían que dejar el campo libre cuando se presentaban los miembros de la pequeña nobleza rural.

Nancy y yo hacíamos todo el trabajo de la casa, incluida la colada. Yo me hice cargo de la cocina; ella hacía y remendaba la ropa de los niños; nos repartíamos las demás labores. Catherine nació en 192.2 y Sam en 1929. Al final de 1925 habíamos vivido ocho años sucesivos de primeros dientes, accidentes menores, epidemias, y un

lavado perpetuo de pañales. No me disgustaba la forma de vida, salvo por la escasez de dinero y el no poder ir casi nunca a Londres. «Amor y una casita en el campo, me temo», había sido la expresión profética que casi todos mis amigos habían empleado el día de nuestra boda. Las fuerzas comenzaron a abandonar a Nancy, que estaba constantemente enferma, y yo debía ocuparme de todo. Ella trataba de pintar, pero en el momento en que había ordenado todos sus materiales había siempre algún problema con los niños que le impedía concentrarse. Nancy resolvió finalmente no volver a dedicarse a la pintura hasta que todos los niños dejaran de hacerse pipí en la cama y estuvieran en edad de ir a la escuela. Yo continué mi trabajo, porque la necesidad de ganar dinero me obligaba, y porque nunca nada me ha impedido escribir. Nancy y yo pasábamos mucho tiempo limpiando la casa, lo que nos dejaba muy pocos ratos libres para cualquier otra cosa; habíamos acumulado cierto número de utensilios de cobre que había que pulir, y nuestros niños llevaban siempre la ropa cinco veces más limpia que los hijos de los vecinos.

Yo trabajaba entre constantes interrupciones. Podía reconocer las principales variedades de gritos infantiles: hambre, indigestión, pipí, alfileres, aburrimiento, ganas de jugar; y aprendí a no hacer caso más que de los más importantes. La mayor parte de los libros en prosa que escribí durante esos cuatro años revelan las condiciones en que los hice, son fragmentarios, poco maduros y evidentemente escritos lejos de una biblioteca. Sólo la poesía no se resintió. Mientras trabajaba mentalmente un poema, podía continuar con mis tarcas mecánicamente, como en un trance, hasta que tenía tiempo de sentarme y transcribirlo. Hubo un período en que sólo me podía permitir sentarme a escribir media hora al día, y en ese tiempo tenía que trabajar duro para descargar mi mente… jamás me senté a morder la pluma. Mi creación poética ha sido siempre un proceso penoso de correcciones continuas, corrección sobre corrección, y una fuente persistente de insatisfacción.

Los niños eran muy sanos y nos daban pocas preocupaciones. Nancy era de la opinión de que no había que darles carne ni té sino toda la fruta que quisieran, acostarlos temprano, y hacerlos dormir la siesta después del almuerzo. Hacíamos todo lo que podíamos para evitar los errores de nuestra propia niñez; pero cuando fueron a la escuela del pueblo no pudimos protegerlos contra el dogmatismo religioso, el esnobismo social, los prejuicios políticos y los cuentos de hadas mistificadores sobre el sexo. Islip parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para la infancia dichosa que les deseábamos. Tenían campos para jugar, animales a su alrededor, y compañeros de juegos de su misma edad. El río no estaba lejos y podíamos alquilar una canoa. Hasta la escuela les gustaba.

Los habitantes del lugar me llamaban Capitán; fuera de eso, pocas cosas me recordaban la guerra, excepto mi visita anual a la Comisión Médica. La comisión continuó durante algunos años recomendándome para una pensión de invalidez. La

causa de mi invalidez era la neurastenia. El viaje en tren y el billete de primera clase con mi nombre, grado y regimiento me producían crisis de neurastenia cuando llegaba a la comisión.

Los ex combatientes llegaban constantemente a la puerta a vender cordones de zapatos y pedir ropa usada. Siempre les dábamos una taza de té y algo de dinero. Islip era un alto conveniente entre los asilos de Chipping Norton y Oxford. En una ocasión, un ex combatiente sin empleo (maquinista de profesión), se presentó con sus tres hijos, incluyendo un bebé. La madre había muerto recientemente en el parto. Aquella situación nos produjo gran compasión, y Nancy se ofreció a adoptar a la hija mayor, Daisy, que iba a cumplir trece años y era la que preocupaba más a su padre. Nancy se comprometió a enseñarle a la niña los quehaceres domésticos, de manera que pudiera después encontrar un empleo en alguna casa. El ferroviario derramó lágrimas de gratitud, y Daisy, una muchachita grande, fea, fuerte como un caballo y endurecida por los tres años de vagabundeo por los caminos, pareció alegrarse de ser un miembro de la familia. Nancy le hizo nueva ropa, la lavamos, le compramos zapatos, y le dimos una habitación. El ferroviario quería que Daisy continuara sus estudios interrumpidos por el nomadismo de su vida. Pero la profesora puso a Daisy con los niños más pequeños, y las muchachas mayores no hacían más que burlarse de ella. Para desquitarse, ella les tiraba del pelo o las empujaba, y muy pronto detestó la escuela. Después de cierto tiempo comenzó a sentir nostalgia de su vida andariega.

—Eso sí que era vida —solía decir—. Papá y yo y mi hermano y el bebé. El bebé resultó ser una bendición. Cuando llamaba a las puertas traseras con él siempre conseguía algo. Por supuesto yo era lista, y si trataban de cerrarme la puerta en la cara metía el pie y decía: «éste es mi hermanito huérfano»; entonces miraba qué había en la habitación y pedía algo de lo que había visto. Si veía un carrito de niños viejo lo pedía. Por supuesto que nosotros teníamos uno mejor, pero entonces revendíamos el que me acababan de dar en el pueblo siguiente. Los buenos mendigos siempre piden una cosa precisa, algo que ven que está a mano. No es bueno pedir comida o dinero. Yo lograba muchas cosas para mi papá. Según él yo era mucho mejor mendiga. Marchábamos cantando *En el camino y hacia ninguna parte*. Y siempre podíamos ir a los asilos cuando el tiempo era malo. El asilo de Chippy Norton era nuestro hogar durante el invierno. Allí veíamos películas una vez por semana. Recorrimos todo el país: Gales, Devonshire, llegábamos hasta Escocia, pero siempre volvíamos a Chippy.

Nancy y yo nos quedamos aterrorizados un día que un vagabundo se acercó a la puerta y Daisy le cerró la puerta en Ja cara, gritándole:

—¡Largo de aquí, inmediatamente, Narizotas, y que no se te vuelva a ocurrir asomar el hocico en casa de gente respetable! Te conozco muy bien, *Narizotas* Williams —continuó—, tú y tus documentos de ex combatiente que le robaste a un fulano en Salisbury, sé también que en Plymouth te espera cierta acusación por bigamia. Largo de aquí, inmediatamente, si no quieres que llame a la policía.

Daisy nos contó las verdaderas historias de muchos de los mendigos a quienes habíamos protegido.

—Ni una sola de estas porquerías es un hombre decente —dijo—; el único es mi padre. La razón por la que la mayoría anden de vagabundos es que la policía tiene algo contra ellos, por eso deben ir de un lado para otro. Por supuesto que a mi papá le desagrada esta vida; comenzó demasiado tarde. Mi mamá era muy respetable. Con ella siempre estuvimos limpios. La mayoría de los vagabundos tienen piojos, y enfermedades horribles; se mantienen alejados del hospicio todo lo que pueden, porque no toleran los baños con desinfectante.

Daisy vivió con nosotros todo el invierno. Cuando llegó la primavera y los caminos se secaron, su padre la volvió a llamar. Sin ella no podía atender a los más pequeños. No la volvimos a ver, aunque en una ocasión nos escribió desde Chipping Norton pidiéndonos dinero.

Las ayudas del Gobierno y del colegio se habían terminado en la época en que nos instalamos en Islip. La paz había producido una crisis en la publicación de poemas, y nuestro ingreso total, contando los envíos de aniversarios y Navidad de nuestros familiares, ascendía a la cantidad de ciento treinta libras al año, de la cual la mitad procedía de mi literatura. Como Nancy me hizo ver, eso significaba cincuenta chelines a la semana, y muchos granjeros de Islip con más hijos que nosotros ganaban sólo treinta chelines. Llevaban una vida mucho más dura que la nuestra, y no tenían a nadie que los respaldara en caso de enfermedad u otras emergencias. Acostumbrábamos también a pasar las vacaciones en Harlech, cuando mi madre insistía en pagarnos el viaje en tren así como en alimentarnos gratuitamente. El pensar en las condiciones difíciles de las esposas de los trabajadores mantenía a Nancy permanentemente deprimida.

Seguíamos llamándonos socialistas, y cuando una rama del Partido Laborista se formó en el pueblo, prestamos nuestra casa para las reuniones semanales durante los meses de invierno. Un día, el señor Wise, un empleado de una granja y miembro del partido, interrogó a un orador del partido conservador sobre un impuesto sobre las uvas pasas creado por el gobierno conservador. El orador respondió, condescendiente:

—Bueno, con toda seguridad un impuesto sobre las pasas griegas no va a afectar a los trabajadores de Islip. Ustedes no cultivan la vid en estas regiones, ¿no es así?

—No, señor —respondió el señor Wise—, la cosecha principal de los campesinos de esta región es el rastrojo.

Me persuadieron de que me presentara a las elecciones del consejo local y fui miembro de él durante un año. Me gustaría haber tomado notas de las sórdidas rivalidades que imperaban en las sesiones del consejo. Constaba de siete miembros, tres representantes laboristas y tres conservadores, propietarios de la tierra, o miembros de la pequeña nobleza. El presidente era un liberal, a quien habíamos apoyado por ser un patrón generoso y el único propietario en muchos kilómetros a la

redonda con un título obtenido en una escuela de agricultura. Mantenía con un preciso sentido de la justicia el equilibrio entre ambas fuerzas. Los miembros del consejo en una ocasión estuvieron a punto de llegar a la violencia al discutir una proposición del Consejo de Distrito para construir nuevas casas; muchos ex combatientes que deseaban casarse no tenían donde vivir con sus esposas. Los conservadores se oponían a esta solicitud porque podía subir los impuestos sobre la propiedad.

Existía también el problema de crear un campo de recreo para el pueblo. El equipo de fútbol no quería depender de la generosidad de un gran propietario que nos alquilaba el terreno a un precio insignificante. Los conservadores se oponían a ese proyecto, nuevamente debido a los impuestos, y señalaban que poco después del armisticio, el pueblo había rechazado el proyecto de creación de un parque deportivo y había preferido emplear el dinero de las suscripciones en un monumento conmemorativo. Los laboristas respondieron que aquella votación había tenido lugar en las Elecciones Generales de 1918, antes de que los soldados volvieran y pudieran expresar sus puntos de vista. Hubo alusiones malévolas a los granjeros que habían permanecido en casa para redondear sus fortunas, mientras sus trabajadores combatían y morían. El presidente calmó a los antagonistas. Otra escena caricaturesca: yo, con pantalones de pana y chaqueta ordinaria, sentado en el aula de la escuela (en esa ocasión sin «Los males del alcoholismo» en las paredes, sino con dibujos de la naturaleza y sus especímenes de historia natural) discutiendo —como un anciano de algún pueblo de Oxfordshire— si el granjero Tomkins podía llevar sus mulas por un sendero que atravesaba los huertos de las villas como si se tratara de un camino comunal, habiendo antes destruido los escalones, lo que, objetaba yo, eliminaba sus derechos.

Esta asociación con el Partido Laborista interrumpió nuestras relaciones amistosas con la pequeña nobleza rural, que hasta ese momento nos había considerado de su bando. Mi madre se había tomado la molestia de visitar al párroco, cuando fue a ver la propiedad, y él más tarde me pidió que hablara desde las escaleras del coro de la iglesia con motivo de la celebración de un servicio en memoria de los muertos de guerra. Me sugirió que leyera poemas de guerra. Pero en vez de leer los de Rupert Brooke sobre los muertos gloriosos, leí algunos de los más dolorosos poemas de Sassoon y de Wilfred Owen sobre hombres que morían envenenados por los gases, y sobre las nalgas de los cadáveres emergiendo del lodo. También sugerí que los soldados que habían muerto, como si hubieran sido destruidos por la Torre de Siloé, no habían sido especialmente virtuosos ni especialmente malvados, sino soldados como tantos otros, y que los supervivientes debían darle gracias a Dios por haber salvado la vida y hacer todo lo que pudieran para evitar otra guerra en el futuro. Aunque el partido de la iglesia, excepto el párroco liberal, pareció escandalizarse, a los ex combatientes, que no habían sido demasiado bien tratados a su regreso, les agradó que se les equiparara con los muertos gloriosos. Eran hombres modestos.

Advertí que aunque respetaban el deseo del rey de llevar en esa ocasión sus medallas de campaña, las llevaban prendidas en la parte interior de las chaquetas.

El dirigente laborista en Islip era William Beckley sénior. Había heredado un título que databa de la época de Oliver Cromwell; y era conocido por todos como *el Pescador* Beckley. Un antepasado suyo, al pescar un día en Cherwell durante el Sitio de Oxford, había guiado al mismo Cromwell y a un grupo de soldados por el río. En recompensa, Cromwell le había concedido derechos perpetuos sobre la parte del río que se extiende de Islip hasta el sitio donde actualmente se encuentra el Hotel Cherwell. Las escaramuzas de la caballería en el puente de Islip seguían vivas en al tradición local, y un propietario que vivía en la cima de la colina me enseñó una pequeña bala de cañón, de piedra, disparada en esa ocasión y que fue a incrustarse en la chimenea de su casa. Pero el mismo Cromwell se había presentado tarde en la historia de la familia Beckley; los Beckley habían sido bateleros del río mucho antes del siglo XVII. *Pescador* Beckley sabía, por tradición familiar, el sitio exacto del lecho del río donde una barca se había hundido cuando transportaba piedras para construir la abadía de Westminster antes de la conquista normanda. Islip era la cuna de Eduardo *el Confesor*, que había ganado las tierras de Islip a la abadía; habían sido propiedad de la Abadía durante un milenio. Las piedras de la abadía fueron extraídas de una colina muy cercana al río: nuestra casa estaba construida sobre la antigua cala donde se hacían deslizar los cantos de piedra. Hacia 1870 se había introducido en el río una variedad de algas americanas y la pesca con red se había vuelto imposible. *El Pescador* Beckley se convirtió en un trabajador agrícola. Sus opiniones socialistas le impidieron encontrar un trabajo en el pueblo y debía caminar todos los días varios kilómetros para ir a trabajar a una granja de los alrededores. Pero seguía siendo *el Pescador* Beckley, y para nosotros, el hombre más respetado de Islip.

30

A mis padres los había apenado mucho que debido a nuestra crisis comercial y a mi enfermedad, no hubiese obtenido mi título profesional en Oxford. Pero *sir* Walter Raleigh, como director del Departamento de Lengua y Literatura Inglesa, me permitió asistir al examen para licenciados en literatura, y presentar una tesis escrita sobre el tema que más me interesara. También consintió en ser mi director de tesis a condición de no exigirle esa dirección. Tenía una buena opinión de mi poesía, y sugirió que sólo nos encontráramos en calidad de amigos. *Sir* Walter se dedicaba en esa época a escribir la historia oficial de la guerra en el aire, y deseaba tener experiencias prácticas de vuelo para realizar ese trabajo. La R. A. F. lo llevaba en sus aviones cada vez que él lo necesitaba, pero en un vuelo a Oriente contrajo la fiebre amarilla y murió. Su muerte me entristeció tanto que no solicité otro director de tesis.

Me resultaba difícil escribir la tesis, «El elemento ilógico en la poesía inglesa», en el estilo académico requerido, y decidí escribir un libro ordinario. Lo reescribí nueve veces y no quedé satisfecho con los resultados finales. Trataba de mostrar la naturaleza del elemento supralógico en poesía, que sólo podía ser enteramente comprendido, escribí, estudiando las asociaciones latentes entre las palabras usadas —el sentido evidente a menudo está en oposición directa con el contenido tácito. La debilidad del libro estribaba en no distinguir claramente entre el proceso mental supralógico del poeta y el proceso infralógico del psicópata común.

Entre 1920 y 1925 publiqué un libro de poemas por año; después de *El espejo*, que apareció en 1921, no hice ningún intento por agradar al lector ordinario, y tampoco me hacía ilusiones por estar escribiendo para la posteridad; no tenía razones para suponer que la posteridad me trataría mejor que mis contemporáneos. Jamás escribí un poema a menos de sentir la necesidad imperiosa de hacerlo. Aunque presuponía la existencia de un lector inteligente y sensible y vislumbrara sus posibles reacciones ante mis palabras, no lo identificaba con ningún grupo determinado de lectores o (siguiendo el ejemplo de Hardy) de críticos de poesía. No tenía más realidad que la silueta convencional que se dibuja en el primer plano de un estudio de arquitectura para indicar la altura del edificio. Esa mayor severidad de estilo que se observa en *Whipperginny* hizo que se me acusara de tratar de obtener publicidad y de aumentar mis ventas por una deliberada ridiculización de los poetas modernos.

Durante aquellos años hice varios intentos para liberarme del veneno de los recuerdos de la guerra por medio de una novela, pero tuve que abandonarla,

avergonzado de haber deformado mi material con una trama, pero sin la suficiente seguridad en mí mismo para presentarlo como un relato puramente histórico, como aquí.

Conocí a la mayor parte de los poetas activos en aquella época; entre otros a Walter de la Mare, W. H. Davies, T. S. Eliot, los Sitwell, y muchos otros. Le tenía afecto a Davies porque procedía de Gales del Sur y porque le tenía miedo a la oscuridad, y también porque en una ocasión, según supe, había hecho una lista de poetas y los fue tachando uno tras otro a medida que decidía que no eran verdaderos poetas, hasta que sólo quedaron dos nombres, el suyo y el mío. Estaba muy celoso de De la Mare y había comprado una pistola con la cual solía disparar a una fotografía de éste, colgada en el piso superior de su casa. Pero a mí me gustaba De la Mare, también, por su cortesía, y por el rigor con que trabajaba sus poemas —siempre me interesé por los problemas técnicos de mis amigos poetas—. En una ocasión le pregunté si no había pasado horas enteras meditando sobre aquellos versos

¡Ah, nadie sabrá
durante cuántos siglos
ha rodado la rosa…!

y si al final no se había sentido insatisfecho. De la Mare admitió que había empleado el verbo *rodar* porque ningún otro le parecía lo suficientemente fuerte. En 1925 acepté escribir con Eliot, entonces un agobiado empleado de banco, un libro sobre poesía moderna en el que cada uno presentaría sus tesis, pero el proyecto no prosperó.

Para entonces veía muy rara vez a Osbert y Sacheverell Sitwell. Un otoño, Osbert me envió como regalo un par de perdices. Procedían de Renishaw, el palacio de la familia en Derbyshire, en un saco con una tarjeta: «Al capitán Graves, con los saludos del capitán Sitwell». Desplumar, abrir y cocinar aquellos pájaros era una tarea que ni Nancy ni yo tuvimos valor de enfrentar, así que acabamos por dárselos a un vecino. Le escribí a Osbert: «El capitán Graves agradece al capitán Sitwell el obsequio de los capitanes pájaros». Hicimos en cambio buena amistad con su hermana Edith. Fue una sorpresa para todos, después de leer sus poemas violentamente vanguardistas, encontrarnos con una mujer amable, tranquila y hasta devota. Cuando nos visitaba pasaba todo el tiempo en el sofá bordando pañuelos. Nos escribía con frecuencia, pero nuestra amistad terminó en 1926.

No veía a ninguno de mis amigos supervivientes del ejército, con la única excepción ocasional de Siegfried. Edmund Blunden se había ido de profesor de literatura inglesa a Tokio. Lawrence se había alistado en la R. A. F., tan pronto como los acuerdos sobre el Oriente Próximo entraron en vigor, pero un diputado laborista señaló en el Parlamento su presencia allí bajo nombre falso y el Ministerio del Aire lo destituyó. Se alistó en el Cuerpo Real de Tanques como soldado raso, aunque

detestaba ese organismo militar. Cuando *sir* Walter Raleigh murió, sentí que mis relaciones con Oxford se rompían; y cuando Rivers murió y más tarde George Mallory pereció en el Everest, la muerte de mis amigos comenzó a perseguirme en la paz tan incesantemente como lo había hecho en la guerra.

Una sensación de malestar nubló aquellos años. Islip había dejado de ser un refugio en el campo. Me sorprendí al ver que recurría a la técnica que había empleado durante la guerra y que consistía en acomodarme a todo, bien que mal, sin importarme los medios, con la esperanza de que al fin los problemas se resolverían por sí mismos. La mala salud de Nancy le impedía trabajar. Nuestra economía había mejorado gracias a una ayuda que sus padres nos enviaban y que cubría todos los gastos extras de los nuevos niños —contábamos con doscientas libras al año—, pero la vida en un pequeño pueblo, con cuatro niños menores de seis años, y Nancy enferma, comenzó a perder encanto. Después de todo, iba a tener que violar mi juramento y aceptar un trabajo docente. Pero para ello necesitaba un título; de manera que terminé mi tesis, que se publicó con el título de «Lo irracional en la poesía» y que presenté, ya impresa, a la comisión de exámenes. Para mi sorpresa, la aceptaron, y obtuve el título de licenciado en Letras. Sin embargo, no quería aceptar un puesto en una escuela preparatoria o secundaria, lo que me mantendría lejos de la casa todo el tiempo. Nancy no podía soportar que nadie, excepto yo, se ocupara de los niños. Parecía que mis problemas no tenían solución.

Entonces el doctor nos dijo que si Nancy quería recuperar la salud debíamos pasar el invierno en Egipto. La única forma de hacerlo sería encontrando un trabajo en Egipto con un buen sueldo. Una semana o dos después (de esta manera se resolvieron siempre nuestros problemas en los momentos de emergencia) me invitaron a presentarme como candidato para el puesto de profesor de literatura inglesa en la recién fundada Universidad Real Egipcia, de El Cairo. Después supe que había sido recomendado para ese cargo por dos o tres hombres de gran influencia, entre ellos Arnold Bennett, que fue siempre un buen amigo mío y el primer crítico que escribió con entusiasmo acerca de mis poemas en la prensa diaria; y Lawrence, que había conocido a lord Lloyd, entonces alto comisario en Egipto, durante la rebelión árabe. El salario, incluido el dinero del pasaje, ascendía a mil cuatrocientas libras anuales. Reforcé esas recomendaciones con otras, la de mi vecino, el coronel John Buchan, y de Asquith, actualmente conde de Oxford, que siempre se había interesado paternalmente por nosotros y que a menudo visitaba nuestra casa de Islip.

Obtuve el puesto. Las ventajas indirectas que produce el hecho de escribir poemas pueden ser enormemente mayores que las directas.

31

Embarcamos rumbo a Egipto en la segunda clase de un buque de la Peninsular Oriental, con una institutriz para los niños, ropa nueva en maletas nuevas, y un Morris-Oxford en las bodegas. Lawrence me había escrito:

Egipto, por estar tan cerca de Europa, no es un país salvaje. Los egipcios… no necesitas vivir entre ellos. En efecto, sólo un milagro puede lograr que un inglés llegue a conocerlos. La sociedad burocrática es muy exclusiva, y vive frívolamente alejada del pueblo. En parte porque muchos extranjeros van allí para divertirse durante el invierno; y en parte porque las otras mujeres, las que viven allí, mariposean para ver si pueden casarse con los visitantes.

El sueldo me parece atractivo. Lo acaban de aumentar. El trabajo puede ser interesante o terrible, todo depende de que te interese, como a Lafcadio Hearn, o lo detestes, como (Robert) Nichols. Aunque lo detestes, no será nada grave. El clima es bueno, el país muy hermoso, hay cosas admirables que ver, los nativos son curiosos y repelentes; y tú eres lo suficientemente fuerte para no dejarte dominar porque te disguste el trabajo. Cúmplelo honesta mente mientras recibas el salario, y aprovecha tus horas libres (muy numerosas en Egipto) lo mejor que puedas. Lloyd será un buen amigo.

Vagabundea por Palestina. Los oasis del Sahara. La provincia del mar Rojo. Sinaí (un desierto famoso), los pantanos del Delta. Los edificios de Wilfred Jennings Breamly en el desierto occidental. La divina arquitectura de la mezquita de El Cairo.

Es posible, de cualquier manera, que el trabajo no te disguste. Según creo las oportunidades son las mismas. Para ti jamás será un gran mal, y en cambio la familia se beneficiará con el calor (El Cairo no es calurosa en invierno); el trabajo no te sacará de quicio. El dinero te resultará muy útil. Después de los gastos de los seis primeros meses podrás ahorrar algo de salario. Te recomiendo el helado de café de Groppi's.

Y además, te bendigo.

Mis hermanos mayores, Dick y Mollie, vivían en Egipto desde que yo era pequeño. Dick, que era un importante funcionario del Gobierno (con un salario menor que el

mío), y su esposa, esperaban mi llegada con justificada alarma. Conocían mis opiniones políticas. Pero Mollie, a quien yo quería mucho, no tenía ninguna suspicacia y me escribió una carta de bienvenida muy afectuosa.

Siegfried me acompañó hasta el barco.

—¿Sabes quién va a bordo? —me preguntó—. ¡La doble imagen! Continúa en el Regimiento y va a unirse al Primer Batallón en la India. La última vez que lo vi, estaba sentado en el parapeto de un refugio royendo un trozo de carne seca, como una rata.

La doble imagen —aquel apodo se refería a la proposición bíblica de que todos hemos sido creados a imagen y semejanza del Señor— había estudiado conmigo en Copthorne y había ganado una beca el mismo año que yo; habíamos estado juntos en Wrexham y en Liverpool; también había sido herido en el combate del bosque de los fresnos; y ahora viajábamos juntos hacia Oriente. No teníamos absolutamente nada en común, fuera de una aversión recíproca; por lo que no veía la razón por la que tuviésemos que encontrarnos tan a menudo en la vida.

El barco hizo escala en Gibraltar, donde desembarcamos, compramos higos y dimos una vuelta por la población; recordé el telegrama cancelado del ministro de la Guerra y pensó que había sido un imbécil al preferir Rhyl. Por suerte, el director de la empresa naviera, que viajaba con nosotros, convenció al capitán de acercar el barco media milla de Stromboli, entonces en erupción; pudimos ver la irrupción del fuego en el crepúsculo y la lava derramándose en el mar. En Port Said, un amigo de mi hermana nos ayudó a pasar la aduana; yo estaba aún mareado, pero supe que estábamos en Oriente porque él comenzó a hablar de Kipling y de las «acacias de Lichtenbourg» sobre las que éste cantaba, y a preguntar si eran realmente acacias o alguna otra planta de la misma familia. Enseguida nos pusimos en camino a El Cairo, mirando todo el tiempo por las ventanillas, encantados del aspecto estival que aquellos campos tenían en enero.

Mi cuñada nos desaconsejó vivir en el barrio residencial de Gizereh, donde ella vivía, y con su ayuda alquilamos un apartamento en Heliópolis, a unos cuantos kilómetros al este de El Cairo. Nos pareció que el coste de la vida era muy alto, por tratarse de la estación turística, pero reducimos nuestros gastos aprovechándonos de los precios razonables de los almacenes del Ejército británico, donde me presenté como oficial pensionado. Nuestras dos sirvientas sudanesas, en contra de todo lo que nos habían advertido sobre los nativos, eran tranquilas, puntuales, respetuosas y nunca, que yo sepa, robaron nada excepto los restos de un plato de carnero. Me parecía extraño no tener que preocuparme de los niños, ni hacer las labores domésticas; y era una maravilla poder disfrutar de todo el tiempo que necesitaba para mi trabajo.

La universidad había sido fundada por el rey Fuad, que deseaba ser reconocido como un mecenas de las artes y las ciencias. La antigua Universidad de El Cairo había seguido una política nacionalista, y, debido a que no contaba con expertos

europeos ni recibía ayuda del Gobierno, pronto había tenido que cerrar. La Universidad del rey Fuad comenzó con un plan ambicioso: Facultad de Ciencias, Medicina y Literatura, y un equipo completo de profesores con altos sueldos; muy pocos de ellos eran egipcios. Las facultades de Medicina y Ciencias eran predominantemente inglesas, pero las designaciones de profesores en la Facultad de Letras se habían hecho el verano anterior, cuando el alto comisario británico estaba de vacaciones en Inglaterra; de otra manera, sin duda alguna se habría opuesto a ellas, por ser los titulares de las cátedras en su mayor parte franceses y belgas. Sólo uno de mis colegas podía hablar inglés, y ninguno sabía árabe; sin embargo, de los doscientos estudiantes egipcios, en su mayor parte hijos de ricos comerciantes o terratenientes, menos de veinte hablaban un francés rudimentario, el necesario sólo para comprar mercancías en las tiendas elegantes, y, sin embargo, todos hablaban inglés por haberlo aprendido en la escuela secundaria. La correspondencia oficial de la universidad se llevaba en árabe clásico, que no admitía ninguna palabra posterior a la época de Mahoma… aunque yo era incapaz de advertir por mi cuenta cualquier neologismo. El «muy sabio Sheikh» Graves, como se me describía, acostumbraba a ir a menudo a las oficinas de correos para que le tradujeran las circulares universitarias. Mis doce o trece colegas franceses eran individuos de la más alta distinción académica, pero dos o tres maestros de aldea ingleses hubieran aceptado con gusto desempeñar sus labores por una tercera parte del salario y lo hubieran hecho mucho mejor. El edificio de la universidad, un antiguo harén de Khédive, había sido construido al estilo francés con espejos y marcos dorados.

Los oficiales ingleses del Ministerio de Educación me suplicaron vigilar que la bandera inglesa ondeara siempre en la Facultad de Letras. Yo asentí. Aunque no había ido a Egipto como embajador de un imperio, me irritaba que los franceses se dedicaran a actividades semipolíticas a mis expensas. El decano, el profesor Grégoire, era una autoridad en poesía eslava: un hombre vigoroso, ingenioso y competente. Había adquirido cierta habilidad para adaptarse durante la guerra, cuando durante la ocupación alemana había dirigido en Bélgica una publicación clandestina. El profesor de literatura francesa, un héroe de guerra con una sola pierna, me trató con cierto paternalismo al principio. Yo era su joven amigo más que su querido colega. Pero cuando supo que también yo había sido herido en la causa de la civilización y de Francia, me convertí en su compañero más estimado.

Los franceses daban sus clases con la ayuda de intérpretes árabes, lo que no favorecía ni la rapidez ni la precisión. Yo debía impartir dos clases a la semana. El decano, sin embargo, decidió poco después que para que los estudiantes pudieran seguir los cursos sin la necesidad de intérpretes era necesario intensificar la enseñanza del francés, lo que redujo mis clases a una por semana. El curso era un pandemónium. No se trataba de que los estudiantes fueran hostiles, sino simplemente excitables, y deseaban mostrar su aprecio por mí y la libertad y el pacha Zaghlul y el bienestar de Egipto… todo al mismo tiempo. Me obligaban a gritar con toda la

potencia de mi voz de cuartel —había comprendido que era necesario alzarla si quería hacerme respetar— a fin de imponer silencio.

No se conseguían libros de texto de ninguna clase; la biblioteca de la universidad no tenía departamento de literatura inglesa; y nos llevó varios meses conseguir libros por medio del bibliotecario francés. Estábamos en enero, y los estudiantes tenían que hacer un examen en mayo. Según decían, deseaban ansiosamente conocer a Shakespeare, Wordsworth y Byron en ese tiempo. Yo no tenía ningún deseo de explicar Wordsworth y Byron a nadie, y deseaba proteger a Shakespeare de ellos. Decidí dar el curso sobre las formas de literatura más rudimentarias, elegí la balada primitiva y su desarrollo en la épica y el drama. Debía comenzar por enseñarles el sentido de los términos literarios más simples. Pero aunque durante ocho años habían estudiado inglés en la escuela, no podía contar con que comprendieran ni la mitad de lo que les decía. Por ejemplo, nadie me entendía cuando hablaba de un coplista que tocaba el arpa. ¿Qué era un arpa? Les explicaba que era lo que tocaba el rey David, y dibujaba el instrumento en la pizarra; entonces exclamaban:

—¡Ah, un *anur*!

Yo había visto un grupo de coplistas en acción entre las piernas de la Esfinge, mientras un grupo de *fellahs* barría la arena. Uno de ellos cantaba para estimular la acción de los demás. Pero mis alumnos consideraron que era indigno de ellos reconocer la existencia de baladas en Egipto. Los *fellahs* no existían más que como una especie de animales perezosos y desagradables. Los alumnos me pedían notas impresas de mis clases para preparar los exámenes. Les pedí a los empleados de la secretaría que hicieran unas copias en mimeógrafo, pero los profesores franceses no les daban un momento de respiro y a pesar de sus promesas nunca realizaron el trabajo. Mis clases degeneraron pronto en ejercicios de dictado sobre temas que nunca pudieron desarrollarse, pero, de cualquier manera, mantuve a los estudiantes muy ocupados tomando apuntes.

Mis pantalones anchos, los primeros pantalones «tipo Oxford» que llegaban a Egipto, les interesaron profundamente; ellos usaban aún pantalones de tipo antiguo, muy estrechos en los tobillos. Pronto todo aquel que era alguien llevaba pantalones Oxford. Una noche, el rector de la universidad me invitó a cenar; dos de mis estudiantes, hijos de ministros, fueron también invitados. Por divertirme, me había puesto unos calcetines blancos con el esmoquin. El vicerrector, Ali Bey Ornar, el funcionario universitario a quien más apreciaba, me dijo que un día o dos después había visto a los mismos estudiantes con calcetines de seda blancos en un banquete del Gobierno. Cuando miraron a aquella distinguida asamblea, descubrieron que eran los únicos que conocían la nueva moda de los calcetines blancos. Ali Bey Ornar me relató, con un número de pantomima, cómo en su turbación trataron de desabrochar subrepticiamente los tirantes a fin de hacer descender los pantalones.

Durante unas cuantas semanas dejé de ir a dar mi lección semanal, porque los estudiantes habían declarado una huelga. Era el ramadán; en esa época comen por la

noche bastante más que de costumbre, para fortalecerse, y el aumento de los procesos digestivos afecta sus nervios. El pretexto para iniciar la huelga fue la intensificación de los cursos de francés; pero lo que realmente querían era tiempo libre para preparar sus exámenes en casa. Fue entonces cuando el profesor ciego de árabe, uno de los pocos egipcios con un amplio prestigio como orientalista, publicó un libro sobre las fuentes preislámicas del Corán. Sus cursos exigían un esfuerzo mental bastante más intenso que cualquiera de los demás, de modo que cuando llegaron los exámenes, la mayor parte de los alumnos se negó a presentarse al de árabe, aduciendo motivos religiosos. Para un musulmán ortodoxo, el Corán, al haber sido dictado por Dios a Mahoma, no puede tener fuentes preislámicas.

Llegué a conocer a dos de mis estudiantes bastante bien; uno de ellos era griego, otro turco. El turco era un muchacho de unos veinte años, rico, inteligente y bien parecido, me llevó dos veces a las pirámides en bicicleta. Hablaba corrientemente francés e inglés, siendo casi el único estudiante (excepto un grupo de doce que habían estudiado en el colegio de un jesuíta francés) que tenía esa facilidad. Un día se disculpó por faltar a una de mis clases: se iba a casar. Le pregunté si aquélla iba a ser la primera parte o la segunda de la ceremonia. Me dijo:

—La primera. No se me permitirá ver la cara de mi esposa, porque su familia es ortodoxa; para eso tendré que esperar hasta la segunda ceremonia.

Pero su hermana, me explicó, había estado en la escuela con la muchacha y le había dicho que era muy hermosa y muy agradable; también su padre respetaba al padre de su prometida. Cuando tuvo lugar la segunda ceremonia me confesó que estaba perfectamente satisfecho. Me enteré de que un novio muy rara vez rechaza a la novia cuando ella se quita el velo, aunque tiene derecho a hacerlo; y ella tiene el mismo derecho. Por regla general, la pareja encuentra el modo de conocerse aun antes de la primera ceremonia. La muchacha le puede pasar al novio un billete diciéndole: «Mañana a las tres y media de la tarde estaré en la Maison Cicurel en la sección de sombrerería, si te interesa saber cuál es mi aspecto. Será fácil para mí levantar el velo mientras me pruebo un sombrero. Podrás reconocerme por mi sombrilla carmesí».

Me interesé por conocer los derechos de las mujeres musulmanas en Egipto. Según parecía, el divorcio era fácil de obtener. El marido sólo tenía que declarar en presencia de un testigo: «Me divorcio de ti, me divorcio de ti, me divorcio de ti», y eso bastaba. Por otra parte, la esposa podía recuperar su dote original, más los intereses acumulados durante el tiempo de casada. Las dotes eran siempre altas, y los divorcios, proporcionalmente escasos. La nobleza consideraba digno de las clases inferiores mantener más de una esposa, a menos que se portara tan mal que el marido decidiera avergonzarla tomando otra. Me enteré de un egipcio que una mañana en que le llevaron el café del desayuno frío, gritó a voz en cuello:

—¡Me divorcio de ti, me divorcio de ti, me divorcio de ti!

—Oh, querido —exclamó ella—, ¡lo has hecho! Los sirvientes oyeron lo que decías. Voy a volver a casa de mis padres con mis diez mil libras y mis sesenta camellos.

El hombre se disculpó por haber perdido la calma.

—Luz de mis ojos, tenemos que volver a casarnos tan pronto como sea posible.

Ella le recordó que la ley les impedía volver a casarse hasta que alguno de ellos no se hubiera casado de nuevo.

Entonces él llamó a un anciano que regaba el patio y le ordenó casarse con ella; pero debía ser sólo un matrimonio formal. El obediente jardinero hizo lo que le pidieron e inmediatamente después de la ceremonia volvió a regar sus plantas.

Dos días después a la mujer la atropello un taxi, y el jardinero heredó todo el dinero y los camellos.

El griego me invitó a tomar el té en una ocasión. Tenía tres bellas hermanas llamadas Palas, Afrodita y Artemisa, que me sirvieron el té en el jardín de su casa con pastelillos europeos que habían aprendido a hacer en el colegio americano. En el edificio vecino, un hombre muy pálido se asomó a un balcón del tercer piso y comenzó a pronunciar un discurso. Le pregunté a Palas de qué hablaba aquel hombre.

—Oh —se rió—; no le haga caso. Es un millonario loco, por eso la policía lo deja en paz. Vivió diez años en Inglaterra. Dice que lo están quemando con electricidad y les cuenta a los pájaros sus dificultades. También dice que su secretario lo acusa de haber robado cinco piastras, pero que no es verdad… Y que no es cierto que pueda haber Dios, porque si Dios existiera no habría permitido que los ingleses les robaran a los *fellahs* sus camellos durante la guerra y no se los devolvieran… Ahora dice que todas las religiones son más o menos lo mismo, y que Buda es tan bueno como Mahoma. Realmente está loco. Tiene un perrito en su casa, en su misma habitación, ¡juega y habla con él como si se tratara de un ser humano!

Palas me dijo que en veinte años las mujeres en Egipto lo dominarían todo. El movimiento feminista había empezado apenas, y como las mujeres eran el elemento más activo e inteligente de la población, se podrían esperar grandes cambios. Ni ella ni sus hermanas soportaban que su padre tratara de mantenerlas en su sitio. Su hermano, que seguía el curso de literatura, antes de ingresar en la carrera de Derecho, me mostró su biblioteca. Junto a los textos jurídicos había obras de Voltaire y Rousseau, un buen número de novelas pornográficas francesas forradas con papel, las obras de Shakespeare, y el *Ayúdate a ti mismo*, de Smiles. Cuando me pidió consejos sobre su carrera, sugerí que la siguiera en una universidad europea… un título egipcio valía poco, a menos que quisiera dedicarse a la política.

Yo no había advertido antes hasta qué grado los ingleses dominaban Egipto. Egipto figuraba como un reino independiente, sin embargo parecía que yo debía mostrar mi fidelidad no al rey Fuad, que me había otorgado el nombramiento y que pagaba mi salario, sino al alto comisario, cuyos escuadrones de infantería, caballería y aviación eran una prueba constante de aquel dominio. Los oficiales británicos no

podían entender el deseo de los egipcios por la independencia, y los consideraban unos desagradecidos por todo el trabajo y la inteligencia invertidos en el país desde 1880, elevándolo de la bancarrota a la riqueza. Me aseguraban que no existía una nación egipcia. Los griegos, turcos, sirios y armenios que se llamaban a sí mismos egipcios no tenían mayores derechos que los ingleses. Antes de la ocupación inglesa los pachás torturaban a los *fellahs* hasta la muerte; y sin embargo no eran los *fellahs* los únicos egipcios que exigían la libertad. El nacionalismo, un credo derivado de las nuevas corrientes de la educación occidental, comenzaba a hacer mella en las clases superiores, debía considerarse un síntoma más de la creciente riqueza del país. La reducción de oficiales ingleses en los últimos años se veía con disgusto.

—Nosotros hemos hecho aquí todo el trabajo difícil, y cuando nos vayamos todo se derrumbará, ahora se está derrumbando ya. Y entonces nos volverán a llamar, o si no a los italianos; y no vemos por qué tienen que ser precisamente ellos quienes se beneficien.

Parecían no darse cuenta de cómo la vanidad de los egipcios —posiblemente la gente más vanidosa del mundo— se resentía por la presencia constante de los uniformes ingleses. Por otra parte, yo no suponía que la moral del soldado egipcio fuera muy elevada en tiempos de guerra; Había visto a uno de sus oficiales, exasperado por la negligencia de un centinela, abrirle la boca y escupir en ella.

Egipto se consideraba una nación europea, pero a la vez trataba de arrebatar a Turquía el título de capital del Islam. Esta situación producía muchas anomalías. El mismo día que mis estudiantes protestaban contra el profesor de árabe por sus opiniones irreverentes, los estudiantes de El Azhar, el gran colegio teológico de El Cairo, se negaban a usar el caftán y la túnica de seda y aparecían en público con vestidos a la europea y con *tarbouche*. El *tarbouche* era el sombrero nacional que llevaban los soldados y oficiales. Yo también tenía uno. Es difícil idear un sombrero que sea menos apropiado para el clima. Al ser rojo, atraía los rayos del sol, tenía en el interior demasiado material textil y no protegía la nuca.

Mi hermano Dick se portó magníficamente conmigo como siempre lo ha hecho; lo mismo que mi romántica hermana Mollie, que es una mujer muy dulce y que, siguiendo mis consejos, lleva siempre un lunar en la mejilla derecha. Su marido, a quien adoraba, el juez Preston del tribunal para extranjeros, se turbó mucho en el Club Turf —yo había rehusado hacerme socio por temor a comprometer a Nancy en el trato social con las esposas de los funcionarios ingleses— cuando ella declaró que su hijo Martin (que se le parecía muchísimo) había nacido por partenogénesis. Un día Mollie me pidió que le hablara de mi confirmación. Le dije que el obispo de Zululandia había celebrado la ceremonia y ella me miró extasiada.

—¡Oh, querido! —exclamó—, ya decía yo que teníamos muchas cosas en común. ¡Yo fui confirmada por el obispo de Zanzíbar!

32

Realicé dos servicios útiles al trabajo educativo en Egipto. Encargué para la biblioteca de la universidad un lote de manuales de literatura inglesa, y examiné a los estudiantes del Colegio de Estudios Superiores que proporcionaba maestros de inglés para las escuelas primarias y secundarias. He guardado como recuerdo tres de los ensayos presentados para la obtención del diploma. El primero es de Mahmoud Mohamed Mahmoud:

El medio como factor de la Revolución

Ésta es la historia de las evoluciones. En una época se pensó que la corteza terrestre había sido creada por ciertas catástrofes, pero cuando Darwin vino al mundo y tuvo ciertos conocimientos de filosofía dijo: «Todas las diferentes clases de especies difieren gradualmente a medida que nos remontamos hacia el pasado si no hay catástrofes, y si aplicamos ese concepto a nuestros precedentes antecesores vemos que cada vez son más y más simples, hasta que llegamos a la Naturaleza». El hombre, también, depende de las evoluciones. Nadie puede negar este hecho porque sería como negar la luz del día. Un niño desde que nace posee instintos como el de mamar del seno materno y otros muchos más. Pero es libre de hábitos y débil como nadie. Luego es introducido en una casa y por lo general se encuentra entre sus padres, y su cuerpo está limpio o sucio. Esto demuestra de lo que es su medio. Algunos pensadores superficiales consideran el medio (en el mejor de los casos) como un motivo trivial dentro de la educación, pero los hombres instruidos creen que un niño que nace en presencia de algunas mujeres que dicen una mala palabra, esta palabra, creen ellos, permanece en el cerebro del niño hasta que es arrojada.

El medio proporciona rápidamente modificaciones. La vida de las cabras de montaña las lleva a aprender a saltar. El camello tiene pies planos con cascos para la arena. Algunos tipos de ganado eran salvajes en el pasado pero al vivir en los valles se domesticaron. La rana cuando es joven tiene cola y nariz como un pez, lo que le es necesario para vivir en el mar, pero al cambiar su medio la cola disminuye. El mar es amplio y variable, de manera que quienes viven en él son variables y misteriosos. Póngase una vaca en un pantano sucio y ella irá adelgazando cada vez más hasta morir. También los caballos; el caballo tenía cinco dedos en las patas pero ahora sólo tiene uno como resultado de su tránsito del agua a las tierras secas. El clima también

afecta los hábitos físicos de los queridos europeos que viven en Egipto. Aquéllos que eran agradables y pacientes y fuertes, con una piel que merecería el nombre de impermeable se fatigan rápidamente y se acostumbran a la pereza… La teoría nos enseña que los seres humanos pueden mejorar como los animales creando jóvenes sanos y con una buena educación bajo el sistema de Freubel.

El siguiente ensayo fue escrito por Mohamed Mahmoud Mohamed:

El personaje de lady Macbeth

Señor, para decirlo en breves palabras, lady Macbeth era valiente y emprendedora, pero carecía de tacto. Ella le dice a Macbeth: «Ahí está la oportunidad, no la pierdas. ¿Dónde está tu virilidad en estas circunstancias favorables? Yo tengo hijos y conozco el corazón de una madre. Pero debes saber que sería capaz de aplastarle la cabeza a mi hijo y arrancarle los dientes antes de faltar a mi promesa».

Macbeth dice: «Pero podemos fracasar».

«¿Fracasar? —dice L. M.—. Da el golpe y no fracasaremos. Déjame a mí el resto. Pondré drogas en las bebidas de los invitados y luego los acusaremos».

Macbeth le dice: «Sólo sabes traer al mundo hijos varones».

La impresión del lector es muy grande; se llena de cólera.

El último ensayo se debe a Mahmoud Mahmoud Mohammed:

El mejor empleo del tiempo libre

El tiempo libre es una variación de los asuntos fatigosos. Dios todopoderoso creó el Universo en seis días y el séptimo descansó. Así quiso mostrarnos la necesidad del tiempo libre. El hombre descubrió pronto por su propia experiencia que «cuando los muchachos sólo trabajan y no juegan se vuelven perversos». Pero este tiempo libre puede ser peligroso y mal empleado si la mente no lo dirige y lo mueve sabiamente hacia diferentes direcciones. Hay muchas personas que aman la pereza. Esa prodigalidad conduce a la ruina. Muchos egipcios pasan el tiempo en los cafés pensando en las mujeres y devorándolas con los ojos, lo que corrompe y disuelve las costumbres. La duración del día los deja siempre perplejos y estupefactos. Otros tratan de descansar por medio del juego, que es la ruina de la sociedad y del individuo. Disfrutemos mejor de la naturaleza, de los árboles de bellas frondas, los campos floridos, y los extensos prados constelados con millares de flores de grandes y pequeños tamaños. Allí los pájaros cantan y construyen sus nidos, los arroyos de cauces irregulares corren con agua fresca, y los campesinos felices, arando lejos de la multitud de la vida de la ciudad purifican los deseos humanos de la capacidad personal. También los museos son instructivos. Es un error dedicarse exclusivamente

al trabajo cotidiano y a estudios fatigosos, pero es correcto liberar nuestra mente de las telarañas de los asuntos mundanos en que está apresada.

Sí, abandonemos nuestro lecho con la alondra para disfrutar de la brisa fresca antes del amanecer. Salgamos cuando los perezosos y los lujuriosos están aún roncando o sumergidos en la concupiscencia, y sentémonos bajo un árbol umbroso a meditar. Podemos pensar en Dios, el río y la luna, y disfrutar de la lectura de la *Elegía* de Gray a la perfección. Admiraremos la belleza del prado en el amanecer, porque

La vida en el campo suele ser agradable
Cuando el frío y el calor no son excesivos

O podemos leer los *Buenos Compañeros,* libros plenos de pasiones honorables, sabiduría moral y buen *Pathos*. La lectura complementa al hombre, nadie osará negar a Bacon. O podemos encontrar también un instrumento musical de poco precio. «Todo estudiante sabe» que la música es una ley moral que da alma al universo. Los criminales pueden curarse por el dulce poder de la música. La ballena emerge de las oscuras profundidades del mar para acercarse al músico griego porque se siente afectada por las dulces armonías que sirven de espejo a la naturaleza. ¿No somos mejores que las ballenas? También los clubes deportivos se encuentran en todas partes. ¿Por qué no debe pasar un joven su tiempo libre ensanchando su pecho? Porque sabemos que una mente sana se encuentra en un cuerpo sano. Sin embargo es un hecho fisiológico que el herrero puede ir a ver la exposición egipcia y el soldado puede ir al mar a nadar o a las montañas a conocer sus cuevas a fin de que pueda refugiarse del feroz enemigo en tiempos de guerra.

Milton sabía emplear de la mejor manera su tiempo libre. Acostumbraba a sentarse ante sus libros a leer, y a oír piezas de música, y por eso su nombre se encuentra entre los inmortales. Tal fue el caso de Byron, Napoleón, Addison y Palmerstone. Si el hombre es infeliz, dice un antiguo filósofo, suya es la culpa. Por supuesto que puede ser feliz si su tiempo libre le reporta beneficios y no desgracias.

Decidí renunciar. Lo mismo hizo el profesor de latín, mi único colega inglés. Y el profesor cojo de literatura francesa, que era un hombre honesto. Los otros se quedaron.

Los egipcios me trataron hospitalariamente. Asistí a un copioso banquete en el Hotel Semiramis, ofrecido por el Ministerio de Educación. Altos camareros sudaneses, con túnicas rojas, sirvieron la más suntuosa colección de platos que yo haya visto en ninguna parte, ni siquiera en el cine. Incluían una gran maqueta de la ciudadela de El Cairo fabricada en hielo, las puertas y ventanas estaban llenas de caviar, que se extraía con una cuchara marroquí de oro. Alguien me dijo hace poco

que aquel banquete, que debió de haber costado miles de libras, aún no se había pagado. Encontré pocas cosas que me interesaran en Egipto (no tenía yo el apetito de Lawrence para viajar por el desierto), fuera de tomar helados de café en Groppi's, visitar los cines al aire libre y estar en nuestro apartamento de Heliópolis para escribir. Durante la temporada del *khamsin*, un viento caliente que elevaba la temperatura hasta 47 grados a la sombra, di los últimos toques a un pequeño libro llamado *Lars Porsena, o el Futuro de las maldiciones y del lenguaje inconveniente*.

Lo mejor que vi en Egipto fue la noble cara del viejo faraón Seti *el Bueno*, libre de sus vendas de momia en el Museo de El Cairo. La cosa más graciosa fue una farsa de alcoba francesa en un teatro nativo interpretada en árabe por actores sirios. Los hombres y las mujeres del reparto debían, por razones religiosas, mantenerse en extremos opuestos de la escena; cantaban canciones francesas (traducidas), modulando las melodías con los cuartos de tono, los gritos y gemidos de su propia música. El público hablaba al mismo tiempo y comía cacahuetes, naranjas, semillas de girasol y cogollos de lechuga.

Fui a visitar a lord Lloyd a finales de mayo, poco antes de la clausura del año académico. Poco después me invitó a cenar en su residencia. Le gané veinte piastras al *bridge*. Lloyd creía en su trabajo más que yo en el mío. Cuando me preguntó qué me parecía Egipto, le respondí:

—Bien, gracias —con un tono que hizo que inmediatamente me volviera a preguntar:

—¿Nada más?

Nuestra conversación no pasó de eso. Acostumbraba a pasear por las calles de El Cairo a una velocidad de cien kilómetros por hora en un potente automóvil con la bandera inglesa, y una brigada de motoristas por delante para abrirle camino. *Sir* Lee Stack, *el Sidar*, había sido asesinado el año anterior cuando conducía por la ciudad, y la aglomeración del tráfico había ayudado a sus asesinos. Un día un estudiante me mostró el lugar cerca del Ministerio de Educación donde había ocurrido aquello. Al principio tomé a la multitud allí reunida por una manifestación, pero lo que la atraía resultó ser una mujer desnuda tendida en el pavimento que se reía salvajemente y movía los brazos; un caso de intoxicación de hachís frecuente en Egipto. La gente la escarnecía; un policía que estaba a unos cuantos metros no le prestaba la menor atención.

Asistí un día a una *levée* en el palacio Abdin, la residencia del rey Fuad en El Cairo. Comenzó a las nueve de la mañana. El rey dio una precedencia honorable al cuerpo de profesores universitarios; nuestros sitios quedaban sólo detrás de los del cuerpo diplomático y de los ministros de la corona y tenían preferencia sobre los oficiales del ejército. En Inglaterra había comprado ropa adecuada —una chaqueta y pantalones de verano— para esa ocasión. Para que fuera realmente correcta, mi chaqueta debía haber sido de seda verde, los colores nacionales de Egipto, pero me habían dicho que no debía insistir en ese punto. Las opiniones sobre el protocolo de

vestuario en la corte diferían mucho. La mayoría de los profesores franceses llegaron con ropa de etiqueta de noche, chaqueta con faldón, chalecos finos y sombreros de copa, unos cuantos con esmoqúines ordinarios. Todos llevaban condecoraciones en torno al cuello. Parecían haber pasado toda la noche en un baile de máscaras.

Después de firmar en los dos grandes libros de registro, uno perteneciente al rey y otro a la reina, tomé una bebida refrescante, pero horriblemente dulce, de arroz, por cortesía de la reina, y subí las nobles escaleras de mármol. Cada dos escalones se hallaba un inmenso soldado rubio, regiamente uniformado, con una lanza en la mano. Mi ojo de soldado admiraba su físico pero despreciaba su actitud negligente; sin duda, adoptaban un aire más marcial cuando el Estado Mayor del Ejército egipcio pasaba frente a ellos. Mi hermano me había prevenido que cuando conociera al rey Fuad no debía sorprenderme de nada extraordinario que oyera; un curioso grito agudo se escapaba ocasionalmente de su garganta cuando estaba nervioso. Durante su niñez, la familia había sido asesinada por un bandido al servicio de algunos familiares interesados; pero el pequeño Fuad había logrado esconderse bajo una mesa y, aunque herido, sobrevivió. Pasamos de un salón a otro. Al final, un tranquilo caballero de aspecto turco, vestido con el uniforme reglamentario de palacio, nos saludó en francés deferentemente. Yo creí que estaba ante el gran chambelán. Hice una reverencia, dije en francés las mismas palabras que el profesor que estaba frente a mí, y esperé que me condujesen a la Sala del Trono. Sin embargo, la siguiente puerta nos condujo al corredor de salida. Había conocido al rey Fuad.

Unos días después, asistí a una *soirée real*, una especie de espectáculo al estilo italiano. El rey Fuad había sido educado en Italia, donde había obtenido el grado de capitán de caballería y aprendido a admirar la cultura italiana. La representación podía haber tenido lugar en 1870. Una discreta hechicera rubia danzó con un vestido que le llegaba hasta los tobillos, y un tenor discreto confió su pasión a las notas más altas de su registro, luego un actor hizo algunos números humorísticos frente a la reina. Yo aplaudí a aquel hombre que había hecho tantos esfuerzos sin lograr hacer reír a nadie. Pero todo el mundo se volvió a mirarme con asombro. Un funcionario me murmuró que en aquellas funciones no se podía aplaudir. A menos que Su Majestad se declarara satisfecho, era conveniente acoger aquellos números con el mayor silencio. Llevaba un traje de etiqueta, para no ser menos que los franceses me había puesto mis tres medallas, y lamenté que se me hubiera escapado la Santa Ana de Tercera Clase con los sables cruzados. No intentaré describir aquel bufé digno de las *Mil y una noches*, tan espléndido que tengo aún un confuso recuerdo de él en mi memoria. Me metí en los bolsillos algunos dulces fantásticos para llevar a casa.

Nuestros niños debían beber leche y agua hervida; teníamos que vigilarlos constantemente a fin de que no se quitaran los cascos y los velos azules. Luego cogieron el sarampión y los llevamos a un hospital de enfermedades infecciosas donde comieron todas las cosas que nosotros habíamos estado tratando de evitarles desde el nacimiento; las enfermeras nativas les robaron los juguetes. Volvieron a casa delgados y con un aspecto miserable. Sam, el bebé, salió del hospital con cicatrices permanentes en los tímpanos, y nos preguntábamos si lograrían sobrevivir hasta nuestro regreso a Inglaterra. Compramos pasajes para finales de mayo, pero aun después de vender el coche apenas logramos obtener el dinero suficiente para embarcarnos en un pequeño barco italiano que transportaba un cargamento de cebollas. Desembarcamos en Venecia, donde permanecimos un día. Después de Egipto, Venecia nos pareció el paraíso. Comimos huevos europeos en el desayuno. Los huevos en Egipto eran del tamaño de huevos de pichón y tenían un fuerte sabor a ajo; el ajo forma parte importante del alimento que se les da en Egipto a las aves de corral.

Egipto me proporcionó muchas escenas caricaturescas para recordar. Por ejemplo: yo, vestido con un elegante traje de gabardina amarilla, sentado ante una gran mesa cubierta con un tapete, en la sala de conferencias de la facultad. Ante mí, una taza de café turco, un casco para el sol y un acta de la sesión anterior llena de errores de mecanografía. Estoy furioso, hablo en un mal francés a mis colegas belgas y franceses apoyando al joven profesor de latín, que, pálido de ira, acaba de ponerse de pie. Declara en un francés todavía peor que se niega a pagar la contribución de cincuenta piastras para una corona que la facultad va a enviar a la casa de un francés que acaba de morir. Yo declaro que tampoco lo haré y que, como el decano nos ha excluido de todas las reuniones anteriores donde se tomaron decisiones que afectaban a nuestros cursos, todos los profesores que murieron podían hacerse enterrar por su cuenta y riesgo. Es un salón espacioso y elegante, un antiguo *boudoir* del harén. Un retrato de Khédive está mal colocado en una de las paredes; en la otra hay una gran vitrina llena de monedas de bronce egipto-romanas, confusamente mezcladas, las etiquetas se han perdido, y uno de los vidrios está roto. Por la ventana se ven los jardines del mercado, búfalos, camellos cargados con forraje verde, campesinas vestidas de negro. Alrededor de la mesa, mis colegas horrorizados levantan los hombros, se miran unos a otros y exclaman:

—*Inouï… inouï…*

El resto no tiene más que interés anecdótico… el funcionario de gobierno que tuvo la doble desventura de que lo atropellara un coche de carreras y que luego descubrió que era el coche del hijo del ministro de Justicia; la muchacha rica en busca de marido que va como huésped de la esposa de un oficial británico y conviene en pagar quince guineas a la semana así como todo el vino y los cigarros extras que se consuman durante las reuniones sociales pero que, después, al descubrir que a ellas sólo asisten viejos funcionarios de gobierno con sus esposas, se queja de que aquello

no vale lo que paga; la noche de mi visita al templo del dios mono sin cabeza, lleno de murciélagos; un fabricante de telas de algodón, un inglés, que defendía las condiciones antihigiénicas de su fábrica con el argumento de que la población de Egipto estaba aumentando demasiado rápidamente bajo la dominación inglesa, y que la tuberculosis pulmonar era uno de los medios para contrarrestar ese crecimiento; la madre de un estudiante cojo que en las competiciones deportivas lamentaba haberlo dejado sobre la repisa de la chimenea para ir (ella tenía sólo doce años) a jugar con sus muñecas: «la incomparable», como la llamaban los soldados australianos, que me dijo con impresionante exactitud la fortuna una noche de luna a la sombra de la pirámide de Kéops; mi visita a Chawky Bey, el poeta nacional de Egipto, en su mansión morisca a orillas del Nilo, que se parecía mucho a Thomas Hardy, y en cuya presencia sus hijos, como buenos turcos, permanecían sentados en silencio; el mendigo del bazar con demasiados dedos en los pies; y el coronel británico que, durante la guerra, en un sueño de desfallecimiento se había creído José e invadió Egipto con trigo de Australia, donde no encontró compradores y tuvo al final que servir de alimento a los burros y a los camellos; una visita a la antigua Heliópolis, con su hermoso paisaje de campos verdes, sus palmeras desgajadas, sus norias movidas por bueyes, y su único obelisco; nuestra vida en la otra Heliópolis, una nueva ciudad muerta en el borde del desierto, construida por una compañía belga, con un hipódromo y un parque de atracciones, donde los aviones de la R. A. F. volaban por la noche entre las casas, y donde las esposas aburridas de oficiales resentidos escribían novelas que nunca terminaban, o pintaban acuarelas; el pequeño jardín de nuestro apartamento donde salí a caminar el primer día entre árboles frutales y macizos de flores, para ver por lo menos ocho gatos flacos y sarnosos durmiendo a la sombra de los arbustos, y en el que no volví a poner los pies.

Así que volvimos a Islip, para gran decepción de mis padres, que esperaban que al fin hubiera sentado cabeza y hallado una situación conveniente tanto para mis necesidades como para mi talento; y para alivio manifiesto de mi cuñada.

El resto de esta historia, de 1926 a la fecha, es dramático pero impublicable. Tanto la salud como nuestras finanzas mejoraron, pero el matrimonio se derrumbó. Nuevos personajes aparecieron en el escenario. Nancy y yo nos dijimos cosas imperdonables. Nos separamos el 6 de mayo de 1929. Ella, por supuesto, insistió en quedarse con los niños. De manera que yo me marché al extranjero, decidido a no volver nunca más a vivir en Inglaterra; lo que explica el *Adiós a todo eso* del título.

EPÍLOGO

Aunque a menudo me han pedido publicar una continuación de esta autobiografía, que escribí en 1929 a la edad de treinta y tres años, me alegro de que no me haya ocurrido nada que pueda tener interés autobiográfico. Las pruebas de *Adiós a todo eso* me llegaron a Mallorca, donde me instalé tan pronto como terminé su redacción, y que sigue siendo mi lugar de residencia.

Los únicos contratiempos serios de mi tranquila vida en este lugar surgieron con motivo de la Guerra Civil Española, en 1936, cuando todos los súbditos británicos recibieron el consejo de abandonar el lugar a bordo de navíos de guerra. Durante tres años vagué por Europa y Estados Unidos; y pasé en Inglaterra la Segunda Guerra Mundial, porque tres de mis hijos se habían incorporado a las Fuerzas Armadas, sin que yo pudiera hacer lo mismo debido a mi sordera.

Jenny se convirtió en corresponsal de guerra de la W. A. A. F. (Fuerza Aérea Auxiliar Femenina), y entró en París con los tanques del general Le Clerc, y en Bruselas con los del general Adair; poco faltó para que muriera en Arnhem. Catherine, una radioperadora de la W. A. A. F., se casó con el comandante de aviación Clifford Dalton, actualmente ingeniero jefe de la Comisión Australiana de Energía Atómica. David se incorporó al Real Galés, que tuvo pérdidas muy considerables durante la defensa de Calais, asistió a su famosa reunión con el Segundo Batallón en Madagascar, y luego fue con él a la India y Birmania. Murió en la península de Arakan en marzo de 1943, después de bombardear con un sargento y un soldado tres contrafuertes japoneses que impedían el avance del batallón. Capturaron el primer contrafuerte, y aunque sus compañeros fueron heridos, David logró apoderarse del segundo, pero murió intentando apoderarse del tercero. El Ministerio de la Guerra desestimó una petición para obtener una Cruz de la Victoria postuma sobre la base de que el ataque había fracasado: un batallón indio se retiró, los japoneses se infiltraron y los supervivientes del Real Galés se vieron obligados a replegarse.

Me presenté como voluntario para entrar en la infantería en cuanto estalló la guerra, pero cuando me informaron de que Su Majestad no me emplearía más que en un puesto sedentario, volví a mi trabajo, un libro sobre el sargento Roger Lamb, que combatió con el Primer Batallón en la guerra americana de 1776 a 1783, y otro sobre la conducta de John Milton durante las guerras civiles inglesas. Para evitar ser

bombardeado innecesariamente, me instalé en el sur de Devon. A mediados de la guerra, alguien me invitó a unirme al cuerpo de civiles que desempeñaban funciones de vigilancia, pero el policía de nuestro pueblo se negó a aceptar mi solicitud. Sus razones, según supe después de una discreta investigación, eran que mi segundo apellido alemán le producía desconfianza; y que me habían oído hablar una lengua extranjera con dos extranjeros sospechosos, dos amigos refugiados españoles, uno un mayor, y el otro, un coronel del Estado Mayor, y que alguien había visto las palabras HEIL HITLER! grabadas en un arriate de mi jardín. Continué formando parte de la vigilancia contra incursiones aéreas, pero reaccioné violentamente cuando, poco después, mi clase fue convocada ante la Comisión Médica para pasar un examen, y el policía me llevó un billete de ferrocarril de tercera junto con la orden de presentarme ante la Comisión de Exeter. Como oficial pensionado me negué a viajar a menos que fuera en primera clase, privilegio al que mi grado me da derecho… era posible que él y yo nos encontráramos en el mismo compartimento y no era conveniente romper las barreras sociales. En lo que a mí respecta, la Bombilla Roja (para ponerlo en esos términos) sería siempre roja y la Bombilla Azul aún más azul.

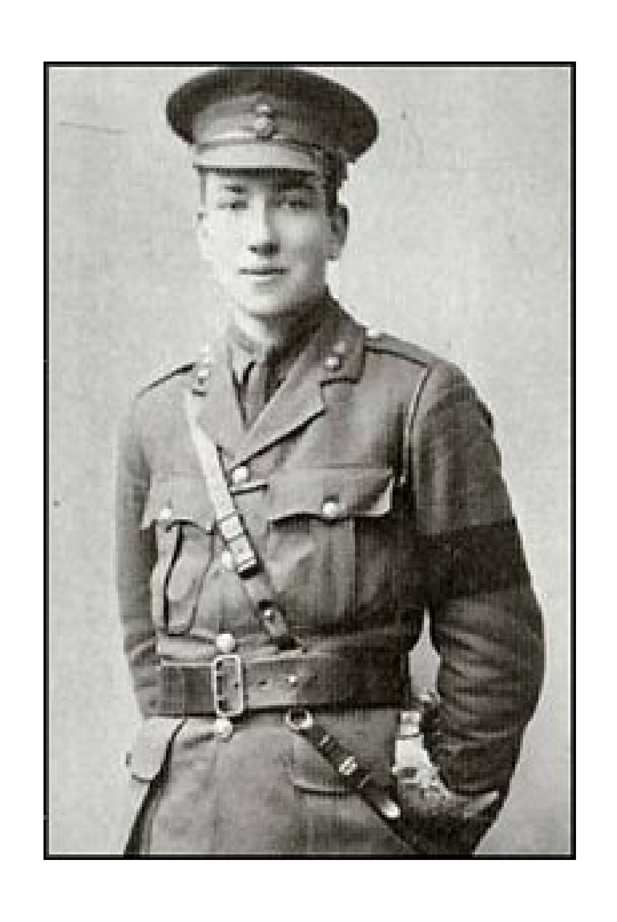
Nancy y yo nos divorciamos. Volví a casarme, tuve cuatro hijos más, gozo de buena salud, viajo lo menos que puedo, y continúo escribiendo libros. ¿Qué más puedo decir fuera de que mi mejor amigo sigue siendo el cesto de los papeles?

Aunque Charterhouse goza actualmente de mucho prestigio, y hasta se sugiere como una escuela adecuada para que el príncipe Carlos estudie en ella, yo, por principio, no enviaré allí a mis hijos. El otro día, sin embargo, me encontré al *tío Ralph* Vaugham Williams, a quien no había vuelto a ver desde 1912, y conversamos con afecto de Max Beerbohm (que había estado en los mismos años que el tío Ralph en Charterhouse) y de pronto nos encontramos cantando el *Carmen Carthusianum* al unísono para sorpresa del nutrido público de un restaurante de Palma. Me sentí también un poco sorprendido. En efecto, no deja de ser extraño que el mejor caricaturista y ensayista inglés y el mejor músico de nuestros días hayan surgido de aquella escuela tan intensamente filistea.

Hoy día, *Adiós a todo eso* suena a historia antigua. Ya he entrado en la edad en que los policías comienzan a parecer muy jóvenes, y aun los inspectores de policía, los inspectores y los generales no resultan tan ancianos. Muchos de los nombres que aparecen en estas páginas han adquirido otro relieve. Por ejemplo, el maligno cabo Mike Pearson, a quien recomendé para un grado de oficial en el Batallón de Cadetes de Oxford en 1917, se ha convertido en el señor Lester Pearson, el más famoso ciudadano de Canadá. Y, dicho sea de paso, Malcolm Muggeridge, hasta hace poco director de *Punch*, que me substituyó en la Universidad de El Cairo, me dijo que el coronel Nasser fue uno de mis discípulos allá. No me sorprendería.

También la tranquila Mallorca, con sus cinco hoteles modestos, se ha convertido hoy día en uno de los sitios de veraneo más frecuentados de toda Europa: se jacta ahora de sus noventa vuelos diarios durante el verano y de construir un hotel de primera categoría cada semana. No puedo pretender que eso me agrade, y mis hijos, el más joven de los cuales tiene ahora cuatro años, me miran fijamente cuando les digo que nací en el reino de la madre de la tatarabuela del príncipe Carlos, antes de que existieran los aviones, cuando sólo las mujeres perversas usaban pantalones o se pintaban los labios, cuando prácticamente nadie tenía luz eléctrica, y cuando la ley exigía que un hombre con una bandera roja marchara delante de los automóviles. Sin embargo parece que no he cambiado mucho ni mental ni físicamente desde que me he instalado en este lugar, aunque no pueda ya leer el periódico sin gafas, o subir las escaleras saltando tres escalones a la vez, y tenga que vigilar mi peso. Si me condenaran a vivir una vez más todos estos años probablemente los volvería a vivir de una manera muy parecida, pues uno no se desprende fácilmente del condicionamiento de la moral protestante de las clases inglesas dirigentes, a pesar de tener mezcla de sangre, una naturaleza rebelde y una avasalladora obsesión poética.

Índice de contenido



Robert von Ranke Graves conocido como ROBERT GRAVES (Wimbledon, Londres, Reino Unido, 24 de julio de 1895 - Deià, Mallorca, España, 7 de diciembre de 1985). Hijo del poeta y editor A. P. Graves, combatió en la Primera Guerra Mundial como oficial voluntario. Las traumáticas experiencias en el frente están presentes en sus primeros poemarios, que datan de esos años. En 1918 se instaló en Oxford, en cuya universidad se licenció con una tesis sobre las relaciones entre la poesía y los sueños, y en 1926 consiguió un puesto de profesor de literatura inglesa en la Universidad de El Cairo. Al finalizar su contrato, decidido a abandonar Inglaterra para siempre, se instaló por primera vez en Deià, Mallorca, de donde tuvo que marcharse al estallar la guerra civil española. Obligado a volver a su patria, vivió allí hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, y entonces regresó a Mallorca, donde viviría hasta su fallecimiento en 1985. Su vasta obra literaria incluye varios poemarios —reunidos en los *Collected Poems* publicados un año después de su muerte—, una biografía de T. E. Lawrence —*Lawrence and the arabs* (1927)—, una temprana autobiografía —*Adiós a todo eso* (1929)—, novelas —con especial dedicación al género histórico, con obras ambientadas en la Antigüedad como *Yo, Claudio* (l934) y *Claudio el dios* (1934), que lo harían inmensamente popular gracias a una serie televisiva de los años setenta, *El conde Belisario* (1938), *El vellocino de oro* (1944), *Rey Jesús* (1944), *La hija de Homero* (1955)—, ensayos, centrados en la poesía y el mundo clásico —como *Los mitos griegos* (1955) y *La diosa blanca* (1948)— y traducciones de autores griegos y latinos.

Notas

[1] Camorristas aristócratas que establecían las normas de vestir en los internados privados ingleses. <<

[2] Violenta sátira sobre los sistemas educativos tradicionales. <<

[3] El nombre deriva del pan indio. Los soldados del ejército británico de ocupación habían comido muchos *rootis* cuando recibían la medalla por años de servicio prestados. <<

[4] Galés. <<

[5] Y ganó la apuesta. <<

[6] En ese momento los cilindros de gas se habían colocado ya en la línea del frente. Una orden especial imponía castigos graves a quien usara un término distinto al de «accesorio» para denominar el gas. El uso de éste debía mantenerse en secreto, pero los civiles franceses habían propalado la noticia desde hacia ya bastante tiempo. <<

[7] Según los periódicos, los soldados del ejército británico habían visto los ángeles en Mons; pero esa visión no la confirmó el sargento Townsend, que había estado allí con la mayor parte de la Compañía A. <<

[8] Escoceses. <<

[9] El mayor Swainson se recuperó y fue enviado al cuartel del Middlesex después de unas cuantas semanas. Por el contrario, Lawrie, un sargento primero del Real Galés, al volver de Cambrin fue herido en el cuello por una bala perdida. Su herida fue muy leve. Sin embargo murió de la impresión pocas horas después. <<

[10] Fue recomendado para la Cruz de la Reina Victoria, pero no la cosiguió, porque no pudo obtenerse ninguna evidencia oficial, una condición indispensable. <<

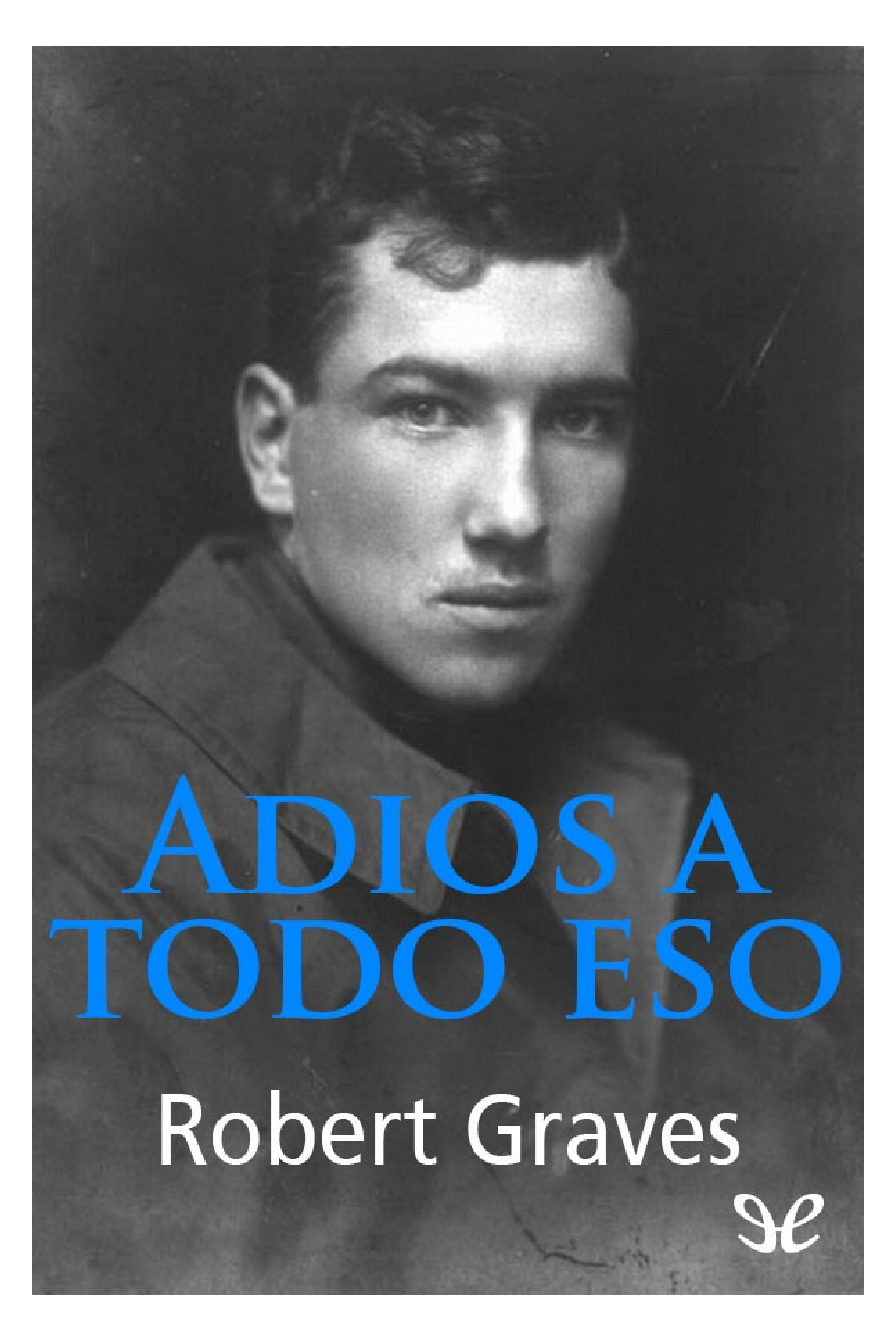
[11] Las fortunas amasadas durante la guerra se consolidaron después del Tratado de Versalles, cuando los campesinos de las zonas afectadas por los combates obtuvieron fabulosas indemnizaciones por bienes que jamás habían poseído. <<

[12] «Y finalmente, aquellos salvajes les arrancaron las orejas y se las guardaron en el bolsillo». <<

[13] Oh, si el poderoso clérigo que fulmina con la boca… **<<**



[14] No logro explicarme la discrepancia entre la fecha que daba mi muerte y la de la lista de bajas publicada. <<


ADIOS A
TODO ESO
Robert Graves